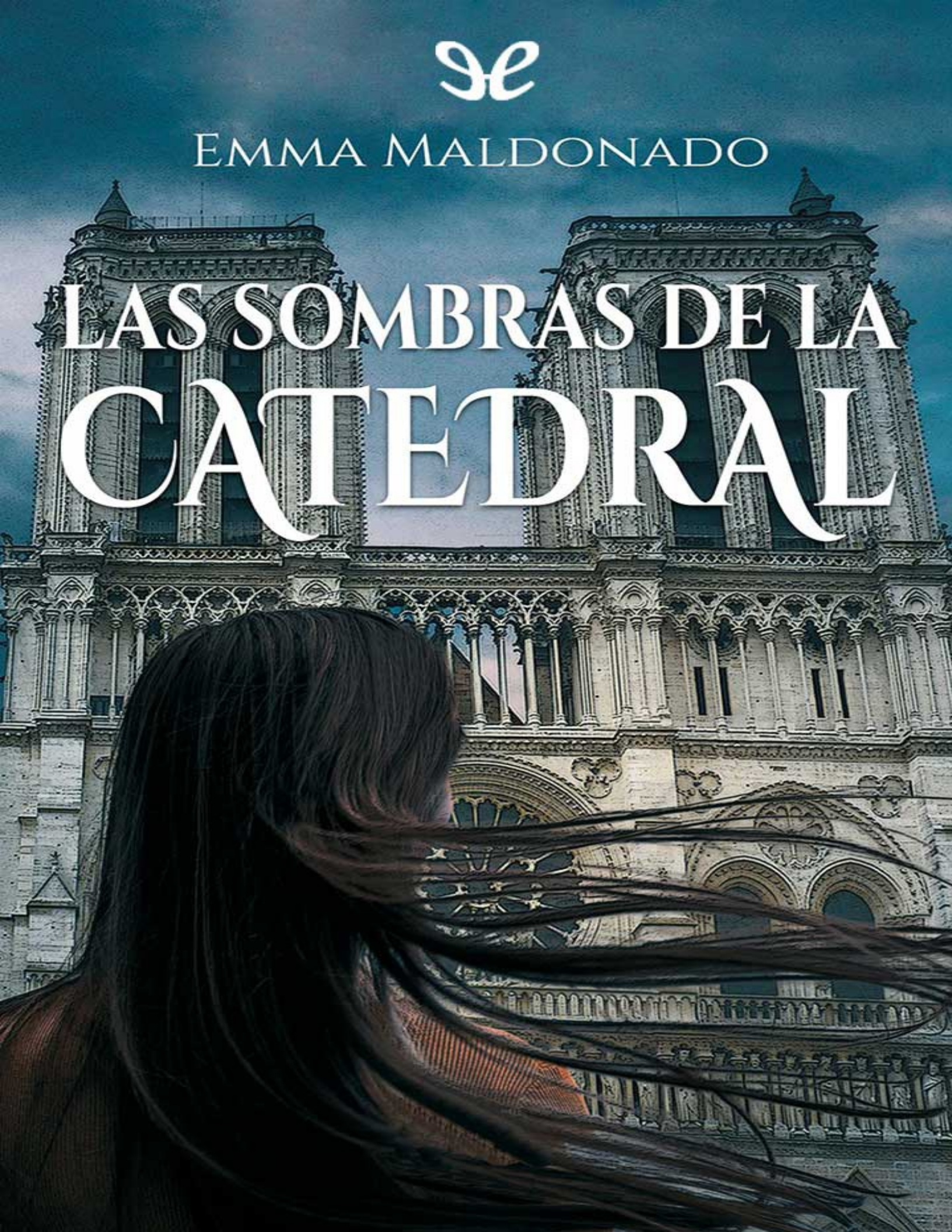




se

EMMA MALDONADO



LAS SOMBRAS DE LA
CATEDRAL

Cambiar de aires nunca fue fácil. Sobre todo cuando llegas a una ciudad nueva y descubres que estás en el sitio equivocado en el momento equivocado.

¿Quién mandaría a Delia ir a estudiar lejos de su casa? Eso mismo se pregunta ella cuando se ve inmersa en un secreto que nada tenía que ver con su vida, hasta ahora.

Ya es tarde. No hay marcha atrás.

Una universitaria asustadiza, un italiano loco y una catedral tan bella como terrorífica son los ingredientes de esta historia cuyo final es impredecible.



Emma Maldonado

Las sombras de la catedral

ePub r1.0

Titivillus 04.01.2020

Título original: *Las sombras de la catedral*

Emma Maldonado, 2019

Diseño de cubierta: Nerea Pérez Expósito

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

Las sombras de la catedral

Prefacio

1. Nueva vida

2. La Biblioteca

3. El chico del empujón

4. Mi extraño acompañante

5. Mala pata

6. Empiezan las cosas raras

7. Advertencias

8. Delia, la espía

9. Del

10. El barrio Marier

11. La catedral

12. ¿Real?

13. Un café o un dolor de cabeza

14. Damián

15. La chica fantasma

16. Empieza el juego

17. De mi parte

18. Uno de ellos

19. Decisiones

20. Por ningún lado
 21. Un nuevo día
 22. Ni rastro
 23. Una pequeña excursión
 24. Una tarde normal
 25. Pistas
 26. Allanamiento, parte dos
 27. Interrogatorio
 28. La nota
 29. El e-mail
 30. Lola Hernández
 31. El secreto de la catedral
 32. Caso resuelto
 33. Confesiones
 34. Yolanda
 35. Conociendo secretos
 36. Giovanna y Gianna
 37. La proposición
 38. Él se va
 39. La despedida
- Epílogo
- Agradecimientos
- Sobre la autora

Prefacio

Ella hacía la maleta con rapidez. No había tiempo que perder; su piso le daba escalofríos, y la tormenta que había afuera no ayudaba. Había empezado a derrumbarse el cielo hacía poco menos de una hora. El viento soplaba silbando entre los altos árboles que de vez en cuando golpeaban con sus ramas los cristales de su apartamento.

No quería levantar sospechas. Era mejor que nadie supiera que estaba en casa, sola, por eso tenía una minúscula linterna encendida sobre la cama, lo suficiente como para poder ver lo que estaba haciendo y no darse un golpe contra los muebles. Quería salir pitando de allí, a Dublín, a Mánchester, al fin del mundo si hiciera falta.

El sonido del móvil la sobresaltó, junto con un trueno. Dio un respingo antes de coger el aparato. Era él quien la llamaba. Su salvavidas.

El número era oculto, por precaución y costumbre, pero sabía que era él porque nadie más tenía su nuevo teléfono de prepago.

—Estoy casi lista. —Ni siquiera lo saludó.

—Solo quería asegurarme de que no te echabas atrás por él.

Hubo un silencio. El chico la conocía bastante bien pese al poco tiempo que habían pasado juntos. Era cierto. Se lo había pensado. Su padre era su padre, aunque ahora pareciera un total desconocido.

—Me voy —contestó sin más.

Él emitió un suspiro de alivio.

—Me alegra oírte decir eso.

—Ven conmigo —le pidió, aunque ya sabía la respuesta.

—Sabes... sabes que no puedo. No puedo dejar las cosas así.

—Ni siquiera estás seguro de que tu plan vaya a tener éxito. —Ella le había rebatido demasiadas veces sus ideas suicidas, pero él siempre le había dado razones para no cesar con la locura que tenía en mente.

—Tendrá. —Él hizo una pausa. Luego añadió—: Te veo en media hora donde hemos acordado. —Colgó, sin más, como siempre.

Había empezado a adorar ese pequeño hábito suyo, esa personalidad tan radical y cauta.
Sonrió al auricular.

—Necio.

Terminó de recoger lo que le hacía falta; una simple bolsa de deporte, cuatro cosas básicas y poco más. Tenía dinero en efectivo; en su siguiente destino compraría lo que le hiciera falta. No podía dejar pistas, tenía que pasar desapercibida.

Se colgó el bolso al hombro, apagó la pequeña linterna y se dirigió a la entrada.

Escuchó un crujido y se detuvo. Comprobó aliviada que habían sido las malditas ramas del árbol; ese cristal se iba a romper si el viento no paraba.

Continuó su camino hacia la puerta. Antes de que pusiera un dedo en el picaporte este empezó a girar.

Pero ¿qué demonios...?

La puerta se abrió y dos sombras cruzaron rápidamente a su casa. Una le tapó la boca y la otra la cogió por los pies, inmovilizándola. Un relámpago destelló en la habitación, procedente de la gran cristalera del salón. Dos encapuchados mucho más altos y fuertes que ella, ataviados con pasamontañas entraron en su campo de visión. Supo enseguida de quién eran esos ojos que la miraban fríos como el hielo. Pensaba que aquel verdugo tenía algo de alma, pero se dio cuenta de que era demasiado tarde, que ellos lo habían corrompido como lo hacían con todo.

Y también supo en ese instante que ya no tenía escapatoria.

Iba a morir.

Intentó gritar, zafarse de su agarre, pero no pudo; sus captores la tenían bien apresada.

Un olor fuerte y abrasador se introdujo en sus sentidos, cloroformo, por lo que podía deducir. Sus ojos se empezaron a cerrar.

Y llegó la oscuridad más absoluta.

1

Nueva vida

Si tuviera que definir con una palabra el primer día de *uni*, sin duda elegiría la palabra «mortal». Aunque luego comprendí que «mortal» no era solo tener un día pesado o no llegar a tiempo a clase, pero de eso ya hablaré después.

Había llegado allí por la confianza que mis padres habían depositado en mí. Era la primera universitaria de la familia; algo que les había hecho estar orgullosos antes incluso de decidir por mí misma que quería llegar hasta allí, y por ellos, ya no me podía echar atrás. El orgullo que había visto en sus ojos había sido aliciente suficiente para no decirles que en realidad no me apetecía mucho vivir tan lejos de casa.

En eso era en lo que pensaba aquel veintiuno de septiembre mientras suspiraba. Era temprano y acababa de bajar del autobús. Lo que se abrió ante mí era el gran campus universitario; un lugar inmenso que nada tenía que ver con lo que era mi pequeño instituto.

Ya había captado que la gente no parecía estar por la labor de ayudarme a moverme por allí, por lo que, tres días después de haber formalizado mi matrícula, seguía intentando descifrar el complicado mapa del terreno universitario. Lo había comprado días atrás en el único kiosco que había encontrado por los alrededores, y por lo pronto, se había convertido en mi mejor amigo.

Observaba el mapa con cara de póquer, sin motivarme, porque seamos sinceros, siempre se me han dado fatal los mapas, y no me enteraba de nada aunque no quisiera reconocérmelo. Tanto era así, que al final de la mañana y con mucho esfuerzo, logré encontrar mi clase con la mala suerte de que mis compañeros salían ya de la presentación de Historia de Egipto.

Hice una mueca para mi interior mientras me hacía una nota mental: «Mañana aquí una hora antes».

Me puse en mitad del campus, contemplando todo con ojos asustados. La pura verdad era que esa universidad daba escalofríos. Los edificios eran altos, en realidad, altísimos, y además, horribles, llenos de moho y con la fachada de piedra ennegrecida.

Vale, reconozco que parecía la típica pueblerina a la que le daba miedo salir de su bonita y apacible vida rural. Pues no, no era eso, es que a mí me gustaban las cosas más familiares, y aquello parecía de todo menos algo familiar.

Mi próxima parada era en el casco antiguo de la universidad, que constaba de dos partes; la antigua y la nueva. La nueva, a la derecha, era la ampliación que se había hecho para acoger a más estudiantes y más carreras. No estaba mal: todo moderno, equipado con utensilios de última generación y amables conserjes. Pero la parte antigua... Esa era harina de otro costal. Según había

leído, ese tramo había sido anteriormente un pequeño pueblo medieval; se había hecho polvo en la guerra civil y había pasado a dominio de la universidad, aprovechando las paredes de la época que habían sobrevivido para convertirse en edificios estudiantiles.

Solo mirar hacia esos edificios ya daba repelús; todos me parecían vacíos y siniestros. Pero sus pasillos eran aun peor; los cuadros estaban llenos de motivos de muerte y destrucción, las puertas de las clases eran viejas y desconchadas...

Todo era estremecedor, oscuro y frío.

Suspiré otra vez; por muy mal rollo que me diesen esos aularios, tenía que hacer de tripas corazón y adaptarme.

Saqué el mapa arrugado de mi bolsillo, pero como ya lo había abierto y cerrado tantas veces, ni siquiera era legible el número donde estaban situados los seminarios, las aulas o los laboratorios de idioma a los que tendría que asistir próximamente.

—Muy requetebién, a hacer turismo por el mundo de los orcos —dije irónicamente mientras hacía del mapa una bola y la lanzaba al suelo por encima de mi hombro.

—Disculpa, pero incluso en el mundo de los orcos hay papeleras —dijo alguien a mi espalda.

«Un gracioso», imaginé haciendo un mohín. Me giré en su dirección para contestarle que se me había caído sin querer, aunque obviamente fuese mentira. Normalmente no me saltaba las normas, rara vez había hecho algo así, pero ese día en especial me daba todo igual; no tenía ganas de estar allí, no quería meterme en aquel edificio que parecía la fortaleza de un monstruo desalmado y, sobre todo, odiaba haberme perdido mi primera clase.

Pero antes de que pudiese siquiera agacharme a recoger el dichoso mapa, el chico ya lo había hecho por mí; lo estaba estirando con sus dedos.

—¿Te han dicho alguna vez que lo que está en el suelo no se coge? —pregunté cruzándome de brazos, algo esquiva. No es que fuera muy importante, pero realmente eso era mío y no suyo, estaba mirando lo que había tirado al puro estilo cotilla, y encima delante de mis propias narices.

Pensaba que me iba a replicar, pero en su lugar sonrió ante mi impertinencia, aunque no me miró a mí, sino al mapa.

—¿Qué buscas exactamente en...? ¿Cómo era...? ¿El *castillo* de los orcos? —inquirió, esta vez, posando sus divertidos ojos marrones en mí.

Supongo que ese comentario me hizo mucha gracia en ese día atravesado, porque solté una carcajada.

—Soy nueva en el campus —comenté con la sonrisa en los labios—, busco la clase de Historia Medieval. Pero como puedes ver por ti mismo no creo que eso —dije señalando el papel arrugado que ya no parecía ni un mapa ni nada— me sirva de mucho en su estado actual.

—Pues tienes suerte, yo soy veterano por aquí. —Me ofreció una mano que enseguida estreché—. Me llamo Damián.

—Yo soy Delia, la novata *estruja-mapas*.

Damián me dedicó una tierna sonrisa y en ese momento vi lo atractivo que era. Se veía un par de añitos mayor que yo, aunque no fui tan maleducada de preguntarle qué era para él ser «veterano» en carreras que podían durar de cuatro a cinco años si las llevabas medianamente bien.

—Ya que he tenido tanta suerte, ¿me podrías indicar por dónde queda mi clase? —pregunté afable.

Damián volvió a sonreír, y dos maravillosos hoyuelos se marcaron en sus mejillas. Pues sí, era guapo. Su pelo castaño, algo ondulado, caía rizado sobre sus sienes; sus ojos marrones desprendían amabilidad; y bien mirado, no tenía mal cuerpo. Para ser la primera persona que conocía en el campus, no estaba nada mal.

—No solo voy a hacer eso, sino que voy a acompañarte hasta la mismísima puerta.

—Pues mira qué bien —respondí comenzando a andar y animándolo a seguirme.

—Pero no te acostumbres —me dijo, con una sonrisa de lado.

Se lo agradecí silenciosamente mientras caminaba delante de él y esbozaba yo otra sonrisa. No pensaba afirmar que prefería ir acompañada que sola a ese siniestro edificio.

No hablamos durante el camino, ni cuando nos introdujimos dentro del lugar; estaba demasiado ocupada intentando no morir de miedo.

Qué aterrador era todo. Las paredes eran viejas y negras, parecía como si un incendio hubiese arrasado el lugar y a nadie se le hubiese ocurrido cambiar ese aspecto cenizoso por un color algo más alegre.

Mi acompañante me indicó con una mano la puerta por la que debía entrar para asistir a Historia Medieval.

—Gracias, de verdad. —Apreté la carpeta, que acababa de sacar de mi mochila, contra mi pecho, un pelín avergonzada por el hecho de que hubiese tenido que llevarme hasta la misma puerta. Suponía que me había visto tan desorientada que no se había fiado de dejarme sola por si me perdía por el campus—. Ya nos veremos.

Entré por la puerta a la gigantesca clase. Era inmensa, como aquellas que salían en las películas americanas, las típicas donde solía morir la gente por algún maníaco asesino, pero con un cierto toque a *Harry Potter* que daba escalofríos.

Me senté en el primer banco que encontré vacío; uno libre que había en la tercera fila de aquellas bancas unidas. Me acomodé, teniendo en cuenta que las sillas eran fijas, como la mesa, y que parecían estar hechas para un gigante. Decidí adelantarme hasta el borde del asiento para llegar siquiera a la mesa. Cuando levanté la vista hacia delante, me sorprendió ver a Damián siguiéndome los pasos.

Sonreí mientras tomaba asiento a mi lado.

—Soy algo despistada, pero creo que me las apañaré para no perderme mientras estoy aquí sentada.

Damián, muy tranquilo, sacó una libreta y un *boli* de su bandolera, y los colocó con calma sobre la mesa antes de responderme:

—Se me ha pasado decirte que yo también tengo esta asignatura. —Sonrió de lado en mi dirección.

Abrí la boca, un poco sorprendida por su revelación, pero la volví a cerrar cuando unos sonoros tacones retumbaron en la gran estancia haciendo que todos los alumnos desperdigados se sentaran en algún sitio de aquella descomunal aula; les presté toda mi atención.

La mujer que se erguía sobre ellos no parecía mucho más mayor que nosotros, se posicionó en el centro de la tribuna con su estilizado traje de falda y chaqueta marrón chocolate. Si no se hubiera puesto en ese lugar hubiese pensado que era una alumna más de la asignatura.

—Hola a todos, mi nombre es Lola Hernández. Soy vuestra profesora de Historia Medieval, y pese a lo que muchos podáis pensar, no soy una becaria. Será una asignatura en la que debéis tener al día todos los apuntes y trabajos que os encargue. No acepto entregas después de la fecha límite, sin ninguna excepción. —Nos dedicó una mirada glacial mientras sus ojos rodaban de izquierda a derecha, abarcándonos a todos—. Los que no os veáis preparados, podéis ir a casa.

Lola Hernández tenía porte de diosa: poseía una figura estilizada, su piel era olivácea, sus ojos almendrados y negros como la noche, y su pelo se ondulaba en graciosos bucles a lo largo de su espalda. Pero todo lo que tenía de guapa, lo tenía de estricta, y a todos nos puso los pelos de punta esa amenaza. Estaba claro que no íbamos a aprobar tan fácilmente.

Después de aguantar estoicamente una hora y cuarenta y cinco minutos aquella minuciosa clase de los inicios de la Edad Media, Lola Hernández decidió que era buena hora para mandarnos hacer el primer trabajo de lo que parecían ser unos cuantos. Consistía en realizar un croquis sobre la ciudad en la Edad Media, con sus aspectos culturales y políticos. Los grupos de trabajo debían ser de tres personas mínimo, así que Damián y yo, que por unanimidad habíamos decidido ponernos juntos, buscamos un tercer refuerzo.

No se hizo esperar; una chica pelirroja nos apeló desde el asiento de atrás, estaba sola como la una. Aunque en esa gran clase su estado de soledad no era muy raro; no había tantos alumnos para llenar ese inmenso lugar en el que nos hallábamos, y estábamos repartidos por todo el territorio como si fuésemos pequeños lunares dentro de un mosaico.

—Disculpad, no conozco a nadie por aquí, como sois dos, ¿os importaría si...? —preguntó tímidamente.

—Claro, bienvenida al barco —dijo Damián por los dos.

—Gracias.

La nueva incorporación a nuestro equipo se llamaba Yolanda, nos pudo decir eso y poco más antes de que Lola volviese a hablar, esta vez, para dejarnos completamente libres.

Salimos disparados del aula en cuanto ella dio luz verde, y todo el alumnado se disipó por el edificio tan rápidamente como había llegado.

Ya casi era la hora de comer, y por desgracia, yo era la única pringada de los tres que tenía clase por la tarde, pero por una cosa o por otra, mis nuevos compañeros se solidarizaron y se quedaron conmigo a la hora del almuerzo.

La cafetería que elegimos fue la de Humanidades; los platos combinados parecían estar bien en relación con el precio.

—¿Quién decías que había estudiado nuestra carrera? —le pregunté a Yolanda, después de haber repartido el trabajo monumental en tres.

—Mi novio Jorge. Él terminó hace dos años, después hizo un máster especializado en Medieval y ahora viene de vez en cuando por aquí, está preparando su tesis doctoral —me informó ella mientras cogía el tenedor para empezar a hincarle el diente a la lasaña que se había pedido.

—¿Crees que podría echarnos una mano con los libros que debemos sacar de la biblioteca? Nos vendría genial —intervino Damián, tan preocupado como yo por ese tema. ¿Qué idea

teníamos nosotros de la época medieval si acabábamos de empezar la asignatura? Esa profesora estaba completamente loca por mandarnos hacer ese tipo de trabajo de buenas a primeras.

—Sí, claro, sin problemas. He quedado con él dentro de media hora, le preguntaré por todo lo referente a Historia Medieval —respondió ella antes de dedicarnos una sonrisa sincera.

La verdad es que, pese a cómo había empezado la mañana, debía reconocer que había acertado con mis dos nuevos amigos. No parecían malas personas y esperaba que no me dejaran tirada con eso del trabajo.

Damián suspiró mientras el tenedor que tenía en la mano jugaba con los granos de su plato de arroz.

—Me gustaba más el profesor del año pasado, no destilaba odio como esta señora.

—¿Qué profesor? —pregunté antes de darle un bocado a mis ñoquis, hasta ese momento estaban tan calientes que no había podido probarlos.

—Fernando Villablanca, desapareció el año pasado y hasta ahora nadie ha sabido nada de él —me explicó.

Casi me atraganto. Comencé a toser mientras luchaba por respirar.

—Tranquila. —Mi nuevo amigo me dio un golpecito en la espalda—. Todo el mundo lo sabe, pero claro, tú no tenías ni idea.

No, era nueva muy nueva, pero tampoco había leído nada al respecto en los periódicos. Aunque, pensándolo bien, tampoco es que yo los leyera muy a menudo, y no le prestaba mucha atención al telediario.

—¿Desaparecido?, ¿cómo que desaparecido? —no pude evitar preguntar, se suponía que la ciudad no era peligrosa, y estábamos hablando de un profesor de universidad.

—Sí, yo también lo sé —terció Yolanda—. Mi novio Jorge me lo contó. El profesor llevaba un año dando clase en la universidad, ni siquiera le había dado tiempo a tener enemigos, nadie se lo explica.

—Así es. El año pasado, en el primer cuatrimestre, de un día para otro hizo *puf*, y Lola Hernández llegó a nuestra apacible vida —hizo un mohín—, por eso estoy repitiendo esta asignatura. Yo y la mayoría de los alumnos que nos matriculamos el año pasado. Y por eso está la clase vacía, no todo el mundo se ha atrevido a repetir con ella.

—Podrías cambiar esa cara de espanto —me apeló la pelirroja, e instantáneamente la miré—. Esas cosas pasan en toda Europa todos los días. Qué digo, ¡en el mundo entero! No digo que te descuides con tu seguridad, pero no hace falta que te alarmes tampoco, te has puesto pálida.

Probablemente tuviese razón. La noticia me había dejado petrificada, y otra vez la chica rural había salido a flote. En mi apacible pueblo no pasaban estas cosas.

—Bueno, no me lo esperaba —dije mientras pinchaba de mi plato con el tenedor, intentando parecer indiferente, aunque ni siquiera comiendo ñoquis conseguía disimular el malestar que todo eso me había provocado.

La comida ya se me había hecho una bola en el estómago; ese día no paraba de ser cruel y ruin con una pobre chica como yo que acababa de irse a vivir a una ciudad desconocida —y al parecer algo peligrosa—, sola y sin familia. Si las cosas seguían así, quizás no terminase el curso. Me moría de miedo solo de pensar que esa noche dormiría sola otra vez en el barrio más destartado de la ciudad.

Me despedí de mis nuevos amigos cuando faltaba un cuarto de hora para que empezara Filosofía. Ninguno de los dos me iba acompañar en mi nueva aventura estudiantil; Yolanda no se había matriculado porque ya le parecían demasiadas las asignaturas obligatorias, y Damián ya había cursado esa misma asignatura el año anterior; era una de las que se había quitado de en medio en los dos años que llevaba en la *uni*. Según me había dicho, esa materia también había estado a cargo del profesor desaparecido, pero ahora no era Lola Hernández la que se ocupaba de ella — gracias a Dios— sino otro profesor, Rafael González.

Después de dejarme en la puerta de la clase —otra vez—, Damián, Yolanda y yo quedamos en vernos pronto para hacer el trabajo. Nos dimos nuestros respectivos números de teléfono y yo volví a estar sola.

Pasaron pocos segundos para darme cuenta de que Rafael González no tenía nada que ver con la sustitúa de Historia Medieval. El pobre hombre no podía poner la clase en orden, los alumnos se salían del aula y entraban cuando querían sin importar si el profesor hablaba o no. El hombre intentaba poner paz pero era imposible, los alumnos no lo respetaban. Por eso, a veces optaba por no dar clases y remitirnos los apuntes por internet sin necesidad de asistir presencialmente; de eso también me había enterado por Damián.

—Bien chicos, vamos a realizar los trabajos por parejas —dijo Rafael intentando que los alumnos lo escucharan—. Por favor, un poco de silencio.

Justo en ese momento pasó un avioncito de papel por delante de su cara y algunas carcajadas resonaron por toda la clase. Me dio la impresión de estar de nuevo en el instituto, había algunos alumnos un poco imbéciles por lo que se veía.

El profesor suspiró, cansado.

—Está bien —continuó hablando—. Entonces las parejas las haré yo mañana. Pronto os mandaré un correo electrónico con los grupos hechos.

Algunos alumnos se quejaron, decían que eso no era justo. Yo no lo hice, pero tampoco me parecía una buena opción; a saber con quién me iba a tocar. Había tenido suerte una vez con mis compañeros de Historia Medieval, pero dos sería ya pedir mucho para ese día truncado. En esa ocasión me había tenido que sentar sola en clase y no había conocido a nadie, y eso que el aula estaba llena de gente.

Esas insufribles dos horas terminaron en medio de mucho jaleo. Rafael González iba a eliminarse del mapa un tiempo, nos dijo que las dos siguientes clases serían contabilizadas por nuestras tareas vía *e-mail*.

Intuía que eso era una burda mentira y solo quería librarse de nosotros unos días, pero por mí mejor, así no tendría clase por la tarde dos días más.

Estaba muy cansada y tenía ganas de salir de ese escalofriante edificio de una vez, pero recogí mis cosas con tranquilidad y me dispuse a salir por la puerta del mismo modo, tampoco quería parecer una lunática.

La suerte no estaba de mi lado aquel día, así que supongo que no era de extrañar que se me cayera la carpeta desperdigando todos mis apuntes por el suelo.

Bufé contemplando el desastre, y después me agaché para recogerlo todo. En ese momento alguien me empujó y caí de culo sobre las losas.

—Podrías mirar por dónde vas ¿no? —le dije enfadada al chico que me había hecho perder el equilibrio.

—No te pongas en medio —contestó él seco mientras salía por la puerta sin mirarme.

No respondí, o más bien no me dio tiempo a responder: el tipo había salido como una bala. Recogí mi carpeta y mis folios, cabreada, y salí detrás de él a decirle cuatro cositas bien dichas. ¿Quién se había creído que era?

Para seguir sumándole incidencias al día, tengo que admitir que no lo vi por ningún lado. Se había volatilizado o algo, porque no había ni rastro de ese capullo.

Decidí marcharme de allí para coger el autobús que me dejaría en el centro e iría a mi casa a dormir. Quizás el día siguiente amaneciera mejor.

2

La Biblioteca

La profesora de Arte no había aparecido esa mañana. Los responsables de dar la información pidieron disculpas a los alumnos por la comunicación de la noticia a esas horas, pero la profesora no se había puesto en contacto con ellos hasta ese momento. Les había pedido que nos dijeran que volviéramos al día siguiente y que sentía la molestia.

Esa mañana había amanecido más relajada; tenía todas mis asignaturas en la parte moderna de la universidad, ya que de Filosofía me había librado.

—¡Delia! —Alguien me llamó a mi espalda. Era Yolanda.

—Hola, ¿de dónde sales? No te he visto en clase hoy. Bueno, más bien, en la puerta de clase, la profesora Romina no ha venido al parecer —comenté.

—Sí, es que yo no me he matriculado de todas las asignaturas, ya sabes, me lo tomo con calma.

—Pero Arte es obligatoria —apunté.

—Sí, lo sé. Para ser de primero me he matriculado en muy pocas, pero necesito sacar buena nota en todas. Quiero hacer el máster que hizo Jorge y no quiero ir con cincos.

—Ah, qué pena, me hubiese gustado tenerte como compañera allí también. Aquí la gente no es muy... —tardé un poco en encontrar la palabra apropiada para definirlo, pensando en el chico que me había empujado sin ningún miramiento el día anterior— agradable. Además, tampoco he visto a Damián.

—¡Bah! Él seguro que tiene menos clases yo, ya oíste lo que nos dijo ayer.

—Supongo que sí —respondí un poco abatida. Era cierto, Damián nos había dicho que no pensaba estresarse y que se sacaría las asignaturas poco a poco. Al parecer Lola Hernández andaba en otras asignaturas de cursos superiores.

—¿A dónde vas? —preguntó Yolanda.

—Iba a tomar algo por hacer tiempo, pero si tienes una idea mejor...

—Yo iba a la biblioteca, por lo del trabajo. ¿Quieres venir conmigo? —preguntó algo tímida, mirando al suelo.

—A ti también te da miedo ese lugar, ¿verdad? —deduje.

—¿Tanto se me nota? —Sonrió.

Un segundo después estallamos en carcajadas por lo cómico de la situación. ¿Qué esperábamos encontrar en la biblioteca aparte de libros? Ninguna de las dos quería ir sola, pero la verdad es que ese miedo irracional que nos producía aquello debía acabarse de una vez.

La parte más antigua de las edificaciones del campus daba repelús y pondría los pelos de punta al mismísimo Conde Drácula, pero nosotras, como dos valientes, nos acercamos sin vacilar hasta la biblioteca. Nunca había estado allí, y me entraron ganas de darme la vuelta cuando me encontré frente a la edificación.

Las paredes tenían columnas de mármol adosadas, de color gris —como era toda la parte antigua—, en lo alto había un medallón redondo con el símbolo de la universidad: un sol y una luna menguante, y a sus lados una hilera de óculos translúcidos que hacían de ventanas. La puerta principal era de madera gruesa, se encontraba abierta delante de nuestras narices, esperando a que la atravesáramos.

Las dos tragamos saliva, en el fondo éramos unas crías de diecisiete años a las que la ciudad se les quedaba grande. Yolanda también era de un pueblo, solo que más grande que el mío y más cercano a la ciudad, y aunque había venido mucho por aquí, no se había desenvuelto demasiado sola, su novio siempre la había acompañado.

—Pero bueno, ¿a quién se le ocurrió hacer una biblioteca tan siniestra en un campus universitario? —me quejé sin quitar la vista de esos círculos redondos que daban luz a ese lúgubre edificio.

—La biblioteca es la edificación más antigua de toda la universidad. En otra época lo que hoy es el campus era propiedad de la iglesia y la biblioteca es el único edificio que se conserva casi completo de aquel entonces. Se comenta que se cometieron crímenes en nombre de Dios y la Corona.

Me quedé mirándola.

—¡Ahora sí que es verdad que tengo escalofríos! —contesté.

—Se cuenta que maltrataban a la población que consideraban hereje. Los mayores castigos eran impartidos por los gobernantes de la zona y no eran precisamente rápidos y poco dolorosos. Muchas mujeres fueron acusadas de brujería y torturadas hasta la muerte.

—Sabía lo del pueblo medieval, pero sobre eso ¿no tenía ni idea! —exclamé con los ojos abiertos de par en par.

¿Cómo había podido vivir en la ignorancia tanto tiempo? ¡Esto eran historias para no dormir! Nunca habría imaginado que la universidad fuese tan aterradora.

Yolanda sonrió por el comentario.

—Entonces, mejor no te digo lo que viene ahora.

No sabía si de verdad quería saberlo, pero la cosa es que la animé a continuar.

—Se dice que los fantasmas de esas pobres almas nunca se Rieron de aquí, que esperaban vengarse de sus captores, solo que con el gran terremoto todo se acabó y este lugar nunca volvió a utilizarse para tales fines. Y ellos permanecieron aquí. La catedral está embrujada también, si algún día te acercas por allí, ten cuidado.

Lo dijo tan solemne que casi la creí.

Pero al margen de que yo no creyese en fantasmas, ¿habían edificado una universidad sabiendo todo eso? ¡Joder! ¿Tendrían los alumnos alguna idea de aquello?

—¿Y cómo sabes esas cosas? —pregunté aún con los pelos de punta.

—Mi novio está haciendo una investigación para un libro que está escribiendo junto a unos compañeros sobre la historia de la universidad y las edificaciones eclesiásticas de la ciudad, y yo pues tengo información privilegiada —alardeó en broma.

—Te puedo asegurar que si yo hubiese tenido conocimiento de todo esto, no me hubiese inscrito en esta universidad.

—No está probado, solo son leyendas, pero a mí me fascinan. Vas a estudiar Historia, deberías adaptarte a que no todo va a ser bonito: la Humanidad ha cometido muchos crímenes sin fundamento.

Vale, era un poco macabra, pero me caía bien.

—Sí, pero una cosa es leerlo en los libros y otra que se te ponga la piel de gallina cada vez que entres a la biblioteca donde sucedieron tales hechos.

Yolanda soltó una carcajada, era obvio que le hacía gracia mi forma de pensar. Yo ya sabía que el ser humano tenía muchas cosas de las que arrepentirse, pero nunca me habían gustado las historias de miedo, y menos en un sitio que daba más repelús que un cementerio lleno de cuervos. Yo no creía en espíritus, pero no por eso me burlaba de esas cosas.

Su móvil sonó, haciendo que se concentrara en él y que yo diese un respingo por el susto.

Era su novio, el que, para mí, a partir de ahora, estudiaba cosas de miedo y no Historia Medieval.

Venía a buscarla, así que decidimos esperarlo ya que ninguna de las dos estaba muy conforme con entrar ahí dentro y, con su ayuda, quizás no vagáramos perdidas entre los libros de Historia.

Diez minutos después Jorge apareció doblando la esquina de la biblioteca, se disculpó por el retraso y Yolanda me presentó. Le expusimos nuestro problema para hacer el trabajo: ninguna de las dos sabía qué libros eran idóneos para ello, aunque ella tenía muchos más conocimientos que yo de todo.

Le explicamos nuestras dudas sobre la bibliografía a buscar y nos aconsejó algunos títulos.

—Yo lo enfocaría así: podéis buscar los puntos que están en pie actualmente, ir a visitarlos y recabar información para completar —nos sugirió el chico, aunque la que tomó nota de ese dato fui yo; a mí me había tocado el tema de la geografía, a Yolanda los aspectos políticos y a Damián los culturales.

—¡Buena idea! —exclamé—. La verdad es que podríamos plantear nuestro trabajo como si fuera un itinerario, yo creo que a Lola le puede gustar.

—Pues sí, podemos intentarlo. Mañana se lo decimos a Damián —propuso ella.

Los tres entramos en la biblioteca. El interior imponía aún más que su exterior. Las paredes de piedra vista estaban decoradas con unos cuadros tan tétricos y viejos como el lugar. Incluso los muebles parecían sacados de la época medieval. Parecía como si en el edificio el tiempo se hubiera detenido en el siglo XVI y no hubiese continuado. En la pared, un mapa mostraba las diferentes salas de las que disponía el lugar.

—Vale, yo buscaré los libros de historia política en la Sala II —dijo mi amiga señalando el punto exacto donde tenía que ir a buscar lo que necesitaba.

—De acuerdo. Entonces yo... buscaré los mapas del lugar en aquellos años en la Sala III —dije encontrando mi punto de búsqueda con el dedo en el mapa, que se hallaba tan decolorado como el lugar.

En esos momentos me hubiese gustado que en vez de tres hubiésemos sido cuatro, no me apetecía subir por las escaleras de piedra en forma de caracol que ascendían al piso de arriba, justo al lado opuesto al que debían ir ellos. Había un ascensor, pero lo descarté por completo porque no me fiaba en absoluto de la instalación eléctrica de ese sitio, y perfectamente podría morirme del susto si al ascensor se le ocurría pararse sin abrir las puertas.

Me puse enfrente de ellas y cogí aire antes de subir. Dios ¡qué mareo daba verlas! Eran muy largas. ¿Cuántos escalones podría haber hasta llegar al piso de arriba? Me agobié solo de imaginármelo.

Sin pensarlo mucho más, subí sin detenerme por los grandes escalones de piedra. Al llegar arriba me recibió una entrada que daba a las Salas III, IV y V y a continuación un pasillo que me introducía a algún otro lugar que debían de ser más salas.

«En fin, aquí estamos», me dije mientras me situaba al lado de la Sala III y dejaba atrás los interminables escalones de piedra. Me topé con una gran puerta de madera y con un valor que no sentía, entré. En el lado derecho había un ordenador para que buscáramos los libros. Algo que me sorprendió, ya que desentonaba demasiado con la decoración.

Cogí el ratón, coloqué la flecha de la pantalla en la barra de búsquedas y comencé a meter nombres.

«*Mapas Medievales. Disposición de las Iglesias actuales procedentes de la Edad Media. Ciudades de la Edad Media*», esos eran los nombres que Jorge me había dado para que comenzara mi investigación.

Me llamó la atención un título. Ese no me lo había dicho el novio de mi amiga, había salido como sugerencia: *Cartografía de la Edad Media, la edición más completa*.

—Ese seguro que me vale.

Anoté en un papel el lugar donde se encontraba el libro y me puse inmediatamente a buscarlo; cuanto antes acabara, antes saldría de aquel lugar.

Recorrí las calles de estanterías hechas de madera y llenas de libros. Muchos de ellos tenían el dorso desdibujado; otros se hallaban con las páginas amarillentas; unos cuantos empolvados hasta arriba, como si nadie se ocupara de ellos. Parecía como si todo fuese viejo. Muy viejo, en realidad, incluso los que parecían ediciones más nuevas.

Allí estaba el dichoso libro, en la tercera fila de la décima estantería: *Cartografía de la Edad Media, la edición más completa*. Lo cogí y pasé sus páginas rápidamente, sin mirarlas.

El libro era un tocho. Suspiré.

De repente, un ruido seguido de una exclamación llegó desde la estantería de atrás. Había sonado como si un libro se hubiese caído encima de alguien, y se podía deducir que el volumen era grande por el estruendo que había oído.

Me apresuré a echarle una mano a quien fuera que fuese. Quizás se hubiese hecho daño. Si te caía uno de esos en la cabeza o en el pie... en fin, desde mi punto de vista podría mandarte a un hospital.

Se me quitaron las ganas de ayudar al que pensaba que era un pobre desvalido cuando lo vi. ¡Ahí estaba él! Ese chico. El mismo que me había empujado el día anterior y se había marchado apresuradamente por la puerta de la clase.

El tío estaba recogiendo un libro de mayor grosor que el que yo sostenía entre mis dedos mientras que con la otra mano se acariciaba la cabeza por detrás. Probablemente se hubiese

metido un buen golpe, y no podía decir que no me alegrara.

«*Las catedrales del Siglo XVI*», rezaba en la portada.

Él se dio cuenta de que lo estaba mirando en cuanto levantó la vista del suelo. Era difícil decir qué expresión tenía mi rostro, más cuando sentí cómo sus grandes ojos verdes se posaban sobre los míos color castaño claro. No me costó mucho tiempo ver lo fríos que eran. Pero también vi en ellos otra cosa, una especie de chispa y viveza que no había visto jamás en nadie.

Pasamos unos segundos así, sin decir palabra. ¿Se acordaría él de que era yo la chica a la que había empujado al salir de clase? Apenas me había mirado.

A partir de aquí, todo pasó muy rápido.

Él dio un paso hacia mí y el juego de miradas se rompió cuando sentí cómo me subían los colores, a la vez que su intimidante mirada me hacía desear no haberme topado con él. Retrocedí y me dispuse a salir a toda prisa de la sala, con la mala suerte de que por poco me estampo contra el marco de la puerta.

Al final solo tropecé, pero el libro salió volando de mis manos y acabó a un metro de mí. Volví un paso hacia atrás para cogerlo, pero el chico me había seguido y me estaba dando alcance. Un poco superada por el pánico, dejé el libro allí y me fui corriendo.

Bajé las escaleras de caracol sin vacilar, corriendo. Cuando llegué a la entrada, Yolanda y su novio ya me estaban esperando, ella con un libro en la mano.

—¡Eh! —me llamó—. Estamos aquí.

Me dirigí hacia ellos, no sin mirar una vez más en dirección a la escalera; quería comprobar que ese chico no me seguía.

—¿Qué te pasa? Parece que hubieras visto un fantasma —comentó ella en cuanto me vio la cara—. ¿Y los libros de geografía medieval? —preguntó fijándose en que no llevaba nada.

—Pues... —Metí mis manos temblorosas en los bolsillos de los vaqueros, pensando que debía calmarme. No podía explicarlo, pero el encuentro con el tipo ese me había exaltado demasiado—. No he visto ninguno que valiera la pena. Echaré un vistazo otro día, ¿de acuerdo? —Me encogí de hombros, intentando sonar convincente mientras sonreía.

—Vale, como tú veas. —Sabía que se estaba preguntando qué diablos me habría puesto así, pero no intentó indagar más sobre el tema para mi alivio.

—¿Nos vamos entonces? —propuso Jorge.

—Sí, claro —accedió Yolanda, luego me miró—. Oye, si te encuentras mal podemos acercarte en coche.

Por educación hubiese rechazado su propuesta, ya que apenas tenía confianza con ella aunque hubiésemos congeniado bastante bien, y mucho menos con su novio al que acababa de conocer, pero estaba tan nerviosa que prefería quedar mal delante de ellos a estar allí ni un minuto más. Había decidido no ir a clase de Arte.

—Os estaría muy agradecida.

3

El chico del empujón

No sabía por qué, pero la mirada de ese chico me había intimidado. Me había hecho sentir miedo. Esos ojos insensibles y verdes observándome me habían dado algo de repelús.

Decidí no pensar en él, se me ponían los pelos de punta. Aunque, en realidad, era guapo, eso se lo reconocía, después de todo, me había hecho ponerme como un tomate.

«Damián es más atractivo», clamó mi mente, «y además no da miedo».

Era verdad, Damián tenía un cuerpo perfecto a simple vista; era más alto que yo —y yo medía un metro setenta—, tenía un bonito rostro cuadrado, un brillante pelo castaño y unos hoyuelos muy graciosos.

El tipo de los ojos verdes también era alto, y era curioso, porque solo lo había visto unos segundos, pero habían sido suficientes para que su imagen se grabara a fuego en mi mente. Aparte de sus inquietantes ojos, me había fijado en su rostro, que no era tan cuadrado como el de Damián. El tono de su pelo era negro oscuro y su complexión física tampoco me había parecido nada mal. Sin embargo, la sensación que emanaba de él en nada tenía que ver con la amabilidad que desprendía Damián.

Pero, en contra de todo pronóstico, no podía quitármelo de la cabeza, nadie me había hecho sentir tan desarmada en mi vida.

En esas estaba pensando sentada sobre el sofá de mi pequeño apartamento alquilado, cuando lo que debía hacer era ponerme manos a la obra con Historia Medieval. Mi bolígrafo bailaba sobre mi bloc de un lado a otro, había hecho tres dibujitos sobre el papel blanco y no me había dado ni cuenta. Llevaba pensando en el chico sin nombre desde por la mañana, cuando me lo había encontrado y estaba un poco nerviosa.

En casa, cuando me ponía nerviosa, normalmente me intentaba relajar andando para acá y para allá en mi habitación, pero aquí tampoco tenía mucho espacio por el que moverme. El salón estaba adosado a la cocina y viceversa, solo se distinguía un espacio de otro por una pequeña barra de madera en la que descansaba un frutero vacío. Detrás estaba mi dormitorio, donde mi cama deshecha me esperaba para dormir, y una pequeña puerta justo al lado que daba acceso al baño.

Suspiré mirando hacia la encimera vacía, algún día debía hacer la compra. El frigorífico también pedía a gritos que lo hiciera. Si no había ido ya al súper era porque había pensado en volver a casa en el minuto uno que había puesto un pie en aquel gran campus, pero mis padres estaban tan orgullosos que...

Me levanté del sofá con un pie adormilado, fui cojeando hasta mi cama, me puse las deportivas, cogí mi bolso y bajé por el destartalado ascensor los ocho pisos, ya que había decidido que antes de ponerme con el trabajo me relajaría haciendo la compra.

Recordé una de mis notas mentales, ya que eso de tener una agenda no iba mucho conmigo: pasarme por algún locutorio a ver si el del Filosofía nos había enviado ya la lista de los grupos.

Compré cuatro cosas para pasar los siguientes días, el súper en el que había acabado no tenía mucha variedad de productos. El *ciber* que había encontrado era un poco cutre pero me sirvió para ver que en el correo electrónico no tenía nada. Pero ya que estaba allí, busqué en la web dónde podría empezar mi búsqueda de iglesias y dónde se situaba exactamente la catedral, el punto clave de nuestro itinerario. Aunque no fuese un libro ilustrado de mapas, internet iba bien también para situarse en la ciudad. Con el *Hotmail* y el *Facebook* abiertos, pero sin hablar con nadie, vi cómo recibía un *e-mail* de la universidad. Me apresuré a abrirlo lo antes posible.

«Buenas tardes, queridos alumnos. Soy el profesor Rafael González. Me dirijo a ustedes: señorita Delia Villegas y señorito Michel Marconi, para decirles que son el grupo número 12 de la asignatura "Filosofía". Su trabajo consiste en describir y analizar las aportaciones del pensamiento de Platón a la historia occidental. Un Saludo.»

«¡Genial! No voy a tener tiempo de aburrirme», pensé suspirando por lo pesado que se me iba a hacer la búsqueda de información de aquel trabajo. Estaba harta del mismo filósofo. Lo bueno era que, al menos, había muchos autores que hablaban sobre él, y eso equivalía a mucha información valiosa para llevar a cabo el encargo del profesor.

«Michel», repetí mentalmente releendo el nombre de mi compañero. «¿Italiano?», quise deducir por el apellido. Interesante, no conocía italianos, me habían dicho que tenían fama de seductores y melosos, o por lo menos eso era lo que Susi, una de mis amigas, que había acabado en otra universidad, me había comentado en su último mensaje. Ella ya había puesto en práctica eso de «ligar» en las fiestas universitarias, y por supuesto, me animaba mucho a hacerlo yo también.

No me importaba si era guapo, pero francamente, meloso... esperaba no tener problemas con él, desde luego. Seguramente sería un Erasmus; uno de esos estudiantes de intercambio de los que me habían hablado en las charlas del instituto antes de llegar aquí, y esperaba que no fuera uno de esos que solo pensaba en la juerga y las fiestas en la discoteca. Yo no había ido allí a hacer el tonto, sino a sacarme una carrera, y eso de ligar con los chicos por ahora quedaba fuera de mi órbita.

Apunté las direcciones de la catedral y varias iglesias de la zona y me dispuse a pagar al dependiente.

Ya lo había hecho todo y eso que solo eran las cinco y media. Aún quedaban algunas horas de sol, podía ir a la iglesia más cercana a ver qué podía aportar para mi trabajo antes de encerrarme.

Subí a casa, dejé las cosas que había comprado y cogí las direcciones que había apuntado en mi búsqueda por la red. Bajé deprisa, saqué mi mapa de la ciudad del bolso y me dispuse a hacer algo productivo ese día. Me sentía fatal por haberme saltado Arte, y además, enfadada conmigo misma porque un desconocido hubiese provocado con una mirada mi inminente huida del campus. Aquello no podía seguir así, debía ser menos propensa a atemorizarme por nada.

Fui dibujando con un bolígrafo el camino recorrido según iba encontrando las calles. Al llegar a mi destino, me encontré con que la iglesia estaba abierta.

«No es más grande que la de mi pueblo», intuí al verla. La fachada era blanca, con tejado a dos aguas y una *cruz* en el centro en la parte superior.

Me di cuenta de que la misa acababa de terminar. Qué suerte, así la gente se iría y no tendría que tragarme el sermón. Se me antojó ser una policía, buscando alguna evidencia de algún crimen, solo que la mía debía ser alguna evidencia de que ese lugar había estado en pie desde el siglo XVI. ¿Quién iba a decir que esa edificación había existido desde hacía tanto tiempo? No tenía ni un solo rasgo medieval. Menuda decepción. Pero por si las moscas, decidí pasarme por delante de los altares.

El templo era una cosa futurista si se comparaba con los años de la Edad Media. Era blanco por dentro también. Sus paredes no debían tener más de un siglo, estaban cubiertas de yesería, adornadas con cenefas de escayola que, con la altura, era difícil de descifrar lo que se dibujaba en ellas. Los altares eran de mármol, *beige* y dorado. Y debajo de ellos, sobre una placa plateada, llevaban inscrito el nombre y una breve explicación de sus moradores.

Me detuve junto a una de las inscripciones: «Santa Lucía. Protectora de...».

No pude leer más antes de que un objeto se interpusiera entre la placa y mis ojos: un libro sujeto por una mano.

«*Cartografía en la Edad Media. La...*».

No seguí leyendo.

No me podía creer que eso fuera posible. *Él...* no... no estaba allí, a mi lado ¿verdad?

Para comprobarlo, me giré rápidamente hacia el lugar de donde procedía la persona que sostenía el libro.

Di un salto hacia atrás, grité por el susto y después me tapé la boca con las dos manos.

¡Sí que era él! Con sus inquietantes ojos verdes mirándome.

Se escucharon unos cuchicheos, los de las mujeres rezagadas que siempre se quedan un rato en la iglesia después de recibir misa. Todas miraban hacia nosotros, impactadas por el grito.

Me encogí de hombros a modo de disculpa mientras miraba a mí alrededor con las mejillas sonrojadas por la vergüenza. Cuando volví a poner los ojos en él, me percaté de que no se había movido ni un solo milímetro de su postura anterior, seguía con el brazo estirado y el libro tendido hacia mí, observándome.

—Gra... gracias —conseguí decir mientras cogía el volumen con un tembleque en la mano que esperaba hubiese sabido disimular más o menos bien.

—De nada. Te lo dejaste olvidado —dijo él esbozando una sonrisa. Parecía divertido con la escena.

Eso me fastidió.

—¿Se puede saber de qué te estás riendo? —pregunté entre enfadada y nerviosa.

—De ti —dijo sin más, mientras seguía enseñando sus dientes.

Nunca me habían gustado los graciosillos, y menos los graciosillos desconocidos.

—Pues ya puedes borrar esa sonrisita de tu cara —le respondí lo más alto que pude. Hablaba entre susurros para que no me volvieran a mirar las señoras que seguían parlotando como si nada en las tres puertas de la iglesia. Por Dios, ¿es que no tenían casa? ¿Se pensaban quedar a dormir allí o qué?

De repente el chico me obedeció y se puso serio, sin dejar de mirarme. Enseguida me puse en tensión de nuevo. ¡Qué mirada! ¡Helaría a un muerto!

Un segundo después, volvió a sonreír.

—Lo siento, pero prefiero tener esta cara delante de ti, creo que te asusto —argumentó, torciendo sus labios hacia arriba en una nueva mueca divertida.

No me gustó mucho el chiste, la realidad era que él me intimidaba de verdad, pero no pensaba demostrárselo.

Puse los ojos en blanco y me dispuse a irme, pero su mano aferró mi brazo antes de que lo hiciera.

—Perdona —me dijo—. Por esto y... por lo de ayer por la tarde en clase.

¡Se acordaba! Sabía que era la chica a la que había empujado.

—Si casi ni me miraste —dije en voz alta, terminando de expresar en palabras audibles el pensamiento que me rondaba en la cabeza.

Perspicaz como él solo, comprendió mis palabras.

—Sí, lo sé. Al principio, cuando te he visto en la biblioteca, no he caído en quién podrías ser, pero luego me he acordado de que eras de la clase de Filosofía. Lo siento, no he tenido una buena mañana.

—Yo tampoco —respondí mirándolo con ojos de lince, a modo de castigo. Me solté de su agarre, su mano aún sostenía mi brazo.

—Ya te he dicho que lo siento.

Como si con eso pudiera repararlo todo.

—Y yo acepto tus disculpas, pero tengo cosas que hacer. —Me encaminé hacia la puerta de la iglesia, bajo la insistente mirada de las señoras que no paraban de observarme como si hubiesen visto un marciano.

Del inmenso sol que había cuando había entrado en la iglesia, solo quedaban unos fugaces rayos al oeste, y estos apenas asomaban por culpa de los grandes edificios que bordeaban la zona.

¿Qué hora era? Miré el reloj en el móvil, la batería estaba casi a cero.

—¡Las ocho! —exclamé en un grito, pero esta vez las señoras de la iglesia no estaban cerca para mirarme como a una loca.

Se me había ido el santo al cielo, y nunca mejor dicho, mientras preguntaba por las calles y llegaba al lugar junto con la pequeña conversación con mi nuevo *amigo* y la ojeada que le había echado a la iglesia.

Me dispuse a deshacer el camino antes de que se me hiciera más tarde, no me gustaba andar sola por allí de noche.

«En la ciudad encantada», agregué recordando las palabras de Yolanda.

Todo era diferente cuando se iba el sol, como más... terrorífico.

Me alegré de llevar el mapa, aunque me costaba leerlo a esas horas, no era demasiado tarde pero era ya de noche, y las farolas estaban tan altas que apenas llegaba la luz al suelo.

De repente, escuché un pequeño ruido a mi espalda y el pánico me atenazó. Me daba igual lo que fuera: un gato, un perro, una cucaracha o un fantasma... Salí corriendo calle abajo sin mirar atrás, pero con la prisa, me tropecé al bajar una acera, cayendo al suelo.

Solté un grito por el dolor que tenía en la rodilla derecha, mientras me levantaba la tela del pantalón para verme la herida.

—¿Estás bien? —dijo una voz detrás de mí. Hubiese dado un salto de no haber estado sentada en el suelo y malherida.

—¿De dónde has salido? —pregunté sorprendida mientras miraba al dueño de esa voz. ¡Él! ¡Siempre él! Ahí estaba de nuevo.

—Estaba detrás de ti y has salido corriendo como una loca —explicó mientras me tendía una mano para ayudarme a levantarme.

—Las personas normales dicen algo, no se disponen a perseguir a los demás sigilosamente —refunfuñé—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Lo sé. Eres increíblemente divertida, te asustas con nada. —El muy maldito ni siquiera intentó ocultar su risa, aunque ya sabía que le preocupaba bien poco que yo viese que él se reía de mí o no.

Y yo ya no estaba cabreada, ¡estaba furiosa! ¡Ese tío se estaba quedando conmigo!

Aparté la mano que me había tendido con brusquedad.

—Puedo yo sola, gracias —dije mientras me levantaba y me disponía a andar con algo de orgullo herido. Era verdad que era una miedica, pero él no era nadie para recordármelo y mucho menos para asustarme adrede—. ¡Ah! —me quejé al primer paso.

—Vaya, sí que es buena esa herida —observó el moreno mientras se agachaba a la altura de mis piernas y contemplaba el corte que me había hecho en plena rodilla; estaba chorreando de sangre.

Me bajé la pierna del pantalón rápidamente.

—No es nada —mascullé andando de nuevo e intentando ocultar lo mucho que me dolía.

—Siento haberme reído de ti, ¿vale? Déjame que te acompañe a casa, después de todo la culpa ha sido mía. O quizás debería llevarte al hospital... igual necesitas puntos. Tengo el coche aquí cerca —se ofreció.

¿Puntos? Tampoco era para tanto... ¿Sería un perverso que me querría llevar a algún lugar con ese pretexto de la herida?, ¿o era un ángel de la guarda, como parecía ahora bajo los brillos de la luna, que iluminaban su pelo negro y hacían que sus ojos verdes parecieran dos preciosas esmeraldas?

Sacudí la cabeza, quitándome esa idea de la mente. ¿Preciosas esmeraldas? ¡Ya estaba delirando!

Pero, contestando a la pregunta, la verdad era que no lo sabía. No me fiaba de él para nada.

Pensé detenidamente su propuesta. Mi móvil estaba a punto de apagarse, así que me quedaría sin batería en breve. No tenía coche, ni dinero para el autobús; en realidad, no sabía por dónde pasaría el autobús por esa zona. Y el mayor de los problemas, tardaría como dos horas en llegar a casa a ese paso mientras descansaba para reposar la pierna algunos segundos de vez en cuando antes de andar un pequeño tramo y parar de nuevo.

Solté aire. Él esperaba mi respuesta, impaciente.

—Vale —acepté. De todos modos si rechazaba la invitación del supuesto pervertido, este me podría alcanzar sin problemas si decidía irme andando.

El chico se relajó; era obvio que esperaba una negativa por mi parte.

4

Mi extraño acompañante

Su coche estaba una calle más abajo y yo intenté ir lo más deprisa posible, pero la verdad era que me dolía mucho la pierna.

Cuando por fin llegamos, él, muy caballeroso, me abrió la puerta del copiloto y me ayudó a sentarme en el asiento.

—Gracias —expresé sinceramente. Me había sorprendido el detalle.

—De nada, a sus pies señorita —comentó de buena gana, quizás un poco teatral, pero a mí me hizo gracia.

Quizás no era tan mal chico después de todo.

Arrancó el coche en dos segundos, después de preguntarme por dónde se iba a mi casa.

No me hacía gracia decirle exactamente dónde vivía, pero ¿qué otra cosa podía hacer coja y desvalida?

—¿Y qué te trae a ver iglesias en un lugar que no conoces un miércoles por la tarde? —preguntó rompiendo el silencio.

¿Era tan obvio que era nueva en la ciudad como para haber deducido que no la conocía?

—Pues... un trabajo —respondí mientras comprobaba si el libro que me había traído él estaba en mi bolso. Sí, ahí andaba, tan pesado como recordaba, había sido muy amable por su parte habérmelo devuelto—. Pero la verdad es que no he conseguido averiguar mucho de lo que buscaba.

—¿Qué necesitas saber?

¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba, se estaba interesando por mi trabajo.

—Pues básicamente si esa iglesia tiene unos cuantos siglos como pone en internet, y si es así, buscar información sobre ello.

—Sí que los tiene, pero hubo un terremoto en mil ochocientos diez y se hizo prácticamente nueva. En realidad, se podría decir que la ubicación es correcta, pero todo está muy reformado. De esa época... solo quedan en pie las paredes laterales.

—¿Y cómo sabes todo eso? Yo no he encontrado tanta información en la red —pregunté sorprendida.

—Pues de la carrera —contestó mirando al frente mientras conducía.

—¡Vaya! Creo que Lola estaría encantada de que fueras su alumno.

—¿Lola?, ¿de Historia Medieval? No, gracias. Lo fui el año pasado durante un cuatrimestre entero y no quiero volver a verla en mi vida.

Sonreí; se notaba que la profesora le caía igual de bien que a todos los demás. A lo mejor hasta teníamos cosas en común, además de que parecía que estudiábamos lo mismo. Filosofía era una optativa, la mitad de los alumnos eran de otras carreras que necesitaban créditos de libre configuración para acabarlas, o eso había oído por ahí.

—A mí tampoco es que me guste demasiado, pero no solo ella, en general, las cosas aquí son muy... no sé, ¡todo es extraño! Es enorme —expresé mirando por la ventanilla los grandes edificios.

Me estremecí al verlos. La noche los hacía muy aterradores. Así que volví a mirar a mi extraño compañero de viaje, que en ese momento me contemplaba con el semblante confuso. Después volvió la vista al frente.

—¿Enorme? ¿Comparado con qué?

—Pues con... —Me lo pensé dos veces antes de responder. No lo conocía de nada y se había reído de mí dos veces, no iba a seguir con el juego de ser la pardilla de turno—. Bueno, da igual, déjalo.

—No, no, dímelo, me tienes intrigado —insistió.

Resoplé, a él qué más le daría.

—Vale, comparados con mi pueblo.

No pudo evitar sonreír por el comentario.

—¿La iglesia allí es pequeña? —inquirió.

—Sí.

—¿Los edificios son pequeños? —continuó.

—Sí.

—¿El pueblo es pequeño?

—Sí.

¿A dónde quería llegar?

—Pues la ciudad es todo lo contrario; es grande, fría, y sobre todo, más peligrosa. Así que mientras estés aquí, olvídate de allí —dijo esto último mirándome seriamente.

No respondí a eso. Solo asentí; en ese momento tenía un aire muy paternalista.

—¿Quieres que pasemos por el hospital? Queda cerca de aquí —propuso después de habernos quedado callados unos minutos, lo que me había dicho me había sonado a advertencia, y no había dejado de darle vueltas.

—No, gracias. —Prefería llegar a casa ya. Increíblemente la pierna me dolía un poco menos, aunque ya vería cuando me bajara del coche...

Cuando llegamos a la entrada de mi bloque, él volvió a ayudarme abriéndome la puerta de nuevo. ¡Qué caballeroso se había vuelto!

Me quejé otra vez al poner el pie en el suelo.

—De verdad. No me importa llevarte al hospital, si quieres. —Se volvió a ofrecer.

Agujas, médicos, tiritas, horas interminables de espera...

—¡Da igual! Seguro que la herida estará mejor mañana —dije moviendo la pierna para restarle importancia.

Él frunció el ceño, incrédulo. Era obvio que yo no engañaba a nadie, pero no insistió más.

—Bueno... pues ten cuidado por aquí. —Echó una última ojeada al lugar. Después se metió en su coche y con un movimiento de mano se despidió de mí.

Yo hice lo mismo mientras se alejaba de mi posición en su auto azul marino.

Un segundo después caí en la cuenta de que no sabía su nombre, había estado hablando un rato con él y no se me había ocurrido preguntarle, aunque él tampoco lo había hecho. Es más, se había portado genial conmigo, y ni siquiera le había dado las gracias. No era propio de mí, pero últimamente todo lo que hacía no era lo que solía hacer cuando vivía en casa. Esto era una racha extraña de adaptación al medio que no me estaba yendo nada bien; debía ponerme seria con las clases e intentar sobrellevar el curso lo mejor que pudiera, y agradecerle al chico su amabilidad en cuanto tuviese la oportunidad; eso de ser desagradecida no iba conmigo. Pero estaba claro que todo esto tendría que esperar.

5

Mala pata

Cuando me levanté el día siguiente, la pierna me dolía horrores. Además, se me había infectado la herida de la rodilla y tampoco tenía botiquín, solo me había puesto hielo y algodón; una superchapuza que quería imitar a los típicos remedios de abuela. Al final tendría que ir al médico.

Opté por no ir a clase ese día aunque la profesora de Arte hubiese dicho que iría, ya le pediría los apuntes a alguien. La siguiente clase que me iba a saltar era la de Historia de España. Ese era el menú del día. ¿Estarían en esa clase Yolanda y Damián? Sería más fácil para conseguir los apuntes. O... quizás estuviese el chico sin nombre... A él también le podía pedir los apuntes.

Pensar en él no era como pensar en Yolanda y Damián. No me daba tanta confianza como ellos, pero, por alguna extraña razón que aún no podía llegar a comprender, no me lo quitaba de la cabeza ni un segundo; sus sonrisas fugaces riéndose de mí se habían quedado en mi memoria tatuadas; su rostro un tanto ovalado, sus ojos verdes y su pelo moreno cayendo sobre ellos, habían hecho que su imagen danzara nítidamente por mis sueños esa noche.

«¡Para ya!», me apremié, saliendo de las sábanas. Ese chico era raro, había sido amable conmigo, sí, pero también me había lanzado al suelo como un burro y no me valía de nada la excusa de que había tenido un mal día, porque yo no iba empujando a la gente cuando tenía un día malo.

Esa mañana me dediqué a investigar en el libro que mi nuevo *amigo* me había devuelto, para ver lo que podía hacer con el dichoso trabajo. Revisándolo más detenidamente, comprobé que el libro había sido una buena opción, había un montón de cosas de las catedrales e iglesias de la época. Además había fotos de las paredes y techos originales de esa iglesia que había visitado en la tarde anterior. Resultó que la habían restaurado mucho después del terremoto aquel, y varias veces.

Después de la única mañana productiva que había tenido desde que andaba por esta ciudad, al mediodía hice un parón para comer. Comida china igual a comida rápida. No tenía ganas de cocinar. La pierna me dolía más y además se me había hinchado mucho. No tenía ni ganas de moverme cuando le tuve que abrir la puerta al repartidor. De ese día no pasaba que fuera al centro más próximo. No me gustaba ni un pelo la idea, ciertamente, pero había decidido ir cuando me había dado cuenta de que tardaba un cuarto de hora en recorrer dos metros de distancia y el hielo no me bajaba la hinchazón.

«Bueno, los antiinflamatorios también me los podía haber recetado yo solita», refunfuñé para mi interior al salir de la consulta.

Suspiré. La melodía de mi teléfono móvil me reclamó desde mi bolso.

—¿Sí?

—¿Qué tal? Hoy no has aparecido por Historia de España, ¿no eras tú la chica responsable? —sonó algo guasón.

—¿Y tú el que se las saltaba todas?

Río.

—No, yo era el que iba a mi ritmo.

Ahora reí yo.

—No es que no haya querido ir, y tampoco me he perdido por el campus. —Sonreí pensando en nuestro primer encuentro—. Lo que pasa es que ayer comencé a investigar para el trabajo de Lola y me caí en mitad de una calle. No sabes cómo me he levantado hoy; tengo la rodilla que parece una bota.

Damián se echó a reír con ganas.

—Ya será para menos.

—Te aseguro que no. —Hice una mueca mientras cogía la cajetita de antiinflamatorios y la miraba con desgana, no me gustaba mucho tomar medicinas.

—Vale, ya que eres una dama en apuros, si quieres, puedo llevarte los apuntes a casa. ¿Dónde vivías?

Aunque eran las seis de la tarde y no teníamos mucha confianza, le di mi dirección. Normalmente no era muy confiada; una cosa era que Damián fuese mi compañero de clase y otra meterlo en casa a la primera de cambio, pero decidí que no podía seguir pensando así. Mi familia estaba lejos, y además, me iba a volver loca de estar sola tanto tiempo en mi pequeño piso.

Damián no tardó ni un cuarto de hora en llamarme al portero. Yo acababa de llegar a casa, cojeando, medio minuto antes.

—¿Qué tienes para mí? —le dije cuando abrí la puerta y le indiqué con una mano que pasara.

Damián echó un vistazo al pequeño apartamento.

—Unas cuantas páginas de la bellísima Historia de España —respondió, y no supe interpretar si había sido una buena clase o un muermo.

—¿Hay alguna lista? ¿Seguro que estamos en el mismo turno? ¿Está Yolanda también? —hice las preguntas de seguido, pero es que necesitaba enterarme ya, quería saber si podía contar con los dos.

—Pues somos cuatro gatos y el nombre de todos estaba a la entrada de clase. Así que estoy seguro, y Yolanda no está con nosotros.

Qué bien... el profesor se daría cuenta de que yo había faltado nada más verme entrar a clase... Esperaba que no fuese muy cruel conmigo por saltarme el día de la presentación.

—¿Y... qué ha dicho el profesor?

—No sufras. —Me miró con intención, supongo que viendo la cara de preocupación en mi rostro—. Se ha presentado, ha dicho que compremos su libro y poco más. Ya veo que tú también te has divertido. —Se fijó en mi pierna vendada.

Mi boca hizo una mueca.

—Sí, ha sido una fiesta que no veas, no le recomiendo a nadie hacer trabajos sobre iglesias y menos hacer un itinerario.

—¡Ah! Ahora que me acuerdo, sobre el trabajo. Yolanda ya me comentó algo de eso. ¿Me puedes ayudar tú a mí ahora? La verdad es que no la entendí muy bien.

—Claro.

Tardé un par de minutos en llegar al sofá, Damián se puso cómodo en uno de los dos pequeños canapés, mientras que yo tomaba asiento en el sofá largo para estirar la pierna a mi antojo. Pensándolo bien, tener tanto sofá solo le restaba espacio al salón, que ya de por sí era pequeño, quizás hablara con el casero para que se llevase alguno...

Le comenté lo de hacer el trabajo en forma de itinerario, adjuntando la información de la parte de Yolanda y la suya propia en cada una de las paradas de nuestro recorrido. Todo lo que hablamos fue estrictamente académico y yo estaba cómoda así, hasta que, a las diez y media de la noche, decidimos que ya era hora de acabar y él se dispuso a irse.

—Muchas gracias por tu visita —le dije sinceramente, la verdad es que la necesitaba más de lo que había pensado y había sido bastante divertida. Hablar de iglesias daba para mucho; Damián se conocía bien la zona y en cada esquina de esta ciudad había tenido un percance digno de ser recordado como anécdota—. Me lo he pasado muy bien.

—De nada. Cuando quieras que vuelva solo tienes que decírmelo y aquí estaré. —Esbozó una sonrisa de lado. Me dio la impresión de que su mirada había cambiado, de que ahora me miraba un poco más a fondo, con más intensidad.

No estaba muy puesta en el tema, pero creía que esa proposición tenía una segunda intención. ¿Sería así de amable con Yolanda también? Era poco probable pero... tampoco podría decirlo con precisión.

Obvié todo eso cuando le contesté:

—Ten cuidado al volver, no me gustaría que te pasara nada.

—Tranquila, no temas por mí. Sé cuidarme bastante bien. Espero que tu pierna mejore. —Ya se iba a marchar, pero de camino al ascensor se giró de nuevo hacia mí—. Por cierto, si quieres puedo llevarte a clase, me pillas de paso ir por aquí con el coche... —propuso, con su mirada castaña recayendo sobre mí.

Resoplé para mi interior. Damián me caía bien, y era cierto que me parecía bastante atractivo y guapo, pero no quería comenzar algo con uno de los pocos amigos que había hecho hasta ahora en ese lugar, y aparte, no tenía pensado empezar nada con nadie que me apartara de mis estudios. A mí tampoco me gustaba ir con cincos, como bien me había dicho Yolanda, y últimamente no había pisado apenas la universidad, así que debía esforzarme mucho para cumplir mis objetivos.

No quería sonar borde con él, así que suavicé la frase lo más que pude.

—Muchas gracias, pero esto con un poco de reposo se quitará —dije señalando mi pierna malherida—, y el autobús que va a la universidad pasa por aquí cerca, no te preocupes, de verdad. —Sonreí para quitarle hierro al asunto y que ese rechazo no sonara tan mal.

—Vale, pues hasta pronto entonces —respondió mientras se subía al ascensor.

6

Empiezan las cosas raras

Eso del reposo absoluto no era lo mío. La pierna dolía menos con los antiinflamatorios, pero aun así rabiaba. Aunque en las últimas horas me había olvidado un poco de ella y no la había notado del todo, me aburría y suspiraba cada dos por tres. Quizá le tomara la palabra a Damián y lo volviera a llamar pronto.

«No, no. Eso no está bien. No puedo llamarlo para me haga de entretenimiento. Y menos darle a entender algo que no es...», pensé quitándome esas ideas de la cabeza.

En fin, la cosa era que me pasaría a la pata coja al menos hasta pasados dos días. Me estaba replanteando seriamente eso de hacer la parte geográfica yo sola en el trabajo.

Me vino a la cabeza que no me había puesto en contacto aún con mi compañero de Filosofía, el pobre Erasmus italiano que probablemente no se enterara de nada. Bueno, hasta la semana siguiente no teníamos clase, así que por que se aguantara un par de clases sin saber qué teníamos que hacer, tampoco pasaba nada.

Estuve viendo la tele un rato, luego me puse a repasar el libro de mis delirios y después decidí hacer cosas más importantes como llamar a casa.

—Hola, mamá —dije en cuanto mi madre descolgó al otro lado del auricular—. ¿Dónde está papá?

—Hola, cielo. Papá está aquí, justo a mi lado. ¿Cómo has pasado la semana?

«Le ha faltado decir “he estado muy preocupada”», agregué para mí.

—Pues... —vacilé. No sabía si contar lo de la caída o no—. Bien... he hecho amigos y las clases, bueno, no voy a tener tiempo de aburrirme —dije finalmente.

Vale, no fui muy sincera pero omitir no es engañar, además lo que había dicho era cierto.

El resto de la conversación se prolongó como unos veinte minutos. Yo no hablaba, mi madre hacía esa parte del trabajo. Empezó por comentarme lo que había hecho ella —aparte de echarme mucho de menos—, luego lo que había hecho mi padre y después hizo alusión a las personas que le habían preguntado por mí y por mi estancia en la ciudad.

Cuando ya se hubo saciado, me dejó libre, me mandó muchos —muchísimos— besos y me dijo que esperaba mi próxima llamada con ansia.

—Adiós, mamá —dije aunque ella había colgado antes que yo, lanzando el móvil al lado opuesto del sofá.

Y allí estaba yo, con mi pierna tesa y estirada, rodeada de mantas, algunas cajas de *pizza*, muchos folios y un libro mastodóntico, cuando Yolanda llamó.

—¿Desaparecida en combate? —preguntó ella.

Yo reí.

—Al habla, con cojera incluida. Sí, esa soy yo —le respondí a Yolanda.

—Ya me comentó Damián. Por eso te llamaba, ¿quieres que veamos una peli o algo?

No quería sonar entusiasmada como una niña pequeña, pero la verdad es que su plan me gustaba más que el mío, que era quedarme sola, sentada en el sofá y viendo la tele diez horas más mientras me mataba el aburrimiento.

—Sí, la verdad es que me encantaría. ¿Estás por la ciudad?

Como no vivía aquí pero siempre andaba con Jorge, nunca me quedaba muy claro su paradero.

—Sí. Jorge está hipermegaocupado, así que, pensando que tú estabas encerrada y yo libre, me he animado a hacerte una visita.

¡Yo que se lo agradecía en el alma!

Le di mi dirección, y al cabo de media hora apareció con dos bolsas de palomitas y un par de películas de DVD para ver las siguientes dos horas mientras nos las zampábamos en grandes puñados al compás de los diálogos.

La película resultó ser un bodrio para mí, pero muy divertida para Yolanda. Bueno, por lo menos había disfrutado de la compañía de mi mejor amiga allí. Damián también era amigo mío, lo sé, pero Yolanda no quería ligar conmigo y eso me tranquilizaba mucho.

—¿Cuándo vas a poder salir de este encierro? —preguntó ella, echando mano del bol gigante de palomitas mientras yo cambiaba el DVD del reproductor; tocaba *Titanic*, aunque a ella le gustaba más la idea que a mí.

—En teoría mañana debería estar bien.

—¿Te encuentras mejor? Yo tuve una luxación de rodilla y tardé meses en recuperarme.

—Esto no es una luxación, solo se ha hinchado donde me hice la herida. Y lo cierto es que los antiinflamatorios del médico han dado sus resultados. —Moví la pierna hacia adelante y hacia atrás—. Apenas me duele.

—Me alegro por ti, estar sentada en un sofá más de tres días ya es un suplicio considerable.

—Lo apoyo. —Sonreí, y cogí otro puñado de palomitas saladas, *Titanic* estaba a punto de empezar.

A las ocho de la tarde llegó Jorge a buscarla, y me quedé sin compañía nuevamente. El chico subió hacia arriba en el ascensor centenario y me saludó educadamente. Lo cierto es que hacían buena pareja; Yolanda me hablaba maravillas de él y Jorge se veía muy protector con ella, no la dejaba ni a sol ni a sombra. Me guardaba mis pensamientos con ella, pero tanta dependencia no podía ser buena.

Después de que se marchara retomé mi cometido inicial: hacer algo de provecho. Y bueno, no me gustaba parecer paranoica, pero en una de mis idas y venidas a la cocina, por la ventana, vi a alguien entre los contenedores de la calle, observándome.

Al principio, me dije que no podía ser cierto, que era un viandante que simplemente pasaba por ahí, pero con el paso de los minutos, comprobé que no se movía. Estaba a punto de llamar a la policía, pero, para mi satisfacción, el tipo comenzó a andar como si nada, siguiendo su camino.

7

Advertencias

El domingo mi pierna estaba a rebosar de energía y el sol brillaba en el cielo como hacía días no había visto.

Probablemente todo seguía igual que siempre, pero estar enclaustrada cuatro días hace que veas las cosas de otra manera. Me dije que, aunque no pudiese reventarme a andar, me merecía dar un paseo, apenas conocía la ciudad y mi barrio no era el más bonito del lugar.

No tenía un rumbo fijo, ni siquiera me había sacado el mapa del bolso, así que, caminado con esas ideas, llegué a una zona de la ciudad que no sabría si era más vieja que donde yo vivía o más o menos de la misma época. Pero esta era todo lo contrario a mi quejumbroso barrio. Opté por llamarla la zona *pija* de la ciudad. Había un parque precioso con una fuente en medio, sin basura por el suelo. Los jardines tenían miles de colores; unos se juntaban con otros haciendo un tapiz impresionante en esos pequeños huecos cuadrados. El sonido que acompañaba a la gran fuente producía una especie de sinfonía que se unía en armonía con el aire.

Alrededor del parque había casas —más bien, caserones— con estilos variados, pero ninguno desentonaba en el paisaje. Cada una con su gran jardín en la entrada.

Pensé que me tenía que quedar en ese maravilloso lugar por lo menos unos minutos antes de volver, así que me senté en uno de los bancos más cercanos a la fuente para poder embriagarme con el sonido sereno que producía. Cerré los ojos, eché la cabeza hacia atrás en el banco y me dejé bañar por los rayos de sol.

Una voz rompió mi tranquilidad, sobresaltándome.

—¡Ey, Delia! ¿Qué tal? Qué sorpresa verte por aquí —exclamó Jorge.

Casi doy un brinco del susto.

—Sí, estoy de acuerdo —dije al borde del infarto, intentando disimular—. ¿Vives por esta zona?

—No, un poco más hacia allá. —Señaló el Norte—. Estoy de paso, un amigo me echa una mano con el trabajo de investigación.

—Ah, sí, tu tesis, ¿cómo lo llevas?

—Bien —dijo sentándose en el banco, a mi lado—, aunque no es la tesis lo que me ha traído aquí. Es otro tipo de investigación, vamos a publicar un libro con algo de historia popular de la ciudad, aunque aún está un poco verde. ¿Y tú?

Supuse que se refería a lo de las leyendas urbanas que mi amiga me había mencionado el día de la biblioteca, pero preferí no indagar más sobre ese asunto.

—Solo paseaba por aquí, después de haber estado convaleciente, me apetecía. Si no me equivoco, creo que cerca está la catedral que tendré que visitar para el trabajo de Historia Medieval. ¿Me podrías indicar por dónde es exactamente? No soy muy buena con los mapas.

—Pues... —dudó en responder—. Es por esa calle... —dijo señalando con el dedo índice—. A la derecha y todo recto.

—Por dónde tú has aparecido.

—Sí. Mis amigos viven por allí. Pero... —Se puso un poco nervioso, parecía estar pensando sus palabras—. Mejor no vengas por este barrio, no es un sitio seguro. A Yolanda le caes muy bien, no me gustaría que te pasara nada.

No entendí muy bien su comentario, pero me parecía increíble decir que no era seguro un lugar así...

—¡Bromeas! —afirmé con una sonrisa. Se estaba quedando conmigo, eso no podía ser.

Pero él no sonrió.

—¡No es verdad! —seguí, atónita porque él no cambiaba la cara—. Pero si esto es precioso. ¿Cómo puede ser una mala zona? Si te dices una vuelta por mi barrio no dirías eso de este —dije abriendo los brazos mientras intentaba abarcar todo el paisaje con ellos.

—Delia, no es oro todo lo que reluce. Yo te aconsejo eso. Por aquí... han atracado a mujeres que iban solas por la noche, incluso a hombres.

Me acordé del hombre que, supuestamente, había estado acechando mi ventana y me dio un escalofrío. En mi barrio quizás eso pudiese parecer normal, pues estaba que se caía a cachos, pero ese era todo lo contrario, de hecho estaba pensando que ojalá me hubiese ido a vivir ahí. Decidí pasar del tema por mi bien físico y mental.

—Bueno, tiene solución, puedo venir a plena luz del día, por eso no hay problema. Además, lo necesito para el trabajo.

—Por una iglesia que no entre en vuestro itinerario esa mujer no os va a suspender.

—No es solo una iglesia, ¡es la catedral! Es importante introducirla en el trayecto.

—Yo buscaré información y se la daré a Yolanda si eso te deja más tranquila —dijo con una sonrisa.

¡Qué afán por que no estuviese por allí!

Suspiré, parecía una batalla perdida, aunque no terminaba de entender por qué todo este despliegue de insistencia, yo solo era la amiga de su novia, debería darle igual lo que hiciera.

—Vale —accedí al trato a regañadientes.

Era casi imposible creer que ahí se cometieran atracos a mano armada. Entonces en mi barrio ¿qué? ¿Era el lugar con menos atracadores de la zona? Porque tenía la pinta de ser la mismísima escuela de los nuevos delincuentes. Quizás toda esa gente que vivía en ese lugar de clase alta pensara que las personas que no eran como *ellos*, eran peligrosos. Además, parecía que el barrio estaba vigilado. Todo lo contrario que el mío; casi todas las casas tenían cámaras de seguridad.

Jorge ya me había advertido y lo tendría en cuenta si tuviese que ir por la zona de nuevo. Quizás sí tuviese razón, al fin y al cabo él conocía la ciudad mucho mejor que yo.

Me despedí de él, di dos o tres vistazos al parque y su relajante fuente, y me puse en marcha de nuevo. Me resultó difícil irme de allí, era lo primero que de verdad me había gustado desde que había llegado a mi *nuevo hogar*.

8

Delia, la espía

Definitivamente, Literatura Francesa era mi asignatura favorita. Había costado verle algo bueno a la carrera que había elegido, pero por fin había logrado encontrar algo que me motivara. Ahora bien, si me hubiesen dicho de apostar todo mi oro para ver quién me iba a recibir cuando saliese de clase me hubiese arruinado seguro, porque, por probabilidad, la persona que me abordó sería la última en la que hubiese pensando.

—Hola —dijo su voz de pronto, se había situado a mi lado sigilosamente mientras terminaba de recoger mis libros—. ¿Cómo estás?

Di un salto en el sitio del susto, eso de ser tan asustadiza iba a acabar conmigo, pero la culpa no era solo mía, mis compañeros de universidad podrían dejar de aparecer como si fuesen fantasmas.

—¿Quieres dejar de hacer eso? ¡Me vas a matar! —dije con el corazón a cien.

Cuando lo miré, allí estaba él, el tipo raro que me devolvía libros prestados de la biblioteca mientras investigaba la historia de las iglesias. Llevaba una carpeta bajo el brazo y esbozaba una de sus sonrisas resplandecientes, a la que tuve que hacer caso omiso si no quería que mi cara adquiriera el color de la sangre.

—Me gusta así. Ya te dije que eras muy divertida —se mofó de mí—. ¿Cómo está tu pierna?

—Ya está bien, gracias —contesté seca, intentando meter el libro de Literatura Francesa en el bolso. Con los nervios que él me producía, me estaba resultando bastante difícil.

—Me alegro mucho, nos vemos mañana —dijo andando hacia atrás, dirigiéndose hasta la puerta. Después se despidió con la mano.

¿A qué demonios venía esto?

—¡Eh!, ¡espera! —Conseguí meter al fin el libro en su lugar e intenté alcanzar al chico, quería darle las gracias por haberme ayudado. Pero, cuando salí de clase, ya no estaba.

Levanté una ceja, ¿cómo podía desaparecer tan rápido? Ese chico me tenía desconcertada, ni siquiera sabía su nombre, pero entraba dentro de mi clase de Literatura Francesa a saludarme y a preguntarme por mi pierna.

Confieso que no soy muy dada a los misterios, pero, de repente, se me ocurrió una manera de averiguar cómo se llamaba. Por fin podría ponerle nombre a esa cara. Ese objetivo me hizo ir más deprisa hacia la biblioteca, con todo lo terrorífica que pudiese ser, la impaciencia me podía.

Después de pararme medio minuto en la enorme puerta de madera, pensando si era más importante conocer el nombre de ese tipo o mi miedo al terrorífico edificio, decidí dejar de ser

una miedica y adentrarme en la biblioteca, en la que, probablemente, vendría durante alguno de los siguientes tres años de carrera si tenía que hacer más trabajos.

La responsable de la recogida y retirada de libros se encontraba en la vacía Sala III. No había pasado por allí para conseguir el voluminoso libro que me esperaba en casa, como hacía todo el que quisiera tomar un libro prestado, ya que mi amigo misterioso lo había hecho por mí. Y era por ahí por donde iba a tirar para averiguar cómo se llamaba.

—Disculpe, la semana pasada un amigo sacó por mí un libro: *Cartografía en la Edad Media. La edición más completa* —le dije de carrerilla a la señorita. Ella me frunció el ceño, no le había dicho ni «Hola»—. Quería saber qué tenía que hacer para sacarlo con mi nombre.

No estaba segura de si iba a funcionar mi táctica o no, porque ella podría pasar de decirme el nombre de «mi amigo» y explicarme todo lo que tenía que saber sin necesidad de decírmelo.

Movió los dedos sobre el teclado, aún con el ceño fruncido. Yo intenté sonreír amablemente para equilibrar lo maleducada que había sido por abordarla así. Un segundo después, la pantalla se iluminó y su rostro con ella.

—¡Ah, sí! Aquí está, Michel Marconi, un italiano encantador. Tiene la reserva hasta la semana que viene. Debes devolver el libro y sacarlo de nuevo con tu nombre.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Michel Marconi? Me toma el pelo, ¿verdad?

—Es lo que pone aquí. —Me señaló la pantalla—. ¿Ocurre algo?

Incrédula, bordeé el mostrador de madera que nos separaba y me metí detrás de él.

—¡Eh! Oye, no puedes hacer eso... —me dijo nerviosa cuando vio que me dirigía hacia ella.

No le hice caso. Me aferré a la pantalla de su ordenador y leí por mí misma ese nombre.

—¡No puede ser! —dije exaltada.

—¡Oye! —gritó enfadada, dándome un empujón—. ¡No puedes estar aquí!

Me fijé en ella por primera vez desde que me había inmiscuido en su lugar de trabajo; la pobre echaba humo.

—Discúlpeme —dije algo más calmada, retrocediendo sobre mis pasos—, es que pensaba que había sido otro amigo.

La chica me fulminó con la mirada, estaba claro que eso a ella le daba igual y sabía que tenía ganas de decirme cuatro cositas, pero me retiré de su campo de visión con un tímido «gracias» y salí corriendo de la biblioteca con los nervios de punta.

—Claro, ahora lo entiendo todo —mascullé irónicamente—. «Nos vemos mañana», me ha dicho. ¡En Filosofía! Por supuesto, pero no como compañeros de clase, ¡sino como compañeros de grupo! —No le había escrito ningún *e-mail* a mi compañero de equipo, lo había olvidado por completo, pero ahora me alegraba.

Empecé a darle vueltas al asunto. Había algo raro en él, y no me refería a lo evidente —que me saludara de manera extraña, que me asustara sin tener confianza alguna conmigo, que desapareciera por todas las esquinas de la universidad—, era otra cosa. Se había metido en mi clase de Literatura Francesa, pero yo no le había dicho que tenía esa asignatura, y era una optativa. Tampoco le había dicho mi nombre para que lo hubiese visto en las listas de clase, ¿cómo sabía que yo estaba allí?, ¿cómo sabía él que yo era su compañera de Filosofía si solo habíamos hablado de Historia Medieval y no le había dicho mi nombre? No lo entendía, por más que quisiera.

9

Del

La clase con Lola Hernández fue extenuante. No solo habíamos tenido que trabajar en el aula, sino que había repartido un tocho de apuntes impresionante. Para la siguiente semana debíamos tener información de al menos una parte del trabajo. La misma Lola evaluaría el rendimiento y a partir de ahí... ya vería.

—Odio este trabajo, ¿cómo puede ser tan mortal? —comenté antes de emitir un suspiro y apilar los diez folios de apuntes que había escrito, me dolía hasta la mano. Estábamos sentadas en una mesa de trabajo en la biblioteca, y ya me parecía muy poco espacio para todo lo que teníamos ahí montado—. ¿Te dio Jorge la información que me dijo sobre la catedral?

Yolanda se me quedó mirando como si hubiese dicho algo insólito.

—¿Qué información?

Ahora la que se la quedó mirando fui yo. ¿Había metido la pata? Pero si él mismo se había ofrecido a dármele.

—Lo encontré el otro día por la zona «pija» de la ciudad, el barrio... ummm... —Era mala con la orientación, pero también lo era con los nombres, no me venía a la mente y eso que lo había leído mil veces.

—Marier —contestó Damián por mí—, no creo que haya más zonas «pijas» por la ciudad. —Pensaba que no estaba atento a la conversación porque estaba liado con su móvil, pero al parecer sí.

—Sí, ese.

Volví a mirar a Yolanda. Me la encontré con la frente arrugada.

—¿Ah, sí? —Parecía sorprendida—. No me dijo que tuviera que ir por allí.

—Creo que era por su trabajo, sobre aquello que hablamos, quizás no fuese nada importante —intenté arreglarlo, porque no tenía ni idea de si Yolanda era celosa o no y Jorge no le hubiese dicho nada por eso. En todo caso, esperaba que no se hubiese ido a encontrar con alguna chica o algo por el estilo.

—Puede ser —aceptó ella, aunque no podría decir con precisión si cuando viera a Jorge le armaría la de Dios o lo dejaría pasar. No se veía una pareja posesiva pero la cara de Yolanda, aunque serena, no parecía estar contenta.

Estuve todo el día con mal sabor de boca, mi amiga de pelo anaranjado y pecas en el rostro había estado toda la mañana muy pensativa después de nuestra pequeña conversación, y no sabía si era por lo que yo le había dicho de que había visto a Jorge o por otra cosa. Habíamos ido a

tomar café a la cafetería del campus mientras decidíamos la ruta definitiva que tendría nuestro trabajo y las cosas de las que íbamos a hablar de cultura y política para enlazar más o menos las tres partes. Le había preguntado si le pasaba algo, pero me había contestado con un escueto «no». Ya no podía hacer nada, así que, al final, yo también me estuve evadiendo pensando en mis cosas con el asunto del día: Michel. Cada vez que hablaba o descubría algo nuevo de él más extraño me parecía.

Mi obsesión se prolongó hasta la noche, no podía dormir pensando en la clase del día siguiente. A veces tenía ganas de matarlo, y otras me parecía un enigma digno de resolver, ¿por qué era así? Es más, ¿por qué era así conmigo? ¿De verdad sabía él que nos había tocado juntos? La ventaja de que fuéramos compañeros en Filosofía era que, al menos, sabía que me entendía alto y claro, y no era un italiano Erasmus que no se enteraba de nada. De hecho, iba listo si pensaba que yo le iba a hacer el trabajo; se veía bastante pasota y a mí me daba igual, si no hacía su parte hablaría con quien hiciera falta, pero no iba a aprobar a mi costa.

Llegué a Filosofía empapada. En medio del trayecto a la universidad se había puesto a llover intensamente. Después de quedarme sin el amparo del autobús urbano, había tenido que salir disparada hacia el aulario, pero aun así no había conseguido salvarme del todo del chaparrón.

Cuando entré en clase, todos los presentes me miraron. Hice una mueca, debía parecer una loca alborotadora como mínimo, ya que el pelo se me encrespaba rápidamente con tan solo la humedad del ambiente, no me quería ni imaginar el aspecto que tenía. Me puse en el asiento más alejado de la mesa del profesor que encontré. Si a Michel le fastidiaba estar ahí y quería ponerse en otro sitio, que se apañara. ¡No pensaba moverme!

Rebusqué en mi mochila mojada la libreta donde tenía los pocos apuntes de Filosofía, dispuesta a evadirme de las miradas curiosas de mis compañeros.

—Hola —dijo alguien, tomando asiento a mi lado.

Aunque no estaba mirando en su dirección, supe de quién era esa voz al instante. Esta vez ni me inmuté. Seguí sacando las cosas de mi mochila y no me digné a hablarle hasta que no lo tuve todo sobre la mesa.

—Tú sabías esto, ¿verdad? —pregunté sin compasión, y un segundo después me giré para mirarlo.

Parecía confuso.

—¿Esto? ¿El qué?

—Que éramos compañeros en esta asignatura.

—Ah, *eso*. Claro —dijo tan tranquilo, poniendo su carpeta sobre el pupitre.

—¿Y se puede saber por qué no tuviste la bondad de decírmelo, *Michel*?

Sonrió al escuchar su nombre.

—Quería saber cuánto tardabas en averiguarlo —explicó con esos dientes blancos y perfectos asomándole entre los labios.

«Estupendo, otra vez se está quedando conmigo». Me volví a arrepentir de haber pensado que era un pobre Erasmus desvalido.

No respondí a su intento de sacarme de mis casillas. Solo miré hacia otro lado, intentando disimular mi rabia.

—Vamos *Del*, ¿no me digas que no ha sido divertido? —se burló de mí.
¿Del? Lo fulminé con la mirada.

—Mi nombre es Delia, no Del —le escupí con mirada inquisidora.

Él rio.

—No te enfades, ¡vamos!

Me crucé de brazos y decidí ignorarlo.

—Vale, como tú quieras.

No dijimos nada más, el profesor ya había llegado y estaba preparado para empezar la clase.

Filosofía era un plomo, pero además había que añadirle que Michel no paraba en el sitio. Miraba a un lado y a otro. ¿A quién estaba buscando? Me estaba poniendo nerviosa.

—¿Se puede saber qué haces? —susurré lo más calmada posible.

—Nada —respondió simplemente, pero no detuvo su juego de miradas en el asiento. Parecía interesado de verdad en encontrar a alguien... o a algo.

Al cabo de un rato se aburríó y paró.

El profesor intentaba dar clase pero, como de costumbre, los alumnos hacían lo que les venía en gana. Imaginé que el resto del curso esa clase seguiría la misma dinámica y no pude menos que suspirar, me daba pena el profesor.

—Y bueno, ¿qué vas a hacer hoy? —preguntó mi extraño compañero despreocupadamente.

Le fruncí el ceño, estaba en clase intentando atender al profesor, aunque no era una tarea fácil con los múltiples avioncitos de papel volando por todas partes.

—Creo que no es hora de hablar de eso —le espeté sin mirarlo.

Él bufó.

—Mira cómo está todo el mundo, ¿crees que hoy vas a aprender algo?

Emití otro nuevo suspiro, resignada, él tenía razón.

—Pues... —No estaba muy segura de si a él le interesaba realmente—. Voy a ir a ver iglesias de nuevo.

—Ah... —contestó indiferente, estaba más que aburrido—. ¿Dónde toca esta vez? No vayas a romperte la otra pierna... —bromeó emulando una sonrisa.

Hice una mueca en respuesta.

—Voy a la zona *pija* —contesté con la palabra con la que había bautizado al lugar.

Él me miró con los ojos abiertos de par en par. Ahora sí parecía tener interés en mí.

—La zona «pija»... —repitió.

Fruncí el ceño.

—Sí, donde hay una fuente maravillosa y todo está lleno de flores.

Su cara se descompuso en un segundo. Juro que no tenía color en el rostro.

—Es mejor que no vayas —me dijo muy serio, parecía estar conteniéndose.

—¿Cómo has dicho? —Me quedé sorprendida por el cambio que habían producido en él mis palabras.

—Que no deberías ir —repitió más calmado pero de la misma forma paternal y autoritaria.

—Es el barrio Marier —puntalicé, para que me entendiera.

—Lo sé perfectamente, y vuelvo a repetirte que no debes ir allí —me dijo mirándome fijamente, hasta hacerme estremecer.

Desvié la mirada de él, incómoda.

—Ya me habían dicho que era un sitio peligroso, pero voy a tener cuidado. Parece mentira decir eso de un lugar así —expresé casi con pena.

Él no respondió. Solo giró la cara hacia otro lado, como si estuviese molesto conmigo.

«Definitivamente, eres bipolar, Michel Marconi», pensé mientras volvía a prestarle atención al profesor; no entendía a ese chico en absoluto, y no veía lógica su actitud.

Al final de la clase, salió disparado, sin despedirse.

«Por mí puedes irte a tomar viento», lo vi alejarse, pero esta vez no pensaba salir detrás de él.

Deambulé por el edificio un rato, viendo cómo caía la lluvia a través de los cristales. Ya no tenía más clases. Miré el reloj no sé cuántas veces, pero la lluvia no cesaba. Me senté en un banco, decidida a esperar un poco más a que amainara, pero la paciencia no es uno de mis dones, así que a los diez minutos ya no pude más. Alcanzar la parada de autobuses me empararía otra vez, pero salí por la puerta de la facultad con una carpeta sobre la cabeza.

Un coche azul marino se interpuso delante de mí antes de que alcanzara la parada, haciendo que me detuviera abruptamente. La ventanilla del copiloto bajó lentamente y me dejó ver al conductor. Michel me contemplaba como un dios divino.

Me quedé poco menos que a cuadros. Un segundo después, me hizo una señal con el dedo para que subiera en el coche. Y subí.

No sabía por qué lo hacía, pero me introduje en el auto sin pensármelo dos veces. ¿Quizás fuese porque cada vez que él se ponía misterioso una fuerza extraña quería que descubriera su secreto? No tenía ni idea, pero ahí estaba con él, de nuevo. En su coche.

Las palabras no flotaban precisamente a nuestro alrededor. Él iba conduciendo, centrado, y yo sopesando las opciones de cómo podía haberse producido esa insólita escena.

Posibilidad uno: aunque no me había hecho comentarios al respecto, se había percatado perfectamente de mi ropa mojada. Quizás le había dado pena y se había ofrecido a acompañarme a casa para que no acabara peor de lo que ya estaba.

Posibilidad dos: quizás iba a revelarme por qué parecía tener problemas de personalidad, o por qué me había ocultado que ya sabía que yo era su compañera de trabajo. Pero no me había dicho ni mu desde que habíamos salido del campus, así que era la menos probable.

—¿Me has estado esperando? —No había salido de la facultad inmediatamente después de clase.

—Sí —contestó sin más.

—¿Sabes lo que es el acoso?

Michel no le dio importancia.

—No soy ningún acosador —comentó de lo más normal, sin dejar de posar la vista en la carretera.

Dudaba de esa afirmación, pero decidí no debatirlo.

—¿Qué hay allí? —pregunté finalmente, mirando las gotitas de lluvia que caían por el cristal de la ventanilla, lanzándome a la piscina.

No hizo falta ni que dijera nada más, él ya sabía de qué le estaba hablando.

—El barrio Marier no es un sitio seguro.

—¿Me puedes explicar cómo es eso posible? Yo vi cámaras de vigilancia, y creo que algún que otro policía andaba cerca.

Puso los ojos en mí, sorprendido, cuando pronuncié esas palabras.

—¿Has estado en la catedral?

¡Qué manía con la catedral!

—No. Solo en el parque que hay al lado. Responde a la pregunta.

—No te creas todo lo que ves. Todo lo bonito que tiene aquello también lo tiene de peligroso. Lola se puede apañar sin que tengas que investigar por ese lugar.

Esa advertencia era parecida a la que me había lanzado Jorge. ¿Qué habrían visto ellos por allí para dejar las cosas tan poco claras y misteriosas? Sí, había peligro, eso me quedaba claro. Pero, ¿de qué? ¿Policías corruptos, ladrones de bolsos, pijos cocainómanos, perros furiosos, fantasmas siniestros y aterradores? ¿Qué?

—Pues eso ¡díselo a ella! Para la semana que viene tengo que tener barrida toda esa zona con respecto a los edificios eclesiásticos que hay por allí.

Creo que él iba a replicarme, pero en ese momento mi móvil interrumpió la conversación: era Yolanda.

—Hola —descolgué.

—No estás en clase, ¿verdad?

—No, hace un rato que he salido, dime.

—Tengo buenas noticias para ti. —Parecía estar más que contenta.

—Me hacen falta. —Miré de reojo a Michel, que se había hecho a un lado caballerosamente para dejarme hablar con mi amiga.

—He hablado con Jorge, el pobre está tan ocupado que se le pasó decirme que te había visto el domingo. Me ha dado los apuntes que te prometió para el trabajo, mañana los tendrás en clase. La catedral está en obras, así que mira, un viaje que te ahorras —explicó de buen humor.

En fin, me alegraba de no haber metido la pata entre esos dos, parecía que todo se había aclarado.

—Dale las gracias de mi parte.

—Lo haré, tengo que dejarte. Hasta mañana, Delia.

—Adiós.

—Haz caso a tus amigos y no vayas por allí si ya tienes lo que necesitas —me dijo él en cuanto colgué el teléfono.

Resoplé.

—De acuerdo, no iré. Pero, a ver, ¿por qué la gente vive allí si el sitio es tan peligroso? Yo he visto casas preciosas, con niños, con perros, con coches lujosos, además de las cámaras de seguridad.

—No se suelen meter con los *snoobs*. Pero hasta a ellos hay que vigilarlos. El índice de delincuencia ha crecido por la zona desde hace unos años, puedes leerlo en los periódicos si no me crees —comentó como un tema banal y sin importancia, pero a mí me sonó a método de persuasión.

No sabía a qué clase de movimiento fanático se habían apuntado todos para evitar que pisara esa zona de la ciudad. Yo, la persona más miedica de la tierra, no podía creer que ese lugar fuese más inseguro que el barrio en el que vivía, mucho menos tan malo como lo pintaban.

No entendía el funcionamiento de aquel lugar. Los *snoobs* eran los más poderosos de la zona, si alguien quería robar a alguien, ¿a quién mejor que a ellos que estaban podridos de dinero? Pero si, según Michel, no se metían con esa gente, ¿por qué tanto miedo a los delincuentes? ¿O no hablaba de delincuentes realmente?

—Prométeme que no irás —exigió sin dejar de mirar al frente, llegando al portal de mi bloque.

—Vale —acepté—. Prometo que no iré. Pero caerá sobre vuestra conciencia si suspendo el trabajo de Lola porque no tenga suficiente con esos apuntes.

Michel asintió mientras sonreía satisfecho, y pareció que toda la tensión que nos rodeaba se esfumara de ese coche.

Salí del auto y me despedí de él con un gesto de mano. Michel hizo lo mismo.

Intenté dejar de pensar en el barrio Marier, pero la verdad es que tanto misterio me mosqueaba mucho. Pero lo que más me impactaba era la relación tan extraña que se estaba forjando entre ese tipo y yo: no era mi amigo, no era mi enemigo, me daba consejos, me prohibía cosas, acababa de traerme en coche desde la universidad pese a ser la persona que más desconfiaba de un desconocido en el mundo...

Ese chico hacía que yo no fuese yo, sino otra Delia, y me tendría que poner las pilas para acabar con eso, porque yo no era así.

10

El barrio Marier

Ladrones. Ladrones y delincuentes. En todos lados los había. ¿Qué tenían de especial los del barrio Marier?

Bostecé, sentándome en mi mesa de siempre en clase de Historia Medieval. Damían ya estaba allí.

—¿Un madrugón duro? —preguntó dedicándome una sonrisa.

Eran las nueve de la mañana, y llevaba en pie desde la siete y media, aunque no era por eso por lo que no paraba de abrir la boca, no había dormido pensando en el italiano y sus incógnitas.

—Más o menos.

—Eso lo puedo arreglar yo, que tengo coche, pero como no quieres...

Sabía que su proposición tenía doble sentido, pero no iba a caer en su juego, así que opté por obviar el tema, como siempre que me lanzaba alguna indirecta.

—No tengo sueño, estoy bien despierta. Soy la responsable del grupo, ¿recuerdas? —comenté con un deje de suficiencia.

—Me gusta más eso que la chica *arruga-mapas*.

Los dos reímos.

—Si no recuerdo mal era la estruja-mapas —apunté aún riendo.

—Cierto, ahora veo por qué tú eres la responsable y yo el que va a su rollo, menuda memoria.

—¿Qué pasa con tu memoria? —preguntó Yolanda dejándose caer en el asiento de mi lado derecho; siempre me quedaba yo en medio de los dos.

—Que se me escapan las neuronas por momentos.

Yolanda puso los ojos en blanco.

—Ya será para menos. Ten, Delia —dijo entregándome un *dossier* con folios—, lo prometido es deuda.

Cogí los apuntes de Jorge con poco entusiasmo, había soñado con la catedral el poco tiempo que había dormido, y lo cierto es que quería ir y ver yo misma cómo estaba construida y conocer su historia personalmente.

Historia de España me pareció otra pesadilla similar a Filosofía, con el añadido de que el profesor se parecía más a Lola Hernández que a Rafael González. No me parecía tan buena como Damían me había descrito en mi casa.

—Creo que me has timado —le susurré cuando escribí la tercera página de apuntes—. No es nada fácil esta asignatura.

Hizo una mueca.

—Él me timó a mí primero, parecía un profesor de ensueño, aunque ahora parezca un ogro. Me entraron ganas de reír, aunque más me valía que no lo hiciera.

—Te invito a un café por el engaño.

¿Cómo podía ser tan insistente? A mí no me importaba estar con él, pero pasaba de sus indirectas muy directas, prefería que Yolanda estuviese con nosotros.

Lo miré, sin saber qué contestar para no sonar tan desagradable.

—Vale, pero no hace falta que me invites, te lo cambio si me haces un favor.

Frunció el ceño, y yo sonreí.

—Tiene pinta de que va a ser un café interesante. —Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba.

Después de que Historia de España destrozara todas mis expectativas, Damián y yo nos quedamos en la cafetería a tomarnos ese café pactado.

—Me tienes totalmente intrigado —expuso en cuanto pedimos.

—¿Qué sabes del barrio Marier? —pregunté.

Supongo que se esperaba otra cosa, porque su cara de decepción no pasó desapercibida para mí.

—Es donde está la catedral, ¿por? —Se echó hacia atrás en el respaldo del asiento, algo desorientado.

—Me han dicho que no es una buena zona —comenté casual, no quería que descubriera que ese tema me quitaba el sueño.

—Hubo un par de atracos a mano armada el año pasado, no están acostumbrados a verlo por allí; es más propio de los suburbios.

—¿Y tanto escándalo por un par de atracos? —pregunté incrédula, no es que no lo viese grave, porque creía que me mearía encima si me ocurría a mí, pero en fin, Jorge y Michel exageraban.

—¿Tanto escándalo? —preguntó él con una ceja alzada.

Claro, no tenía ni idea de lo que me habían dicho ni uno ni otro.

—El novio de Yolanda me dijo que no era una zona propicia para pasear. Creo que el problema es la afluencia de atracos. —Obvié a Michel.

—¿Y qué? Te pondrían asaltar en cualquier lado, no veo mucha diferencia con respecto a otro lugar de la ciudad.

—Sí, eso mismo pienso yo.

—Como no se refiriera a los fantasmas... —Sus labios se curvaron llenos de humor, estaba claro que él tampoco creía en esas historias locales.

Puse los ojos en blanco.

—Sí hombre, venga ya... —respondí un poco burlona.

Él soltó una carcajada.

—Mucha gente cree en ellos, de hecho, más de uno te dirá que ha escuchado ruidos alrededor de la catedral; o luces encendidas sin que nadie porte una vela.

Lo cierto es que me estaba poniendo los pelos de punta solo de imaginármelo.

—Yo no creo en eso, ¿vale?, pero no quiere decir que sea inmune. —Me dio un escalofrío y me abracé a mí misma—. Casi que prefiero no hablar del tema. Solo quería saber qué hay por allí, nada más.

De repente su rostro risueño cambió a uno más sombrío.

—Quizás sea por lo de la chica...

—¿Qué chica?

Damián titubeó un poco, quizás algo reticente, cosa que me resultó bastante rara viniendo de él.

—Fue algo que conmocionó a toda la universidad, y no se suele hablar de ello.

—¿Qué pasó? —insistí sin perderme un solo gesto suyo.

—El año pasado desapareció una chica, una estudiante de primer curso de Antropología. Era hija de un magnate de los negocios, sin embargo vivía sola, lejos de su padre. Hay muchas teorías, pero la más famosa era que estaba aislada precisamente para que la fama de su padre no la tocara y al final, alguien se encargó de vengarse del señor Staud.

—¿Vengarse por qué?

Damián suspiró.

—Parece que el señor Roger Staud no era precisamente un hombre honorable, así que pudo ser cualquiera de sus enemigos. Aunque me parece horrible desquitarse con una pobre chica por los negocios de su padre.

—¿Y qué tiene que ver la catedral?

—Bueno, la última vez que la vieron fue rondando por allí antes de desaparecer. Hay quien dice que fue el último fantasma en unirse a los que ya había.

Sentí otro estremecimiento, pero mucho más intenso que el anterior. No me gustaban las historias de fantasmas, pero mucho menos las historias de chicas desaparecidas.

Dejé de preguntarle sobre el asunto, porque, aparte de que me había puesto mala su último relato, sería difícil explicar el porqué de mi obsesión con aquel lugar.

Cambiamos de tema y el aire se destensó rápidamente, lo que fue un alivio.

En contra de lo que mi cerrada mente pudiese pensar con respecto a tener algo con Damián, ese café me sentó bastante bien; me olvidé del chico de ojos verdes y sus misterios un rato, y mi cabeza pudo respirar tranquila un breve lapso de tiempo.

11

La catedral

Esa misma tarde le eché un vistazo a los apuntes que me había dado Yolanda. Estaban bien. Qué pena. «Umm...».

Empecé a pasar las hojas sin ganas hasta que me di cuenta de un pequeño detalle.

—¡Los techos!, ¡faltan los techos! —dije hasta con alegría.

«Perfecto», añadí para mi interior. Era un buen motivo para ir al Barrio Marier.

«Siento si me salto las *normas*, pero es necesario», me autoconvencí despreocupadamente. Debía describir la catedral entera. Tenía incluso *ganas* de encontrarme con los supuestos delincuentes, se me había subido el ánimo de repente, y eso que yo odiaba los problemas y salirme del camino correcto. Pero aquello me parecía algo insólito, siempre me había gustado la aventura, y no sabía por qué, intuía que ese barrio tenía algún enigma digno de descubrir.

Tenía que saber qué pasaba en ese barrio, o si era una paranoia mía, desilusionarme ya de una vez. Porque la gente podía advertir que se tuviese cuidado, pero de ahí a prohibir que se fuera a un lugar... era raro.

¿Podría ser por la chica como había dicho Damián? Tal vez, pero lejos de echarme para atrás, tenía más interés en ir allí, por mucho respeto que me diese.

Sorprendida de mí misma, de lo fascinante que me resultaba poder ir a ver qué era lo que infundía tanto miedo allí, en ese lugar tan bonito, me cambié de ropa. Un chándal fue mi elección, era algo cómodo para poder ir a investigar a mis anchas.

Me dirigí a la tienda de *Todo a cien* que había debajo de mi casa y compré un paraguas, ya que el tiempo no daba tregua estos días.

Cogí el autobús para acortar camino. Una señora me dio las indicaciones pertinentes para llegar a él.

Cuando descendí, la lluvia seguía cayendo con ganas. Me dispuse a sacar mi mapa y enterarme por dónde exactamente podría ir a la dichosa catedral, había parado cerca pero no justo a su lado.

Rebusqué en el bolso, y me quedé blanca cuando no encontré mi preciado mapa arrugado. Resoplé con furia. ¡Joder! ¿Por qué era tan desastre?

El pánico dejó de cundir cuando encontré un cartelito que me indicaba dónde estaba situado el gran templo. Debía de darme prisa si no quería perder la luz que quedaba en ese día gris.

Así que ahí me encontraba yo; un poco confundida en el lugar, sin mapa y con un paraguas que probablemente saliese volando a la mínima ráfaga de aire.

«Lo reconozco, me lo he buscado yo solita...», pensé amargamente después de haber descargado toda la adrenalina con la que había salido de casa.

Decidí echar una mirada rapidita e irme corriendo a la parada: el siguiente bus pasaría dentro de cuarenta y cinco minutos. La verdad es que el barrio sería muy bonito, pero la frecuencia de las líneas de autobús era un asco.

El mismo frío que hacía en la parada era el que hacía en la calle, así que, ¿por qué no intentar calentarme aunque fuera andando? Con esa misma idea comencé a buscar la gran catedral en obras de esa zona *peligrosa* que rebosaba de colorido hasta en ese día gris. ¡Si es que el sitio era bonito hasta lloviendo a mares!

No me costó mucho llegar a mi meta.

Y allí, ante la gran catedral en obras, me vi en apenas diez minutos.

Lo cierto es que me quedé impresionada ante su majestuosidad; era bella y terrorífica a la vez. De aires góticos, la torre adosada era inmensa, las vidrieras increíblemente hermosas, las paredes estaban plagadas de medallones de mármol blanco, como la piedra con la que estaban construidas. La puerta, de una inmensidad pasmosa, se hallaba cerrada a cal y canto.

Bordeé el edificio, fijándome en la parte alta, también era de mármol, con diminutas torres puntiagudas adheridas a las esquinas.

La puerta trasera, de menores dimensiones, también se encontraba cerrada, y además, cercada por una valla metálica. Dentro de ese espacio había unos cuantos bloques de hormigón desperdigados.

Como una manzana prohibida, allí estaba aquella diminuta ventana. No tenía ni idea de qué hacía ese pequeño orificio ahí, parecía pedirme a gritos que entrara dentro. Me quedé embelesada contemplando el lugar, era como si tuviese su propio secreto, incluso el viento susurraba palabras encantadas e indescifrables. Quizás todo fuese producto de mi imaginación, de la fascinación que se había apoderado de mí desde que había descubierto ese diamante en bruto; no había viajado mucho, pero sin duda era la catedral más hermosa que yo hubiese visto, y como fanática de Historia del Arte, me tenía, como mínimo, maravillada.

«¿Ahora no te dan miedo las almas en pena? Si te fijas bien esto da escalofríos, deberías irte ahora mismo», argumentó mi cordura, recordándome lo que había venido a hacer aquí.

Pero aquello me había hechizado, no quería irme.

La ventana no estaba rota ni nada que se le pareciera. Simplemente estaba abierta —y algo alta—, como para poder saltar dentro.

Sí, quería meterme en una propiedad que no era mía e introducirme dentro como una vulgar ladrona. ¡Qué temblaran esos fantasmas! Qué digo, ¡esos delincuentes que atracaban a la gente! Porque yo, quizás, les podría hacer sombra.

La lluvia estaba en mi contra ese día, pero la suerte decidió darme un voto a favor, y en uno de los laterales de aquella alta valla metálica encontré una rotura. No tenía ni idea de si alguien antes que yo había tenido la genial idea de colarse en la catedral, pero desde luego quien había obrado aquel agujero me había hecho un gran favor.

El roto metálico no era mucho más ancho de cincuenta centímetros, y tampoco más largo de setenta. Reconozco que el metal era duro de mover, pero dejé el paraguas en el suelo y empujé con todas mis fuerzas para abrirlo un poco más. Pero esas bases de hormigón adosadas al metal me lo estaban poniendo bastante difícil.

Después de un largo minuto, conseguí doblar el material lo suficiente para poder introducirme por el agujero. Era una de esas ocasiones en las que agradecía estar delgada; mi abuela y mi madre siempre se estaban quejando de que comía poco. Si me hubiesen visto hacer aquello, hubiesen puesto el grito en el cielo.

Intenté mancharme y mojarme lo menos posible, aunque ya estaba prácticamente empapada, porque no me había podido meter bajo el paraguas para hacer empujar esa valla y la mayor parte de mis pantalones había tocado el pedregoso suelo varias veces. Creo que no me había esforzado tanto por nada en mi vida.

Cogí mi paraguas y lo puse sobre mi cabeza una vez más; mi siguiente objetivo era alcanzar esa ventanita, por la que, a ojo, imaginaba que cabía. Después de haberme introducido en el recinto por esa diminuta *puerta* metálica, ya me veía capaz de todo.

Mi imaginación hizo acto de presencia y cogí unos cuantos bloques de hormigón del suelo húmedo para colocarlos en forma de escalera y poder subir.

«No me puedo creer que esté haciendo esto», pensé cuando coloqué el último que, por cierto, pesaba un quintal. Miré mis manos llenas de cortecitos, resultado directo de haber acarreado los siete pesados ladrillos para hacer mi escalera artesanal.

Me di cuenta entonces de que lo de ver los techos había sido lo de menos; el motivo de que yo estuviese allí no era terminar el trabajo de Lola. La verdadera razón era que ese lugar parecía estar vetado, y no había necesitado otra cosa que las advertencias de Jorge y que Michel me hubiese prohibido ir hacia allí para verme en esa situación. Más de lo segundo que de lo primero; Michel ejercía en mí un poder que no llegaba a entender. En el fondo quería desafiarlo, y a la vez entenderlo, y creía que esa era la mejor forma, por muy absurda que pareciera.

Es como una de esas ideas que no te puedes quitar de la cabeza porque estás lo bastante sugestionado como para no olvidarte del tema. A mí me habían prohibido ir a aquel lugar —matizo; Michel me lo había prohibido—, y eso no había hecho otra cosa más que avivar me las ganas para que quisiera conocer el motivo. ¿Qué tenía ese lugar que lo hacía tan mágico y místico, y a la vez tan oscuro y aterrador?

Quise pensar fríamente en la situación: me estaba saltando las normas porque un italiano bipolar me había influenciado de una manera un poco irracional. Y por eso mismo todo aquello no tenía sentido; porque él no era nadie para mí, apenas lo conocía, no era mi amigo, era una persona extraña. Y además, estaba sacando lo peor de mí. Yo nunca, jamás en la vida, había hecho algo así. ¿Y todo para qué?, ¿cuál era mi objetivo?, ¿plantarme delante de Michel y demostrarle que él no podía darme órdenes?, ¿buscar algún misterio que mi arrolladora imaginación había creado?

Ya había llegado hasta allí y nadie me había pillado, terminaría con ello y descubriría que llevaba una vida tan aburrida que me inventaba historias para entretenerme. Estaba buscando *algo*, la pregunta era ¿qué? Quizás una pista que me demostrara que ese sitio era peligroso de verdad; una señal que le dijera a mis ojos que todo lo maravilloso que veía en aquel lugar, era mentira, porque, de no comprobarlo por mí misma, no lo creería.

Me puse delante de la improvisada escalera y alcé la vista al cielo sobre el borde de mi paraguas.

«Esto es mágicamente aterrador», pensé viendo la fachada de atrás a través de la lluvia, que empezaba a tomar cada vez más fuerza. De repente, toda la magia que había sentido hacía un

momento se desvaneció junto con la luz del sol. Con el mal tiempo, las sombras de la noche hicieron su aparición antes de lo normal, apenas quedaba claridad para una hora más.

«Tengo que hacer esto rápido», me dije a mí misma. ¿Dónde se había quedado mi lado temeroso, ese que salía siempre que me veía en apuros por cualquier cosa?

Si quería impresionar a Michel, ya podía haberme buscado otra manera.

Me dirigí hacia esos escalones contruidos por mí y me impulsé a través de la escalera improvisada hacia dentro del edificio.

Mi paraguas naranja salió disparado de mi mano con el impulso, cayendo al suelo de la estancia, mientras yo también me introducía con todo mi cuerpo en ese majestuoso lugar.

Pensaba que iba a caer al suelo de mala manera, exactamente estrellándome contra las losas por la altura de la pequeña ventana, pero no fue así. Había una mesita que parecía estar ahí para que yo aterrizara sobre ella.

Mi corazón empezó a acelerarse un poco, pensando en dónde podría haber caído el paraguas y el ruido que podría haber hecho.

«Si no hay nadie, como no te oigan los fantasmas...», se burló mi conciencia.

Intenté camuflarme con el silencio dando pasos imperceptibles mientras acostumbraba mis ojos a la oscuridad, aunque tampoco era muy necesario, dentro de la catedral, sorprendentemente, había una pequeña luz que venía desde la puerta del otro lado de la habitación en la que me había colado. El pequeño fulgor no era demasiado luminoso, pero era suficiente para que llegara sin chocarme hasta la puerta. Allí estaba mi diminuto paraguas, yendo un paso por delante de mí, en medio del marco de la puerta que daba a algún acceso de ese gran templo. Donde estaba no parecía ser la sacristía, pero quizá sí alguna habitación contigua.

Me dirigí hacia la puerta, pero antes de llegar al marco, algo captó mi atención: había túnicas amontonadas en unas sillas pero... no eran como las que solían llevar los sacerdotes normales. Eran de muchos colores: moradas, blancas, rojas, verdes... o eso creía, tampoco es que lo viese demasiado bien. Pude discernir que había varias mesas redondas aparte de la que había usado como apoyo, con candelabros sobre ellas, baúles que parecían de coleccionista y algunas sábanas blancas tapaban otras cosas que prefería no descubrir qué eran. Me parecía estar en la guarida de un espectro de verdad. Me dio un escalofrío a la vez que intentaba convencerme de que esas historias locales no eran reales.

La luz cadente que provenía del interior del pasillo me atrajo como un canto de sirena. Escuché palabras a medias de alguien. «Los de seguridad, no hay fantasmas», pensé. «Cuando hay obras en estos sitios siempre hay alguien vigilando», me dije, no sabiendo muy bien si esa idea era cierta o no. No quería que me cogieran allí, pero me negaba en rotundo a abandonar mi misión, quería echarle un ojo al interior y luego irme.

La puerta parecía estar abierta para mí, para que descubriera cuál era el misterio que encerraba ese lugar. Me acerqué a ella y escuché: ahora solo alcanzaba a oír leves murmullos apenas audibles.

Quería acercarme más; saber qué era lo que quien fuese que estuviera allí estaba diciendo, pero antes recuperaría mi paraguas. Salvé la distancia que quedaba entre la puerta y yo, me apoyé en el marco sigilosamente y me agaché sin cruzar el umbral para cogerlo. Parecía estar situado en un punto estratégico: justo en la línea divisoria entre la puerta y el pasillo. Alargué el brazo, y de repente, salida de la nada, una mano apareció al lado de la mía.

Lancé un grito por el susto mientras caía hacia atrás en el suelo.

Su cabeza apareció unos segundos después: era una chica, o eso parecía, aunque en medio de toda esa sangre casi parecía imposible de adivinar.

«¡Un alma en pena, un alma en pena!», grité para mi interior, porque me había quedado muda.

En ese momento vi lo oscuro de todo aquello, y un pensamiento tajante cruzó mi mente: ya no quería estar allí. Estaba temblando de pies a cabeza por la impresión.

La belleza de su rostro se encontraba rota por el pánico y la sangre. Nuestras miradas chocaron unos segundos, hasta que ella desvió sus ojos azules hacia atrás, mientras intentaba arrastrar el resto de su cuerpo hacia delante.

—Vete... de aquí... —dijo entre susurros agónicos, y yo no pude hacer otra cosa más que contemplarla con las pupilas dilatadas por el tenor.

No podía hablar, mi corazón latía a cien por hora mientras la veía tirada a ras del suelo, lamentándose por las laceraciones que poblaban su cara y sus brazos mientras intentaba recoger sus piernas. No podía tener mucha más edad que yo, sin embargo, su cuerpo se encontraba completamente marchito; su piel no era tan tersa como la mía, el grosor de sus brazos podría haber sido el de una niña de siete años y por lo poco que podía ver, no solo su cara se encontraba ensangrentada, si no todo su cuerpo.

Algo dentro de mi interior se movió, conseguí reaccionar y me levanté del suelo. También ella pareció llenarse de energía; el azul de sus iris me devolvió una mirada directa.

—¡Sal de aquí! —me gritó—. ¡Vete!

Instintivamente me eché hacia atrás, mientras sus ojos me clavaban la mirada desde el suelo, cargados de lágrimas empañadas por el rojo de su sangre.

Un instante después, los murmullos que había oído antes comenzaron a escucharse mejor, acompañados por unas pisadas atronadoras que parecían tener mucha prisa, y que a cada paso que daban parecían estar más cerca de mí.

Mi miedo pudo más que mi valentía, y decidí hacerle caso a la chica. Ya fuese un fantasma o algo sacado de mi imaginación, no pensaba comprobarlo. Subí a la silla con la que me había ayudado a bajar, di un salto hacia la mesa repleta de objetos tapados y me introduje por la pequeña apertura de la ventana, deseando dejar todo atrás. Cuando me asomé por ella, me di cuenta de que no iba a ser tan fácil bajar como subir; estaba más oscuro que antes, y la lluvia no me dejaba ver nada; apenas discernía la escalera de hormigón que había creado.

Superada por el instinto de supervivencia —y el pánico—, me impulsé. Con el esfuerzo del salto, tiré alguno de los candelabros con el pie; lo escuché caer sobre la mesa. No quería hacer ruido pero el golpe sobre la vieja madera había tenido que escucharse a la fuerza, porque durante unos segundos las voces cesaron y solo hubo silencio —unido a mis gemidos ahogados—. Entonces las pisadas y las voces se reanudaron.

Me dije a mí misma que tenía que irme de allí ya, que si se les ocurría apuntarme con alguna linterna estaría perdida —si es que eran personas y no almas errantes, porque no estaba tan segura de que fueran vigilantes nocturnos—. No percibí que me había raspado los brazos contra el suelo en mi caída hasta que el dolor me invadió. Mis piernas fueron las menos perjudicadas, ya que todo el peso de mi cuerpo había sido amortiguado por las manos y el torso. Me dolía un poco la cara, pero con todo el pánico que sentía apenas me detuve a pensarlo.

Escuché un grito atroz proveniente del interior de la catedral, y yo también grité para mi interior, porque lo último que quería era que me cogieran allí.

Con el esfuerzo que había supuesto hacer mi pequeña peripecia, no me acordé ni del paraguas, ni siquiera de deshacer mi escalera improvisada, pero ya no podía volver hacia atrás.

En la calle todo estaba en penumbra y las gotas de lluvia caían del cielo como puñales de metal. Mi corazón desbocado me dijo que tenía que salir de allí de una vez, aunque fuese a tientas. Mi orientación era una mierda, pero confiaba en que mi instinto de supervivencia me sacara del apuro, así que corrí para el lateral por el que pensaba que había venido, guiándome con la palma de mis manos sobre la valla de alambre.

Gracias al cielo, encontré el agujero por el que había entrado al principio, haciéndome nuevos arañazos en manos y brazos con las puntas metálicas rotas.

Me quedé atrapada en la valla; mi sudadera se había enganchado, solo fueron unos segundos pero puedo jurar que me sentí morir, pensaba que los dueños de esas voces iban a cogermme en plena acción y eso me ponía más nerviosa. La lluvia borraba aquello que estaba cerca de mi vista, aislándome prácticamente de todo.

Me solté como pude y salí de allí a rastras. Después de recorrer unos metros, casi a ciegas, sentí que el golpeteo que antes asestaba contra mi cabeza, ahora se escuchaba un poco más lejano; la lluvia ya no martilleaba mis sienes.

Levanté la vista para contemplar qué era lo que se interponía entre el agua y yo. Era apenas una sombra clara. Una figura sostenía un paraguas, resguardándome de la lluvia.

—¿Se puede saber qué haces aquí en estas condiciones? —preguntó una voz femenina que parecía enfadada.

¡Lola! ¡Lola Hernández! ¡Lola Hernández, la profesora, estaba de pie a mi lado!

Se hizo el silencio entre nosotras, solo roto por el chaparrón de agua que caía a nuestro alrededor. Yo estaba muda, no podía contestarle, solo podía mirarla con la boca abierta por la sorpresa.

La impaciencia de Lola aumentaba, haciendo que frunciera el ceño.

—¿Qué? ¿Se te ha olvidado hablar? —preguntó.

—No —contesté en un susurro.

—Pues menos mal. —No supe si era una afirmación o un sarcasmo, aunque me decantaba por lo segundo.

—Me... Me he perdido —contesté con algo de lucidez, no pensaba contarle lo que había hecho por nada del mundo.

Lola dudó un segundo, pero finalmente relajó su expresión de enfado y, por un momento, pareció hasta amable.

—De acuerdo, te llevo a casa —se ofreció—. Pero no te acostumbres, no deberías haber salido con este tiempo.

Me dieron ganas de preguntarle que entonces por qué ella sí estaba en la calle, pero decidí morderme la lengua. Había tenido bastante por ese día y el regalo que Lola me hacía de llevarme a casa no era como para dejarlo escapar.

El camino hasta mi edificio fue incómodo. Ninguna de las dos hablaba si no era para preguntar «¿por aquí?», «¿por allí?» y contestar «sí», «no», «a la derecha» o «a la izquierda». Me

encontraba en estado de *shock*, la Delia que había estado dentro en la catedral hacía una hora no parecía ser yo, sino una persona ajena a mí.

Cuando por fin llegamos al portal de mi casa, le di las gracias a Lola como si fuese un robot.

Y su respuesta fúnebre fue:

—Ten más cuidado la próxima vez que salgas —me advirtió. Incluso se podría decir que detrás de esa ruda voz había un tono cariñoso—. No siempre me vas a coger saliendo de mi casa.

—Lo tendré, no se preocupe —contesté del mismo modo.

A partir de ahí, estar en la cama era una pesadilla, pero salir de ella también.

¿Me había metido en un lío? ¿Me perseguiría el fantasma de la chica toda mi vida? Me eché las mantas sobre la cabeza, temblando, como si con eso pudiese protegerme de todo mal; esas eran solo algunas de las muchas preguntas que me golpeaban las sienes funestamente. Pero la que más me atenazó fue esta: ¿había sido real o producto de mi mente?

12

¿Real?

La mañana siguiente amaneció con lluvia. Supongo que el cielo gris era el reflejo de mi alma asustada. Había pensado mil veces qué demonios podía ser eso que por suerte o por desgracia había encontrado en la catedral. No se podría decir que al final mis instintos hubiesen fallado — algo había en la catedral, eso estaba claro—, pero por otro lado me hubiese gustado equivocarme. Quizás ahora no estaría comiéndome la cabeza de esta manera.

¿Debía llamar a un exorcista?, ¿a la policía para que precintara el lugar y nadie más saliera traumatizado?

Me lo había imaginado, todo eso no podía ser real. Estaba tan metida en mi papel de *caco*, y tan sugestionada por Yolanda y las historias de Damián, que en medio de la oscuridad las sombras debían de haberme confundido o algo así. Sí, eso debía ser, tenía tantas ganas de una aventura que la chica y los gritos no habían estado en otro sitio más que en mi mente. Definitivamente, no iba a contárselo a nadie. ¿Policía? Entonces tendría que dar muchas explicaciones de por qué estaba yo allí precisamente en ese momento, y después, probablemente, me tacharan de loca, por no mencionar que me había colado en una catedral en obras.

Eché las mantas a un lado, desperezándome, contemplar el cielo gris desde la ventana solo me recordaba al día anterior. ¡Qué pocas ganas de levantarme después de no haber podido pegar ojo!

Me di cuenta de que estaba hecha un parche cuando me miré al espejo: mi cara era un crucigrama, de esos que tienen líneas en vertical y horizontal. Claro, había caído de bruces contra el suelo en mi escapadita. Qué esperaba. Las rozaduras de los brazos y las manos me dolían, aunque no eran problema, pero... ¿cómo iba a tapar el enorme corte que cruzaba por una de mis mejillas? Con maquillaje, imposible. Tendría que lucir mi bonita y dolorosa herida de guerra por todo el campus y, por supuesto, sin paraguas.

Tuve suerte, la lluvia comenzó a amainar cuando iba de camino a la parada del autobús. Las clases, si se puede decir que estaba en ellas, pasaron volando. Quizás porque el sentido del tiempo en ese momento no parecía tener cabida en mi mente, solo ese maldito grito unido a la cara ensangrentada de esa chica, que me reventaba los oídos como una fiera desgarrándose.

«Dije que no iba a pensar en eso», me recordé a mí misma, intentando ponerle atención a Historia de España, pero no funcionó.

Damián fue amable y aunque apreció mi rostro dañado, no dijo nada al respecto ni preguntó cómo me lo había hecho. A pesar de la indiferencia que le mostraba, él me hablaba y yo asentía

sin escuchar una palabra. Se despidió con una sonrisa, como siempre, diciéndome que me pasaría los apuntes en breve.

Me puse un poco roja, ya que en realidad estaba a punto de pedirselos porque no me había enterado absolutamente de nada.

El resto del día fue igual, solo que en casa. Sin poder concentrarme en nada más y sin poder dejar de hacerme preguntas absurdas como si Lola me habría visto salir de allí y si se habría tragado mi historia. Eran absurdas no porque me diese igual que me acusara de haberme metido sin permiso en la joya de la ciudad, sino porque comparado con los espíritus casi que me daba igual. ¡No quería ver ánimas perdidas vagando por mi habitación!

—No puedo seguir así —me dije cerrando el libro que había cogido para hacer el trabajo de Historia Medieval de un golpe—. Si he decidido allanar los terrenos de una entidad eclesiástica, ya no puedo hacer nada, no es hora de arrepentirme —proseguí levantándome del sofá—. Y no puedo estar pensando en los... en los... —Ni siquiera era capaz de decirlo en voz alta.

«En los fantasmas», sacudí la cabeza mientras me daba un escalofrío.

Decidí dar una vuelta, incluso lloviendo a cántaros necesitaba salir del agobio que suponía mi pequeño piso. Me dio un poco de cargo de conciencia; tenía que hacer muchas cosas para la universidad, pero aun así me fui. Resolví que era un buen día para hablar con mamá y papá mientras caminaba.

13

Un café o un dolor de cabeza

Miércoles. Día de sol. ¡Menos mal! Michel llegó a mi mesa con su tono alegre y despreocupado de siempre. Y, cómo no, se fijó en mi mejilla herida.

—¡Vaya! —soltó, después de emitir un silbido—. Tienes pinta de haberte perseguido alguien saliendo de una iglesia. No me habías dicho que eras fanática de eso, si no me ofrecería voluntario para hacerlo más a menudo —tuvo que rematar.

Aunque para él era una broma para arrancarme el mal humor y picarme, lo cierto es que casi había acertado. Así que no pude menos que mirarlo con ojos de sorpresa, después de unos segundos devolví la mirada al pupitre sin hablar.

—Estuviste allí —dijo con voz inexpressiva.

Lo miré de nuevo, aunque no contesté.

Descubrí en su rostro una expresión incendiaria; parecía que iba a cargarse algo. A mí.

—¡Estuviste allí! —volvió a repetir más enfadado que antes.

No quería contestar «sí» aunque tarde o temprano lo tendría que admitir. Lo que hice fue evadir esa afirmación, aunque sin mucho éxito, para acabar con la conversación y salir impune.

—Bueno, y si fuera así ¿qué? —dije finalmente. ¿Por qué me imponía tanto respeto? No podía ser mucho más mayor que yo.

—¿ESTÁS LOCA? —gritó, haciendo que toda la clase se girara hacia su asiento.

Yo estaba un poco avergonzada por su conducta, mientras que él no había movido ni un pelo; solo me miraba fijamente, y los demás... nos miraban a nosotros. Era como si no existiesen para él.

Después de unos segundos, el público volvió la vista al frente y yo encaré al italiano, molesta.

—¿Qué te pasa? ¿Quieres ser el bufón de la clase o qué?

—No cambies de tema. ¡Me lo prometiste! —dijo señalándome con el dedo índice, aún enojado, pero esta vez hablaba más bajo.

—¿Y eso qué? —dije apartando su dedo acusador—. ¿Qué vale esa promesa?

Michel me miró unos segundos, el enojo había pasado, ahora parecía estar molesto por mi comentario. Así que, sin saber qué contestar, se giró hacia la pizarra sin mirarme.

Por primera vez había ganado la batalla. Creía que debía celebrar esa pequeña victoria, pero en el fondo me sentía un poco mal. Claro que significaban algo las promesas, aunque fueran hechas a aquel tipo tan raro.

Suspiré, algo más calmada.

—Tuve que ir para ver los techos de la catedral. Los apuntes que me dieron están incompletos —dije para intentar excusarme, aunque no tenía por qué.

Él no hizo ademán alguno de mirarme, parecía como el que oye llover, indiferente. Si estaba fingiendo que yo no estaba, lo cierto es que lo hacía de maravilla.

El resto de la hora continuó así, con silencio entre los dos. Al terminar la clase, él salió disparado por la puerta. Tuve que hacer grandes esfuerzos para darle alcance.

—¡Michel! —lo llamé de lejos, corriendo hacia él—. Espera.

Milagrosamente, hizo lo que le pedí. Se detuvo al lado de la puerta de salida de la facultad y se giró hacia mí. Sin decir nada, plantó su mirada verde botella en mi persona.

Paré en seco cuando vi su cara. No estaba enojado, pero sí... ¿triste? Era difícil de averiguar en él.

—Eh... esto... —Creo que me sudaban hasta las manos—. No me puedo creer lo que voy a decir... —comenté algo nerviosa—: Lo siento.

—No, está bien —contestó.

Fruñí el ceño; no entendía nada. Hacía media hora se había puesto como un energúmeno y ahora todo estaba bien, aunque su cara no decía exactamente eso.

—Tienes razón: ¿a mí qué me importa lo que hagas? —continuó él—. No soy nadie para darte órdenes. —Suspiró mirando hacia otro lado.

No respondí, estaba demasiado ocupada hipando en colores.

Esperé unos segundos, pero, al no obtener respuesta, se giró hacia la puerta para marcharse.

—¡Lo siento! ¿Vale? ¡Lo siento! —reaccioné antes de que girara el pomo.

El italiano se volvió hacia mí de nuevo, pero, esta vez, sonrió.

—Vale. —No era una sonrisa de suficiencia, era... encantadora—. ¿Te apetece un café y me cuentas qué hiciste allí?

¿Sinceramente? No me esperaba esa reacción. Definitivamente, ese chico era raro.

—Sí.

«Qué patético por mi parte sucumbir a sus encantos», pensé componiendo una mueca irónica para mi interior.

Pero lo hecho, hecho estaba. Así que nos dirigimos a la cafetería universitaria, pedimos nuestro café y nos encaminamos hacia una de las mesas que había situadas al fondo del comedor, donde estaba más vacío y nadie podía oírnos.

Había sido todo a petición de él. ¿Qué esperaba que le contase?, ¿que me había colado por una ventana?, ¿que había escuchado voces extrañas?, ¿que había visto el fantasma de una chica? Pensaría que estaba loca. Aunque analizándolo bien, él muy normal no era, pero no iba a confesarle todo eso.

—Y bueno ¿viste los techos? —preguntó afable mientras cogía asiento.

—Eh... pues estaba en obras.

—O sea, que no —afirmó.

—Pues... eh... —Odiaba admitirlo, pero no sabía mentir.

—¿Qué? —Su intensa mirada verde no paraba de escrutarme.

Me estaban sudando las manos otra vez, pero no sabía por qué, si todo aquello era una tontería. Era un extraño, podría decirle lo que quisiera, aunque no fuese verdad. Se me daba mejor evadir, pero tal como me lo planteaba, no podía.

—Delia ¿qué viste? —preguntó firme. Parecía preocupado pero, sobre todo, intrigado.

—Nada, no vi nada. —Esquivé su mirada porque ya no podía sostenérsela ni un segundo más. Estaba muy pesado con eso.

—No me lo creo.

Solo de recordarlo me daban escalofríos por todo el cuerpo. No quería contarle aquello, había pasado dos noches intentando olvidar aquel suceso y ahora él quería que se lo contara, ¿por qué estaba tan obstinado con eso?

—Me pareció escuchar algo, eso es todo —decidí contarle eso antes que la verdad.

—¿Qué oíste entonces? —Sin saber cómo, su cara estaba muy pegada a la mía, mirándome con ojos expectantes. Me di cuenta de que una de sus manos se hallaba sujeta a mi brazo, apretándolo sin ningún miramiento.

—Michel, me estás haciendo daño. —Intenté soltarme de él.

Pero pareció no oírme.

—Delia, ¡contesta! —insistió.

—Michel... —repetí su nombre, asustada.

La camarera llegó en ese momento, haciendo que Michel liberara mi brazo repentinamente.

—Os dejo los cafés aquí... —dijo mirándonos con cara de circunstancia y poniendo, con un tembleque en la mano, las tazas sobre la mesa.

Toqué mi brazo por el lugar que él lo había aferrado; me ardía, aún sentía el dolor del apretón. Y entonces caí en algo, una pregunta se manifestó en mi mente clara y concisa.

—¿Tú qué tienes que ver con esa catedral? —Achiqué los ojos mientras lo contemplaba. Tenía que ser eso. Estaba muy interesado en que le contara lo que había visto.

¿Podría ser él ser una de esas personas que había escuchado correr ahí dentro? ¿No habían sido fantasmas después de todo?

—¿Yo? Nada —contestó apartando la mirada, tenso.

«Nada».

Menudo embustero.

Si íbamos a jugar a esto, los dos debíamos tener las mismas reglas. A mí también me entraron ganas de no decir ni la mitad de la verdad. Ojo por ojo, diente por diente. Ahora entendía ese cambio que se había producido en él. Se había puesto amable para sacarme información después de haberme hecho sentir mal por haber roto mi promesa. Me sentí como una imbécil.

—Mentiroso —sentenció.

No contestó.

Punto para mí.

¿Por qué se había puesto así por decirle tan poca cosa? ¿Por qué ese interés en lo que yo hubiese podido ver allí? ¿Quién era él en realidad? Me vino a la cabeza su visita a mi clase de Literatura Francesa, yo no le había dicho mi horario. Y además, ¿cómo había sabido que yo, Delia Villegas, era su compañera de Filosofía en el trabajo? Eso tampoco se lo había dicho. Y cuando me había dado el libro en la iglesia futurista, ¿cómo demonios había sabido que me encontraba allí? Nunca había creído en las casualidades, que pasara por allí o que hubiese visto mi nombre en la lista de clase, y menos que por azar hubiese adivinado quién era yo. Eso no podía ser.

Eran demasiadas preguntas que aún no tenían respuesta.

—Vale —dije ante su silencio.

Me levanté para irme de allí.

Él intentó detenerme. Su mano se levantó para coger la mía, pero se desvió en el camino encogiéndose en un puño.

Yo no me detuve.

«¿Por qué?», pensé saliendo a toda prisa de la cafetería. «¿Por qué siempre acabamos igual? ¡No hay manera de estar bien con él!».

¿Y si él había estado en la catedral aquella noche? ¿Y si me había visto salir de allí? ¿Y si él era uno de los dueños de aquellos murmullos, de aquellas voces susurrantes? No lo sabía, pero acababa de decidir que estaría más atenta a los movimientos que se producían a mi alrededor. Además, el encanto que le había visto a Michel se había convertido en temor en un segundo. ¿Cómo me podía haber subido en su coche? ¡Qué estúpida! Me había metido en la boca del lobo como una idiota.

¿Qué estaba pasando en esa maldita ciudad? ¿En esa maldita universidad? ¿De qué estaba rodeada? Todo cuanto debería ser el futuro, lo mejor que me podía pasar en la vida, tener la oportunidad que otros no tenían... parecía tomarse oscuro.

14

Damián

El resto de la semana fue igual que siempre. En las clases por la mañana y por las tardes, y cuando tenía libre con mi itinerario de iglesias. Pero no tuve ningún problema, la zona Marier quedaba lejos de las que tenía en la lista y Michel no había aparecido por ninguna de las tres que visité después de la catedral. Eso me hacía estar más tranquila, y por una vez, el sol estuvo de mi parte y no oculto tras las nubes.

El viernes por la noche estaba reventada. El fin de semana lo dedicaría a poner en orden la información que había conseguido y vería los detalles con Yolanda y Damián para que tuvieran sentido las tres partes.

Aún sentía vergüenza cuando veía a Lola. Esta no me había dicho nada de nuestro pequeño encuentro, pero me daba cuenta de que, por el rabillo del ojo, me dedicaba unas cuantas miradas en clase.

—Bueno, esto ya está —expuso Damián suspirando mientras soltaba el bolígrafo de mala manera sobre el pilón de folios que tenía debajo—. ¿Cómo lo lleváis?

Yolanda resopló sonoramente; estábamos gastando un sábado de nuestra vida en la universidad.

—Fatal, no entiendo la mitad de lo que he conseguido reunir, este vocabulario es para historiadores licenciados de los años cincuenta por lo menos —dijo exasperada.

Damián y yo reímos por lo exagerada que era. Por eso y porque vista así, rodeada de folios en la mesa de trabajo, parecía una escritora loca.

—¿Y tú qué tal? —me preguntó él directamente a mí.

—Bien, creo que en una hora habré acabado. —O eso esperaba—. Voy a tomarme uno de esos cafés asquerosos que dan las máquinas expendedoras.

—Si me traes uno te estaría muy agradecida —comentó mi amiga pasando las hojas de su bloc como una autómatas.

—Hecho.

Cogí mi monedero y me dispuse a cruzar toda la biblioteca, estábamos al final del todo, en la zona de trabajos, donde se podía hablar y no molestar al personal. Habíamos decidido quedar allí porque mi casa era muy pequeña —y además me agobiaba un poco estar tanto tiempo dentro haciendo ese dichoso trabajo—. Damián no había propuesto la suya y Yolanda vivía en un pueblo cercano, pero ninguno quería moverse de la ciudad. Así que, por fortuna para nosotros, la biblioteca estaba abierta los sábados hasta mediodía.

Ya me estaba acostumbrando al siniestro halo oscuro de esas paredes milenarias, así que no iba encogida de hombros y asustada como si me persiguiera un maniaco asesino.

Llegué a la máquina del café y me dispuse a buscar en mi monedero céntimos sueltos que esa cosa se pudiese tragar sin problemas. No me gustaba meter billetes aunque tuviese esa opción, el día anterior me había dejado sin uno de cinco euros y encima no me había dado mi café. Quejarme había sido inútil y había jurado y perjurado que no volvería a sacar un mísero café de ese lugar de nuevo, pero estaba medio zombi y la cafetería quedaba en la otra punta del campus, además de que no tenía muy claro si estaba abierta un sábado por la mañana; toda la universidad estaba desértica, excepto por los pocos que nos atrevíamos a madrugar e ir allí a hacer nuestros trabajos.

—Déjalo, yo te invito —dijo Damián sobresaltándose. Introdujo una moneda de cincuenta céntimos en la máquina expendedora y me sacó un café con leche.

—Gracias, creo que mi monedero se ha tragado las monedas que tenía de diez, juraría que esta mañana tenía alguna cuando salí de casa.

Damián sonrió, remarcando sus hoyuelos.

—A mí me pasa con los calcetines y la lavadora.

Tuve el impulso de reír.

Me dio el vasito de plástico lleno de café y se sacó otro para él.

—¿Cómo está tu herida? —Señaló mi mejilla; era la primera vez que me preguntaba por ella en toda la semana.

—Bien. —Me eché la mano a la cara automáticamente, ya sí podía disimular el corte con maquillaje.

—¿Qué... Qué te ha pasado? No quería decirte nada porque te he visto muy ida estos días, pero hoy te veo más centrada.

Resoplé, ¡qué no me había pasado más bien!

—Soy un poco torpe y me di un golpe contra el marco de la puerta del baño.

Sonreí intentando parecer despreocupada y convincente, pero, como he dicho, no se me da muy bien, así que no coló.

—Claro, y yo no soy alérgico a los gatos y tengo cuatro en casa arañándose las sillas.

Me quedé mirándolo estupefacta por su respuesta, y luego los dos soltamos una carcajada.

Pero la risa duró poco. Damián se puso serio y sus ojos castaños volvieron a posarse en mí.

—En serio. Delia, si tienes algún tipo de problema puedes decírmelo, de verdad. —Me miró un poco preocupado, sus hoyuelos ya no hacían acto de presencia a causa de la inquietud.

Puse una mano en su hombro.

—Damián, tranquilo. No me pasa nada, nadie me pega, de verdad, no te montes películas raras.

Desvió los ojos de mí, algo más relajado.

—Vale, pero quiero que sepas que puedes contar conmigo si necesitas algo, ¿de acuerdo?

Sentí mucha gratitud hacia él; y ya no pensaba que decía todo eso solo porque yo le pudiese gustar, se veía preocupado por mí en serio.

—Delia... Quería hablar contigo. —Su sonrisa se fue esfumando poco a poco, dando paso a una cara un poco triste.

—Tú dirás.

—La verdad, Delia, no sé cómo empezar —declaró algo abatido.

Me empecé a impacientar al ver que no llegaba a ningún lado.

—Damián, ¿qué ocurre?

—A ver... —Suspiró. Y a mí me iba a dar un ataque como no hablara en los próximos dos segundos, empezaba a parecerse sospechosamente a Michel—. Sé que no soy nadie para decirte esto...

—Damián, suéltalo ya, por favor —dije lo más *calmada* posible.

—El otro día te vi con ese chico en la cafetería. Michel, creo que se llama.

Juro solemnemente que le presté toda mi atención, ¿Michel?, ¿qué querría decirme Damián de Michel?

—¿Qué... Qué pasa con él? —pregunté con el ceño fruncido.

—Lo conozco del año pasado. Estuvo en clase de Lola y llegó en mitad del primer cuatrimestre. Decía a todos que venía de Erasmus, pero la mayoría habían llegado antes. La verdad es que apareció de la nada, literalmente. Yo vi la lista clase y su nombre no me sonaba. Claro está que me lo pude pasar, por supuesto, pero teniendo un apellido extranjero... En fin, eso es lo de menos, lo importante es que es muy...

—Raro —afirmé.

Damián sonrió ante esa definición.

—Iba a decir algo diferente, aunque eso también vale. Lo que quiero decir es que tengas cuidado con él.

¿Cuidado con él? ¿Estaba Damián celoso? ¿Yo había provocado esos sentimientos en alguien?

Nunca nadie había estado celoso por mí. Eso era nuevo. Y la verdad es que me hacía hasta gracia, pero antes de subirme a los cielos divagando con esa idea, bajé a la tierra. No era por eso por lo que me decía todo esto, lo veía en sus ojos, estaba preocupado por lo que pudiera hacerme ese chico que parecía peligroso.

No sabía muy bien qué decir, así que no respondí. La conversación sobre Michel me había cogido con la guardia baja totalmente. Yo ya sabía que Michel era extraño, y sí, me daba un poco de miedo, pero aun así...

—Bueno, quién sabe, a lo mejor yo me estoy equivocando. Tampoco quiero darte concepciones erróneas sobre la gente. Es solo una opinión —continuó diciendo ante mi silencio.

Estaba claro que Damián no conocía al muchacho muy bien. Y, definitivamente, era un encanto. ¿Cómo era posible que no me hubiese fiado de él cuando se había ofrecido a llevarme en coche? Ahora me parecía extraño. ¿Cómo sí había confiado en Michel? Eso era algo que nunca entendería.

Damián era perfecto. Pero al parecer, no era suficiente para que mi cuerpo reaccionara de otra manera a como lo estaba haciendo, por mucho que yo quisiera. ¿Por qué me había tenido que picar el gusanillo por el chico malo? Desde luego, Cupido había lanzado muy mal sus flechas.

—No te preocupes, sé cuidarme —dije finalmente. No estaba muy segura de aquello, pero por supuesto a él no se lo iba a decir—. Pero gracias —añadí con una sonrisa.

Damián asintió.

—¿Por eso crees que tengo problemas? —pregunté hilando pensamientos.

—Sí, no lo he visto con nadie en mucho tiempo. De repente lo veo contigo y tienes un corte que te cruza toda la cara. Lo siento, pero aunque no quiera meterme en tu vida, tenía que

comprobar que estabas bien. Me ha costado mucho lanzarme, no creas, a veces te veo un poco esquiva.

Sin quererlo sonreí, a partir de ahora declaraba a Damián mi ángel de la guarda oficial, ni siquiera Yolanda se preocupaba tanto por mí.

—Soy una paleta de pueblo autosuficiente —bromeé para quitarle hierro al asunto y después le di una palmada en la espalda.

Él también sonrió.

—Voy a sacarle el café a Yolanda, en estos momentos tiene que estar mordiéndose hasta las uñas.

Volví a reír, imaginando a mi amiga haciendo lo que él decía; me pareció una imagen muy cómica.

Con el trabajo terminado y listo para entregar, tuvimos que elegir quién de los tres sería el portavoz del grupo y expondría los diez minutos que duraba esa tortura. Lola no quería que habláramos todos porque «no lo veía necesario». Y... ¿a quién le tocó llevar a cabo la tarea? A mí, por supuesto. Según Yolanda y Damián yo era la que mejor se explicaba —¡traidores!— y eso mismo le habían soltado a Lola, que había dado el visto bueno a mi candidatura no voluntaria.

Las manos me sudaron y las piernas me temblaron, pero lo logré. Conseguí hablar sin atragantarme, ¡toda una hazaña!

Después de quitarnos ese muerto de encima, los tres respiramos tranquilos, así que decidí centrarme en Filosofía e Historia de Egipto. Con la segunda no creía que tuviese problemas, pero con Filosofía... tenía que hacer un trabajo con Michel y no había dado señales de vida. Probablemente tuviese que hacerlo yo sola, y me ardía la sangre solo de pensarlo. El italiano loco se había dado a la fuga y no contestaba ni uno de mis *e-mails*, además de no aparecer por clase. Tampoco tenía su móvil para bombardearlo a llamadas.

Historia de Egipto no era un problema: las pirámides eran uno de mis temas favoritos. Me encantaba su mecanismo; el cómo los egipcios habían logrado construir las tumbas de sus faraones de manera que nadie pudiera llegar hasta los tesoros que se llevaban al otro mundo me parecía más que fascinante. Y en esas estaba pensando cuando me dirigía hacia Filosofía. Llegué un poco tarde a clase y esperé unos segundos en la puerta antes de entrar. ¿Habría llegado él ya? ¿Estaría dentro? No sabía por qué, pero estaba nerviosa.

Me aferré a mi carpeta mirando hacia todos lados, temblando como una hoja.

«¡Vamos! No puedes ponerte así siempre que vayas a cruzar el umbral de esa puerta», me dije pensando en el italiano, pero mi pulso siguió igual de alterado.

Suspiré en un intento por calmarme. Lo cierto es que, por un lado, anhelaba verlo, quería saber qué me esperaba con él ahora, qué comportamiento tomaría conmigo después de esa extraña discusión que habíamos tenido. Era tan difícil de predecir en aquel chico. Pero, por otro lado, no me atrevía ni a mirarlo a la cara. Ni a esos ojos, que a veces irradiaban dulzura y otras terror. ¿O una dulzura terrorífica? Eran un verdadero enigma.

Volví a suspirar y entré en clase, ya llegaba demasiado tarde.

Para mi suerte o para mi desgracia, mi rompecabezas con sabor a Italia tendría que esperar porque él no estaba en el aula. ¿Dónde se habría metido? ¿Tendría que ver su ausencia con nuestra

discusión?

«Poco probable para un tío que parece tan independiente, no creo que le interese lo que piensan los demás, y mucho menos yo», me dije a mí misma descartando la idea.

¿Había acertado?, ¿tendría él algo que ver con la catedral?, ¿o simplemente estaba enfermo? Las hipótesis eran tan variadas en mi mente.

En un arrebato de sinceridad, me dije que todo este aluvión de pensamientos dedicados a Michel solo podían significar una cosa: él me gustaba, o por lo menos levantaba mucho interés en mí.

«Damián sería una mejor opción», me dijo la sabia voz de mi conciencia, y aunque sabía que tenía razón, también sabía que ese pensamiento estaba condenado al fracaso. Damián se había convertido en alguien muy importante para mí, pero no de esa forma, la figura borrosa del chico misterioso le había ganado terreno en mi mente y en mi corazón, y ya no se podía hacer nada.

Michel tampoco apareció por clase la semana siguiente. Era como si hubiese desaparecido del mapa. Como si se hubiese esfumado de repente. Nadie preguntaba por él. Se notaba que en todo el tiempo que llevaba allí, por lo menos casi un año —según el dato que me había dado Damián sobre su llegada—, no había hecho muchas amistades. Él siempre iba solo, ¿tan poco social era? Seguro que podía conectar con los demás de alguna manera si quisiera; y yo bien que lo sabía, que a mi pesar tenía que reconocer que había sucumbido a sus encantos unas cuantas veces.

No, ese no podía ser el problema. Él parecía querer estar solo a propósito, pero ¿por qué?

Me quedé sorprendida cuando me di cuenta de que lo estaba buscando entre la gente; por los pasillos, por las clases, por la cafetería... ¿Es que esperaba verlo sentado por ahí como si nada?

No lo encontré por ningún lado. Un poco decepcionada, me fui a casa.

15

La chica fantasma

No entendía por qué no podía dejar de pensar en Michel. Quizás lo que en realidad me atrajera de él era simplemente su misterio. Después de todo, Damián no me gustaba por ser algo *fácil*, quizás esa era la clave para poder *librarme* de él. Descubriendo su secreto, ya no habría misterio y no podría atraerme. Y así, caso resuelto. ¿Cómo descubrir lo que estaba pasando con Michel? Ese era el problema y más ahora que había desaparecido.

Esas eran mis cavilaciones aquel aburrido viernes.

En un par de ocasiones había cogido el móvil para llamar a Damián, pero me lo había pensado dos veces antes de hacerlo; era mejor mantener un poco las distancias con él. Sin embargo, y por muy distanciada que quisiera estar de mi amigo, no me resistí a llamarlo y quedar para tomar algo cuando Yolanda me envió un mensaje: había venido a ver a Jorge, pero como era de suponer, estaba tan metido en sus cosas que al final le había dado plantón a mediodía.

No me gustaba la idea de tener a Yolanda llorando por los rincones, se preocupaba mucho cuando Jorge no estaba con ella, pero me venía bien para no estar a solas con Damián y darme un respiro de todo el estrés acumulado en las últimas semanas. Estaba bien hacer, por fin, algo normal, salir con mis amigos e ir a tomar algo, cosa que desde que estaba en la gran ciudad no había sido muy a menudo.

—¿Conocéis algún *pub* o alguna cafetería que esté bien? —pregunté en cuanto nos apeamos del coche de Damián.

—Sí. Yo conozco un *pub* que está genial, está en el barrio Marier —explicó la pelirroja.

Se me heló la sangre solo de pensar en volver a aquel lugar donde me había llevado un susto de muerte con la catedral y sus fantasmas. Llevaba sin pensar en ello unos días y su sola mención hacía que se me pusieran los pelos de punta. Recordaba la tarde que había estado en el templo, y hubiese vuelto hacia atrás en el tiempo para cambiarlo, sin duda.

—Pero tengo entendido que es un sitio peligroso, según Jorge... —dije, recordando las advertencias de su novio e intentando desviarla de ese objetivo; estábamos en el centro, podíamos ir a cualquier lado, ¿por qué el barrio Marier?

Yolanda reflexionó unos segundos.

—Vale. Sé que Jorge piensa eso, pero en realidad yo nunca he visto nada malo allí. Honestamente, me parece uno de los mejores barrios de la ciudad —contestó finalmente—. Supongo que es demasiado protector conmigo, pero Damián viene con nosotras, así que no hay de

qué preocuparse. Igual nos encontramos allí con Jorge, sigue haciendo el proyecto sobre la zona con sus amigos.

O sea, que todo esto era una excusa para tenerlo controlado, ¡mira qué bien! Si lo hubiese sabido ni siquiera se me hubiese ocurrido proponer nada.

—Por mí estupendo, si queréis vamos. —Damián también apoyó la moción.

Resoplé, aunque no dije nada más. Querer ir allí no era precisamente algo que me apeteciera realmente, pero mis amigos estaban tan empeñados que... ¿Cómo decirles que no? No podía contarles que le tenía un miedo atroz a ese lugar porque me había colado en su catedral y como premio había visto una figura fantasmagórica.

Me acordé de la chica desaparecida, ¿y si era su espíritu advirtiéndome de que no pudiese un pie nunca más por allí?

Me dio un nuevo escalofrío, y haciendo de tripas corazón, me dejé arrastrar por ellos hasta allí.

El camino fue silencioso por mi parte. En cambio, mis dos amigos estaban encantadísimos con la idea. Yolanda se había posicionado por delante de mí con Damián, y como de costumbre, no paraba de hablar. Todo lo que había allí le parecía fascinante, nos describía los lugares que le gustaban, los jardines, las casas... Deduje que si por ella fuera se habría ido a vivir allí mucho tiempo atrás.

Qué extraña contradicción. A Yolanda le encantaba el barrio, pero a Jorge no. Ella estaba desando ir, y Jorge, que estaba allí casi siempre con sus amigos y sus historias, quería salir. ¿Se podía saber de dónde se había escapado esa pareja?

Tan metida estaba meditando en mis teorías que no me di cuenta de que habíamos entrado en el barrio hasta que Yolanda dijo:

—¡Aquí es! Espero que os guste. Jorge me trae a este *pub* siempre que quedamos con alguno de sus amigos —explicó—. Me gustaría venir más de seguido —añadió suspirando.

Era obvio que su novio no la sacaba mucho a pasear ¿sería por ese instinto protector del que Yolanda le hacía gala? ¿Habría visto él los fantasmas que vagaban por la catedral?

—¿Pasa algo? —me preguntó Damián, que se había sentado a mi lado, parecía que llevara unos minutos observándome.

«Sí, que me estoy volviendo loca», pensé.

—No, nada, pensaba que esto está muy vacío —mentí de mala manera, como siempre. Esperaba que Damián no se diera cuenta de mi pésima capacidad para ocultar mis preocupaciones otra vez.

Él asintió un poco confuso mientras desviaba la vista hacia Yolanda, que se había ido a la barra para pedir nuestros cafés.

El *pub* en cuestión se llamaba La Casa Escarlata y tenía fama de hacer unos capuchinos riquísimos. O, por lo menos, esa era la información que Yolanda nos había dado.

La pelirroja llegó ejerciendo de camarera con dos tazas humeantes en las manos, la tercera fue a buscarla Damián. Eso era cosa del camarero, pero el tío estaba entretenido en la otra punta de la barra, apoyado en una pequeña ventanita con su cigarro encendido.

—Yolanda, creo que tus preferencias de *pubs* no son compartidas con el resto de la población, esto está vacío —apunté rodando los ojos sobre la estancia mientras Damián traía el último café y se sentaba con nosotras.

El sitio era de *snobs*, de eso no había duda. Excepto por el camarero que desentonaba un poco en el lugar, parecía un poco *hippie* para trabajar ahí. Las mesas eran cuadradas, el cristal con el que estaban hechas dejaba ver el suelo. Las sillas de metal oscuro estaban formadas de agujeritos configurados por finas líneas trenzadas, a conjunto con las patas de las mesas. Estas estaban entrelazadas e iban desde el centro del cristal de la parte superior de la mesa hasta el suelo. Su color no se podía saber fijo, ya que brillaban por las luces —color morado— de los diferentes focos que había en la estancia. Las paredes eran lisas, con tonos granate, solo rotas por las ventanas de vidrieras de colores que hacían formas raras y descuadradas. Todo estaba muy limpio, parecía que el sitio tuviese autolavado. Y las botellas que había detrás de la gran barra de madera violácea —color también causado por los focos ultramodernos— estaban puestas sobre estanterías de cristales.

—Pues parece que todo el mundo se ha metido en casa —explicó mi amiga con un deje misterioso en la voz—. Eso me ha dicho Tony.

Damián y yo nos miramos confusos y después esperamos una explicación algo más amplia por su parte.

—Tony, el camarero del bar —continuó, dedicándole una mirada al susodicho. Pero el tío se había encendido otro cigarrillo y parecía ajeno a todo en su ventanita. Si cayera una bomba nuclear a su lado, él seguiría como si tal cosa, estaba segura de ello—. Me ha dicho que una chica ha sido asesinada esta misma madrugada... —dijo con la voz rota, apenas audible, aunque los dos la escuchamos perfectamente—. Y no sabéis lo más gordo: es la chica que desapareció el año pasado. Había quien decía que se había largado con un noviete suyo, pero, al parecer, fue secuestrada. Su cuerpo ha aparecido marchito, como si la hubiesen dejado morir de hambre —añadió susurrando, como si pronunciar las palabras en voz alta le provocara escalofríos.

Damián y yo nos volvimos a mirar con la boca abierta. Yolanda siguió informando de lo que Tony le había contado, pero yo ya no le prestaba demasiada atención, no tenía la mente para seguir escuchándola; había comenzado a hiperventilar, haciendo caso omiso a mi amiga.

¿Cómo que la chica que había desaparecido hacía un año??

Al parecer, había sido asesinada mientras huía de alguien, un balazo le había atravesado el corazón. ¿Cómo era posible? ¡Una pobre chica! ¿Quién podía haberle hecho algo así?

Sumando dos más dos, la única respuesta que se me pasaba por la cabeza tenía que ver con el suceso de la catedral. Me parecía demasiada casualidad que hiciera poco tiempo hubiese visto a una muchacha con la cara ensangrentada, con la piel amigada, deslizándose con esfuerzo por el suelo de la catedral y ahora apareciese otra muerta y con signos de deshidratación, ¿podían ser la misma persona?, ¿no había visto un fantasma después de todo?

Todo se confirmó cuando Yolanda puso el periódico del día sobre la mesa y vi la foto. Allí estaba ella: la chica *fantasma*. No estaba manchada de sangre, sino alegre y despreocupada, guapa como una modelo. Sus ojos azules rezumaban vida, y su piel brillaba como una estrella. Tenía buen aspecto. Parecía delgada pero no tanto como para tener las muñecas de una niña pequeña. Y aunque parecía distinta a como yo la había visto, supe que era la misma persona.

—Dios, Delia, te has puesto blanca —dijo Damián, zarandeándome de las manos.

—Lo siento, había olvidado que eras muy miedosa —comentó Yolanda, también preocupada por mí. Que yo recordara, ella también lo era, al menos con la biblioteca de la universidad.

Yo apenas podía hablarles, me sudaba todo el cuerpo y mi respiración había comenzado a agitarse sin que yo pudiese hacer nada.

—Trae un vaso de agua —pidió él, y Yolanda fue hacia la barra—. Ey, ¿me oyes?

Lo miré, y no sé qué cara de terror tendría en ese momento, pero su rostro se preocupó alarmanamente por mí.

—Tranquila, no pasa nada, de verdad.

Comencé a llorar bajo su mirada inquieta, no podía evitar que las lágrimas se amontonaran en los párpados, todo esto era demasiado.

Damián me abrazó y yo me dejé hacer, tenía la mente tan embotada que apenas podía reaccionar a nada.

Me costó mucho convencer a mis amigos de que solo estaba impresionada, de que no me pasaba nada. No sé si se lo creyeron del todo pero ninguno de los dos quiso presionarme más. Me había costado mucho calmarme, aunque al final lo había conseguido, más o menos.

Cuando salimos del *pub*, ninguno se atrevía a decir palabra. Yo estaba como en otro mundo, pero vi algo que me llamó la atención: la calle estaba rodeada de edificios, por encima del más pequeño sobresalía un torreón conocido, uno de estilo gótico.

—Yolanda, ¿dónde estamos? —pregunté rompiendo el silencio en el que nos habíamos sumido desde hacía al menos media hora.

—Tres calles más abajo del centro del barrio ¿por qué?

—La catedral. ¿Es eso de ahí? —Señalé al torreón.

—Sí —contestó ella, mirando en dirección hacia lo que mi dedo indicaba, algo confusa.

—¿Dónde ha aparecido el cuerpo de la chica? —seguí preguntando.

—Una calle más arriba de esta.

Sin dar ninguna explicación, salí corriendo. Damián y Yolanda quisieron darme alcance, pero yo era muy rápida. Haber estado tres años seguidos en atletismo había dado sus frutos.

Cuando llegué al lugar pude comprobar que había más curiosos en la zona.

«Supongo que unos se encierran en casa y a otros les da por salir», pensé con el ceño fruncido. No esperaba ver tantos mirones allí.

La calle estaba cortada con el cordón policial amarillo.

«De película policíaca», tuve que admitir para mi interior de nuevo.

Había policías y reporteros peinando la zona con cámaras de vídeo y fotos. Los paisanos y demás curiosos estaban por detrás del cordón amarillo, por lo que era difícil ver la escena del crimen.

No sabía por qué estaba haciendo todo eso, yo debería estar huyendo de allí por si alguien, aparte de Lola, me había visto por la zona, pero no, en lugar de eso estaba intentando alzarme sobre las cabezas de los demás poniéndome de puntillas.

¿Qué esperaba encontrar? ¿Una pista del asesino? Ni yo misma lo sabía, pero sentía que tenía que ver aquello por mí misma.

—Delia —me llamó Damián medio ahogado mientras se acercaba a mí—. ¿Podrías avisar la próxima vez que hagas eso?

Yolanda no dijo nada, solo luchaba por respirar. Habían venido corriendo desde una calle más abajo, pero la calle en cuestión se encontraba en cuesta y no era para nada una corta.

—¡Había alguien con una túnica negra! —gritó un hombre, meneando los brazos como un loco, captando mi atención y la de unos cuantos más—. Llevo una hora diciéndolo: fui yo quien los llamé, ¿por qué ahora no me hacen caso? —se quejó el hombre.

—Señor, ya hablamos de eso esta mañana. Debería haber sido algo más discreto —se quejó el policía.

Estaba claro por qué estaba todo el mundo allí reunido: el abuelo había largado demasiado y los medios estaban como locos por escribir una buena historia de asesinatos y sangre. Llegados a un punto, dejé de escucharlos, pero al parecer todo ese follón se había montado hacía poco, aunque la chica hubiese sido encontrada hacía horas, lo habían mantenido en secreto por el estatus de su padre, y hasta ahí había podido captar.

Detrás del hombre y el policía, alguien parecía escuchar la conversación con tanto interés como yo. Exactamente, una figura inconfundible por ese pelo negro oscuro acompañado de esas esmeraldas igual de oscuras pero de color verde llamó mi atención.

—¿Michel? —Estaba desconcertada mientras lo intentaba ver mejor, pero me vi obligada a apartar la mirada; alguien me propinó un empujón que si no llega a ser por Jorge me hubiese tirado al suelo.

¿Jorge? Pues sí, el mismo, ¿cuándo había llegado? Ni siquiera me había dado cuenta. Pero Jorge en ese momento no era la cuestión. Michel en cambio...

«¿Dónde se ha metido?», pensé mientras miraba hacia el hombre y el policía que seguían hablando. Michel ya no estaba.

¿Me lo había imaginado? No, él estaba allí. O quizás no. Tenía tantas ganas de verlo que tal vez también me lo estaba imaginando.

Jorge se ocupó de Yolanda, que estaba deseando salir de allí. Tanto alboroto la ponía nerviosa. Él también había escuchado todo el jaleo de la chica y por eso había salido a ver qué pasaba, al parecer uno de sus amigos no vivía lejos de allí y los dos estaban enfrascados en su tesis cuando el diluvio de periodistas había cercado el lugar.

Damián se ofreció a acompañarme; seguía pasmada pensando en los últimos acontecimientos, así que le dije que sí muy agradecida.

16

Empieza el juego

Ni siquiera era capaz de decir una palabra. En realidad, no mostraba ninguna emoción. La muerte de la chica me había dejado en *shock*; no podía reír, y ahora tampoco llorar.

Su rostro me perseguía por donde quisiera que pasara. En la tele salía la noticia una y otra vez, la universidad estaba empapelada con su rostro de hada, sereno y sonriente. Iba a haber un acto en su honor. Por eso me tomé la mañana libre y decidí no ir a la universidad.

Tenía en mente ir a otro sitio: la comisaría de policía.

Creía que lo más acertado era reconocer los hechos: me había colado en un sitio sin permiso, había escuchado voces, había visto a Jessica Staud y la había confundido con un espectro.

Me escocían los ojos cada vez que pensaba en ello, podría haberle salvado la vida y por mis estúpidas sugerencias sobre los fantasmas la había dejado morir.

Nunca imaginé lo culpable que una persona se puede llegar a sentir por la muerte de otra, aunque sea indirectamente. Tal vez si hubiese ido a la policía antes ella hubiera vivido; tal vez si hubiese avisado de que ahí dentro pasaba algo raro, su asesino hubiese sido detenido y todo se hubiese quedado como un suceso sin transcendencia. Pero, por desgracia, la realidad era bien distinta: Jessica Staud estaba muerta, y probablemente yo Riese la última persona, aparte de su captor, que la hubiese visto con vida.

«Puede ser que Riese al revés, ahora tú podrías estar muerta», me dijo la voz de mi conciencia. Y de repente caí en algo. Si los dueños de aquellas pisadas, de aquellas voces, me hubiesen visto allí, ahora estaría como ella, o al menos como la había visto en aquel lugar: llena de sangre, destrozada. Jessica sabía que si alguien me descubría allí iba a correr su suerte, por eso me había gritado que me Riera.

Mi paraguas se había quedado allí como una prueba contundente de mi presencia. Aunque no supieran que ese objeto era mío, les había dado la pista; sabían que alguien había invadido aquel lugar sin que hubiese sido invitado. Podrían haberme visto salir de allí a la carrera. O quizás no. No tenía modo de saberlo.

Si iba a la policía, ¿qué podría pasarme a mí? La zona de la catedral estaba siendo investigada, probablemente, los dueños de las voces que yo había oído ya no estuviesen allí; nadie sabía quién había sido el autor de aquel crimen, por lo tanto, aún no se podría concretar nada.

Temblando de arriba abajo, con las lágrimas rodando por mis mejillas, decidí irme de allí a toda prisa.

Lo más sensato hubiese sido acudir a los agentes que velaban por el bien de los ciudadanos, pero no estaba segura de que ellos me pudiesen proteger de un *fantasma*, y ya no me refería a las almas en pena de las historias locales, sino a que la cara del asesino seguía en el anonimato, y por lo que había podido leer en todos los periódicos, el suceso era todo un desafío para la policía que hacía un año ni siquiera había podido hacer cávalas de lo que podría haberle pasado a esa pobre chica desaparecida.

Y, si algo tenía claro, era que no quería ser la siguiente Jessica Staud. Era una cobarde, pero ¿y si me pillaban al hablar?, ¿y si había un policía corrupto que me delataba a la prensa? Vale, quizás estaba demasiado paranoica, pero es que no podía evitarlo.

Esa tarde no tenía clase, pero igualmente me fui a la universidad después de comer. No quería estar encerrada en casa, pensando y dándole vueltas al coco. Me fui a la biblioteca a intentar relajarme un poco y poner en orden mi caos académico; ya pensaría en lo otro más adelante, cuando pudiese articular mis ideas con claridad.

Decir que estaba más sola que la una era quedarse corto. Ese lunes apenas había nadie en la universidad. Al menos, la cara de Jessica ya no me perseguía por allí; el acto en su honor había sido numeroso, según el informe detallado de Yolanda, pero una vez pasado, la vida en la universidad se había restablecido, y las pancartas con su cara, arrancadas de las paredes.

Me había puesto al lado de la única persona que había encontrado por los alrededores: una chica agobiada por los exámenes. Parecía ser mayor que yo, y seguramente estaba preparándose para los extraordinarios de diciembre porque cuando di unos cuantos golpecitos nerviosos sobre mis folios me miró con ganas de querer matarme.

Decidí cambiarme de sitio, y me introduje en otra sala: no había ni un alma. Al menos no un alma visible, quizás aquí sí hubiese fantasmas como me había contado Yolanda, el escenario, por lo menos, invitaba a ello.

«Tienes que encontrar la biblioteca pública de la ciudad, esta no es la tuya», me dije.

Me senté en una mesa, y con resignación, otra vez intenté concentrarme en lo que tenía que hacer. Literatura Francesa era mi siguiente objetivo; un trabajo sobre la Ilustración podría hacer que aprobara la asignatura.

Abrí mi carpeta y saqué mis folios. Pasé unas cuantas hojas y las apilé ordenadamente. La luz empezó a parpadear. Miré hacia las barras eléctricas, y un segundo después, se apagaron. Todo se convirtió en una siniestra sombra iluminada tenuemente por los óculos que dejaban entrar una escasa luz del exterior.

Me levanté, guiándome con mis manos y los leves resquicios de luz que llegaban a mi altura desde los altos laterales de las paredes; quería encontrar el interruptor o algo.

Escuché un ruido a mi espalda. Me giré sobresaltada, y una sombra se movió, escondiéndose detrás de una estantería.

Me llevé una mano al corazón, que de repente se me había acelerado.

—¿Quién eres? —pregunté al borde del llanto.

Otro ruido captó mi atención en el lado opuesto, volví a girarme hacia ese lugar. Vi otra silueta, y puedo jurar que no me caí redonda al suelo por los pelos. ¡¡Estaba muerta de miedo!!

—¿Qué quieres? —le grité, pero la sombra no me contestó, se fue despacio hacia atrás.

No pude distinguir sus rasgos como lo había hecho con la chica, pero tenía pinta de ser un hombre; era muy alto y musculoso. Alguien dio un paso a mi espalda, y de nuevo me giré, la

sombra se hizo más corpórea, ya no era algo negro y difuso, era un cuerpo muy visible, que estaba justo delante de mí.

Solo pude abrir los ojos, aterrorizada. Sentí una presión en los hombros, y antes de que pudiera reaccionar, una mano enguantada presionó mis labios desde atrás. Aferré mis dedos a la piel del guante, pero era demasiado fuerte. Mi espalda se encontraba acorralada entre su torso y su brazo. La persona que tenía enfrente sonrió en una mueca de satisfacción; estaba disfrutando del espectáculo mientras mis ojos se inundaban de lágrimas. Creía que me iba a pegar, sus ojos inhumanos me miraban como locos, pero, en su lugar, posó el dedo índice de manera vertical en sus labios. El símbolo del silencio. Después, levantó un puño en alto y me dio un puñetazo en el estómago.

El dolor fue espeluznante. Mi grito de dolor se quedó ahogado por el cuero.

Cuando estuvo seguro de que no gritaría, mi captor me soltó, y yo caí al suelo de rodillas. Siseé apretando los párpados, gimiendo, mientras me desplomaba sobre las losas de costado. Dios, dolía muchísimo.

Las dos sombras me observaron desde arriba. Estaba segura de que me iban a matar, estaba a su merced, en el suelo. Uno de ellos hizo un movimiento brusco con el brazo, y cerré los ojos, esperando lo que viniera ahora.

Al cabo de dos segundos, abrí los ojos: las sombras ya no estaban. La luz volvió a iluminar la estancia.

Me levanté con esfuerzo, con las mejillas empapadas. Miré a mi alrededor, no parecía haber nadie, pero no me sentía segura en absoluto.

Corrí hacia atrás, aferrándome el estómago con un brazo, recogí mis cosas a la velocidad del rayo y me fui de allí como una exhalación, conteniendo las ganas de llorar por el esfuerzo que me suponía andar.

Empujé a un par de chicos en la entrada a la sala y ni siquiera les pedí disculpas.

Cogí las escaleras de caracol y las bajé a la desesperada. Tampoco percibí que alguien subía hacia arriba.

—¿Delia?

Intenté frenar cuando ya era tarde, y me comí, literalmente, a mi amigo Damián.

Los dos caímos al suelo de mala manera mientras mi carpeta se abría y todos los folios que llevaba dentro volaban a nuestro alrededor. Volví a sisear por mi reciente golpe.

—Damián, ¡lo siento! —dije apoyándome sobre mis rodillas y poniéndome en pie como podía.

—Oye, ¿estás bien?, ¿se puede saber a dónde vas como una loca? —Damián también se levantó.

¿Loca? Buena definición, sí, señor. Tal cual me sentía.

—Me iba a casa —le dije mientras recogía mis folios nerviosamente.

Él me ayudó a hacerlo.

—Ten. —Me dio un sobre que no había visto antes, pero en él ponía mi nombre.

Lo miré con los ojos abiertos de par en par, aterrada.

Esos hombres habían puesto eso entre mis apuntes.

—¿Estás bien? —preguntó mi amigo. Luego, me miró con recelo.

No podía contestarle, últimamente en los momentos más críticos me quedaba sin habla.

No hizo falta más de un segundo para que él captara que ese sobre no era algo bueno para mí, me había quedado mirándolo sin respiración, blanca como el papel.

Su gesto se volvió más sombrío. Me arrebató el sobre de las manos y se dispuso a abrirlo.

Me invadió el pánico. ¡Esos delincuentes estaban todavía allí! Si veían que Damián leía su mensaje no quería ni imaginar qué podría pasarle a él.

—¡No! Dame eso. —Intenté quitárselo de las manos, sin éxito.

Puso el sobre en alto para que yo no pudiese alcanzarlo.

—Estás en un lío, ¿verdad? —preguntó serio.

—¡Oh, vamos, Damián! ¡No estoy jugando! Devuélvemelo ¡ahora mismo! —le exigí.

—Yo tampoco estoy jugando. Estoy muy preocupado por ti. Mírate, si en una semana has podido perder cinco kilos perfectamente.

—Mis problemas no son asunto tuyo —apunté borde, no quería verlo inmiscuido en aquello por nada del mundo, y si tenía que alejarlo de mí, lo haría.

Me miró un poco rebotado, bajó el sobre y me dio la espalda, para que yo no pudiese quitárselo.

—¡No es tuyo. Damián! Hablo en serio, si no me lo devuelves dejaré de hablarte —lo amenacé un poco desesperada.

—Me arriesgaré —dijo sin vacilar.

Con el forcejeo, mi estómago rozó su cintura y vi las estrellas.

Me quejé y él se dio cuenta.

—Por favor, Damián —supliqué—, no quiero que estés en peligro por mi culpa.

No podría cargar con la muerte de mi amigo también.

Al cabo de unos segundos, se dignó a mirarme. Su rostro me contemplaba de forma inexpresiva.

—Quizás sea yo el que se tenga que preocupar por el peligro que corres. Dime la verdad, ¿qué te ha pasado?

Le arrebaté el papel de los dedos, esa vez no opuso resistencia.

«Si entras en esa comisaría, serás la siguiente».

Mi cuerpo se quedó lívido, sentí que se me fue la sangre del rostro: el asesino, o quizás debería decir los asesinos, porque estaba claro que había más de una persona implicada, me habían seguido por la mañana, me habían estado vigilando y habían visto mis intenciones de ir a la policía. Miré a Damián con las pupilas dilatadas.

Su mirada marrón recayó en mí; entre enfadada y preocupada.

—Me vas a explicar ahora mismo qué pasa contigo.

17

De mi parte

Después de contarle a Damián lo que había pasado, con chica incluida, me acompañó a casa. Fuese a hacer lo que fuera a hacer a la biblioteca se le olvidó después de nuestro encuentro.

—Debes ir a la policía —me había dicho en el coche.

—No, no puedo, ¿estás loco? Ahora tú también estás metido en el ajo, esas personas me están vigilando. ¡Estaban ahí! Con nosotros, no hacía ni cinco minutos que me habían dejado la nota, por eso no quería que la cogieras —le regañé, mirándolo hoscamente.

—No te preocupes por mí, lo importante eres tú, yo puedo apañármelas.

Puse los ojos en blanco. ¿Por qué el ego de los hombres a veces es tan grande?

—No me tranquilizas lo más mínimo. Quiero que te alejes de mí aunque sea unos días, no quiero que sepan que somos amigos, como mucho, conocidos.

—¿Has pensado que Michel puede ser uno de ellos?

Me dejó en blanco esa pregunta. Lo miré con la boca abierta.

—No creo que...

—Te dijo que no fueras hacia la catedral y me has dicho que por poco te saca un brazo cuando le insinuaste que habías visto algo —me cortó, un poco histérico—. Ya decía yo que ese tipo no me gustaba un pelo —añadió de mala gana.

No quería creerlo, pero ¿y si tuviese razón? Era verdad que Michel me había prohibido ir allí, pero Jorge también, y no por eso pensaba mal de él. Las desapariciones habían hecho que esa zona fuera peligrosa. Pero Michel no era Jorge, el novio de mi amiga era un tío normal. Sin embargo Michel... era de todo menos normal. ¿Y si había sido él quien me había dejado la nota por haberme saltado sus normas?

Me entraron muchas ganas de llorar, pero me contuve por Damián, deseaba con todas mis fuerzas que mi amigo estuviese equivocado con respecto al italiano, que por cierto, seguía desaparecido en combate.

—Deberías ir a un médico —comentó Damián después de un largo silencio.

—Ya no me duele —mentí.

Damián elevó los labios con media sonrisa irónica.

—Sí, seguro.

No contesté.

Me obligué a salir de las sábanas después de pasar dos días enteros encerrada como si hubiese un virus mortal fuera de las cuatro paredes de mi apartamento, estaba deseando respirar aire puro. No quería ir a clase porque no me iba a enterar de nada con todo lo que pululaba por mi cabeza, pero también tenía miedo de quedarme sola, al acecho de unos depravados asesinos. Damián me había acompañado en casa casi toda la tarde del día anterior, pero llegadas las siete me había dicho que tenía cosas que hacer y se había ido por donde había venido.

Estaba un tanto misterioso, casi me había recordado al italiano en sus momentos de pleno apogeo: enigmático, medio taciturno, incluso algo rudo.

No tenía ni idea de qué era lo que le pasaba por la cabeza: quizás hubiese recapacitado y hubiese entendido el peligro que corría a mi lado.

Me miré en el espejo y comprobé que Damián tenía razón: había adelgazado. Si mi madre y mi abuela me hubiesen visto, probablemente me hubiesen hecho volver a casa de inmediato. En el centro de mi estómago un verdugón morado surcaba cerca de mi ombligo. Me puse algo de crema con unos suaves toquecitos, aún dolía mucho un simple roce de dedos.

¿Qué día era? Había perdido la noción del tiempo, tenía ganas de seguir encerrada en casa, pero a la vez me decía a mí misma que tenía que hacer vida normal, que si me hubiesen querido matar, ya lo hubiesen hecho.

Me vestí con lo primero que pillé: un chándal. Nunca había ido así a la universidad, pero ahora me daba igual. Me presenté en una de mis clases habituales. Llegué media hora antes. Me senté en un banco, al lado de la puerta de clase, mientras esperaba que se hiciera la hora de entrada.

Sin saber qué hacer y pensando en distraerme, comencé a pasar las hojas sueltas que había en mi carpeta. ¡No había cogido ni los libros de clase! Qué desastre.

Unas zapatillas de marca se posaron delante de mí. Sobre las deportivas, unos vaqueros oscuros cubrían un par de piernas de chico.

—¡Damián! —dije con una sonrisa mientras levantaba la vista de los folios que sostenían mis rodillas. Pero la sonrisa desapareció cuando vi a quien tenía delante.

—No, no soy Damián —anunció Michel, que tenía cara de pocos amigos—. Tengo que hablar contigo.

¿Conmigo? ¿Para qué?

Puse mala cara, ese tono no me gustaba ni un pelo. Además, ¿a qué venía eso ahora?

—Hola, yo también me alegro de verte, ¿cómo estás? —contesté sarcástica.

Él pasó por alto mi tono hostil.

—¿Qué hacías el otro día en el barrio Marier? —preguntó serio, cruzando los brazos sobre el pecho.

Fruncí el ceño, no me esperaba que fuera eso de lo que quisiera hablar. En realidad, no esperaba nada especial de él. Total, había estado perdido.

—Perdona, ¿cómo has dicho? —pregunté mientras dejaba los folios sobre la carpeta y la ponía en el asiento del banco. Me levanté y me crucé de brazos yo también; quería que se me notara lo menos posible el nerviosismo que tenía encima, y así me igualaba con él en altura—. Desapareces... ¿cuánto?, ¿unos nueve, diez, once días? ¿Y ahora me vienes con estas?

—He tenido mis motivos —se dedicó a responder sin perder su mirada de hielo.

¡Vaya! ¡Sus motivos! ¡Me encantaba que fuera tan claro!

—Pues yo he tenido los míos para ir al barrio Marier este fin de semana, y que yo sepa no he hecho nada malo —dije mientras me volvía hacia el banco y cogía mi carpeta para irme de allí.

Pero él no dejó que me girara completamente; me cogió del brazo e hizo que lo mirara de nuevo.

Siseé, me solté de él y me agarré el estómago con las dos manos; con los movimientos bruscos me dolía más.

Michel entrecerró los ojos.

—¿Qué demonios te pasa?

—Me caí —dije rápida.

Me escaneó minuciosamente todo el cuerpo.

—Mientes. —Antes de que pudiese hacer nada, en un movimiento rápido, me quitó las manos de la cintura y subió un poco mi camiseta.

Me quejé, aunque no había sido muy brusco.

—Mierda —susurró algo más con los dientes apretados, pero no pude entender el qué.

Me aparté de él y bajé mi camiseta a toda prisa. Apretó los puños antes de hablar.

—Creí que tendrías un poco de sentido común y no volverías a ir después de lo que escuchaste —dijo mientras me seguía mirando frío como un témpano. ¡Estaba muy enfadado!

¿Por qué tenía esa mirada tan gélida? Ahora me parecía raro haberlo visto encantador alguna vez, en esos momentos parecía un lobo a punto de abalanzarse sobre su presa.

Me acordé de las palabras de Damián, quizás estuviese metido en lo que se cocía en ese lugar.

Contra todo pronóstico, no me amedrenté ante su comportamiento.

—¿Y tú? ¿Qué hacías allí? Está claro que tampoco fue por casualidad. —Lo miré desafiante.

Nuestro duelo de miradas duró unos segundos; él apretó los labios, no iba a contestarme. Esquivó mis ojos acusadores.

Y yo por fin pude respirar tranquila; estaba sudando de arriba abajo. Su mirada verde esmeralda me ponía muy nerviosa a veces.

Cogí mi carpeta y di unos pasos para irme. Pero... la idea que me llevaba atormentando desde el día anterior revivió en mi mente y no podía marcharme sin intentar siquiera que me diera una respuesta, si es que la conseguía. Si no, al menos lo habría intentado.

—Michel —lo llamé, haciendo que él me mirara—. ¿Voy a ser la siguiente? —Ni siquiera sé cómo fui capaz de pronunciar aquellas palabras.

El italiano se quedó de piedra; mi pregunta había conseguido que bajara la guardia.

Desvió sus ojos de mí, quizás en un intento de evasión, con él nunca me quedaba claro nada, pero sabía que no me iba a responder a eso tal y como no me respondía nunca a nada.

Me entraron ganas de llorar ante su silencio, pero no lo iba a hacer delante de él. Ni mucho menos se merecía verme de esa manera. Si lo que sospechaba era cierto, y esos tipos eran tan peligrosos, me podrían encontrar sin problemas y hacerme lo mismo que a esa chica. La imagen de Jessica, tirada en el suelo arrastrando su cuerpo, me volvía a asaltar la mente. No podía más, estaba a punto de estallar. Deseaba con todas mis fuerzas volver atrás y decirme a mí misma que no entrara en esa dichosa catedral por nada en el mundo.

—¿Sabes? Eres un gilipollas.

Él hizo una mueca, indignado pero no ofendido. Algo arrogante me respondió:

—Acabas de destrozar me el corazón.

Lo miré desafiante, tragándome lágrimas de pura rabia.

—Si al menos tuvieras uno.

No le gustaron mis palabras.

—*Auch*, eso sí que ha dolido.

—Me da igual. —Me hervía la sangre de veras, así que no me controlé—: Vete a la mierda. Vete a la mierda con tus misterios y tus intrigas.

Sin una pizca de arrepentimiento por lo que le acababa de decir, y antes de derramar una sola lágrima delante de él, preferí marcharme a toda prisa de allí. Me fui directa a uno de los bancos más alejados de la facultad, apenas pasaba nadie en esos momentos. Me senté y dejé escapar todo lo que había estado aguantando durante semanas. El pánico se había apoderado de mí, no sabía qué hacer, a quién contarle nada o a dónde ir... Si hablaba, esa gente podría ir en mi busca. Y si me iba, ¿a dónde podría ir? Damián ya estaba en el saco, y deseaba que, por su bien, se mantuviese alejado de mí por el momento, al menos en público.

Las lágrimas no dejaban de salir de mis ojos color castaño, nublandolos, para luego resbalarme por las mejillas. Con el puño, intenté secármelas todas a la vez.

—No hagas eso, se te van a poner los ojos rojos.

Me quedé petrificada. No podía ser quien yo creía que era. Eso era algo... ¿imposible?

Cuando pude ver con normalidad, miré al dueño de la voz. No me podía creer que Michel estuviese plantado delante de mí, intentando consolarme. ¿Dónde estaba la cámara oculta? Casi me salió una sonrisilla de pensarlo.

Intenté hablar en medio de los gemidos ahogados que emitía mi garganta, pero no podía articular palabra. Ahora que había empezado a desahogarme... no podía parar por las buenas. Pero lo peor no era eso. Lo peor era el después de *eso*. Michel estaría ahí para recordarme que me había desmoronado delante de él. No quería soportar sus burlas infantiles.

No llevaba ni tres meses en la ciudad y ya era casi insoportable estar allí. No sabía si aguantaría hasta vacaciones. No quería rendirme por las buenas, pero tampoco meterme en más problemas y menos aún si había muertes de por medio.

«Muertes», repitió mi mente. ¡Qué palabra más espantosa! Una palabra de la que nunca hubiese pensado que estuviese tan cerca en mi vida. Por lo menos no de esa forma horrible de acabar con alguien como lo era un disparo en plena calle. Si antes estaba asustada, lo que sentía ahora superaba al terror.

Me entraron más ganas de llorar. Nunca me había sentido más sola y más indefensa que en ese momento.

—Tranquila —me dijo Michel, dudando si ponerme la mano en el hombro o no.

Al final lo hizo.

Me quedé mirando ese extraño gesto unos segundos. Definitivamente, estaba loca. Eso no podía estar sucediendo. Ese Michel era otro.

—¿Dónde está la cámara? —pregunté dejando de llorar tanto como pude, me parecía de broma.

Michel sonrió por el comentario.

—No hay cámara —respondió él, ensanchando su sonrisa aún más.

Todo el terror que emanaba cuando se había acercado a mí momentos antes, ya no existía en su rostro. ¿Cómo cambiaba tan rápido de personalidad?

—Tienes razón. Soy un gilipollas... algunas veces. Pero, con respecto a lo que quieres saber, lo cierto es que no lo sé —dijo él sin venir a qué después de unos segundos de silencio. No hacía falta que se explicara, sabía perfectamente lo que quería decir.

—¡Estupendo! Me quedo más tranquila —mascullé alzando los brazos.

Michel se sentó a mi lado, tendiéndome un pañuelo de papel. Aún seguían resbalándome algunas lágrimas por las mejillas. Lo cogí dándole las gracias.

—¿Qué tienes que ver con ellos, con los tipos de la catedral? —pregunté.

Él miró al frente sin contestar, aunque eso ya no me extrañaba.

¿Por qué hacía eso? ¿Es que yo no tenía el derecho de saber a qué atenerme? Si estaba en peligro, al menos debería conocer qué era lo que tenía que temer.

—¿¡Quieres hablarme!?! —pregunté enfadada, viendo que se quedaba mudo.

Dio un respingo; mi actitud lo había pillado desprevenido.

—Delia... cuanto menos sepas del asunto, mejor.

—Háblame claro, por favor. ¿Les... Les has dicho que yo estuve allí?, ¿te han enviado ellos a que hables conmigo?, ¿para... acabar el trabajo?, ¿tienes que... matarme? —pregunté en un intento por tranquilizarme y hablar serenamente, aunque de nuevo tenía lágrimas a las puertas de los párpados.

Abrió los ojos de par en par, mirándome.

—¡Pues claro que no! ¿Qué te hace pensarlo siquiera? —alzó la voz, casi gritando. ¡Parecía muy ofendido!

Ahora la que no contestó fui yo. Solo miré a mis pies porque no era capaz de mantenerle la mirada. ¿Michel no tenía nada que ver con esa gente?

Cogió una gran bocanada de aire y la soltó lentamente. Parecía intentar calmarse para hablar.

—Es mejor que sigas tu vida como si nada hubiese pasado. No hables ni preguntes del tema. A nadie.

¿«Cómo si nada hubiera pasado» acababa de decirme? Cómo se notaba que él no había tenido pesadillas con la chica, ni un puño grabado en el estómago con una nota anónima amenazándolo de muerte.

—No puedo confiar en nadie para contarle esto de todos modos. Me encerrarían con la primera palabra.

Obvié que Damián también sabía cosas, no quería dar pistas de nada, ¿y si alguien nos estaba vigilando o simplemente él mentía?

Michel dudó unos segundos antes de hablar:

—Puedes confiar en mí —dijo finalmente. Luego apretó los puños, enfadado—. Y te juro que, si está en mi mano, mataré a quién te ha hecho eso. —Señaló mi estómago.

Fruncí el ceño.

—No quiero que me vengues. Solo quiero respuestas. Y, además ¿por qué crees que confiaría en ti? Podrías ser un actor de primera. ¿Cómo sé que no me estás engañando?, ¿que no eres uno de ellos y que estás siguiendo mis movimientos? Nunca obtengo respuestas por tu parte y la verdad es que estoy harta. ¿Cómo sé que no fuiste tú quien me hizo esto? —Me toqué el vientre.

Se rebotó con mis palabras. Su mirada relampagueante atravesó mi piel.

—¡Jamás te hubiese puesto una mano encima! Puedes dudar de mí todo lo que quieras, pero nunca pienses que te haría algo así. —Se calmó un poco. Sus ojos verde esmeralda tenían un

brillo amargo—. Del, jamás te haría daño. Te lo juro. —Parecía dolido de veras, aunque ahora estaba más sereno.

Yo también me calmé.

—Lo sé. Michel. No quería decir eso, perdona.

—Si quisiera hacerte daño he tenido muchas oportunidades. Ahora mismo, que no hay nadie, podría, por ejemplo —siguió hablando mientras le echaba una ojeada al campus—. Podría secuestrarte y nadie se enteraría.

En eso tenía razón. No podía replicarle, aunque me hubiese gustado.

—Te han pillado —expresó pensativo. Casi no parecía estar hablándome a mí—. ¿Cómo es posible? Pensaba que nadie sabía que habías ido a la catedral. —Me miró sin entender.

—Lo sabes tú —comenté.

Hizo una mueca.

—No crees una palabra de lo que te he dicho, ¿verdad?

Suspiré.

—Sí que te creo. Sé que no eres el chivato. —Y tras una pausa, dije algo a lo que le había dado vueltas la noche anterior—. Y... puede que sí haya alguien más que lo sepa.

Eso hizo que él volviera a prestarme su atención totalmente.

—¿Quién? —Sonó irritado, aunque sabía que no estaba así por mí, sino por la situación.

—Bu... bueno... no —tartamudeé, como siempre que estaba nerviosa—. Lola... Lola me vio después de que saliera de allí. Nos encontramos por casualidad, parece que vive cerca de la catedral. Le mentí, creo que se lo tragó, pero ahora no estoy segura.

—Lola —repitió Michel como hablándose a sí mismo—. ¡La sustituía! ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes? —Se levantó del banco con las manos en la cabeza. Parecía estar peleándose consigo mismo.

No miento si digo que no entendía nada. No sabía qué le estaba pasando a ese chico. No me hubiese extrañado nada si de repente se hubiese colgado de un árbol y se hubiera hecho pasar por mono.

Mi móvil marcaba las nueve y cuarto cuando le eché una ojeada. Ya llegaba tarde a clase. Cogí mis cosas e hice ademán de irme. Michel, que parecía haber terminado con su debate interior, me volvió a coger del brazo antes de que me marchara. Vaya, eso parecía estar volviéndose una costumbre, y no muy agradable para mí. Con el tirón, también sentí un pinchazo en el vientre.

—Perdona —se excusó, dejándome libre voluntariamente—. Vamos a desayunar, yo te invito. Sé que la última vez no fui muy... amable —dijo un poco avergonzado.

¿Había oído bien? No, no podía ser. Lo siguiente que haría sería pedir cita al otorrino para que me limpiara los oídos. Además, ¿no acababa de decirme que no confiara en nadie, ni siquiera en él? ¿Qué hacía invitándome a desayunar?

Mi cara debía de ser un poema; un verdadero poema lleno de dudas.

—Vale, ya sé lo que he dicho antes, pero podemos hacer un paréntesis aunque solo sea por esta vez. Quiero compensarte por ser tan burro contigo, tan... gilipollas. —Sonrió, me dio la impresión de que un poco inseguro.

¿Compensarme? Ese chico me dejaba cada vez más flipada.

—¿Y qué pasa con Historia de España? —Esa era la asignatura que tenía a primera.

—Es un coñazo. Alguien puede dejarte los apuntes, yo los tengo del año pasado si los quieres. ¡Vamos! —me instó con los ojos suplicantes.

La idea de irme sin contestarle, como él hacía siempre, era muy tentadora. Pero... esa carita, parecida a la de un niño pequeño en ese momento, pedía a gritos «por favor, por favor, acepta».

No me creía lo que estaba a punto de decir.

—Vale. —Él suspiró aliviado ante la respuesta. Parecía contento y además sonreía dejando ver sus perfectos dientes. Y de nuevo, volvía a ser irresistible para mí—. Pero con una condición —añadí.

Frunció el ceño con mala cara.

—¿Cuál?

—Que no me vuelvas a coger del brazo como antes. Nunca más. Lo odio.

El italiano misterioso se relajó.

—Trato hecho. Perdona, hace tiempo que no... trato con chicas.

¿Qué significaba eso? No parecía estar saliendo con nadie, pero ¿no había salido con ninguna persona? No. Eso era poco probable para lo guapo que era. En fin, no importaba, la cosa era que, sin saber cómo, yo siempre acababa haciendo lo que él me pedía.

Increíblemente, ese desayuno no tuvo nada que ver con aquel café de hacía un par de semanas. ¡Parecíamos hasta amigos! No hablamos de la vida de él, eso nunca, por supuesto. Solo de cosas de la universidad y la carrera. Michel me puso sobre aviso de algunos profesores, haciendo a veces imitaciones de ellos. ¿Por qué nunca me había mostrado su faceta divertida? En esos momentos parecía el chico más normal del mundo. Era la primera conversación que mantenía con él que no acababa en discusión y partiéndome la cabeza en dos, intentando descifrar lo que me había dicho unos segundos antes.

Y lo cierto es que me gustó mucho la experiencia.

Al final no solo me salté Historia de España, si no que se me hizo tarde para volver a casa. Pero me dio igual. Aunque sabía que el cargo de conciencia vendría después, ese momento era único. Incluso recordando las advertencias que Damían me había hecho sobre Michel, la pura verdad era que lo creía, no pensaba que fuese uno de los asesinos de Jessica. Tampoco que fuera él quien me había pegado.

Esa noche estuve en una nube. Ni siquiera los pensamientos siniestros que había tenido por la mañana manchaban ese día. Él se había marchado a las tres y yo había hecho lo mismo pero en el autobús. Se había ofrecido a llevarme pero había declinado su oferta, por si Damían me llamaba, había estado muy pendiente de mí, enviándome algún mensaje que otro y no quería tener a esos dos juntos en el mismo sitio por el momento.

18

Uno de ellos

Todo lo bueno se acababa en algún momento. Y después de salir de clase, mis amigos y yo nos reunimos para comer en la universidad. Yolanda, Damián, Jorge y yo, nos sentamos en una de las pocas mesas libres de la cafetería universitaria. Mi amiga, a la que le encantaba estar informada de todo, trajo con ella el periódico del día anterior, donde había un extenso reportaje sobre el caso de la chica muerta. Al parecer, la prensa aún no se había olvidado de ella.

—Jessica Staud es la suiza que desapareció el año pasado —nos informó, aunque eso ya lo sabíamos. Dejó caer el periódico en la mesa—. Tenía marcas por todo el cuerpo y estaba deshidratada.

¿Por qué Yolanda tenía que romper el día con aquellas noticias? ¡Ni siquiera Historia de España había sido un plomo! La chica había quedado un poco atrás desde hacía un par de días. No había tenido pesadillas y había dormido la mar de bien. El día estaba siendo estupendo, ni siquiera las nubes que habían taponado el cielo esa mañana me habían molestado. Sabía que tarde o temprano me acordaría de Jessica, pero... ¿no podía ser un poquito después?

«La chica del disparo», como la llamaban ya por todos lados, había sido la comidilla de todo el campus, ahora los ánimos estaban más calmados; su figura había pasado a un segundo plano después del homenaje que se había profesado.

—Parece que un ciudadano vio a alguien corriendo. Iba vestido con un hábito negro y fue visto justo después de escucharse el disparo. —Damián siguió leyendo los subtítulos de la noticia.

—Hábito... —susurré, acordándome de lo poco que había visto en esa habitación de la catedral donde había caído el día que la había visitado.

—¿Te molesta que hablemos de esto? —me preguntó mi amiga, imagino que acordándose de aquel café que me había sentado tan mal.

—¿Por qué tendría que molestarle? —intervino Jorge.

—Porque cuando pasó todo ella...

—No, tranquila —me apresuré a cortarla—, me dio mucha pena, eso es todo. Nosotras tenemos más o menos su edad y vivimos lejos de nuestras familias, por lo menos yo. No sé, fue... un instante de debilidad.

—¿Creéis que un cura puede hacer algo así? —preguntó Damián, sumido en sus pensamientos mientras le echaba un ojo al periódico. Por supuesto, me había prometido que no le íbamos a contar nada a Yolanda de lo de la nota, y ella era ajena a todo.

—Yo creo que no ha sido un sacerdote. Ellos ni siquiera están allí desde que la catedral está en obras —comentó Jorge—. Delia, ¿tú qué opinas?

Ciertamente, no me esperaba esa pregunta por parte de Jorge. Nunca me había pedido opinión para nada. Y bueno, ¿yo qué podría decir?

—Pues... su... supongo que no... —tartamudeé un tanto confundida.

Todo estaba relacionado para mí, no podía ser tan imparcial como ellos. Había muchos hilos entrelazados: lo que había oído en la catedral, la chica que aparecía maltratada y asesinada, alguien vestido con una túnica de sacerdote... Quizás esa persona no fuese un sacerdote aunque sí iba vestido como ellos. Puede que alguien quisiera culpar a algún miembro de la iglesia de lo ocurrido. Yo había visto muchos atuendos de ese tipo el día que me había colado en el templo, tal vez todo estaba planeado, de alguna manera, para que se sospechara de algún religioso.

Todos mis miedos me volvieron a asaltar, como el día anterior. Las manos me empezaron a sudar y mi cuerpo tembló como una hoja. ¿Y si había alguno de ellos allí observándonos a mí y a mis amigos? Estaba poniéndolos en peligro innecesariamente.

—¿Te pasa algo? —me preguntó Jorge mirándome—. Te has puesto blanca.

—No... No es nada. Es que tengo algo de calor, este asunto... me pone los pelos de punta.

—¿Calor? ¡Hace un frío que pela! —Yolanda señaló con el dedo índice hacia la ventana por la que empezaban a caer las primeras gotas de lluvia de aquel gélido día.

—Sí, es cierto —acepté yo también—. Igual estoy cogiendo un catarro.

—¿Creéis que el testigo se pudo equivocar? —preguntó Damián, que seguía observando el periódico pasando por alto todo lo demás.

—Pues lo más seguro —respondió Jorge—. Porque es raro que alguien se haga pasar por cura para matar a una chica sabiendo que los curas no están allí en este momento. Si yo hubiese sido el testigo, no habría dicho nada, al asesino no creo que le haga mucha gracia. ¿No crees? —Volvió a poner los ojos en mí, un tanto impaciente.

¿Por qué me observaba así? Parecía estar esperando una respuesta por mi parte. Pero, ¿por qué? Jorge nunca me había parecido un chico raro, pero ese día se estaba coronando. O quizás es que volvía a estar paranoica otra vez. Me tenía que calmar de alguna manera, si no sí que acabaría volviéndome loca de remate.

—Delia, si supones que no fue un hombre de Dios, ¿quién crees que fue? —Jorge volvió a insistir ante mi silencio.

¿A él qué le importaba lo que yo pudiese pensar? Me di cuenta entonces de que tenía la mirada sombría. ¿Por qué? ¿Tanto le interesaba mi opinión?

En ese momento me asaltó el instinto de protección, algo dentro de mí me dijo «no confíes en nadie más que en ti misma». Pero Jorge era un amigo. ¡Era el novio de Yolanda!

—¡Deja a la chica en paz! —soltó Yolanda dándole un codazo cariñoso—. Pudo ser cualquiera; un lío de ella, drogas, un viejo ajuste de cuentas para vengarse de su padre... Tengo entendido que el señor Staud no era conocido precisamente por ser trigo limpio. Se trasladó con su esposa a España mucho antes de que naciera Jessica. Pero si alguna vez has pertenecido a la mafia... ella te encuentra por mucho que huyas.

¿Mafia? ¡Cuántas historias sabía Yolanda! Debería ponerme al día sobre la gente que me rodeaba. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que los mafiosos tuvieran cabida en la ciudad, no era una de las más importantes de España precisamente.

—Tienes razón. Sea como sea, la chica está muerta —concluyó Jorge, que no podía haber sido más *suave* con la frase.

Mis manos no paraban de sudar. Me puse más nerviosa aún, aunque hice hasta lo imposible para que los demás no lo notaran.

—Jorge, ¿nos vamos ya? —preguntó Yolanda después de beberse el último sorbo de su refresco.

—Claro, vámonos antes de que el día se ponga peor. —Jorge cogió su chaqueta del respaldo de la silla.

Y Yolanda sacó de su bolso un paraguas a la par que decía:

—¡Yo estoy preparada!

Me quedé con la boca abierta. De repente, todo volvía a ese día. El día que comenzó a amargarme la existencia en aquella ciudad. El día que si hubiese sido menos impulsiva...

No podía dejar de mirar el objeto que mi amiga sostenía entre las manos: el paraguas era idéntico al que se me había caído en la catedral.

¿Tendría Yolanda algo que ver con *ellos*?

«Un momento. Delia», me dije a mí misma en un intento por no perder la calma. «Hay miles de paraguas como el tuyo. No tiene por qué ser el mismo». Solo era una maldita coincidencia. Yolanda no era uno de ellos. No *podía* ser uno de ellos.

—Delia —volvió a apelar me Jorge, pasándome una mano por los ojos—. Te has quedado paralizada.

—Disculpad —dije, viendo que la pareja tenía puestos los ojos en mí—, me... me gusta tu paraguas, yo estoy pensando en comprarme uno —comenté aún algo atontada. Era una excusa pésima para disculparme por haberme quedado en trance, pero no se me ocurrió otra.

—Pues sí, es hora de que lo hagas, últimamente el tiempo está fatal por aquí. Este me lo regaló Jorge —me informó ella encantadísima, con una sonrisa de oreja a oreja, mientras miraba a su novio con devoción. Después se dirigió a la puerta de salida, despidiéndose de Damián y de mí.

Jorge se quedó un poco rezagado y, mientras Damián observaba el periódico de nuevo, se acercó a mí y me susurró al oído:

—Si te gusta mucho, puedes mirar por tu barrio, lo he comprado en una tienda muy cerca de tu casa.

Mi cuerpo se paralizó en el acto. Solo pude mirarlo pálida como un fantasma ante tal revelación.

Sus ojos penetraron en mis pupilas intensamente, dejándome fría, como la atmósfera que nos envolvía ese día. La sonrisa que emulaba solo podría ser descrita como espeluznante. Después se dirigió a la puerta, junto a Yolanda, y ambos desaparecieron de mi alcance visual.

Estaba petrificada en el sitio. Esto no podía ser. ¡Esto no podía ser!

De repente, encajé las piezas. Los hilos se unieron y pude establecer una posible relación lógica entre ellos. Jorge siempre estaba merodeando por el Barrio Marier; por su dichoso trabajo, con sus amigos. No solía hablar sobre él cuando le preguntábamos cómo lo llevaba. Él mismo había dicho que si hubiese sido el testigo no habría hablado, porque el asesino podría volverse en su contra. Y, además, me había dicho que era un barrio peligroso y que no le gustaría que me ocurriera nada porque a Yolanda le caía muy bien. Eran muchas coincidencias. Aunque podría equivocarme también, porque ya casi había perdido el juicio, pero algo me decía que esa frase

lapidaria que el novio de mi amiga había susurrado en mi oído, era una amenaza en toda regla. Y el paraguas... una manera retorcida de decirme que sabía que era yo la que había estado merodeando por allí aquella noche.

Me eché las manos a la cara, respirando con algo de dificultad.

—Damián, ahora vuelvo, voy al baño —dije algo mareada. Esos sudores no eran normales.

Damián asintió con la cabeza. No estaba segura de si me había escuchado o no, estaba muy metido en la lectura del dichoso periódico.

Mejor. Así no podría darse cuenta del estado en el que me encontraba, no quería preocuparlo.

Me lavé la cara. Después, cogí papel higiénico y me la sequé. Respiré hondo varias veces, intentando calmarme, mientras me miraba en los espejos del baño.

«Jorge, Jorge, Jorge», repetía mi mente.

Necesitaba tomar el aire urgentemente. Todo esto... era demasiado para mí. Cuando quise salir por la puerta de los aseos, un brazo cruzó el marco de lado a lado, impidiendo que continuara mi camino.

Me detuve en seco, mientras la persona que me estaba esperando terminaba de salir de las sombras.

—Deja de hablar con la gente, ya te advertimos y no nos has hecho caso —afirmó Jorge mirándome como un demonio.

Se me cortó la respiración mientras daba un par de pasos hacia atrás. Él se introdujo en la estancia y cerró la puerta tras de sí.

—Jorge, no... no sé de qué me hablas. No he ido a la policía —intenté articular dos palabras seguidas, estaba a punto de salir corriendo, de gritar auxilio. Pero a la vez estaba inmóvil, era como si todo fuese una pesadilla, un horrible sueño del que esperaba despertar lo antes posible.

Los ojos de Jorge relampaguearon mientras de su boca salía algo parecido a una sonrisa. Y de repente, yo tenía una mano aprisionándome el cuello con fuerza, tanta, que apenas podía respirar.

Me estampó contra la pared, de espaldas, sin ningún miramiento.

—No me digas. —Se rio de una forma que me dio miedo—. Siento curiosidad, Delia, ¿cuánto tiempo pensabas que íbamos a tardar en darnos cuenta de que eras tú? Vas dejando huellas por todas partes. ¿Un paraguas? No fue difícil averiguar quién es el fabricante, quién lo exporta y quién lo vende en esta ciudad. Tenemos nuestros medios para conseguir lo que necesitamos, así que una pregunta aquí, otra por allí, *et voilà!*, la descripción de una preciosa chica que ha comprado un paraguas hace poco. La misma chica que ha rondado cerca de la catedral. La verdad, ha sido bastante fácil. Reconozco que me siento algo decepcionado. Jessica Staud se esforzó más para borrar su rastro. Pero, por supuesto, ya sabes que no le valió de mucho. —Con su otra mano, paseó sus dedos con una suavidad terrorífica por el centro de mi estómago.

Contuve el aliento, apretando los párpados por el dolor. Estaba mejor que cuando me habían atacado, pero aún sentía muchas molestias.

No quería que me tocara, pero a la vez era incapaz de apartarlo de mí; tenía los brazos colgando a los costados, inertes.

—Ten mucho cuidado con lo que haces. No me gustaría que Yolanda llorara tu muerte, o la de vuestro amiguito Damián. Nos tenéis un poquito hartos, siempre estáis en todos lados. A ti intenté mantenerte alejada de este asunto. No me malinterpretes, no es que te estime demasiado, pero le caes bien a mi novia, y por eso soy más condescendiente contigo. Has tenido suerte, una suerte que

no te mereces. No quiero verte otra vez hablando con nadie de nuestros asuntos, o sabrás de lo que estamos hechos. Ya puedes ir convenciendo a tu querido amigo Damián de que pare de buscar información sobre nosotros, ya se enterará de quiénes somos a su debido tiempo —dijo con ojos de loco.

Y en ese instante, lo supe. Esos ojos desalmados eran los mismos que había visto en la biblioteca. Él me había golpeado. Aunque la biblioteca había estado casi a oscuras, había visto el brillo maligno que desprendía mi agresor. Era el mismo que tenía Jorge en esos momentos.

—Fuiste tú... —susurré.

Jorge sonrió de lado de una manera aterradora. Presionó sus dedos contra mi ombligo. Emití un siseo ahogado.

—Sí. Lo admito. Y quien disparó a Jessica. También participé en su secuestro, tenía exactamente la misma expresión que tú ahora. —Sonrió de manera cruel.

—No voy a decir nada. Lo juro. —Mantuve las lágrimas a raya. Aparté la mirada, solo podía concentrarme en mi estómago, donde aún descansaban sus dedos ejerciendo presión sobre mi piel. También me ardía el cuello.

—Lo sé. Y quiero que Damián también lo sepa. Dile que deje lo que está buscando, si no tendremos que tomar medidas contra él. Házselo saber. Cuéntale lo que quieras, menos que me has visto. Jamás menciones mi nombre. ¿Entendido? —Apretó de nuevo mi cuello y mi vientre. Cada vez que lo hacía era más brusco.

No tenía ni idea de lo que me quería decir. ¿Damián investigando? Probablemente eso era lo que lo tenía sumido en sus pensamientos todo el tiempo.

Siseé otra vez, ahogada.

—Sí, lo entiendo —susurré a duras penas. Ahora sí llevé las manos a su brazo, me hacía demasiado daño como para no reaccionar. Intenté por todos los medios zafarme de él, pero era demasiado fuerte para mí, no podía.

Como si hubiese gritado en voz alta auxilio, alguien atacó a mi agresor por detrás, quitándomelo de encima. Caí al suelo agarrándome el cuello, tosiendo de forma violenta.

Cuando levanté la vista, Michel se interponía entre Jorge y yo. Este se cogía la nariz de la que salía un hilo de sangre.

—¡El que faltaba! Tu amiguito el raro. Esto no se queda así. No olvides lo que te he dicho —dijo mirándome—. Y tú —sus pupilas negras rodaron hasta Michel—, métete en tus asuntos si no quieres tener problemas, ¡marginado social!

—Si le vuelves a tocar un pelo, juro que yo mismo te arrancaré las entrañas. ¡Lárgate de aquí! —La voz de Michel era como el filo de una navaja, resplandeciente y cortante al mismo tiempo.

Jorge le dedicó una mirada hostil, mientras que Michel, a su vez, lo contemplaba con el desprecio con el que se puede contemplar a una cucaracha. Jorge gruñó, pero al final se marchó dando un portazo. Cuando parecía no haber más peligro, el italiano se volvió hacia mí. Yo seguía en el suelo, intentando respirar con normalidad.

—¿Estás bien? —preguntó ayudándome a ponerme en pie.

Apenas podía hablar. Las lágrimas brotaban de mis ojos como las gotas de lluvia estaban cayendo de las nubes en ese instante.

—Tranquila —susurró mientras me abrazaba—. No pasa nada.

Le devolví el abrazo mientras el llanto terminaba de apoderarse de mí. Ese gesto me llegó hondo, nunca me lo hubiera esperado viniendo de él; era tan distante, que el mínimo contacto entre nosotros me parecía mentira.

No me tranquilizó del todo, pero era lo que necesitaba en ese momento. Durante un segundo no me sentí sola. Él era el único que conocía aquella turbulenta y extraña historia, y no sabía si era la persona correcta o no para confiar, pero no tenía nadie mejor a quien recurrir.

Damián también lo sabía, pero ahora estaba más en peligro que yo, con él no podía hablar, no podía decirle que una de las personas que había cometido el crimen de Jessica era el novio de nuestra amiga. Si lo hacía, estaría perdido. «Ya se enterará de quiénes somos a su debido tiempo», había dicho Jorge. Eso para mí solo significaba una cosa: lo iban a matar, y yo no sabía qué hacer para evitarlo. Me aferré más a la chaqueta de Michel, deseando que todo acabase de una vez.

Michel no dijo nada más sobre lo que acababa de pasar, solo se ofreció a llevarme a casa en su coche. Ni siquiera le había preguntado cómo había sabido que yo estaba en apuros. La lluvia era muy fuerte y prefería acompañarme antes de que me fuera sola y en esas condiciones.

Yo, como un robot, dije que sí con la cabeza. No estaba muy segura de lo que él me estaba diciendo, apenas prestaba atención a lo que me rodeaba, si me hubiese dicho de ir al infierno, hubiese contestado que sí igualmente.

Bajé mecánicamente del coche cuando vislumbré mi portal. Ni siquiera miré hacia él para despedirme. Instintivamente, metí la llave en la cerradura y abrí la puerta.

—Espera. —Me detuvo antes de que cruzara el umbral. Se puso a mi lado con las manos apoyadas en mis hombros mientras me observaba el rostro minuciosamente—. Tienes mala cara, Del. —Colocó una mano en mi frente—. Todo esto está afectando a tu salud. Pareces enferma; deberías dormir un poco, cuidarte. Parece que te ha subido la temperatura unas décimas.

Apenas fui consciente de lo que me dijo. Dije que sí con la cabeza y me interné en mi edificio. Subí en el ascensor, entré a mi piso y me desplomé en el sofá como una sonámbula.

No podía ir a la policía. Me matarían si hablaba. Pero lo que más me pesaba no era mi propio destino, sino el de Yolanda y el de Damián, sobre todo el de este último.

Además, ¿cómo se le decía a una amiga que su novio era un psicópata loco? Para Yolanda, Jorge era la mejor persona del mundo, su otra mitad. Lo quería con locura y era feliz con él. O por lo menos con la parte que conocía de él. ¿Y si le hacía daño? Aunque por el momento no había sido así, ya no podía fiarme de él y su... grupo. También cabía la posibilidad de que ella estuviera implicada en aquello, fuese lo que fuese, pero no lo creía.

No. Me negaba. Yolanda era buena, incapaz de pertenecer a una cosa así. Aunque, a estas alturas, ¿en quién podía confiar ya?

No le hice caso a Michel. En su lugar, me puse a hacer la maleta mientras intentaba pensar con más claridad. Iba a largarme de allí. Iba a largarme de esa odiosa ciudad ahora mismo.

Cogí una maleta de mi armario y empecé a doblar mi ropa. No podía pensar en otra cosa que no fuera Jorge. Sus ojos de asesino observándome como si fuera un lobo a punto de atacar.

—¡Dios, Del! Ábreme la puerta. —Escuché los golpes sordos en la madera.

¿Michel? Dejé mis cosas a medias y fui hacia la puerta.

—¿Qué haces aquí? —Alcé una ceja a modo de interrogación.

Parecía agitado.

—Llevo tocando diez minutos, ¿se puede saber dónde estás metida? —Entró en mi apartamento sin ser invitado y cerró la puerta tras de sí.

—Disculpa, pero ¿qué haces? —le pregunté frunciendo el ceño. ¿Cuánto hacía que se había ido?, ¿media hora?

—Es que he tenido que volver... Y me preguntaba si necesitabas algo. Antes te he visto... Bueno, parecías un fantasma.

Eso me hizo sonreír. Qué atento por su parte. La verdad, me estaba sorprendiendo mucho su actitud.

Lo miré conteniendo una sonrisa.

—¿Has tenido que volver aquí? —Elevé las cejas con intención.

Él sonrió. Y por primera vez me pareció un chico normal.

—Vale. Estaba preocupado.

Me subieron los colores. No me esperaba que fuera a decirme aquello.

—La idea era estar un par de minutos por aquí para comprobar que ese tío no te estaba vigilando, pero... ya han pasado más de dos minutos —siguió.

No sabía qué responder ante eso, así que carraspeé y cambié de tema.

—¿Cómo sabías cuál era mi piso?

Se lo pensó unos segundos antes de responder. Ya volvíamos a los enigmas...

Para mi sorpresa, contestó:

—He tocado a todos los telefonillos. El tuyo era el único que no contestaba. —Sonrió de manera infantil. Estaba claro que no lo había descubierto así, pero, francamente, ya me daba todo igual.

Suspiré profundamente.

—Lo que tú digas. Bueno, pues, estás en tu casa si quieres quedarte un rato.

Michel echó un vistazo al interior de mi pequeño apartamento.

—Lo cierto es que no debería —dijo finalmente—. Y, tal vez, tú tampoco deberías invitarme. No sabes casi nada de mí. Podría ser otro demente como tu amigo. Soy un marginado, como bien ha dicho.

Eso me hizo recordar a Jorge y sus manos presionando sobre mi cuerpo. Tragué saliva.

—En realidad, te has invitado tu solo, así que haz lo que quieras. Voy a terminar una cosa que estaba haciendo.

Ya no había ni rastro de buen humor en mi voz. Pensar en Jorge me provocaba escalofríos. Fui a la habitación, consciente de que Michel seguía cada uno de mis movimientos, cogí mis jerséis y seguí doblando.

—¿Qué es todo esto?

Di un respingo. Pensaba que seguía en la puerta. Mi apartamento no tenía más puertas que la del baño, se veía todo desde todos los ángulos, pero supe que él se había posicionado detrás de mí.

—¡Dios mío! Te has tomado en serio eso de matarme de un susto.

Pasó por alto mi tono de reproche. Cogió una de mis camisetas apiñadas en la cama.

—¿Qué estás haciendo?

—¿No es obvio? La maleta. No pienso quedarme aquí ni un solo día más.

En un movimiento rápido, agarró mi brazo y me detuvo.

—Para —me ordenó—. Si te vas, aunque solo sea para protegerte, ellos interpretarán que es para delatarlos. No puedes marcharte.

¡Aluciné en colores!

—Si sigo aquí, me matarán.

—Si sigues aquí, creerán que te tienen controlada. Es tu única oportunidad. Si te vas con tu familia, ellos lo sabrán. Estoy seguro de que ya tienen la dirección de tus padres.

Me solté de él.

—Te dije que no hicieras eso —le recriminé mordaz.

—Lo siento. Pero hazme caso, por favor.

Me estaba enfadando.

Arrojé la camiseta que tenía en las manos de mala manera a la cama.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? ¡No me puedo creer que me estés diciendo esto! —No pareció afectarle mi tono desproporcionado—. Vuelves a ser el tío de hielo. Quiero que te largues de mi casa. —Fui hacia la puerta y la abrí.

Él se acercó a mí, me apartó del marco y la cerró mucho más sereno de lo que yo la había abierto. Negó con la cabeza.

—No voy a irme si estos son tus planes. —Se cruzó de brazos mientras me observaba con determinación.

Bufé.

—Ya veo lo mucho que te importa mi vida. —Le di la espalda y me dirigí al lavabo.

—Eso ha sido un golpe bajo, Del —oí que susurraba a mi espalda.

No sentí ni el más mínimo remordimiento antes de encerrarme en el baño.

19

Decisiones

—¿Vas a salir alguna vez de ese baño? —me preguntó su voz después de lo que me pareció una eternidad. La verdad es que, cuando me ponía terca, me ponía.

Mi maltrecho estómago me recordó que no había comido aún. Observé de nuevo mi verdugón, medio morado medio verdoso, a través del espejo. ¡Dios mío, qué pinta más horrible tenía! Me bajé la camiseta con cuidado de no hacerme daño. Me había puesto una muy ancha, para que rozara lo menos posible con la piel.

—Del...

Puse los ojos en blanco.

Cuando mi estómago volvió a rugir abrí la puerta.

Michel estaba tumbado en mi cama con las manos cruzadas bajo su cabeza, sobre mi millón de prendas desperdigadas.

—Te veo cómodo.

—Sí, creo que me he tumbado encima de toda tu ropa interior. —Emuló una sonrisa picara.

—Idiota. —Como una exhalación, me dirigí a la cocina; estaba segura de que ese comentario había conseguido sacarme los colores.

—Me tienes muerto de hambre —lloriqueó incorporándose sobre la cama.

—Eso deberías haberlo pensado antes de venir aquí. No soy tu madre —le dije en un tono cortante.

—Vaya, seguimos un poquito molestos por lo que veo —comentó en tono guasón—. Pensaba que tu encarcelamiento en el baño te había hecho reflexionar sobre la buena compañía que soy.

Lo miré con intención desde el frigorífico.

—Pues te equivocaste. —Me serví un vaso de leche.

—Podrías darme uno de esos.

Esbocé una sonrisa irónica.

—Podrías menear el culo y dártelo tú mismo.

Se levantó con poco interés de la cama y, mientras yo me dirigía al sofá, él lo hacía hacia el frigorífico.

—Eres una anfitriona pésima.

—Y tú un huésped molesto al que creo que no he invitado a quedarse.

—Sí que lo has hecho, justo después de abrirme la puerta. —Se sirvió el vaso de leche.

Puse los ojos en blanco.

—Pura educación. Y después te he dicho que te largues.

—Piensa las cosas dos veces antes de decirlas. Una vez dentro, no me puedes echar. —Bebió un sorbo.

Resoplé cansada.

—¿Y quién se ha inventado esa norma?

—Yo mismo —comentó jovial mientras se sentaba en el canapé. Aunque quisiera aparentar todo lo contrario, parecía realmente cansado.

Decidí ignorarlo. Toda mi atención estaba puesta en mi fracasado plan de huida. Si Michel tenía razón, ¿qué podía hacer? No se me ocurrían más ideas.

Me empezó a doler la cabeza. Cerré los ojos y masajé mis sienes en un intento por calmarme. No funcionaba.

No sabía qué hacer, a quién acudir o cómo seguir con mi vida. Jorge me había dado una advertencia, pero ¿hasta cuándo seguiría siendo una advertencia? Jessica Staud estaba muerta. Estaba claro que había descubierto lo que fuera que se ocultaba en la catedral. O el secreto que escondían Jorge y los suyos. Un secreto que ya no creía que quisiera saber.

—No has probado la leche —dijo su voz devolviéndome a la realidad. Michel se hallaba sentado en el canapé mirándome atentamente. Su vaso, ya vacío, se encontraba al lado del mío.

Me había quedado en trance unos minutos, sin saber qué contestar. Estaba tan saturada.

—Se me ha cerrado el estómago. —Era verdad. Tenía hambre, pero no podía comer, sentía que cualquier cosa que cruzara mi esófago sería devuelta al instante. Siempre vomitaba si estaba nerviosa.

—¿Cuánto hace que no comes?

Lo miré entre los cabellos rebeldes que se me habían escapado de una cola mal hecha con las manos.

—No sé, creo que desde esta mañana.

Puso mala cara.

—Dios mío, Del. Bébetese ese maldito vaso de leche de una vez.

—¿Desde cuándo eres tan mandón?

Michel sonrió un poco.

—No me hagas repetírtelo otra vez.

Suspiré. Me dolía tanto la cabeza que no quería escucharlo. Así que cogí el dichoso vaso de leche y me lo bebí poco a poco.

No paró de mirarme ni un solo segundo, hasta que me lo terminé.

—Bien. No ha sido tan difícil —me alabó como si tuviera siete años y no supiera que se estaba riendo de mí.

Tomó los vasos vacíos y se los llevó al fregadero. Los lavó como si estuviera en su casa bajo mi ceño fruncido; era tan raro verlo así, con esa actitud tan... afable.

En fin, era un tipo extraño. No había más.

Bostecé un poco y comprobé la hora en mi móvil: medianoche.

—Michel... no es que quiera echarte pero... son las doce de la noche.

—Pues no me eches. —Se secó las manos y se volvió a sentar en el canapé.

Lo miré sin entender.

—¿Estás insinuando que... te deje dormir aquí? —¿Hola?, ¿en serio?

—No voy a dejarte sola con Jorge merodeando por ahí. —Se repantigó sobre el pequeño sillón bajo mi mirada de sorpresa.

—Pero, ¿dónde vas a dormir?

¡No pensaba meterlo en mi cama! No estaba tan loca.

—El sofá dónde estás sentada tiene pinta de ser cómodo.

Abrí la boca.

—¿Me lo estás diciendo en serio?, ¿te estás autoinvitando?

Me observó entre curioso y divertido.

—Pues sí, eso es lo que acabo de hacer.

No me opuse. En el fondo, tenía que admitir que me gustaba su presencia. Me sentía más tranquila con él a mi lado.

Por desgracia para Michel, no tenía ropa de chico, así que lo único que le pude ofrecer fueron unas cuantas mantas.

Decidimos irnos a dormir cuando nos dimos cuenta de que bostezábamos más que hablábamos, que tampoco era mucho. Resolvimos que, al día siguiente, todo debería parecer normal. Según él, Jorge, o quien me estuviera vigilando, debía comprobar que me estaba comportando como ellos querían que lo hiciera. Quería preguntarle más cosas. Él sabía mucho de aquella catedral y sus secretos, pero cuando intentaba meter el tema, lo evadía. Así que, al final, desistí.

No me agradaba la idea de aparecer por clase. Y Michel no iba a estar conmigo todo el día. Damián tampoco, y lo primero que haría en cuanto lo viera sería convencerlo para que me confesara lo que estaba *investigando*. Después, le quitaría esa idea de la cabeza. No tenía claro cómo dejaría de lado las amenazas de Jorge para no involucrarlo en la conversación, pero mi amigo tendría que parar por su bien. Quería haberle enviado un mensaje, pero no me había acordado hasta la madrugada, y me había parecido demasiado tarde como para despertarlo.

20

Por ningún lado

Las horas pasaban despacio, el reloj marcaba ya las cuatro de la mañana. No podía pegar ojo. Era como estar en una pesadilla que nunca acaba.

Lo mejor era ir a tomarse otro vaso de leche. El estómago me volvía a rugir. No quería despertar a mi inquilino, pero necesitaba urgentemente ese vaso lleno de lactosa si quería relajarme un mínimo, así que hice el menor ruido posible mientras me acercaba a la diminuta cocina.

De poco me sirvió.

—¿Qué haces? —murmuró él en la oscuridad. Después encendió la pequeña lamparita que le había puesto al lado por si necesitaba algo. Se incorporó a medias sobre el sofá.

Me quedé con la boca abierta. ¿¿Por qué no llevaba camiseta?? ¡Qué torso tenía el tío! Desnudo parecía tan musculoso... Nunca había pensado en su físico de esa manera. Es más, pensaba que Damián era la persona más atractiva del mundo, pero... Michel no se quedaba atrás. Su tableta de chocolate bien formada hacía juego con los músculos exquisitamente torneados de los que hacían gala sus brazos.

—¿Delia? —preguntó al ver que yo no contestaba mientras se frotaba los ojos somnolientos.

Salí de mi trance cuando escuché mi nombre e intenté volver a encajar la mandíbula en su lugar mientras mi cara le hacía sombra a la nariz de un payaso.

—No... no tenía sueño —susurré. Después carraspeé para aclararme la garganta. Estaba un poco acalorada. Me acerqué al canapé que él había ocupado antes de irnos a dormir mirando al suelo. Estaba segura de que parecía un auténtico *Gusiluz*.

Michel pareció darse cuenta del estado alterado de mis hormonas y, con una sonrisita picara, dejó resbalar aún más las mantas que lo cubrían, poniendo a la vista la mitad de su esplendoroso cuerpo.

«Basta, basta, basta...», pensé mientras mis párpados se apretaban, en ese momento mi mente no podía pensar con claridad.

—No estoy desnudo. Puedes mirar, Del —soltó el muy capullo, sonriente. Estaba claro que le gustaba verme en esos menesteres.

No respondí. Solo intenté disimular mi cara rojo chillón. ¡En ese momento lo mataría! Cuando se tapara y todo mi cuerpo dejara de vibrar por él.

—¿Qué pasa? —volvió a insistir, y después emitió un gran bostezo.

—Que no puedo dormir —repetí algo menos avergonzada. Michel se había vuelto a tapar con la manta hasta el cuello. Incluso los torsos más fuertes eran vulnerables al frío.

—Vale. Eso está claro. Ahora sigue un «porque...» —me instó a continuar hablando.

—¿Por qué? ¡Cómo si fuera poco todo esto!

—De acuerdo. Está bien. Pero ese tío no se va a acercar a ti esta noche, puedes echarte un buen sueño tranquilamente.

¡Sueño! Eso era lo que más me faltaba y lo que menos tenía. Este tipo era alucinante. Se veía que para él aparentar que todo iba bien se le daba de perlas.

—Ojalá me resultara tan fácil como a ti. Pero también está mi amiga, Yolanda, a la que no sé si decirle algo o no. —Callé unos segundos—. Ni siquiera sé si ella sabe o intuye algo de esto. Me gustaría verla porque estoy preocupada, aunque, por otro lado, no creo que Jorge sea capaz de hacerle daño, no sé. Me da pánico que quiera ponerla en mi contra. Me he convertido en un estorbo para él. En un obstáculo. Ni siquiera sé de qué, pero lo soy. Él me lo dijo, piensa que estoy metida en sus asuntos. —Las palabras casi se me atragantaron en la garganta. Si Jorge seguía pensando eso, pronto querría librarse de mí. Y eso me aterraba como ninguna otra cosa.

Cuando me calmé un poco, resoplé cansada. Las teorías que barajaba mi cabeza eran demasiadas. No veía salida posible.

—Vale. Entiendo —murmuró él. Después suspiró y echó la cabeza hacia atrás en el respaldo del sofá—. Pero tienes que decírselo.

—Michel, ¡Jorge me va a matar si hago eso! De hecho no sé qué pensará sobre ti, también te ha visto conmigo. Y tampoco quiero que todo esto le salpique a Damián —contesté, un poco histérica.

No quise añadir que la vida de mi mejor amigo ya corría peligro.

—Si lo haces con cuidado no le dará tiempo. Pero primero tienes que ver qué sabe tu amiga. Si a ella le pasara algo sabiendo que podrías haberlo evitado, no estarías tranquila nunca —comentó con un deje de tristeza en la voz. Sus maravillosos ojos verdes contemplaban el techo con un aire melancólico. Parecía hablar por experiencia propia.

Recordé a la chica, Jessica Staud; quizás yo hubiese podido evitar su cruel destino. Eso, por lo pronto, no me lo perdonaba.

—Damián estará bien —prosiguió, y luego hizo una mueca, no sé si por Damián o pensando en Jorge—. Y por mí no te preocupes, él cree que soy un insociable.

Sonreí irónica.

—Por supuesto, seguro que se olvida de que le partiste la nariz.

Michel no hizo ningún comentario al respecto. Así que no sabía si realmente Jorge le asustaba o no.

—Sé que si pregunto quizás no obtenga respuesta —proseguí ante su silencio—. Pero... ¿tú pensaste que yo estaba metida en esto? Quiero decir al principio, cuando nos encontramos en la iglesia el día que nos conocimos. ¿Me seguiste, verdad?

Él suspiró. Era obvio que le costaba hablar de ese tema, parecía estar haciendo un esfuerzo sobrenatural por contestar amablemente.

—No te seguí. Solo estaba por allí investigando, lo juro —dijo mirándome mientras levantaba la mano derecha con la palma hacia fuera—. Llevaba el libro de la biblioteca porque estaba buscando la misma información que tú. Quería saber qué tenían de especial todas esas iglesias que

se describían ahí. Es el mismo libro que Fernando Ibarra, el profesor al que sustituye Lola Hernández, cogía para dar clase a sus alumnos. Su desaparición fue extraña. Ese libro tenía anotaciones, una de ellas conducía a esa iglesia, hasta otras, e incluso a la catedral. Supongo que él también investigó en su momento. Tampoco es que me aclarara mucho las cosas, por eso te lo devolví cuando vi que tú podías hacer algo más con él.

—Supongo que gracias. —Esboqué una mueca irónica; me sentía como si me hubiera dado las migajas de su comida.

Ya había olvidado al profesor. La verdad es que sí que era extraño. ¿También estaba implicado Jorge en su desaparición? Si era así, ¿qué es lo que había descubierto Fernando Ibarra como para tuviera que ser eliminado del mapa?

—No pensaba que fueras uno de ellos —continuó ante mi silencio—. Aunque, después de conocerte, sí te investigué; Jorge no me daba buena espina desde hacía tiempo y tú eras su amiga. —Hizo una pausa y después plantó sus esferas verdes en mí con preocupación—. También tengo que reconocer que te he mentado. —Lo miré sin entender—: Sé dónde vives desde hace tiempo. Sabía que te alojabas en el ático. He abierto la puerta de la entrada exterior del edificio porque sé cómo hacerlo. Hubiese podido abrir esta también, pero prefería que me dejaras entrar.

Abrí la boca, totalmente alucinada. Bueno, al menos era sincero.

—Un momento, si eso fue cuando nos conocimos... —Entonces até cabos; yo aún no había ido a la catedral cuando me había parecido ver a un hombre observándome desde las sombras, por lo tanto, Jorge y sus amigos no habían podido ser—. ¿Tú eras el tipo que me espiaba desde la calle? —elevé la voz con los ojos como platos.

¡Cómo no había caído antes!

—Sí, era yo. Cuando vi que me habías descubierto continué mi camino.

Entonces, ¿se había acercado a mí para obtener alguna información? ¿Para averiguar lo que demonios fuera de la investigación de las narices que estaba haciendo el novio de Yolanda?

Vaya. Eso era... maravilloso. Estupendo. Fantástico.

¡Menuda mierda! Me había convertido en espía y yo sin saberlo.

Él notó mi malestar.

—Siento no habértelo dicho antes, pero no debías saber nada del tema si no querías tener problemas —se excusó desviando la mirada. Parecía arrepentido de verdad.

—No he sabido nada y he tenido problemas igual. Al final, ¿cuál es la diferencia? Creo que deberías confiar un poco más en mí. Yo lo he hecho en ti. He dejado que te quedes en mi casa aun sabiendo que no eres un ciudadano con una vida normal. —Me crucé de brazos, molesta, y me quedé muy a gusto al soltarle aquello. Sabía que él no iba a hablar, pero quería que supiera cómo me sentía y, si podía ser, que se pusiese en mi lugar por un segundo.

El italiano cogió aire y lo soltó muy lentamente.

—Ellos... tienen algo mío —dijo por fin, para mi asombro—. O tenían, la verdad es que ya no estoy seguro. Pero aunque así fuese, pienso llegar hasta el final. Quiero dismantelar todo eso —continuó diciendo, ahora con rabia.

—¿Y qué es exactamente «todo eso»?

—Delia, esas personas, si se les puede llamar así, no son buenas. La muerte de esa chica lo demuestra y ha tenido la suerte de tener un final *dulce*. Ellos no suelen funcionar así. —Puso sus esmeraldas en mí de nuevo, su rostro era sombrío. Y yo sentí un escalofrío ante sus palabras.

¿Qué podía ser peor que te metieran un tiro en plena calle directo al corazón? Estaba arrepentida de haberle exigido respuestas.

Me quedé pálida ante el recuerdo de Jessica. En ese momento la sensibilidad —o la insensibilidad—, no estaba a mi alcance, solo pensamientos que nunca me habían puesto los pelos más de punta.

—¿Ves? No puedo contarte nada. No estás preparada para escucharlo y, a decir verdad, yo tampoco para contarlo.

Hice caso omiso a ese comentario. Me froté la frente con una mano e intenté pensar claramente. Respiré hondo y seguí preguntando:

—¿Tú estuviste con ellos?

—¡No! ¡Nunca! —Reaccionó como si lo hubiese abofeteado. Pero a mí me daba igual, mis preguntas estaban más presentes que todas las emociones que pudiese haber a mi alrededor. Me había arrancado, y él estaba respondiendo; estábamos en pleno apogeo. Era ahora o nunca.

—¿Qué tienen tuyo?

Él no contestó.

Silencio. ¡Mierda! ¡Siempre igual! ¡El día que hablara le haría una fiesta como premio!

Me levanté de mi pequeño sofá, malhumorada. Me fui directa a la cama sin decirle nada más. Pude escuchar unos cuantos suspiros más procedentes del sofá, también cómo Michel apagaba la pequeña luz y se volvía a acostar.

¿Por qué no podía confiar en mí? ¿Por qué yo sí tenía que hacerlo en él? No era justo. Entendía que quizás no pudiera contarme cosas por mi bien, pero un poco más... solo lo suficiente para poder entender la situación. Para saber al menos a qué me tenía que enfrentar. Pero, pensándolo bien, después de lo que me había dicho, ¿realmente estaba preparada para digerir esa información?, ¿podría soportarla?

21

Un nuevo día

Por la mañana, ninguno de los dos era capaz de mediar palabra. Nos habíamos despertado por el sonido de mi despertador a las siete. ¡Tenía tanto sueño! A decir verdad, ninguno de los dos había pegado ojo después de las cuatro. Lo había escuchado moverse todo el tiempo.

—¿Qué hay para desayunar? —preguntó él, creo que por romper el hielo más que por el hambre.

Dejé de hacer la cama y me dirigí al frigorífico como una bala, aún estaba enfadada.

—Pues hay leche —dije comprobando dentro la nevera, un poco borde. Y tras unos segundos —: Aunque no sé por qué preguntas, seguro que tú ya sabías que estaba ahí. Tú lo sabes todo, ¿no? Pero no quieres que nadie sepa nada. —Cerré la puerta del frigorífico de un golpe y después fui de vuelta a mi cama.

Bufó.

—¿Cuánto tiempo vamos a seguir así?

No contesté. ¡Que se fastidiara alguna vez él!

—De acuerdo, como quieras —dijo, malhumorado también, ante mi silencio.

Después de pasar un minuto entero sin hablar. Cogió su chaqueta del respaldo del sofá y se fue del apartamento.

Perfecto. ¿Me iba a dejar sola?

Bajé por el ascensor cinco minutos después, no muy segura de lo que la mañana me pudiera ofrecer. Aparte de unas cuantas nubes, había algo de sol, pero el cielo volvía a estar medio encapotado.

Michel no había vuelto y sentía un vacío insondable en mi interior. En el fondo, no quería estar sola. Estaba aterrada, todas las personas que veía a mí alrededor me parecían sospechosas.

Me dirigí hacia la parada del autobús pensándome eso de ir a la universidad o no. Yo creía que lo mejor era quedarse en casa; era Michel el que había dicho que teníamos que ir a la universidad para aparentar normalidad, pero ahora él no estaba aquí.

No llevaba ni diez pasos cuando decidí darme la vuelta y dirigirme a casa.

—¿Se puede saber a dónde vas?

Michel estaba justo detrás de mí cuando me giré hacia atrás. De nuevo, casi me da un infarto.

—Dios —dije, poniéndome una mano en el pecho—, pensaba que te habías ido.

Sobre sus gafas de sol elevó una ceja incrédula.

—¿A dónde me iba a ir, Del?

—A tu casa. A un lugar seguro —dije mirando a nuestro alrededor. No me sentía segura, para nada, fuera de casa.

Me plantó una bolsa de papel marrón delante de las narices.

—No voy a irme a ningún lado, Del. Ten, coge algo.

Eché un ojo al interior de la bolsa. Había cruasanes recién horneados. Olían de muerte.

Le sonreí con sinceridad; por eso se había ido, para comprar el desayuno.

—Gracias. —Cogí uno.

—¿Lista? —me preguntó, y después le dio un bocado a su propio cruasán.

No, pero asentí porque no me quedaba otra. Saqué el teléfono móvil del bolso y me dispuse a realizar la llamada que había dejado aplazada la noche anterior.

Tras unos segundos, colgué el teléfono de forma brusca.

—Mierda —exclamé por lo bajo.

Michel me observó de reojo.

—¿Puedo saber qué te pasa con ese maldito teléfono?

Pese a la neutralidad de la pregunta y el tono de voz, el uso de la palabra «maldito» me indicó que no estaba tranquilo en absoluto.

—Damián —contesté sin más, intentándolo de nuevo con el móvil.

—¿Qué pasa con Damián? —preguntó con retintín.

—No coge las llamadas. Ayer me fui y no le dije ni pío. El pobre se quedaría esperándome. Quiero hablar con él —expliqué sintiéndome culpable por no haberme puesto en contacto con él antes.

—Sí, claro, pobrecito... —masculló irónicamente.

Me enfadé por el comentario, pero no le repliqué. ¿Qué le había hecho mi ángel al italiano? Michel perdía un punto a su favor.

Cuando bajamos del coche, me dispuse a buscarlo. Salí como una exhalación de los aparcamientos, directa a la facultad.

Michel me siguió. Aunque se notaba que no le hacía mucha gracia buscar a Damián.

No sabía hacia dónde ir. ¿Qué clase tendría ahora? Miré el reloj: las nueve en punto. Me saltaría las mías, pero encontraría a Damián; sentía que le debía una, y una muy grande. Él se estaba preocupando por mí, y Dios sabía en qué demonios estaría metido que hasta Jorge y esa gente con la que trabajaba se estaban mosqueando.

Aquella no era la forma de acabar con eso. Él solo, o incluso con mi ayuda y la de Michel, no podría hacerles frente a esos asesinos.

Lo de hacer novillos se estaba convirtiendo en algo habitual, no podría seguir así por mucho tiempo. Claro que tampoco sabía si me quedaría mucho en esa universidad, dados los últimos acontecimientos. Ahora echaba de menos ese futuro esperanzador que mis padres y mis profesores habían augurado para mí. Allonar propiedades eclesiásticas, codearme con asesinos locos e italianos bipolares estaban en el *top ten* de mis nuevas aficiones. ¡Sí, toda una universitaria estaba hecha! ¿Dónde quedaban las borracheras y las fiestas locas de las que hablaban mis amigas?

Si no me equivocaba, ese era el día que Damián tenía Geografía Española de segundo curso. Perfecto. En alguna ocasión me había dicho que ese profesor tardaba como unos diez minutos en aparecer por clase.

Entré deprisa en el edificio, no tenía ni un segundo que perder. Michel iba pisándome los talones, resoplando. Para eso mejor que se quedara en cualquier banco sentado, me estaba poniendo nerviosa.

Cuando llegué a la clase en la que debería de estar mi amigo, él... no se encontraba allí. Divisé a cada uno de los presentes: todos se quedaron mirándome extrañados. Me dio exactamente igual. ¿No había ido Damián a clase?

No quería ser pájaro de mal agüero, y la verdad es que igual que yo me saltaba las clases de vez en cuando, él podía haber hecho lo mismo, pero un mal presentimiento inundó mi cabeza, y supe que no estaría tranquila hasta que comprobara que él estaba bien.

—No está —informé a Michel, aunque a él le daba igual.

—Ya veo —comentó distraídamente.

Lo fulminé con la mirada; esos aires de indiferencia me ponían enferma.

—Al menos podrías dejar de ser tan frío y mostrar que te corre algo de sangre por las venas —le expuse algo enfadada.

Puso los ojos en blanco.

Dejé a Michel a un lado y volví a preocuparme por mi amigo. ¿Dónde estaría? Quizás se hubiese puesto enfermo, con el tiempo que hacía nada me extrañaba, el milagro era que no hubiese caído yo. Hacía poco había llovido a mares y ahora no lo hacía pero las nubes no se habían ido del todo y hacía frío.

—¡Eh! Cambia esa cara. Quizás se haya retrasado —dijo mi acompañante para tranquilizarme. Podía ser. ¿Por qué no? Pero tenía una horrible sensación.

—Ve a clase, aún no llegas tarde —me instó Michel.

¿Y a este qué le pasaba? Si era él el que desaparecía días y días, y solo iba a la facultad cuando le apetecía.

—No puedo estar en clase pensando que le puede haber pasado algo.

Michel me miró confuso.

—Oye, que sea tu amigo no quiere decir que le vayan a hacer daño; él es amigo de Jorge también.

Junté mis labios en una línea, mordiéndome la lengua.

Michel achicó los ojos, mirándome significativamente.

—Vale, ¿qué es lo que me estoy perdiendo?

No quería meter a Damián en los asuntos de Michel porque mi amigo no confiaba en el italiano y sabía que no le gustaría ni un pelo. Aunque, por otro lado, Michel me había demostrado que no pertenecía a la extraña organización de Jorge.

Michel me dio la espalda, suspirando, como si intentara calmarse. Luego me encaró otra vez.

—¡Delia! ¡Habla de una vez! Pides confianza pero luego no la das.

«Mira quién fue a hablar», no pude evitar pensar.

—Cuando me atacaron en la biblioteca —me señalé el estómago—. Tenía tanto miedo que salí corriendo. Me di de bruces contra Damián al bajar las escaleras y todas mis cosas salieron volando. Además del puñetazo, esos asesinos me habían dejado una nota, solo que no fui yo la que la encontró.

Michel fue arrugando el ceño a cada palabra que yo decía.

—¿Y qué ponía en la nota? —me preguntó con los labios apretados.

—Que si hablaba con la policía yo sería la siguiente —dije con un hilo de voz.

Ahora apretó los puños.

—Y le contaste todo a tu amiguito... claro. —Dio un puñetazo contra la pared, haciendo que yo diese un respingo.

Estábamos en medio de un pasillo cerca del aula de Damián, pero afortunadamente no había nadie pasando por allí. Michel se había vuelto a transformar, y su tono encantador había pasado a la historia.

—No tuve otro remedio. Por eso estoy preocupada, Jorge no solo me amenazó a mí, a él también. No sé qué ha hecho Damián, pero la advertencia fue clara: debe parar de buscar información sobre ellos.

—Deberías haber estado calladita —su voz era un poco cortante—. ¡Ya te lo dije! ¡Y encima me has mentido!

—Ocultar no es mentir —me defendí—, los asuntos que yo tenga con Damián no son de dominio público, ¿sabes?

Le cambió la cara a una más severa.

—¿Quién más lo sabe? —Me cogió del brazo y lo apretó de nuevo.

Me dio mucho miedo, ¿por qué reaccionaba así?

—¡Nadie! Lo juro. La única que pudo haberme visto salir de la catedral fue Lola, ya te lo dije.

Tiré de mi brazo, un poco desesperada. Me soltó.

—Más te vale que no me mientas. Si se vuelven a mover será muy difícil dar con ellos. ¡No lo estropees más! —Estaba furioso.

En ese momento el límite de mi paciencia llegó a su fin. ¿Qué no lo estropeará más? ¿Mi vida estaba en juego y lo único que le preocupaba era que interfiriera en sus planes? Le metí un bofetón.

—Me tienes harta con tus incógnitas. No sé en qué clase de juego psicótico-irracional me he metido, pero desde luego estoy a punto de perder la cabeza y no necesito que tú me eches en cara cosas que no entiendo. Sé al cien por cien que Damián es de confianza, no puedo decir lo mismo de ti, que no sé por dónde vas a salir o cómo vas a reaccionar.

Lo atravesé con los ojos. Él me mantuvo la mirada de forma intensa, como si estuviese indignado conmigo. Luego se tocó la cara justo por el lugar donde yo lo había golpeado, sin apartar sus pupilas de mí.

Me fui, porque estaba al borde del llanto, y de repente no tenía ganas de que estuviese a mi lado.

Él tampoco hizo nada por detenerme.

22

Ni rastro

Sin lugar a dudas, las dos horas que duraba la clase se me estaban haciendo interminables. Estaba deseando salir para correr por todo el campus si hiciera falta, y echar un vistazo a un par de asignaturas de segundo, por si acaso mi amigo había aparecido.

Me había metido en Historia de Egipto para evitar ver a Michel. No se me había pasado el cabreo. ¿De qué me acusaba exactamente? ¡Él sabría!

Mi mayor preocupación era Damián. Le había mandado como diez mensajes y no había recibido respuesta; y eso sí que era alarmante.

Cuando terminó la clase, salí a toda velocidad por la puerta del aula.

—¿A dónde vas? —preguntó el italiano mientras me daba alcance. Estaba sentado en un banco, esperándome.

—Necesito encontrar a Damián, ya lo sabes, no me ha dado señales de vida —contesté seca.

Se puso a mi altura caminando.

—Tienes razón —dijo sin más.

Le dediqué una mirada de soslayo.

—¿Y ahora de qué me hablas? —Aceleré el paso para adelantarlo.

—Oye, para el carro. —Me cogió de la cintura, aunque no fue brusco, e hizo que me detuviera. Me giró hacia él, pegó mi espalda a una pared y me arrinconó entre sus brazos—. Sé que me he pasado, pero no contaba con esto. Es muy difícil dar con ellos, si tienen una mínima sospecha de que están en peligro se moverán y mis planes se irán al traste.

—«Tus planes» —repetí inexpresiva—. ¿Entro yo en ellos? —le pregunté inquisitiva—. Aún no me queda claro.

—Estarías mejor si estuvieses «fuera» de ellos, pero no quiero hablar de eso ahora.

Claro, por supuesto.

Quitó su brazo de mi camino y me dispuse a irme, no tenía ganas de lidiar con sus misterios.

Él suspiró, como llevaba haciéndolo toda la mañana, aunque estaba mucho más calmado que cuando lo había dejado antes de meterme en clase.

—Si lo ves, ¿estarás más tranquila?

No me hizo falta preguntar para saber que se refería a Damián.

—Sí.

—Está bien. Yo te lo busco y yo te lo traigo, pero tú entra en clase. Porque si no recuerdo mal debes entregar un trabajo.

¡El trabajo! ¡Mierda, el trabajo! ¡Se me había olvidado por completo! Me eché las manos a la cara.

—No te preocupes —dijo Michel mientras se sacaba un montón de folios bien ordenados de su carpeta y me los entregaba.

¿Había hecho mi trabajo? Me quedé con la boca abierta mientras cogía los papeles y los observaba como si no fueran reales.

—¿Cómo...? Pero ¿por...? —No tenía palabras.

—Sabía que lo ibas a olvidar, así que he cambiado unas cositas del mío del año pasado y lo he imprimido por si hacía falta.

—¿De dónde lo has sacado?, ¿vas por ahí con todos tus trabajos de universidad encima?

Sonrió.

—No, pero me los enviaba al correo para que no se perdieran.

Ah. Pues sí que era previsor, sí.

—Pero yo no... no puedo aceptarlo. Esto no está bien. Yo no he hecho este trabajo, no me merezco tener nota.

—Has estado liada, eso es todo. Además, a la profesora Rose se ve que le caes bastante bien y no creo que quiera suspenderte.

—Pero Michel, ¡no es justo! Ni para ella, ni para mí... y menos para ti. Tú no tienes por qué hacerme los deberes. —Quise devolvérselo, pero no lo aceptó.

Y yo pensando que era él el que me iba a dejar tirada a mí.

—¿También tienes el de Filosofía hecho? —Bueno, la pregunta era una tontería pero aún no habíamos hablado de nuestra asignatura en común.

—No te preocupes por eso ahora. Ten, cógelo.

Lo hice.

—Vale, gracias, te debo una. —Miré el reloj, si iba a ir a clase debía irme ya—. Nos vemos dentro de dos horas. —Di un paso en dirección a mi nueva clase, echándole un ojo al trabajo.

—Del —me llamó. Yo me detuve y giré mi cuerpo hacia él.

Sin previo aviso vino hacia mí, me cogió la cara con las manos y ¡me plantó un beso en los labios!

Y no fue un besito... No. ¡Fue un besazo de tuerca más bien!

Sentí fuegos artificiales estallar dentro de mí, un montón de mariposas revoloteando en mi estómago, mientras saboreaba su dulce paladar.

Sé que lo más normal hubiese sido darle un guantazo, pero es que... ¡besaba tan bien el condenado! Así que, en su lugar, cerré los ojos y me dejé llevar. Me dejé llevar mucho, muchísimo.

Cuando se separó de mí, aún estaba jadeando por la impresión.

—Eso por llamarme frío y decirme que no tengo sangre en las venas. —Sonrió suficiente, de la forma más sensual que yo hubiese visto nunca.

Luego, dirigió sus pasos hacia la puerta de salida.

Entretanto, mi cara adquirió el tono luminoso de una luciérnaga, solo que en color rojo.

—¡No me llamo Del! —le grité, haciéndome la indignada—. ¡Y eres un italiano bipolar, que lo sepas!

Creí verlo sonreír en la distancia.

—Quizás, pero he demostrado lo mucho que puedo subirte la temperatura en unos segundos — comentó con un deje de diversión en la voz.

Me quedé observando cómo se iba con andares despreocupados, abría la puerta y se marchaba. Me alegré de que no mirara hacia atrás, porque aparte de lo perturbada que me encontraba, no quería que notase lo mucho que me había gustado ese beso.

23

Una pequeña excursión

Hubiese querido ir detrás de Michel a buscar a mi amigo, pero ya que se había tomado la molestia de hacerme los deberes, me quedé.

Me hizo gracia pensar que Michel me escuchaba cuando hablaba. En el café anterior le había dicho que la profesora me había mandado hacer un trabajo sobre el contexto histórico en Francia en la época de la Ilustración; él había tenido que hacer el mismo el año anterior y me había estado dando un par de consejos para llevarlo a cabo. Pero solo había sido una pincelada, algo sin importancia. ¿Cómo sabía él que se me iba a olvidar hacerlo? Con todo lo de la chica y Jorge... se me había ido de la mente.

Estas dos horas también pasaron lentas. Dios, ¡cómo deseaba que se acabasen! Cuando por fin lo hicieron, esperaba ver a Michel en la puerta junto con Damián o alguna noticia de él. Pero la verdad era que no había ni rastro de ninguno de los dos. ¡Estupendo! Ahora tenía a dos amigos desaparecidos y el móvil casi a cero de batería.

El número de Michel no estaba en mi agenda pero sí el de Damián, así que lo volví a llamar otra vez, nerviosa. Tampoco obtuve respuesta esta vez.

Esperé a Michel una hora entera por las intermediaciones de la universidad. ¿Dónde se había metido? ¿Se suponía que él no iba a dejarme sola! Qué tonta era. Al final los problemas los tenía que solucionar uno mismo. No podía esperar que Michel estuviera siempre cuidándome las espaldas, quizá se hubiese borrado del mapa para que Jorge no lo viese conmigo por aquí, a saber.

Lo mismo me besaba que desaparecía.

«Italiano loco», mascullé para mi interior, pero luego me toqué los labios involuntariamente. Percibí que tenía una sonrisa de idiota en ellos.

Sacudí la cabeza, quitándome esos pensamientos de la cabeza; precisamente no era un príncipe azul.

Me fui aburrida a casa al cabo de unos minutos. Por lo menos no se había puesto a llover.

Lo primero que hice al llegar fue cargar el móvil, porque en el autobús había terminado de morir. Hasta el momento, no había llamadas perdidas ni mensajes. Nada.

¿Le habría hecho algo Jorge a Damián? ¡No! Tenía que haber otra explicación, seguro.

¿Y a Michel? Mi guardaespaldas a intervalos le había metido un puñetazo en la nariz, y ahora tampoco estaba por los alrededores.

¿Y qué hacía ahora?, ¿dónde empezaba a buscar?

La imagen de Jessica Staud me asaltó la mente. No podía hacer ningún movimiento en falso. Seguramente alguien me estaría vigilando.

Cerré las cortinas, presa de la paranoia.

Quizás Jorge confiara en que su amenaza fuera suficiente y, como decía Michel, si veían que hacía vida normal, pensarán que ya no era un peligro para ellos.

De repente, estar entre esas cuatro paredes me parecía asfixiante.

«Me largo», decidí en un impulso. El tiempo no estaba a mi favor. La llovizna había comenzado, y tenía el presentimiento de que se iba a poner peor, pero me daba igual. Rebusqué entre mis cosas, recordaba que mi madre me había dicho que me había metido un chubasquero dentro de una de las tres maletas que me había traído para pasar el curso entero.

No tenía pensado volver a aquel barrio. El «pijo». El barrio Marier. Pero mis pies me habían traído hasta aquí instantáneamente. Supongo que mi subconsciente estaba plagado de imágenes de sus calles. Aquí habían matado a Jessica Staud, estaba la catedral y el punto de inflexión que había cambiado mi vida.

No había ni un alma por la calle. Si alguien me estaba vigilando, el mal tiempo lo había espantado, desde luego. El tiempo estaba peor ahora que cuando había salido de casa, y el chubasquero tampoco era un gran oponente para la lluvia. Tenía medio brazo empapado y de muslos para abajo ya no sentía el cuerpo. Pero, incluso así, me apetecía estar más fuera que dentro de mi apartamento.

Estaba haciendo más o menos el mismo recorrido que cuando había venido con mis amigos. El *pub* La Casa Escarlata estaba abierto, invitándome a entrar.

No lo hice. Pero recordé a mis amigos y casi se me cayeron las lágrimas. Damián seguía sin darme señales de vida y Yolanda... Bueno, tampoco había sabido nada de ella.

Subí por la calle en la que habían disparado a Jessica; ya no quedaba nada de ese suceso, pero no pude reprimir la pena que había sentido al enterarme de la noticia.

La torre gótica asomó por encima de los edificios. Había llegado a la catedral.

Mi instinto gritaba en mi interior que me alejara de allí a toda prisa, pero no le hice caso, y me dirigí hacia ella. Francamente, no sabía qué esperaba ver allí. Estaba cerrada a cal y canto. Y seguro que Jorge y los suyos se habían ocupado de la ventanita trasera, pero por alguna extraña razón, quería verlo por mí misma.

No llegué a ver la parte trasera, cuando llegué a la gran plaza de piedra, delante de la fachada principal, una figura captó mi atención; era como una luz parpadeante en medio de la inmensidad. Su silueta me parecía familiar y, al igual que yo, llevaba un chubasquero negro.

Una ráfaga de aire nos sorprendió, sostuve la capucha antes de que se me fuera hacia atrás; no quería que me descubrieran por allí por nada del mundo. De hecho, no debería haber vuelto. Para mi suerte, al viandante desconocido sí se le había caído el gorro y no pude menos que dedicarle una mirada de escepticismo.

¡Lola! Lola Hernández, mi profesora.

Lo primero que me vino a la mente fue que era demasiada coincidencia encontrarla dos veces en el mismo lugar. La diferencia era que, ahora, se dirigía hacia la parte trasera de la catedral, justo por donde yo había salido en mi primer allanamiento.

Me dispuse a seguirla, pese a que todas mis alarmas me gritaran lo contrario. Tenía que saber qué tenía que ver ella con esa maldita catedral. Si estaba con Jorge metida en el ajo.

Tuve que detenerme al sentir una presión en mi hombro; alguien me retenía.

Un grito salió de mi garganta.

—¿Quieres no hacer eso? —dijo Michel, censorador, mientras miraba a todos lados por si alguien me había escuchado.

A mí aún me latía el corazón a toda prisa. ¿Qué dejara de hacer eso? ¿Cómo se atrevía?

—¿Es que eres tonto?, ¿cómo me das estos sustos? —le grité mientras le daba un puñetazo en la mano, que todavía estaba sobre mi hombro, sujetándome. Al contrario que yo, él no llevaba chubasquero alguno, pero iba vestido todo de negro. Otra ropa diferente a la que tenía por la mañana.

—Lo siento... —se disculpó.

—¿Se puede saber dónde has estado hoy? ¿Qué sabes de Damián?

—Ese no es el tema ahora. Lo importante es que hemos visto a la misma persona rondar por aquí.

Ya casi se me había olvidado Lola Hernández con el susto.

—Yo iba a seguirla, pero ya no estoy segura de si ha ido para la parte trasera de la catedral u otro lado.

—Debes de estar loca. Ya te dije que te mantuvieras alejada de aquí, que hicieras vida normal.

—Mira quién fue a hablar.

Pero la conversación se quedó allí porque un furgón negro aparcó delante de la puerta del gran templo. Esta se abrió poco a poco, junto con las puertas del furgón que quedaron hacia la entrada del edificio. Había movimiento, pero desde donde estábamos nosotros no se podía ver nada.

Michel me arrastró hacia detrás de uno de los bancos más alejados de la plaza empedrada. Ojalá no nos vieran allí, había por lo menos seis personas, todas con la cara cubierta por pasamontañas. Si nos descubrían, estábamos perdidos.

Con el pánico apoderándose de mi cuerpo, intenté levantar la cabeza para poder ver mejor, pero Michel hizo que me agachara.

—¿Quieres estarte quietecita? Nos van a ver —me ordenó enfadado.

Uno de los hombres que rodeaba el furgón captó mi atención, había salido disparado desde el coche hasta estamparse con uno de los laterales de la gran puerta. Los demás, que parecían sujetar la hoja de madera entreabierta, se apresuraron hacia el interior de la furgoneta; parecían forcejear con algo.

Escuché a Michel tragar saliva; estaba tenso. Sujetaba el asiento del banco muy fuerte, se notaba por lo rojas que se le habían puesto las manos, y los nudillos dejaban ver la forma del hueso perfectamente.

—¿Qué sucede? —inquirí alarmada—. ¿Ves algo? —continué intentando, otra vez, sacar la cabeza por encima del banco.

Michel me volvió a coger del hombro, aún más brusco que antes, para tirar de mí hacia abajo. Ni siquiera me dijo nada. Solo me miró a modo de advertencia.

Por primera vez en días, sentí auténtico pánico estando a su lado. Sus ojos verdes no eran benevolentes, eran implacables en ese momento. No irradiaban paz, ni mucho menos, emanaban

algo que incluso podría sobrepasar a la ira.

No le repliqué. Menos mal que él no me sostuvo mucho tiempo la mirada, estaba muy entretenido observando a esos hombres. ¿Qué diablos había visto que lo había puesto así?

Cuando volví a posar mis ojos en la puerta de la catedral, se estaba cerrando. Las figuras de negro estaban más tranquilas, tres de ellas se metieron en el furgón y las demás, dentro del edificio. ¿Dónde encajaba ahí Lola Hernández?

Cuando no hubo nadie por allí, Michel me cogió de la muñeca. No controlaba su fuerza, ¡presionaba demasiado fuerte! Por primera vez no quería discutirle aquello, tenía demasiado miedo.

Estaba atento a cualquier movimiento. Miraba hacia todos lados, yo solo lo seguía, como si estuviese esposada, porque él no me dejaba libre. No aflojaba ni un ápice la fuerza que ejercía sobre mí.

Estuvimos andando diez minutos por calles desconocidas para mí, pero, al parecer, muy conocidas para Michel, ya que no dudaba al girar por ninguna. Cuando llegamos a su coche, me soltó.

Me había dejado frente a la puerta del copiloto, no sin antes abrírmela y dirigirse él hacia la del conductor.

Me quedé observando la puerta abierta, sin hacer ningún movimiento, mientras la lluvia recorría todo mi cuerpo. Hacía rato que la capucha se me había caído hacia atrás y se había colado por mi jersey de lana.

—¡Sube! —ordenó en tono autoritario desde la puerta del conductor.

Mi primer impulso fue obedecer para no llevarle la contraria a esa bestia salvaje en la que se había convertido mi *amigo*. Pero ese sentimiento se dejó encerrar por el pánico a que me hiciera daño. Así que, en vez de subir, salí corriendo por la primera calle que encontré. Afortunadamente, era muy estrecha, sería imposible que él me siguiera con el coche.

Escuché que soltaba tacos en italiano mientras abría de nuevo la puerta metálica.

—¡Delia, espera! —exclamó.

Eché la mirada hacia atrás y vi que se disponía a correr detrás de mí.

¡La llevaba clara si creía que me iba a coger! Mis años de atletismo me estaban sirviendo más que nunca. Eso y el sentimiento de pánico que conllevaba la situación. Nunca había corrido tan rápido en mi vida.

24

Una tarde normal

Después de mi huida, hacía ya dos días, solo pensaba en que Michel podría estar por ahí vigilándome, y no me apetecía especialmente verlo. No me importaba no tener noticias de él después de todo. ¿Cómo podía cambiar de forma tan radical de un momento a otro?

Otro que me tenía con la mosca detrás de la oreja era Damián. Lo había llamado muchas veces más, y seguía sin devolverme una sola llamada, ni siquiera un mensaje, y me estaba desesperando.

Ya solo se me ocurría hacer una cosa: informar a la policía. Pero si lo hacía, ¿Jorge y los demás creerían que había ido por ellos?, ¿y si ellos eran los que habían ido a por Damián? No había podido hablar con él sobre su «investigación».

Di vueltas alrededor de la comisaría de policía, embutida en una sudadera con gorro. Si alguno de esos asesinos me veía, al menos intentaría pasar desapercibida.

No quería que mi amigo corriera la misma suerte que Jessica Staud.

«¿Por qué no me contestas? Maldita sea», pensé con el móvil en la oreja, intentándolo una vez más.

Estaba tentada a entrar, a entregarme de una vez por haberme colado en la catedral sin permiso y no haber dado la voz de alarma de que allí había una chica en peligro. Estaba dispuesta a todo si los agentes eran capaces de encontrar a mi amigo.

«¿Y si lo matan precisamente porque voy a hablar con ellos?», pensé amargamente.

Decidí alejarme de allí una vez más. ¿Cómo iba a solucionar aquel lío sin meter a la policía en medio y sin que Damián o yo acabásemos muertos?

Suspiré, al borde del colapso.

«¿Y si se ha ido de viaje? ¿Y si se ha ido lejos de aquí por miedo?», cavilé. Me gustaba esa idea, la verdad, pero no creía que fuese la realidad.

Me alejé de la autoridad local y me fui a casa.

Cuando entré en el portal de mi bloque, mi móvil sonó. Lo busqué, impaciente, en mi bolso, pero cuando descubrí la llamada entrante me desanimé, no era mi amigo sino Yolanda.

No sabía si contestar o no. Igual era para cantarme las cuarenta por alguna mentira que Jorge se hubiera inventado sobre mí.

Suspiré y descolgué la llamada, no sabiendo qué me iba a encontrar al otro lado del auricular.

Después de unos segundos, me di cuenta de que Yolanda estaba tan normal como siempre. Me propuso ver *Cumbres Borrascosas*; le apetecía ver cine clásico y comer palomitas. Le pregunté si había visto a Damián lo más calmada que pude; ella tampoco sabía nada de él.

Al final acepté su propuesta, aunque el nudo que se estaba formando en mi estómago por los nervios crecía a marchas forzadas.

La tarde pasó rápido. Mi amiga no me dijo nada de Jorge y aunque yo quise preguntarle, no me atreví. Cuando terminó la película, ella propuso dar una vuelta, no estaba cansada y parecía que no tenía plan.

—¿Qué le habría soltado el desgraciado ese para engañarla con sus trapicheos?

Eran las seis, no llovía y Yolanda estaba simpática. Era un día normal, como pocos tenía desde hacía tiempo. Me parecía una mentira.

Volvíamos a tomar café, pero no al *pub* La casa Escarlata, sino a otro del centro de la ciudad, el Europa. La verdad, ¿qué más podía pedir en medio de aquel caos?

La cosa iba bien, por lo menos todo lo bien que podría ir teniendo en cuenta que uno de mis amigos no daba señales de vida, que el novio de amiga me había amenazado de muerte y que el tipo que me gustaba se había vuelto loco.

Hice un mohín recordando a Michel mientras contemplaba las nuevas gotitas de lluvia que comenzaban a resbalar por los cristales del *pub*. Cuando puse la vista en mi amiga, me dio la sensación de que Yolanda se ponía triste mientras las contemplaba; en un segundo había cambiado totalmente.

—¿Qué pasa? —pregunté al cabo de un rato, cuando salimos del *pub*; Yolanda estaba sacando *su* paraguas del bolso.

—Jorge está raro, como más... taciturno, no sé explicarlo.

—¿Raro? Raro era poco. Pero me alegraba de que por lo menos mi amiga se diera cuenta de que había un halo turbio con respecto a su ídolo.

—¿Qué ocurre? —inquirí, intentando parecer lo más casual posible.

—Ahora se pasa la vida con sus amigos, los del proyecto, y no me llama ni me cuenta nada.

«¿Antes lo hacía?». Alcé una ceja irónica.

—Yo creo que me engaña con otra —soltó la pelirroja.

Me quedé a cuadros.

¿Qué podría responder a eso? ¿Que lo más seguro porque si era acosador fijo que también era infiel? No podía. Y tampoco estaba segura de esa acusación en particular.

—Quizás esté muy liado. Debe ser algo importante lo que está haciendo.

¡No me lo podía creer! ¿Estaba defendiéndolo?

—Él... Él nunca ha sido así. Son estos últimos días, todo cambió desde aquel día que comimos todos juntos, ¿te acuerdas?

«Como para olvidarlo».

Tuve que morderme la lengua para no decirle todo lo que pensaba sobre él. Tampoco pude evitar pensar que mi amiga, por muy lista que fuera, no era más que una ingenua.

Aleteó las manos, como deshaciéndose de esa idea, y luego sonrió, aunque no de la forma habitual a la que yo estaba acostumbrada a ver en ella.

—No me hagas mucho caso, esta semana he estado muy liada en casa y tengo algo de estrés, seguramente es mi imaginación —me dijo después, zanjando el tema.

No quise insistir más. Estaba claro que a mi amiga le hacía daño hablar de la supuesta infidelidad de su novio y no iba a ser yo la que lo dejara peor ante sus ojos. Aunque me hubiese gustado, y mucho. Yolanda se había convertido en mi protegida a partir de ese momento, porque, o era una gran actriz o en serio no tenía ni idea de dónde estaba metido su novio.

Estaba encantada de haber disipado las dudas que tenía sobre ella, porque, bueno, a esas alturas no me hubiese resultado raro que hubiera estado meditando en cosas oscuras y horribles como su novio.

Cuando oscureció del todo, Yolanda se ofreció a acompañarme a mi casa, habíamos estado de paseo. Y sí, estábamos más que locas, porque el tiempo no era muy ameno para eso; lo mismo llovía que no. Yo, como siempre, no llevaba paraguas, y acabamos las dos amparadas bajo el *suyo*.

El paseíto duró media hora, y si lo hubiese sabido, quizás me hubiese retrasado algo más. Cuando llegué a la esquina de mi bloque, me encontré con una sorpresa.

—Oye Delia, ¿no es ese...? —comenzó Yolanda.

—¡Michel! —acabé yo por ella, a punto de darme un infarto allí mismo. Mi día normal acababa de terminar. Si él estaba en medio, estaba segura de que podría ser de todo menos eso.

Michel estaba en la acera de enfrente con su coche azul marino y la vista puesta en unos folios un tanto desordenados. Antes de que me viese, cogí el paraguas de la mano de Yolanda y lo puse enfrente de nosotras, ocultándonos con el plástico naranja todo lo que podía.

—Pero ¿qué haces? —preguntó mi amiga un poco desconcertada.

—No quiero que sepa que estoy aquí.

—¿Cómo que no? No digas tonterías, yo sé que ese chico te gusta. Es un poco raro... pero es guapo. ¡Eh! ¡Michel! —lo llamó.

Yolanda pasó de mí y de mi rostro horrorizado.

¿Quién me habría mandado contarle nada? Yolanda y Michel no se habían encontrado directamente, pero lo habíamos visto alguna vez por la universidad y yo le había dicho que era el tío más raro del universo. No le había contado nada sobre la catedral, pero sí cómo había descubierto su nombre y lo pasota que era en Filosofía.

¿Qué hacía llamándolo? ¡La iba a matar! Para Yolanda era muy gracioso hacer de celestina, pero no era ni el momento ni el lugar —ni el chico apropiado—.

Michel sería todo lo que quisiera pero, hasta ahora, sordo y ciego no, así que, como era normal, nos vio.

Yolanda me arrastró hasta su coche mientras yo hacía esfuerzos en vano tirando hacia atrás. ¡Qué bien! Era la presa más fácil del planeta. Michel no tenía ni que bajarse del coche para raptarme, secuestrarme o lo que quisiera de mí en ese momento; yo solita había ido en su búsqueda.

—¡Eh! ¡Hola! Tú eres el Erasmus que estaba en clase de Historia Medieval el año pasado, ¿verdad? Me metí en un par de clases para curiosear y me suena haberte visto entrar en Filosofía con Delia —dijo ella.

¡Como si no supiera quién era perfectamente! Yo le había contado que Michel estaba aquí desde el año anterior. Me crucé de brazos con cara de pocos amigos, no tenía ganas de entablar

una conversación con él.

—Sí, el mismo. Te he visto por la *uni* varias veces, tú ya estás dentro de Historia ¿no? —preguntó él en tono casual.

¡Pero bueno! ¿De dónde se habían escapado esos dos? Aquel teatrillo solo servía para meterme a mí en medio y yo no estaba por la labor. Él sabía que Yolanda era mi amiga y que estaba estudiando lo mismo que nosotros; y ella sabía que era el rey de los novillos de mi clase de Filosofía. Me parecía absurdo todo eso.

—Sí, el año pasado solo acompañaba a mi novio y sus amigos para ver cómo era esto de ser universitario, y ya ves, me gustó la experiencia. —Sonrió alegre.

—A mí me gustó tanto la ciudad que decidí quedarme un año más. —Él también sonrió, y a mi pesar, de una forma irresistible.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó mi amiga de lo más normal, como si esta conversación no fuese ya un poco rara.

—Estaba dando un paseo —contestó él mirándonos seductoramente. Desde luego, podría ser perfectamente un ídolo adolescente—. ¿Vivís por aquí cerca?

De verdad, si hubiese sido actor en lugar de mafioso se hubiese llevado todos los Óscar de Hollywood.

—Sí, Delia vive en este bloque. La acompañaba a casa porque yo me tengo que ir. Pero ella me decía que no estaba cansada y quería seguir la fiesta.

—Vaya... ¿de verdad? Pues yo estoy libre, si quieres —respondió con su particular tono despreocupado mientras guardaba los folios.

—Quizás otro día —mascullé de mala manera.

Yolanda me dio un doloroso codazo que poco atendía a las razones de la sutileza.

—¡Qué va! Quién mejor que él para salir que tiene transporte. Así no te mojas —explicó mi amiga mientras me dedicaba un guiño.

La fulminé con la mirada. A ella no le importó un pimiento. Estaba tan contenta consiguiéndome la *cita* de mi vida, que radiaba de felicidad.

—Claro, no te preocupes yo te traeré a casa —se ofreció el otro; parecía divertido con la escena.

¡Valía ya! Los dos se estaban pasando; una por hacer de casamentera y el otro por seguirle el rollo mientras era obvio que se moría de la risa. ¡Maldita situación! ¡Los hubiese estrangulado a los dos!

Yolanda casi me mete en el coche de cabeza. Así que, al final, subí por mi propio pie para no tener que acusarla de cómplice de secuestro si Michel me llevaba a un zulo. Se despidió mientras me hacía otro guiño, y pensé que si volvía a hacer eso la mataría en serio. No le dije ni adiós; estaba irritada con ella. Otra vez en manos de ese loco.

Michel arrancó el coche y nos perdimos por las calles lluviosas.

25

Pistas

—No me has dicho ni hola —comentó serio, mirando a la carretera. Las formas que había utilizado para hablar con Yolanda ya no estaban.

—¿Qué quieres, Michel? —pregunté enfadada—. Creí que no querías que me acercara al barrio Marier para no poner en peligro tus asuntos. No lo he hecho, me he portado bien, y ¿sabes qué? Tienes razón, no quiero seguir descubriendo cosas. Aclarado esto, para el coche, quiero bajarme —le escupí mientras intentaba abrir la puerta del copiloto aun estando en marcha.

Tenía el seguro echado, pero Michel miró de reojo como si de verdad pensara que podía escaparme.

—Para el coche, ¡ahora! —volví a ordenarle, aún más irritada.

Sorprendentemente, Michel lo hizo. Paró en seco en mitad de una calle. Menos mal que no había autos ni por delante ni por detrás de nosotros, y tampoco gente cruzando.

Comencé a forcejear con el cierre de la puerta. Él quitó el seguro voluntariamente, y cuando conseguí abrirla me levanté del asiento para marcharme.

—Tengo noticias de Damián, pensé que te interesarían —soltó el italiano en plan camorrista.

Vacilé con la puerta abierta mientras me lo pensaba unos segundos, estaba deseando salir de ese coche pitando, pero Damián...

Al final opté por la opción que no hubiese querido escoger: me volví a sentar en el asiento del copiloto y cerré la puerta.

—¿Qué sabes? —inquirí sin mirarlo.

Michel suspiró.

—No puedes salir de esto tan fácilmente —dijo—. Ya no, te avisé.

¿Qué me estaba contando ahora?

—Mira, si tienes algo que decirme de Damián, te escucho, si no, me largo. —Volví a abrir la puerta del coche.

—¿Otra vez piensas salir corriendo?

Me detuve, me tocaba las narices su actitud así que me volví hacia él enfadada.

—Creo que si alguien se convierte en psicópata en un segundo tengo derecho a protegerme. ¿Qué querías que hiciera? ¿Quedarme a ver cómo me arrancabas un brazo? Ya te dije antes que no hicieras eso, y menos así. —Aún me dolía recordar el apretón.

Michel bajó la cabeza.

—Lo siento, sé que a veces no controlo mi fuerza. —Parecía avergonzado.

¿Era eso era realmente posible?

—Prefiero que me digas qué pasa a que me pidas disculpas. Si voy a morir, quiero saber al menos por qué.

¿De verdad que había dicho yo eso? ¡Caray, parecía estar asimilando bien mi muerte!

Michel suspiró antes de hablar, como siempre.

—No estoy seguro de la respuesta a esa pregunta, pero sí te diré que creo que esos tipos tienen mucho que ver con Damián —soltó como una granada a punto de estallar—. He revisado sus archivos y sé su dirección. Es un piso que está cerca de aquí. Vive solo y parece que lleva algunos días sin dormir en su casa —me dijo, sacando de la guantera los folios arrugados que había guardado antes.

¿Archivos? ¿Ahora era policía en lugar de mafioso?

—Espera, espera —dije, intentando calmarme mientras le echaba un ojo a los papeles—. ¿Por qué crees eso? Quizás se haya ido a casa de sus padres unos días. —Eso quería pensar yo.

—Es posible. Pero, por lo que hemos hablado, el querido novio de tu amiga lo amenazó delante de tus narices y él se ha cavado su propia tumba haciendo averiguaciones que no debía.

—¡No digas eso! —Lo miré, turbada por sus palabras, ¿cómo podía hablar así?

—Tú no sabes nada de Damián: no has estado en su casa, no sabes quién es su familia, no tienes ni idea de si andaba metido en algo raro o no. ¿Qué te hace pensar que todo esto no es una trampa para ti?

Mi mandíbula se desencajó. ¡No podía estar acusándolo en serio!

—Damián es bueno, ¡no le haría daño a una mosca!

—Sí claro, muy bueno —dijo con ironía—, y su papaíto no es íntimo del de Jorge, claro que no.

No entendía nada, y mi rostro lleno de confusión no hacía otra cosa más que confirmarlo.

—¿Su padre?, ¿qué tiene que ver su padre?

Michel resopló, y a mí me entraron ganas de abofetearle la cara.

—Michel, odio las verdades a medias, ¿vas a contarme lo que pasa de una puñetera vez o no? —exclamé exasperada.

Michel me observó unos segundos, un poco sorprendido. Después observó el retrovisor algo tenso, seguíamos aparcados en mitad de la calle y todavía no había aparecido ningún coche por detrás.

—Ojalá me hubieses hecho caso antes. Ya no puedes salir. Ellos tienen todos tus datos y no existen las fronteras; si no son los españoles, serán los de cualquier país. Podrías... podrías ser la siguiente y... —Michel me miró a los ojos, preocupado—. No quiero que seas la siguiente. Aunque pienses que tu vida no me importa, no es verdad.

Eso me dejó perpleja. Tardé en reaccionar unos segundos.

—Me van a matar, ¿verdad? —pregunté con un hilo de voz—. ¿Qué puedo hacer? —pregunté, mientras lo miraba como si ya no hubiese manera de cambiar mi destino inminente. Toda la adrenalina había bajado de mi cuerpo en un instante.

—Debes tener cuidado, no puedes hacer más. Si puedes, consigue un arma. Cómprasela a un usurero si no te queda de otra, pero ve protegida.

Un escalofrío me recorrió por todo el cuerpo, me parecía estar en una película, como si aquello de verdad no me estuviese pasando a mí.

Tragué saliva, porque llevaba con la garganta seca desde que me había confesado que yo podría ser la siguiente Jessica Staud.

—¿Por qué sabes tanto de ellos? ¿Quién eres en realidad? ¿De verdad has venido desde Italia a sacarte la carrera de Historia? No me lo creo.

Michel plantó la vista en el cristal del coche, aferrando su volante; evitaba mi mirada.

—Ya te lo dije: tienen algo mío. —Puso el motor en marcha, la conversación había acabado.

Y de repente, vi un reflejo, un diminuto destello de agua resbalando por su mejilla; una pequeña lágrima. Era la primera señal de debilidad que había visto en su duro rostro en todas aquellas semanas.

Sabía que no me estaba contando todo, que tenía mucha más información de lo que quería aparentar, pero decidí no preguntar nada más y dejarme llevar por su coche a donde fuera que quisiera ir. Después de aquella revelación, ya no me importaba nada.

26

Allanamiento, parte dos

—¿Dónde estamos? —pregunté cuando paramos en algún sitio que yo no conocía.

—En la casa de Damián.

No pude reaccionar hasta pasados unos segundos.

—¿La casa de Damián? ¿Para qué?

—Él sabe algo de *ellos*, estoy seguro. No sé por qué se ha esfumado, pero tiene información que puede ponerlos en un compromiso. Una de dos, o se ha unido a ellos, o está en contra de ellos. Si es esto último, quizás su padre le haya ordenado perderse del mapa, no sé.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que por mucho que tú quieras, tu amigo y su familia no son trigo limpio.

¿Y él sí lo era? Más palabras rodeadas de enigmas.

Me di por vencida, la curiosidad que había en él me dejó de lado para observar el edificio que teníamos enfrente. Miré alternativamente a Michel y a la valla que daba acceso al complejo residencial.

—Dime... Dime que no vas a hacer lo que yo creo que vas a hacer.

Me contempló unos instantes y se encogió de hombros, un tanto indiferente.

—Es lo que hay.

—¿Quieres entrar en casa de Damián? ¿Te has vuelto loco? —soné un poco escandalizada, así que hice una pausa para serenarme—. Eso es cosa de la policía, si nos cogen nos caerá una buena.

—Si nos cogen no, si me cogen. Y no lo van a hacer. Tú te quedas aquí. No creo que tengas ganas de deslizarte por una comisa y meterte por una ventana. Además, trabajo mejor solo.

Claro. Solo, por supuesto. Pero yo no me iba a quedar tan tranquila en el coche mientras él descubría cosas de mi amigo y que, lo más seguro, no me contara después.

—De eso nada. No pienso dejar que te diviertas solito. Además, yo ya cometí un asalto. No era una casa, era la catedral, que no sé si es peor, pero tengo experiencia.

Michel soltó una carcajada.

Me bajé del coche a la vez que él. Iba a darle al mando para echar los seguros cuando una duda cruzó por su rostro mientras me miraba.

Me iba a decir que me quedara dentro, estaba segura.

Después de vacilar unos segundos, pulsó el mando a distancia.

—Experta en colarse en las iglesias —murmuró mientras se alejaba del auto, riendo—. Espero que también seas capaz de subir por las cañerías de un edificio.

Siguió riendo.

—Vale ya —mascullé mientras le daba alcance, pero no pude evitar reírme yo también. La cosa es que parecía de chiste malo; si le contara a alguna de mis amigas que me había colado en una catedral en plena tarde de lluvia, no se lo creería.

Ya no estaba enfadada y volvía a confiar en él. Sí, desde luego ya no podría decir que era una persona cuerda.

El piso de Damián se encontraba en una segunda planta, pero para acceder a él tendríamos que cruzar un patio de vecinos y escalar por las cañerías recubiertas de hiedra que subían hacia las ventanas de las habitaciones. Según Michel, no se podía entrar por la puerta. Ese tipo de edificios tenía un sistema de seguridad muy sofisticado. Sin embargo, tenían un fallo en las ventanas, que era la clave para entrar dentro de la casa. ¿Cómo lo sabía? Pues ni idea.

El patio se veía desde fuera porque la puerta que lo cubría era una gran valla con rendijas negras. La verdad es que tenían pinta de ser bloques de pisos para gente pudiente.

Me quedé con la boca abierta mientras los contemplaba. ¿Damián estaba forrado o es que los pisos por dentro eran una ruina? ¿Cómo diablos podía permitirse aquello? No parecía el típico niño rico.

Una pareja de ancianos se acercó al bloque. Michel y yo nos pusimos detrás esperando a que abrieran el portón de rendijas negras. Esperábamos que no se dieran cuenta de que nosotros no vivíamos allí.

Cuando entramos les dimos las gracias y esperamos a que se marcharan.

Sería muy difícil subir por las cañerías sin ser vistos. Los farolillos de las esquinas del patio iluminaban como faros. Todo estaba limpio y había macetas por todos lados colocadas en sus respectivos pedestales. Las paredes de los pisos eran de color malva, y casi todas las ventanas tenían cortinas con alguna cenefa bordada con encajes. Pero lejos de parecer horteras quedaban hasta bien con el estampado de las telas. El suelo estaba enlosado con baldosas marrones y blancas haciendo rombos que brillaban como los chorros del oro. El bloque constaba en su haber con seis plantas de cinco pisos cada una, y con unas cuantas habitaciones, por lo que se podía ver desde fuera.

Hice una mueca mirando hacia arriba, *solo* tendríamos que subir hasta el segundo. De imaginarlo ya me daba vértigo.

Mientras Michel se dedicaba a pensar cómo se iba a llevar a cabo el abordaje de la casa, a mí me dieron escalofríos; hacía más frío que por la tarde y además tenía zonas de la camiseta y los pantalones húmedas de cuando me había mojado con Yolanda de vuelta a mi casa.

Después de unos segundos, Michel se acercó a uno de los rincones de aquel patio rectangular; se dirigió hacia el farolillo que iluminaba esa zona y metió la mano girando la bombilla para aflojarla, dejando esa sección a oscuras. Y así los tres siguientes. ¡Qué tío! ¿Es que no se le achicharraban los dedos? Era como un superhéroe.

—Bueno, con esto seremos menos visibles —dijo acercándose a mí.

—Vale, *Mafiosoman*, ¿y ahora qué?

Sonrió divertido.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Sí... —dije menos convencida que en el coche, mirando hacia arriba. ¡Qué mareo! Ese edificio era muy alto, pero aún así no me iba a echar hacia atrás.

—Vale, pues toma esto y pónelo. —Me alargó algo negro.

Cuando lo cogí vi que eran unos guantes oscuros.

—¿Y esto?

—No querrás dejar huellas, ¿verdad? —Me miró sonriente, hasta seductor, veía que le hacía gracia mi ingenuidad.

Me ruboricé mientras me los ponía, ya que no había pensado en eso.

Miramos alrededor del recinto. Esperábamos que los vecinos no se dieran cuenta del apagón repentino de su lujosa entrada. Había algunas ventanas con las luces encendidas, pero nadie se asomaba a ellas.

Michel dejó que yo fuera la primera en subir la hiedra. Hacía lo que podía con mis botines de cuero, pero hubiese deseado llevar las zapatillas de deporte.

Puse los dedos en el matojo verde que ascendía pared arriba, poniendo los pies en las cornisas decorativas de la pared malva; era un poco difícil, la verdad, más que colarme por la ventanita de la catedral.

Vale, había subido hasta la planta número uno y ya no podía más. Siguiendo parada: planta dos.

Puse primero un pie, y luego otro en la cornisa que se alargaba por toda la fachada del edificio en la segunda planta; era más pequeña de lo que aparentaba desde abajo. Me salía la mitad del zapato.

Me agarré como pude a las tuberías después de echar dos ojeadas rápidas al patio. Me concentré en deslizarme hasta la ventana por esa diminuta línea de escayola que estaba pisando.

Grité al dar el tercer paso; un pequeño trozo de la escayola que cubría la cornisa se había desprendido y chisporroteó cayendo en pedacitos diminutos al patio.

Michel me cogió en el acto de la espalda.

—Tranquila, no mires abajo.

Demasiado tarde.

¡Joder, qué alto estaba para ser un segundo! Desde el quinto cómo tenía que ser esto.

—Vale, espera. No te muevas, pasaré yo primero —dijo cruzando por detrás de mi espalda, primero con los brazos y después con el cuerpo.

A mí la respiración ya me iba mal antes, pero esto... Sentía su tórax pegado a mi cuerpo y su aliento en mi nuca. Cuando esquivó mi cuerpo, siguió poniéndome una mano en la cintura a modo de protección en caso de que mis desestabilizados pies volviesen a fallar. ¡Menos mal que no faltaba mucho para llegar a la dichosa ventana!

Cinco minutos después, por fin la alcanzamos y mi cara de sorpresa lo dijo todo cuando descubrí que estaba cerrada.

¡Mierda! ¿Cómo no lo habíamos imaginado antes?

Michel captó mi rostro de espanto.

—No te preocupes —comentó tranquilo, mientras hacía malabares para sacarse una especie de imán del bolsillo del abrigo. Lo puso sobre la parte que tenía la abertura de la ventana, lo giró *et voilà!*, la ventana se abrió en menos de un segundo. Imaginé que debía de ser todo un experto en el tema... Debía asimilar ya que estaba con un mafioso en toda regla. Que yo era su cómplice y, sobre todo ¡que otra vez estuviese metiéndome en una casa ajena!

Él se adentró primero, después me ayudó a mí. Me tuvo que coger de la cintura para poder introducirme dentro del piso.

Todo estaba a oscuras y no encenderíamos la luz por nada en el mundo. Pero Michel, que ya estaba visto que pensaba en todo, rebuscó en su bolsillo y sacó una mini linterna para solucionar ese pequeño problema.

La casa de Damián parecía estar en orden, como si estuviese esperando a que él volviera. Su habitación estaba bien; tenía la cama hecha, los libros colocados en su estantería, las mesitas de noche sin una mota de polvo. Otra de las habitaciones no tenía nada, solo dos pequeñas camas hechas, pero no parecía ocupada. La tercera correspondía a la habitación de la plancha; unos cuantos pantalones se encontraban perfectamente planchados y doblados sobre una mesa, al igual que un par de camisetas. El salón y la cocina estaban limpios.

Vaya, o Damián era muy ordenado, o se lo hacían todo. Lo más probable es que fuera lo segundo, ya que todos los muebles, tapicerías, cuadros y demás decoraciones eran de estilo isabelino. Cualquiera no podría permitirse ese tipo de lujos en su casa, ni aunque fuese alquilada.

La cocina, al contrario que el salón, era completamente moderna. Como la tele de plasma que era lo único que sobresalía de la estancia anterior rodeada de muebles de estilo siglo XVIII. Del salón salía un pasillo, kilométrico si no se podía decir que el piso en sí no lo era, y al final del todo se hallaba una puerta de madera.

Fuimos hacia allí. La puerta tenía la llave echada pero, por supuesto, míster Michel sabía cómo arreglárselas para abrirla.

—¿Por qué tiene este tío una puerta con seguridad? —se preguntó a sí mismo mientras sacaba de nuevo el artefacto *abre-ventanas* y, por lo visto *abre-todo*.

—Quizás viniera con la casa... —comenté un poco cansada de todo esto.

Michel me miró enarcando una ceja.

—¿Qué? Puede ser. —Me encogí de hombros ante su mirada incrédula.

—Nadie normal tiene un candado en su puerta por nada.

Claro, como él era la normalidad en persona...

La puerta se abrió sin problemas. Era un despacho grande; tenía un escritorio de madera que hacía juego con los muebles del salón, una silla y estanterías del mismo modo repletas de libros históricos —históricos de verdad, porque parecían primeras ediciones de hacía siglos—. Sobre la mesa había una carpeta llena de folios, a la que Michel le echó una ojeada mientras yo miraba los volúmenes que adornaban las estanterías, casi todos con forro de piel. Se notaba que Damián estudiaba lo que estudiaba, no le faltaba un tomo de la Historia de España y de la Historia en general.

De repente, unas sirenas se escucharon en la calle.

—¡La policía! —gritamos los dos a la vez, muy alarmados. ¿Nos habían pillado?

Michel cogió la carpeta y se la guardó debajo de la camiseta, sujetándola con la cintura de los vaqueros.

—Venga, vámonos de aquí —dijo cerrando la puerta con el artefacto con el que la había abierto.

Seguimos corriendo todo el pasillo hasta llegar a la habitación por la que habíamos entrado. Yo, con las prisas y la poca luz de la que disponíamos, me di un golpe con la pata de la cama en el pie.

En esas, Michel saltó por la ventana, descendió hasta la cornisa y, con la destreza de un ladrón experimentado, se fue deslizando por ella hasta el otro extremo para alcanzar la hiedra.

—¡Genial! ¿Y esto qué? ¿Se queda abierto? —susurré ilustrada, intentando poner los pies en sitio firme mientras me escurría por la apertura de la ventana.

—No importa, no hay tiempo. De todos modos nos han cogido —dijo el camorrista desde la otra punta. ¿Cómo había llegado tan rápido hasta allí?

Luces de color azul y blanco empezaron a aparecer por el fondo de la calle. Iban acompañadas por sirenas que cada vez sonaban más fuertes.

La policía andaba cerca. Demasiado cerca.

—No podemos salir por el patio. Así que tendremos que saltar por aquí —me informó *míster Mafioso* desde la esquina donde se unían la hiedra y la valla por las que habíamos trepado—. Cuando saltes, corre por la calle de la izquierda y luego baja a la derecha por la primera que se te cruce. Te estaré esperando en el coche. Debo irme deprisa, no me pueden ver. —Y después de lo dicho, saltó al suelo como un gato, se introdujo en su coche, lo arrancó y salió corriendo en medio de la noche, perdiéndose por la dichosa calle.

Vale, bien, mi príncipe azul me acababa de dejar tirada. Yo no podía hacer lo mismo que él, no estaba ni la mitad de entrenada de lo que estaba el italiano para saltar desde esas alturas.

Las luces de colores con sus sirenas se empezaban a manifestar en las paredes del bloque, llegando por la calle de enfrente, justo la que habíamos tomado nosotros para llegar. Por eso Michel había tenido que irse por la calle lateral del edificio. ¡El tío tenía caminos alternativos! ¿Cómo podía planear esas cosas tan bien?

Me dejé las manos aferrándome a la pared, incluso con guantes sentía que me ardían, las rodillas me temblaban y el pie me dolía por el golpe que me acaba de dar. En cuestión de veinte minutos me había convertido en un despojo humano de arriba abajo.

Conseguí alcanzar la esquina por donde mi amigo, el delincuente, había saltado. Me asomé para comprobar la altura, y pude ver que por lo menos había seis metros.

Otras luces, diferentes de los vehículos con sirenas, empezaron a buscarnos frenéticamente sobre la pared del edificio, ¡si no saltaba ya estaba segura de que me iban a ver en serio!

En fin, hice de tripas corazón y salté sujetándome de las cañerías laterales del edificio. Me terminé de dejar las manos en ello. Pero prefería eso a partirme la cabeza en el intento de imitar a Michel.

Corrí por la calle que me había indicado el mafioso —a estas alturas casi pensaba que era cierta esa definición para él—, pero no se veía nada. Claro, como él llevaba la linterna ¡no tenía problema! Ya podía haber sido más caballeroso y habérmela dejado. Para ser un barrio pijo no estaba muy iluminado y encima sin luna ni estrellas. Lo que faltaba era que empezase a llover de nuevo, eso sería ya lo último para rematar mi gran día.

Cogí la primera calle que encontré a la izquierda, pero sin saber si era la conecta o no, porque entre los nervios y la oscuridad no lo podía saber con precisión. Al fondo de la calle se veían luces, y rogué por qué no estuviesen los policías por allí también.

Me asomé con cuidado: no había nadie. El lugar no podía estar más vacío. Vale, ¿ahora por dónde estaba el coche de Michel?

Seguí callejeando, pero no lo encontré. No había rastro de Michel ni de su coche por ningún lado. Las calles estaban repletas de casas y edificios lujosos y todo estaba solo.

Aunque mi acompañante se había dado a la fuga, las calles empezaron a serme más o menos conocidas, ya que había estado pululando por ahí para revisar las iglesias por el dichoso trabajo de Historia Medieval. Ahora le agradecía a Lola que me hubiese tocado hacerlo sobre ese tema, porque por mí misma, quizás, nunca hubiese visitado aquello.

Tardé como cincuenta minutos en llegar a casa; estaba reventada, herida y enfadada. Me puse hielo en el pie y crema en las manos. Y así terminé ese día de locos.

Interrogatorio

Después de una noche mala de sueño, la aurora que trajo el amanecer no era rosada, sino color ceniza, como era ya de costumbre por allí. ¿Alguna vez iba a salir el sol en aquella ciudad?

Pero lo peor de esa mañana no fueron las nubes. Tampoco las clases, a las que no llegué a tiempo. Lo peor fue encontrarme a unos amables policías llamando a mi puerta bien tempranito. Se habían ahorrado la molestia de tocar al portero —y no entendía cómo habían traspasado el portal, porque mis vecinos no le abrían a nadie— y habían subido por el destartado ascensor pillándome completamente desprevenida.

—¿Delia Villegas? —me había preguntado uno de ellos bajo mi mirada de circunstancia.

—Sí —había respondido yo entre paralizada y somnolienta con la puerta entreabierta; no había pegado ojo, pero de repente se me abrieron los dos de par en par.

«¡Nos han pillado! ¡Nos han pillado!», fue lo primero que pensé con el pánico a punto de desbordarme. Había estado pensando toda la noche en eso, en que alguien nos había visto entrar en casa de Damián, por muy de noche que hubiese sido y por muy poca luz que hubiese habido. Era eso o que el piso de Damián tenía alguna alarma que habíamos pasado por alto. Si no iba a la cárcel por colarme en la catedral iba a ir por entrar sin permiso en la casa de mi amigo.

—¿Es usted amiga de Damián de Castro? —me preguntó el otro oficial, sacándome de mis amargos pensamientos sobre la prisión.

—Sí —pude articular yo con un hilo de voz.

—¿Le importaría acompañarnos para hacerle unas preguntas en comisaría?

Casi grito eso de: «¡Puedo explicarlo, lo juro! No me lleven presa...».

—Deme... Deme unos segundos para que me vista —balbuceé en su lugar, a punto de desmayarme.

Los policías se quedaron en la puerta mientras yo buscaba qué ponerme sin pararme a mirar la ropa que cogía. Estaba nerviosa, muy nerviosa, así que me coloqué lo primero que encontré por el armario: unos vaqueros claros y un jersey azul marino. También cogí mis guantes para cubrirme las manos, ojalá pudiese inventarme algo antes de que fuese demasiado tarde. Quizás era hora de que contase la verdad.

Cuando bajé del coche policía, me temblaban hasta las pestañas. Estaba al borde del colapso y blanca como el papel. Los policías me instaron a pasar a una pequeña sala, allí una mujer rodeada

de papeles y un ordenador me esperaba.

—Buenos días —saludó, seria.

—¿Qué ocurre? —pregunté con un hilito de voz, ¡como si yo no supiera lo que pasaba! ¿A quién iba a engañar? Allí el que de verdad era actor se había sabido escapar muy bien.

—Verá, necesitamos que nos diga todo lo que sabe sobre Damián de Castro. No sé si estará al tanto, pero ha desaparecido y ayer entraron en su casa.

La sangre se me fue del rostro, pero me obligué a tranquilizarme y en unos segundos volvió. ¿Que qué sabía yo? ¿Que había desaparecido y que habían entrado en su casa? No parecía estar acusándome, pero ¿solo me habían llamado para preguntarme por él?

—La última vez que lo vi fue en la cafetería de la universidad. Después he estado llamándolo al móvil pero no me ha dado señales de vida. ¿Qué le ha pasado? ¿Sabe usted algo? —El pánico me recorrió por todo el cuerpo.

De pronto, la mala sensación que había tenido cuando lo había estado buscando por la universidad reapareció intensamente en mi interior. ¿Y si Jorge había llevado a cabo su amenaza? Por muy amigos que fuesen sus padres, no creía que eso sirviera tratándose de él.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó la señora policía.

Cuando salí de mi caos mental, sentí que tenía la cara mojada; me había puesto a llorar sin darme cuenta.

—Sí, lo siento. ¿Qué más quiere saber?

La mujer me hizo varias preguntas y yo las contesté lo mejor que pude. Todas eran referentes a mi relación con él y los demás compañeros de clase. No pude estar cinco segundos sin pensar que le podía haber pasado cualquier cosa; la mujer me tuvo que dar un par de pañuelos de papel en menos de dos minutos.

Cuando acabó de hacerme las preguntas, me dio las gracias y se despidió de mí amablemente. Todo ese trajín de los policías en mi casa había sido simplemente un mero trámite para trabajar deprisa en la investigación de su desaparición. Según había podido entender, los de Castro eran una familia pudiente e importante. Damián se había emancipado para no tener que seguir los protocolos al ser el heredero de una gran fortuna. Había estudiado lo que él quería y no lo que su padre deseaba. La verdad era que en las veces que habíamos estado juntos, no había sacado mucho el tema de su familia. Me había contado algunas cosas, pero no era de lo que más hablase y Yolanda y yo no habíamos insistido. Él era feliz siendo independiente y haciendo la carrera a su ritmo. Sus padres no se habían portado mal con él; su padre se suponía que había aceptado su decisión y lo estaba ayudando económicamente, aunque yo nunca hubiese pensado que tenían tanto dinero. Quizás se lo habían llevado por eso: por su poder económico; para pedir un rescate o cualquier otra cosa. Quizás su desaparición no tuviera nada que ver con la gente de la catedral o Jorge, como Michel había pensado. Pero si era eso ¿por qué la policía no tenía pistas de quién podría haberle hecho algo así? Además, Damián en la universidad pasaba bastante desapercibido con respecto a todos los pijos que andaban por allí. Y lo más extraño de todo era que nadie había pedido ningún rescate. Era demasiado raro como para haber sido casualidad. Ya sabía que Michel era un poco extravagante, y que escondía más de lo que dejaba ver, pero ¿Damián también? Para mí había sido tan transparente como una gota de agua, no había creído que estuviese metido en algún asunto truculento, pero ahora no lo veía tan descabellado.

Cuando salí de la comisaría, quitándome los restos de las últimas lágrimas, una figura con gafas oscuras al otro lado de la acera captó mi atención. Me dirigí hacia él, despacio, no quería forzar mi pie.

—Vaya... pensaba que ayer por la tarde no había salido yo sola de paseo —comenté borde y enfatizando el «yo» sin apenas mirarlo.

—Te estuve esperando un buen rato y no apareciste. Luego te busqué por las calles de alrededor y tampoco te vi. Hemos estado investigando en la casa de un tipo desaparecido, no podía dejar que nos descubrieran. He estado vigilando toda la noche la zona de la catedral, por si veía algo, pero no he notado nada raro, quizás se hayan movido y... ¡Eh!, ¿a dónde vas?

Hizo un esfuerzo por alcanzarme, me daban exactamente igual sus explicaciones, así que había empezado a andar en dirección a mi casa.

—No te importa, como ayer tampoco te importó —contesté gélida.

—Oye, esta mañana iba hacia tu casa y he visto a los policías salir contigo. Lo primero que he hecho ha sido seguiros, estaba muy preocupado.

Reí irónica.

—¿Estabas preocupado? ¿Por qué? ¿Pensabas que iba a ser como tú? ¿Que te iba a dejar tirado diciéndole a la policía que te conozco y que nos metimos en casa de Damián? ¿Por eso estabas preocupado? Pues quédate tranquilo, no he dicho nada, puedes seguir viviendo feliz. La policía solo quería saber qué sabía de Damián en estos últimos días, nada más —expliqué enfadada mientras se me saltaban algunas lágrimas más. Ya había hecho el ridículo bastante delante de él, no iba a dejar que me viese desmoronarme otra vez.

Me adelantó y se paró en seco delante de mí, interponiéndose en mi camino.

—Perdona, no era mi intención que te quedaras sola. Siento si te perdiste por las calles, pero tenía que huir. No sabemos quién había por allí anoche.

—La cosa es salvar tu pellejo y a los demás que les den, ¿no?

Volvió la cara hacia otro lado: había dado en el blanco y no tenía defensa contra mis palabras.

—No, no es eso. Siento que las cosas salieran así, pero si recuerdas bien, te dije que no vinieras. Antes de volver a la catedral me pasé por tu casa, la luz estaba apagada y las cortinas echadas; no quería molestarte, pensaba que estabas durmiendo.

No le hice caso, lo esquivé y seguí mi camino dirección a casa.

—Oye... no te vayas así. Te hiciste daño en el pie, cojeas. Tengo el coche aquí mismo, puedo llevarte si esperas un segundo.

¡Pero si apenas se me notaba! El pie me dolía un poco, pero tampoco me iba matando. El calmante que me había tomado la noche anterior había obrado un milagro. ¿Cómo se había dado cuenta?

Seguí pasando de él. Al final se calló, pero no dejó de seguirme. ¿De verdad que me iba a acompañar a casa dos metros detrás de mí? Podía intentar dar pena, pero esa no se la perdonaba por nada del mundo. No señor, de ninguna manera. Yo nunca lo hubiese dejado atrás, ni siquiera dándole las indicaciones correctas.

28

La nota

Me acompañó hasta la mismísima puerta de mi bloque. Y no contento con eso, se dirigió al ascensor y subió hasta mi casa.

—¡Basta ya! —le dije cuando salimos del ascensor, rebuscando las llaves para despacharlo lo antes posible—. ¿Te piensas meter de okupa en mi piso o qué? —expresé rebotada.

—Quiero comprobar que todo esté en orden —comentó con tranquilidad, sin haberse quitado las gafas de sol.

No tenía ni idea de hacia dónde estaba mirando, pero yo sentía sus ojos fijos en mí. Me ponía nerviosa, y a mi pesar, las gafas de sol le quedaban de muerte.

Dejé de mirarlo y me dispuse a abrir la puerta, porque me estuviese observando o no, yo estaba bajando la guardia con él otra vez, y eso sí que no podía permitírmelo.

—Vale. Pues compruébalo y luego te vas —dije girando la llave dentro de la cerradura.

No me esperaba lo que me encontré: mi casa no estaba como la había dejado hacía dos horas. Todo estaba revuelto y desordenado. ¿Qué había pasado?

—Esto... Esto no estaba así cuando he salido de aquí está mañana —susurré, sintiendo que me ahogaba en mis propias palabras.

—Estaban esperando a que te fueras, está claro. Alguien nos vio anoche en la casa de Damián, lo que no entiendo es por qué, quien sea, no se lo ha dicho a la policía —reflexionó él como un buen detective.

Tenía razón, había pasado por el interrogatorio policial y no me habían comentado nada al respecto ni por asomo.

—Pero, ¿qué quieren? —Cogí la lámpara rota que había en el suelo, al lado de la mesita que había adornado anteriormente.

—Quieren las notas que yo me llevé de la casa de Damián, estoy casi seguro.

—¿Notas? —En ese momento recordé que había cogido una carpeta del escritorio de Damián.

—No veo otra explicación. —Calló unos segundos antes de añadir—: Es eso o te quieren... a ti. Pero, si es esto último, no tiene sentido que hayan venido justo cuando tú no estabas. —Se quitó las gafas de sol, y su mirada apesadumbrada se posó sobre la mía.

Prefería no pensar en esa posibilidad.

—¿Y qué contienen esas notas que son tan importantes? Al menos, tanto como para dejarme sin casa.

—Datos de las personas implicadas con el suceso de la catedral. Ya te dije que Damián no es tan bueno como tú creías.

—Pues me niego a pensar que esté con ellos.

Caí en ese momento en el hecho de que esos tipos podrían volver. Pensaban que yo tenía lo que buscaban, si no lo habían encontrado por las buenas, podrían intentar encontrarlo por las malas.

Me eché las manos a la cabeza. ¿Qué iba a hacer si volvían? ¿Dónde me podría meter?

—Vente a mi casa —propuso él, como si me hubiese leído el pensamiento.

Tardé unos segundos en asimilar esas palabras, ¿había oído bien?

—¿Qué? —fue lo único que pude decir, con algo de incredulidad.

—Aquí no te puedes quedar y a la policía no puedes acudir.

—¿Por qué no? No digo que me vayan a arreglar la casa, pero sí protegerme. Debería haber ido antes, he esperado demasiado. —Suspiré, pensando en Damián y en la chica muerta.

Me dio un escalofrío.

Michel me mostró un pequeño papel; uno que yo había pasado por alto: era una nota.

—La he encontrado junto a la puerta.

«No nos vas a fastidiar. Estamos atentos, mantén la boca cerrada si no quieres que hagamos una visita a tus queridos papas». El papel era oscuro y las letras delicadas como las de un manuscrito antiguo, tal como lo eran en la advertencia anterior. Pero estaba claro que no era ninguna obra de arte, sino una clara amenaza.

El papel tembló en mis manos.

—Me van a matar. —Me senté en el sofá e intenté contenerme para no llorar.

Él se acercó a mí y se agachó a la altura del sillón. Puso una mano sobre las mías.

—No digas eso. Vamos a mi casa, pensaremos algo. —Dicho esto, aferró mis dedos, tiró de mí suavemente y me levantó del sofá.

—Espera, tengo que coger algunas cosas —dije soltándome de él mientras me temblaba todo el cuerpo.

Casi sin saber lo que cogía, empecé a llenar un bolso con la ropa que estaba esparcida por toda la habitación. No me atreví a quedarme sola en el piso cuando Michel sugirió ir a coger el coche, que estaba cerca de la comisaría, mientras yo lo esperaba. No quería estar en mi apartamento ni un minuto más.

Cuando por fin llegamos al auto, casi no me lo creí. A pesar de ir corriendo, el camino se me había hecho eterno. El pie no me había dado molestias, me había olvidado de él por completo a causa del pánico, aunque posiblemente cojeara algo más que antes.

—Tranquila. No te van a coger. —Él rompió el silencio que reinaba a nuestro alrededor.

—¿Hasta cuándo? —pregunté con voz de ultratumba.

Bufó. Y, seguidamente, soltó un taco en italiano. Había dado en el blanco; no podría huir eternamente y, aunque así lo hiciera, ellos me encontrarían. Sabía cosas que no les gustaría que divulgara por ahí. Les convenía que tuviese la boca cerrada. Y solo podría tenerla cerrada con total seguridad estando muerta.

—Cuéntamelo —pedí.

—¿El qué? —Me miró confuso, mientras arrancaba el coche.

—Cuéntame qué sabes. Me parece muy bien que intentes protegerme pero está claro que estoy metida hasta el cuello, quiero saber...

—No creo que sea lo más conveniente.

—¡Michel! ¡Me importa una mierda lo que creas o no! —repliqué, histérica por la situación —. ¡Dime lo que sea ya! ¿Qué me va a pasar? —Al final perdí el poco control que tenía del volumen de voz.

Estaba harta de secretos y de que me quisieran eliminar del mapa, mientras que yo no podía controlar un segundo de mi miserable vida.

Michel calló durante un largo rato en el que yo no paré de mirarlo; no dejaría de posar mi pesada mirada en él hasta que no dijera lo que tuviese que decir. Y de ese día no iba a pasar, eso lo juraba sobre todas las cosas.

Aparcó el coche en lugar seguro, no en mitad de la calzada como la otra vez. Respiró y me miró, por fin.

—La Santa Inquisición.

Enarqué una ceja.

—¿Qué?

—La Santa Inquisición, era una... —repitió.

—¡Ya sé lo que es! Pero, ¿qué tiene que ver con esto?

Suspiró.

—Nació en el sur de Francia en el mil ciento ochenta y cuatro para combatir la herejía. La española se consolidó en el mil cuatrocientos setenta y ocho. Fue eliminada en mil ochocientos trece por las Cortes de Cádiz. Pero, obviamente, todos no estuvieron de acuerdo con aquella abolición. Un grupo de nobles, junto con amigos y familiares, decidieron seguir con la tradición. Estaban al margen de la Corona y el Estado, o al menos eso parece. No necesitaban de sus donaciones para mantener a flote su carnicería, ya que ni de lejos eran gente pobre.

»Se decidió que los sacerdotes que quisieran ingresar en el nuevo grupo lo harían por méritos propios mientras que los demás integrantes se restringían a los herederos de esos nobles que habían inaugurado aquella secta mortífera. Así se pasaba el puesto de generación en generación.

»Se suelen llamar nombres clave como Dante, Platón o Aristóteles; todos de la Antigüedad Clásica o referidos a personalidades importantes. Con estos nombres, si alguna vez son descubiertos, pueden mantener oculta su verdadera identidad.

»Cada uno de esos locos se considera a sí mismo un justiciero divino, y te puedo asegurar que no se andan con tonterías. Estás con ellos o en contra de ellos. Y si es lo segundo, más vale que te desaparezcas del mapa.

—Pero eso son nombres de personas paganas, no cristianas. ¿Por qué se llaman así?

—Eso no importa, la religión no era lo prioritario en sus ideales, fue solo una de las excusas que utilizaron para iniciar todo esto. La verdadera razón era hacer una ciudad por y para ellos, a su medida. Se trataba de jugar a ser Dios, porque creían tener ese derecho sobre los demás.

Cerré los ojos y puse una mano sobre mi frente, intentando asimilar todo eso. ¿Quién en su sano juicio creía tener el derecho de decidir quién vivía o quién moría en el mundo? ¡Era de locos!

—De acuerdo. Y si esa secta está desde hace tanto tiempo, ¿por qué nadie sabe que existe? Alguien habrá dicho que no a todo eso. No puede ser que en el tiempo en el que nos encontramos

todos estén de acuerdo con ellos.

—Eso no es tan sencillo. Los que han intentado salir, sencillamente no lo han conseguido.

Estaba claro lo que quería decir y eso era aterrador: o estabas con ellos o acababas muerto.

Me estaba mareando con solo pensar en mi futuro oscuro; no quería que siguiera hablando, pero tampoco quería pararlo, creía que debía saber todo lo posible, y así, tal vez, pudiese encontrar una solución, por muy improbable que eso pareciera.

—¿Y qué pasa con los que no tenemos un lugar en esa secta? —pregunté con la voz rota, al borde de las lágrimas.

—La gente que los descubre no está a salvo. Tú has tenido la mala suerte de toparte con ellos —me respondió fúnebre.

La mala suerte de toparme con ellos... ¡Ja! ¡Dios, si parecía que hubiese ido a buscarlos yo solita a esa catedral! ¡Menuda imbécil! ¡Todo era culpa mía!

—Supongo que la misma que tú. —Suspiré.

Michel calló, y pensé que me había dicho que tenían algo *suyo*.

—Tú tienes un puesto en esa cosa, ¿verdad? —deduje.

—Más o menos. El caso es que tú ya no puedes huir.

—Tú has escapado.

Michel me miró, serio.

—Es un tema complicado y prefiero no hablar de ello.

Como siempre. ¡Vaya sorpresa!

—Está bien, no me hables de ti. Hablemos de mí, ¿tengo alguna oportunidad de burlar a la muerte?

Calló de nuevo unos instantes.

—La verdad es que no lo sé, pero espero que sí. —Desvió la vista de mí, algo taciturno—. Tengo entendido que sus torturas son monstruosas. Desde estirarte los miembros violentamente hasta desgarrarte la piel —murmuró. A mí se me erizó el vello—. Antes no funcionaban así, aunque también eran crueles: se ponía a los acusados en el potro, se les abría la boca de tal manera que no pudiese cerrarse y después les vaciaban agua en diferentes cantidades. Otra forma era atar todos los miembros del cuerpo con cuerdas muy finas mientras les daban vueltas con un torniquete. Pero, ahora, es mucho peor...

Instintivamente me abracé el torso, horrorizada por las imágenes que pasaban por mi mente ante su revelación.

—Te dije que Jessica había tenido una muerte dulce porque suelen torturar a sus presos hasta la muerte. Les gusta que se consuman poco a poco, y cuando se cansan, les dan el toque final, si no han muerto antes. Jessica consiguió escapar, por eso optaron por disparar. Ella era la hija de uno de los mayores accionistas que sostenía el monopolio de limpieza hereje en *su* ciudad. No estaba de acuerdo con el papel que le dejaba su padre a cargo de esa asociación y... ya conoces el resto —me relató triste; la chica debía de darle tanta pena como a mí.

—¿Y su padre dejó que le hicieran eso?

—O eso o quizás lo mataban a él. Nadie puede traicionarlos, ¿entiendes? Nadie. Es lo peor de lo peor. Entre otras cosas, tú estás viva porque eres amiga de Yolanda, porque una chica acaba de aparecer muerta y toda la ciudad está patas arriba, no pueden permitirse otra muerte tan trascendental, está saliendo en todos los medios de comunicación del mundo entero. Sin embargo,

sus amenazas no son algo que podamos tomar a la ligera. No puedes ir a la policía, ya has visto que tus padres pueden estar en peligro. Ellos no los van a proteger, sencillamente porque no saben quiénes son ni cómo encontrarlos. No solo está Jorge, son muchos, muchísimos más. Algunos puede que incluso trabajen dentro del cuerpo policial.

Me lo dijo todo de carrerilla, algo cortante. Sabía que no quería herirme aposta, que solo me estaba informando de todo lo que había pedido que me dijera en aquellas semanas, pero me puso mal igualmente. Me parecía demasiado que digerir en muy poco tiempo.

—Y... ¿cómo piensan hacer una ciudad a su medida? —pregunté llevando el tema hacia otro lado.

—Limpiándola de lo que consideran basura.

Lo miré confusa.

—¿Basura?

—Inmigrantes, prostitutas, traficantes de segunda. Tienen muchas influencias y no suelen salir en los periódicos. Además, saben muy bien escoger a sus víctimas, lo hacen a conciencia; buscan gente sola, sin familia cercana... Lógicamente, no todos sus objetivos son estudiantes, pero como ves, algunos de ellos sí. Este caso se les ha escapado de las manos, pero no suele ser lo normal.

La respiración se descompuso dentro de mi pecho.

No me di cuenta de que estaba temblando hasta que Michel me puso una mano en el brazo. Era lo único que podía hacer para consolarme y ambos lo sabíamos.

—¿Cómo sabes todo eso si no formas parte de ellos?

—Conocí a alguien que estuvo dentro e investigué por mi cuenta.

Suspiró, volvió a coger el volante del coche e hizo una curva. Estaba claro que había dado por zanjada la conversación así que no pregunté quién podía ser ese alguien por el que había accedido a tal información.

El resto del camino ninguno dijo nada. Michel me llevó por calles que ni siquiera sabía que estaban en la ciudad. Los edificios de esa zona no eran muy nuevos, eran al estilo de los que había donde yo vivía, solo que un poco lejos del centro de la ciudad.

Cuando aparqué, fue a abrirme la puerta, pero no llegó a tiempo, yo ya había bajado del coche. Estaba deseando salir, tenía un nudo en el pecho que no me dejaba respirar tranquila desde hacía rato.

Me condujo hacia uno de los bloques que se encontraban medio destartados. Todos parecían iguales; de ladrillo visto en todas las paredes, los mismos balcones y las mismas jardineras.

El de Michel era un tercero. Su apartamento era de mayores dimensiones que el mío, y dentro parecía menos derruido que fuera. Pero la decoración seguía siendo escasa tanto en el interior como de puertas para afuera. La entrada daba directamente a lo que era el salón del piso. Las losas del suelo eran de un color blanco grisáceo. No era que estuviesen sucias, qué va —todo estaba muy limpio— el color era feo simplemente. El salón disponía de una mesita donde había un ordenador portátil, un sofá más o menos grande, una mesa de comedor con cuatro sillas y un mueble vacío de objetos con una tele más vieja que Matusalén.

«Tan sobrio como su dueño», pensé cuando eché una ojeada al piso después de que él me indicara con la mano que entrara.

La cocina del apartamento era muy pequeña pero estaba muy limpia y tenía unos azulejos bonitos de cenefas de limones.

También constaba de dos habitaciones, y una de ellas era un espectáculo. ¡Se había montado un gimnasio! Ahí había todo tipo de cosas; desde pesas, maquinaria para hacer cuádriceps, cinta corredera, bicicleta estática hasta cuerdas y demás aparatos que yo no imaginaba ni para qué podrían servir. ¡Ya sabía de dónde había sacado ese cuerpazo que se gastaba!

—¿Tienes un gimnasio personal?

—Tengo que estar bien entrenado. Ven, te enseñaré mi habitación. Tú dormirás allí esta noche.

—No hace falta. No te preocupes, puedo dormir en el sofá.

Era lo justo; él no había dormido en mi cama cuando había estado en mi apartamento.

La habitación era tan triste como todo lo demás. Constaba de una cama de matrimonio, una cómoda, un armario y un espejo. Ni siquiera tenía mesita de noche, ni cuadros, ni lámpara, ni nada. Sobre la cama se apilaban unas cuantas prendas de ropa muy bien dobladas.

¿Se hacía la colada él? Vaya, era buen *amo* de casa.

Michel me dejó un poco de intimidad después de enseñarme su casa. Y miré todo aquello con otros ojos. Aunque ese lugar no era mío y ni siquiera me parecía bonito —excepto la cocina y cuatro cosas más— tenía algo que me hacía sentir segura, tenía un halo especial. En cierto modo porque todo olía a Michel, o al menos, aunque pareciera una locura, eso me parecía a mí. Y Michel, de alguna manera, se había convertido en mi salvavidas. No creía que me pudiese ayudar mucho tiempo más; a esas alturas, ¿quién podía? Estaba muerta, pero al menos, aunque no lo hubiese visto antes, sabía que él había hecho lo que había podido por prevenirme. Había sido mi curiosidad la que me había llevado a lanzarme al arroyo. Yo y solo yo era la única culpable si me pasaba algo.

29

El e-mail

Parecía una sonámbula en medio de la noche. Los últimos rayos del sol se habían escondido hacía horas detrás de los edificios, pidiendo que lo dejaran descansar hasta el día siguiente. Apoyada en el alféizar de la ventana, la luna bañaba mi rostro con su color plata. De un segundo a otro la luz se encendió.

—¿Qué haces aquí a oscuras? —preguntó Michel que se había tirado un buen rato en alguna otra parte del piso mientras yo me quedaba en su habitación para desempaquetar el bolso, cosa que no había hecho.

—Nada, solo estaba pensando.

—Pues para un momento tus neuronas y ven a cenar. Tendrás hambre, supongo.

¿A cenar? ¿Qué hora era? ¿Cuánto tiempo llevaba allí con la mirada perdida?

—No tengo hambre, la verdad.

Al mediodía había conseguido comer medio sándwich, y desde entonces ya habían pasado varias horas, pero no me apetecía nada.

—Venga, no vas a rechazar a tu anfitrión encima de que te ha preparado una delicatessen italiana, ¿verdad? —bromeó con una sonrisa.

—Vale —acepté devolviéndole la sonrisa, que no me llegaba a los ojos.

Cuando llegué a la mesa, un enorme plato de tallarines con una salsa beis que olía de miedo, me estaba esperando. De repente, el apetito me iba volviendo y las ganas de comer se abrían paso.

En cuanto probé el primer bocado se me iluminó el rostro. Él me miró expectante.

—¿Qué pasa? ¿Esa expresión de felicidad o de sorpresa por lo mano que está? Hace tiempo que no lo preparo.

—¿Qué dices? Esto está de muerte.

«Muerte», repitió mi mente involuntariamente. Eso me hizo recordar por qué estábamos allí.

—Gracias —dije seria.

—De nada. Solo son unos tallarines.

—No por esto, sino por todo —seguí yo, jugando con el tenedor y la pasta.

Enarcó una ceja. No entendía bien lo que realmente quería decirle.

—Sé que me intentaste avisar y no te escuché. La culpa de todo esto la tengo yo. Siento mucho no haberte hecho caso.

Michel bajó su tenedor hacia el plato, buscando un nuevo bocado.

—No digas eso. Quizás tengamos alguna oportunidad. Ellos no saben que estás aquí, espero. Por lo pronto no pisaremos la universidad y ya pensaremos algo.

—De eso nada. Necesito saber cómo está Yolanda. Después de esto, no estaría tranquila. Damián está desaparecido y ella está liada con el mayor psicópata que hay en esta ciudad, sino del mundo entero. No puedo desentenderme.

—A Yolanda no le va a pasar nada. Tú misma lo has dicho: es la novia de uno de ellos. Creí que tenías que hablar con ella, pero ahora confío en que Jorge la mantenga al margen, ha tenido tiempo de sobra para hacerle daño y tú no puedes arriesgarte tanto.

—Y tú mismo me dijiste que el padre de esa chica la dejó morir. Yolanda se está oliendo algo; cree que él la engaña pero no tardará en darse cuenta de lo que pasa porque Jorge está raro. Ella misma me lo ha dicho y no creo que se quede tan tranquila.

Michel puso mala cara. No le gustaba en absoluto la idea, pero también sabía que yo iba a hacer lo que quisiera, así que no discutió.

Después de la cena, me conecté al *Hotmail* con el ordenador que Michel tenía en el salón; uno de última generación. Destacaba sobre el resto de los utensilios que había en el piso —excepto el gimnasio que tenía una maquinaria realmente buena—.

—¿Qué quieres ver? —preguntó Michel a mi lado. Me ponía un poco nerviosa que estuviese de pie mientras yo estaba sentada delante de su ordenador, pero no le dije nada, quizás fuese su forma de serenarse.

—Quiero saber si Damián me ha dejado algún mensaje aunque sea por *e-mail*.

—¿Tiene tu correo?

—Sí. Nos los intercambiamos para enviarnos la parte que habíamos hecho cada uno del trabajo de Historia Medieval.

Damián no se había puesto en contacto conmigo vía electrónica, pero sí que tenía un mensaje un tanto extraño: Lola me había escrito. Decía que quería verme, que me pasara por su despacho al día siguiente por la tarde, pero no explicaba el motivo.

—No me gusta esa tía —masculló él.

—¿Crees que puede ser una de ellos?

—No estoy seguro, pero no me gusta.

—Tengo que ir. Si pertenece a la gente de la catedral me va a encontrar de cualquier manera, y si no lo es... Quiero saber lo que me tiene que decir.

No sabía de dónde había sacado esa valentía, quizás es que ya no le tenía miedo a la muerte, o que, después de todo, ya no me sentía sola. Él me había contado muchas cosas; cosas que jamás pensaría que me diría con lo reservado que era. Y, además, estaba de mi parte. Éramos dos contra la causa de esos locos. No era mucho pero ya era más que yo sola, si no volvía a dejarme tirada, claro.

—Un momento... —dijo el italiano cogiendo el ratón del ordenador y tecleando en el buscador.

—¿Qué ocurre?

—El apellido de Damián es de Castro.

—Sí.

—El de Jorge es de la Fuente.

—¿Y qué?

—Pues que aparte de ser íntimos, yo he visto esos dos apellidos juntos en algún otro lado.

En la pantalla del ordenador apareció un artículo de periódico del año dos mil cinco en el que los arquitectos y empresarios de Castro y de la Fuente construirían un futuro complejo de edificios situado en uno de los mejores barrios de la ciudad. El edificio en cuestión era donde vivía Damián. Y, otro detalle, ese edificio estaba en las afueras del Barrio Marier.

—No quería decírtelo antes porque sé que Damián es tu amigo, pero siempre he sospechado que era uno de ellos. Ya te dije que su puesto en ese lugar viene de herencia. Todo esto lo único de lo que tiene pinta es de trampa; quizás ya esperaban que frieras a su casa.

—No digas eso. Él no es malo, no está con ellos. —Me sentí en el deber de defender a mi amigo.

—¿Cómo estás tan segura? Además, ¿por qué denuncian su desaparición justo después de abordar su casa?, ¿no te parece extraño? —me preguntó un poco socarrón.

Ahí le había dado.

¿Me habían tendido una trampa para echarme la culpa de algo?, ¿o había sido Damián para quitarme del medio de sus asuntos inquisidores si las ideas de Michel eran ciertas?

Sacudí la cabeza.

—No es cosa de Damián. Él es bueno —insistí—. Nunca se ha portado mal con nadie. No mataría ni a una mosca. No sé darte más razones, pero te aseguro que él no es ningún asesino.

Michel quería discutir. Había tensado la mandíbula y veía en sus ojos que estaba dispuesto a rebatir mis pobres argumentos. Pero, por alguna razón, no lo hizo y se quedó callado. Mejor. Yo seguiría defendiéndolo de todas maneras. Y sabía que llevaba razón; Damián era bueno, nunca me había dado señales de lo contrario. Aunque pensándolo bien, Jorge, hasta que no lo había hecho, tampoco me había parecido malo.

Suspiré. Me estaba volviendo loca. Odiaba tener que pensar que las personas que consideraba mis amigos podrían no serlo.

—Lo siento, pero, sinceramente, creo que él no es malo. También puedo equivocarme, es cierto, pero si lo fuera, no estaría perdido, supongo.

Michel se relajó un poco. Aunque parecía no estar de acuerdo del todo con mi teoría.

—Bueno, si te parece bien, vámonos a dormir —sugirió.

Acepté de buena gana, la pura verdad era que estaba cansadísima; aunque no iba a jurar que durmiese esa noche. Con todo lo acontecido, probablemente la pasara en vela con sueño y todo.

Rebuscando en mi bolso me di cuenta de que, con las prisas, no había metido ningún pijama dentro.

—¡Genial! Tendré que dormir con vaqueros y camiseta —expresé, metiendo todas las cosas que había sacado.

—Te puedo prestar algo, si quieres —me dijo mi anfitrión desde atrás.

Me volví hacia él con una mano en el corazón. ¡Dios, qué susto! Pensaba que estaba sola, ya que hacía dos minutos lo había dejado en la cocina.

Lo encontré apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

—No pasa nada, tranquilo, me puedo apañar bien con lo que tengo —contesté, no quería molestar.

Michel pasó de mí y se dirigió al armario. Sacó unos pantalones anchos y una camiseta y me los lanzó a la cama.

—¿Vas a dormir con los vaqueros? Eso es horrible, acabas con la cintura hecha polvo —dijo mientras sacaba otros pantalones y otra camiseta para él—. Cuando te cambies puedes apagar la luz aquí. —Señaló el interruptor—. Mañana nos espera un día muy largo, intenta descansar. Buenas noches.

—Gracias, buenas noches. —Sonreí.

Él también me envió una leve sonrisa y después se fue de la estancia.

Me cambié de prisa, apagué la luz y me acosté. El pijama que me había dejado me quedaba un poco grande, pero olía muy bien. ¡Por favor!, ¿qué perfume usaba ese chico que me volvía loca?

La cama también se me antojaba demasiado grande, en realidad, muy grande para una sola persona. Era una tontería que él, estando en su casa, durmiera en el sofá que tenía pinta de ser menos cómodo que el de mi apartamento.

Me levanté y me dirigí al salón a oscuras, con la única guía de la luz plateada que dejaban entrar las rendijas de la persiana del comedor. El pasillo se me antojó muy largo en medio de la oscuridad.

Él estaba dormido boca arriba. Los rayos de luna que entraban por la ventana del salón bañaban directamente su cara. Pese a no deber estar muy cómodo, dormía estirado a pierna suelta mientras sus pies sobresalían del sofá. Estaba medio destapado; parecía un niño travieso después de un día de diabluras.

No pude reprimir una sonrisa. Me apoyé en el respaldo del sofá pensando qué podría decirle para despertarlo sin que se sobresaltara.

Al final, opté por pasarle un dedo por la nariz.

Hizo una mueca. Debía de estar muy cansado cuando no se había despertado en el acto; ese chico siempre estaba alerta a todo.

Después le toqué la mejilla.

Su mano cogió la mía en un acto reflejo. Y yo di un respingo.

—¿Qué haces? —dijo soltándose mientras abría sus ojos soñolientos.

—Lo siento, no te quería molestar, pero me gustaría que no durmieras aquí. No es justo, yo debería estar en el sofá, no tú.

—No digas tonterías, vete a la cama. —No se levantó, simplemente cambió su posición en el sofá.

—Michel, en serio, no quiero que te dé un lumbago por mi culpa. Ven a la cama conmigo, no duermas aquí.

—¿Contigo? ¿Qué me estás proponiendo, Del? —Esbozó una sonrisa picara seguida de un bostezo mientras se incorporaba.

Sonreí ante su descaro, ya no me importaba que me llamase así.

—¡Eh! No te imagines cosas raras. —Le di un pequeño puñetazo en el hombro.

Se rio, irguiéndose.

—Vale. Pero sigo pensando que todo esto es una excusa porque quieres mi compañía —bromeó mientras avanzaba por el pasillo hacia su habitación.

Sonreí con ganas pero él no lo percibió, iba detrás de mí. Esa no era la verdadera razón por la que le había dicho que durmiese conmigo, pero también valía.

30

Lola Hernández

Michel había dormido muy bien. Se notaba que tenía sueño atrasado de la noche anterior, y quizá alguna más. Pero, como era de esperar, yo no había dormido casi nada, y las ojeras que tenía me delataban. Las pocas veces que había dado alguna cabezada había visto a Jorge acuchillándome o atándome a unas esposas mientras me tiraba al suelo y me amenazaba con despellejarme.

El trayecto a la universidad fue silencioso. Ninguno de los dos se atrevía a decir nada por miedo a destrozar la atmósfera tranquila que aún nos envolvía; no sabíamos qué íbamos a encontrarnos en la universidad, y creía que, como yo, él también quería retrasar nuestra llegada. No conducía como un loco como los días anteriores, cosa que agradecí bastante.

Cerré la puerta del copiloto con parsimonia, mirando hacia todos lados con ojos asustados.

—Vale. Cuando acabes las clases te esperaré en la puerta. Vamos a ir los dos a hablar con Lola Hernández —pronunció su nombre como sentenciándola a muerte.

—De acuerdo, pero no tienes por qué. No quiero que salgas mal parado por mi culpa.

Él bufó, huraño.

—No te preocupes, iba a salir de todos modos.

No lo entendí muy bien, pero estaba claro que estaba tan involucrado como yo —o más— en aquel asunto. Aunque era extraño porque *ellos* no parecían conocer su paradero. Había estado *libre* todo ese tiempo, por lo menos, hasta que le había dado un puñetazo a Jorge por protegerme. Antes de eso, podría haber huido perfectamente. Era el típico chico que podía pasar desapercibido. ¿Era tan importante lo que ellos tenían suyo para que no lo hubiese hecho?, ¿era tan importante yo como para haberse delatado?

Busqué a Yolanda en nuestra primera clase del día, pero no estaba por ningún lado. Y su móvil estaba apagado.

¡Mierda! ¿Por qué no habría venido? No me había avisado de nada, cosa rara en ella, ya que siempre pedía los apuntes incluso antes de que los tuviéramos. Recordaba el día que casi nos había obligado a Damián y a mí copiar palabra por palabra de lo que dijera el profesor de las asignaturas que se iba a perder en cuestión. Él y yo habíamos conseguido cumplir sus deseos, y habíamos batido nuestro propio récord exactamente en la clase de Lola Hernández, o en aquella ocasión, la *bala* de Lola Hernández, porque hablaba demasiado rápido para nosotros, aunque, a diferencia de Yolanda, no nos importaba no escribir todo lo que decía al dedillo. Al final, entre los dos, más o menos, lo conseguimos. Menos mal que Yolanda no había faltado más a clase.

Y encima no sabía dónde vivía. Siempre habíamos quedado en la universidad o en el centro, conocía el nombre de su pueblo, pero ir allí y buscarla era como intentar encontrar una aguja en un pajar.

A segunda hora, tampoco tuve la suerte de encontrar a mi amiga. En mi móvil no había mensaje alguno de ella, y eso sí que me mosqueaba bastante. La clase pasó asombrosamente rápida. Era extraño, siempre estaba deseando que acabaran, pero no hoy. Es más, ojalá hubiese durado unas cuantas horas más para aplazar mi cita con Lola. En realidad, mi cita con el resto del mundo. Pero el tiempo no me hacía el menor caso.

Michel me estaba esperando como un fiel guardaespaldas cuando salí de clase, tal y como había prometido. Sin mediar palabra, los dos nos dirigimos hasta la facultad donde podría encontrar a Lola. Iba temblando mientras caminábamos hacia su despacho. Si esa mujer era una de ellos, ¿me iba a hacer desaparecer ahí mismo?

Michel insistió en entrar conmigo cuando ella nos abrió la puerta. Pero Lola, muy amablemente, lo echó. Si hubiese tenido rayos en los ojos, estaba segura de que Michel la hubiese fulminado en ese instante. La mirada que él le dedicó a la profesora me hizo estremecer, y eso que no iba dirigida a mí. Pero Lola no se sintió intimidada lo más mínimo.

—¿Qué... ocurre? —pregunté tímida, mientras tomaba asiento, bajo la atenta mirada de sus ojos oscuros.

—Me he enterado de que la policía estuvo hablando con usted ayer.

—Sí. —Era obvio y no lo podía negar pero, ¿eso por qué le interesaba a Lola? Era cosa de la policía y yo ya había dado mi declaración al respecto. Desde luego parecía haber gato encerrado, así que me preparé para correr por si acaso debía hacerlo.

—¿Qué sabe de su compañero?

—¿Qué sabe usted de lo que le dije a la policía? —Me puse a la defensiva, mirándola a los ojos.

¿Lola me había estado siguiendo y ahora quería sacarme información por las buenas antes de asesinarme con el resto de su panda?

—En realidad, no mucho. Vinieron a hacerme unas preguntas sobre su compañero Damián y me dijeron que habían llamado a dos amigas tuyas; Yolanda Soler y usted.

¿Yolanda? Esperaba que tuviese una oportunidad de poder avisarla de quién era Jorge antes de que él y los suyos me hicieran algo. ¡Qué tonta había sido! Debía haberle contado todo lo que sabía cuando había tenido la oportunidad.

—No veo a Damián desde hace días y no tengo ni idea de lo que le ha pasado. Lo he llamado al móvil y no responde. Tampoco me ha escrito vía *on-line*. Es lo único que le puedo decir.

Lola absorbió mis palabras mientras me escrutaba con la mirada. Parecía desconfiada. Era como si me estuviese mirando un sabueso, buscando algo que no encajara.

—¿Y usted cómo está después de su desaparición?

—¿Cómo estoy? —Eso sí que me cogió desprevenida. Tardé unos segundos en responder, porque no entendía por qué le pudiese importar a ella lo que yo sentía—. Estoy preocupada, es mi amigo y no sé dónde está.

—¿No le tiene miedo a esta situación? ¿No ha pensado en tomarse unas vacaciones? Quizás esté teniendo mucha presión con todo esto, no tiene usted muy buena cara.

—Disculpe, pero eso es asunto mío. —No entendía nada. ¿Me estaba echando de la universidad? ¿Me estaba poniendo sobre aviso porque, si no me iba por mi propio pie, ella y sus amiguitos se encargarían de hacer que me marchara?

—Desde luego, pero piénselo. No está demás tomarse un descanso y ver a la familia de vez en cuando.

—¿Puedo irme ya? —Me había puesto demasiado tensa como para seguir con la conversación. No sabía si tomarme eso como una amenaza hacia mí, hacia mi familia, o hacia ambas partes.

—Claro. Nos veremos en clase —dijo sin dejar de escudriñarme meticulosamente.

Cerré la puerta del despacho sin decir adiós. Michel estaba enfrente de mí con los brazos cruzados.

—Por fin, si llegas a estar dentro cinco minutos más, juro que echo la puerta abajo. ¿De qué va todo esto? ¿Para qué te quería?

—Sabe que la policía vino a hablar conmigo. Me ha sugerido que me vaya de aquí.

Michel puso mala cara, pero no dijo nada al respecto. La cosa se estaba poniendo rara y fea a la vez, más de lo que ya estaba.

El siguiente objetivo era encontrar a Yolanda. Por la hora, debería haber salido de una de sus optativas, aunque si no había venido a las que teníamos juntas... Fuimos a comprobarlo y, como ya suponía, ella no estaba.

Michel sugirió que la buscáramos por los lugares a los que solía ir con Jorge por la ciudad.

No se nos ocurría ninguna idea mejor, porque a mí no me respondía a las llamadas; era un asco porque íbamos prácticamente a ciegas.

Nos dirigimos al aparcamiento, donde habíamos dejado el coche, aunque no llegamos a alcanzarlo, ya que vi que mi amiga aparecía acompañada de su novio, cortándonos el paso.

La pelirroja tenía la cara sombría y Jorge parecía tan prepotente como la última vez que lo había visto.

—¡Yolanda! ¡Apártate de él! —grité mientras echaba a correr hacia mi amiga.

Pero Michel no me lo permitió; me tenía sujeta por la cintura mientras miraba al frente con desprecio.

Lo fulminé con la mirada, ¿por qué hacía eso?

—¿Ves que tengo razón? —dijo el novio de mi amiga mirándome con una sonrisa superficial.

—Sí —convino Yolanda con él, inexpresiva.

—No sé qué te ha dicho, ¡pero no es cierto! No lo escuches, por favor —pedí a mi amiga mientras intentaba zafarme de Michel una vez más, sin éxito.

Jorge sonrió de una forma despreciable. Tenía una mano metida en un bolsillo y con la otra cubría uno de los hombros de Yolanda de manera protectora, como si yo fuese algo de lo que hubiese que defenderla.

—Me parece bien que te lées con este —dijo mirando a Michel—. Yo sabía que te gustaba aunque intentaras disimularlo. Lo que sí me sorprende es que no me haya dado cuenta de que te gusta jugar a dos bandas, y que una de ellas es mi novio.

—¿A dos bandas? —Mis ojos se expandieron una cuarta más por la sorpresa; estaba alucinando.

—No te hagas la tonta. Jorge me lo ha contado todo; no paras de perseguirlo y de llamarlo. Por eso no me dijiste nada cuando te dije que pensaba que estaba con otra. ¿Sabes? Por que tengas

el culo y las tetas mejor que yo no significa que todos los chicos se tiren a tus pies. No me esperaba esto de ti.

Quizás porque estaba enfadada o quizás porque había tenido bastante con verme y *comprobar* que lo que su novio decía podría ser verdad, no rompió en llanto, pero percibí los ojos llorosos de Yolanda. Le estaba doliendo decir eso tanto como a mí escucharlo. Yolanda era una chica muy sensible y confiada; sentirse traicionada por una amiga la había herido, la había hecho verse como una tonta por confiar en alguien que había acabado decepcionándola.

Estaba equivocada aunque ella no lo supiese, pero, de todos modos, me sorprendió ese odio repentino que sentía por mí. Por muy despechada que se sintiera yo había sido su amiga todo este tiempo, me hubiese gustado ver una pizca de compasión hacia mí aunque me negara el beneficio de la duda.

Y lo que ya sí que no entendía era cómo Jorge podía haberle dicho eso sabiendo que esa mentira podría conllevarle tanto sufrimiento.

Ese tipo era lo peor. Simplemente por salvar su pellejo iba a dejar que Yolanda pensara que la *otra* era yo, sin importarle cuán mal lo pasara.

—Nunca me he creído mejor que tú —le dije, conciliadora, para intentar serenarla y que me dejara hablar.

Era cierto que Yolanda estaba más delgada que yo y que eso hacía que tuviese menos curvas y menos pecho, pero de ahí a que yo me sintiera superior había un trecho. Porque además, yo no me consideraba la persona más guapa de la tierra.

—Todo lo que él te haya dicho es mentira, Yolanda —proseguí al ver que me escuchaba—. Jorge es un loco que trabaja con otros dementes asesinando gente.

Yolanda se quedó petrificada en el sitio. No se esperaba ese tipo de respuesta.

—¿Qué? —Su rostro se contorsionó hasta ser la misma personificación de la confusión y la incredulidad juntas.

—¡Es verdad!

—Creo que se te ha ido la cabeza —me dijo, casi con lástima.

—Nosotros sí que nos vamos. —Jorge arrastró a la pelirroja hasta su coche, con el triunfo destellando en sus labios. Había conseguido lo que quería; que su novia se pusiera en mi contra.

Cuando se esfumaron de mi vista, me solté de Michel y me volví hacia él, algo enfadada.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Tirarte a por Yolanda como una desesperada no servirá de nada. Es obvio que no te cree y, por si no lo has notado, Jorge lleva una pistola bajo el abrigo.

¿Una pistola? ¿Cómo había visto eso?

—¿Dónde? —pregunté con la boca abierta.

—En la cintura del pantalón, en el lado derecho. Debes estar más atenta, le asomaba la culata a través de la chaqueta.

¿Más atenta? Solo él podía haberse fijado en ese detalle, porque a Jorge no se le veía nada, estaba segura.

—Pues mejor me lo pones... —dije desviando la vista hacia el coche que se divisaba a lo lejos, donde iban el psicópata y mi amiga—. ¿Y ahora qué? Es capaz de hacerle cualquier cosa.

—Los seguiremos. ¡Corre!

Ambos nos subimos al coche, Michel arrancó y nos pusimos en marcha con la persecución.

No sabía cómo lo hacía el italiano, pero el tío sabía por dónde iba el coche de Jorge aun habiéndole dado unos minutos de ventaja para que no se dieran cuenta de que los estábamos siguiendo.

—¿Cómo sabes por dónde se han ido? —pregunté asustándome un poco por la velocidad a la que íbamos.

—He visto a Jorge marcharse por aquí muchas veces, pero siempre llegamos a un punto en que él se pierde, quizás sabe que lo estoy vigilando, no sé. Pero hoy con Yolanda dentro, tal vez tenga una oportunidad, no creo que haga nada raro estando ella presente, no creo que quiera delatarse.

—Vale. —Me agarré al asiento por el acelerón. ¿Tenía que conducir tan rápido? Lo hacía bien; esquivaba a los coches como un maestro, las bocinas le pitaban y a él le daba igual, pero esa velocidad daba miedo. El objetivo era tener más o menos cerca al coche rojo, que era el de Jorge, pero, si no acababa en la policía por mis allanamientos a casas ajenas, lo acabaría haciendo por el exceso de velocidad.

Jorge dejó a Yolanda al lado de un parque, donde estaba la parada de su autobús.

Nosotros los observamos de lejos; lo más cerca posible que podíamos para no ser descubiertos. Después, el príncipe de los psicópatas continuó solo por la siguiente calle a la derecha.

Delante de nuestro coche había como siete más de diferentes tamaños. Teníamos la esperanza de que ese loco no se perdiera por alguna callejuela estrecha mientras esquivábamos los vehículos.

No lo hizo; Jorge siguió conduciendo como si nada, a una distancia prudente de nosotros.

—Este sitio me suena de algo —comentó Michel pensativo.

—¿Es por aquí por dónde vas a tu casa? —A mí no me recordaba a nada.

—No, es por donde se va a la casa de Damián.

¿Damián? Aquello no pintaba nada bien. De hecho, un sentimiento de que esto no era buena idea empezó a formarse dentro de mí.

Cuando giramos una calle a la izquierda, nos encontramos en el lateral del bloque de pisos que habíamos asaltado hacía poco. La calle era estrecha y el coche de Jorge se encontraba en el otro extremo de esta, vacío.

De improviso, unos autos más aparecieron detrás de nosotros, acorralándonos. No podríamos dar vuelta atrás con el coche.

—¡Es una trampa! ¡Corre! —gritó Michel mientras se deshacía del cinturón de seguridad.

Lo seguí, bajamos del coche sin cerrar las puertas siquiera. No nos dio tiempo a llegar muy lejos. Otros dos tipos más nos taparon la salida junto con el coche de Jorge.

Todos tenían el mismo aspecto: iban vestidos con camisetas azules, pantalones negros y gafas de sol. Había tres hombres de mediana edad con el pelo grisáceo en distintos tonos, uno de ellos con barba. Y cuatro más, jóvenes, que no parecían nada débiles.

—Cuidado con el chico —advirtió Jorge apareciendo por detrás de su coche. Debía de haberse escondido y, además, sostenía el arma que Michel había visto en su mano—. Es fuerte.

—Y tú bien que lo sabes —le soltó el italiano con desprecio.

—¡Michel! —lo regañé.

No era el momento de ponerse gallito: ¡¡Jorge tenía un arma!! Y estaba segura de que sus amigos también.

Él no se inmutó. Observaba a Jorge como si lo fuese a aniquilar con la mirada. Pero, al menos, no dijo nada más.

—Me encantará meterte un tiro en la cabeza —le escupió Jorge a gritos—. Qué pena que el día que visitaste el piso de mi vecino Damián no pude. ¿No te preguntaste quién avisó a la policía de que alguien se había colado en el bloque? Tengo que mantener mi vecindario libre de chusma como tú.

Sí, claro. Michel era el delincuente en esa historia, y él un amable vecino que miraba por su comunidad. Hubiese puesto los ojos en blanco si no hubieran estado apuntándonos con un arma.

Me di cuenta de que acababa de admitir que él también vivía allí. Tenía lógica; el padre de Damián le había dejado a su hijo un piso y el padre de Jorge le habría dejado otro al suyo.

—No más disparos en la calle —ordenó el hombre de la barba gris—. No podemos cometer más errores como ese.

—Claro, papá —convino Jorge con él, agachando la cabeza.

¿Papá? A decir verdad, se parecía un poco al hombre que había visto en el periódico digital; el mismo que se estaba dando la mano con su socio, el padre de Damián. Pero habían pasado unos años de esa foto y estaba claro que no le habían sentado tan bien pese a lo que cabría esperar. Ese hombre era poderoso, pero estaba algo desmejorado. Debía ser el líder porque todos le hicieron caso cuando ordenó que nos fuéramos de allí, ya que, por muy vigilada que se mantuviera la zona, no era imposible que algún peatón los viese en plena acción.

Deseé eso mismo, que alguien llegara en ese momento para llamar a la policía y nos librara de aquellos locos.

Nos empujaron a punta de pistola hacia el coche que teníamos detrás. Y, como si el destino hubiese escuchado mi súplica, oí una voz amiga.

—¿Jorge? —Yolanda apareció por una de las esquinas de esa pequeña callejuela.

—¿Qué hace aquí? —preguntó el padre del aludido muy irritado—: Te advertí que la dejaras lejos de este lugar.

—No lo sé. Quizás los controladores no la hayan visto pasar.

—Pues se viene.

Yolanda no entendía nada, solo podía mirarnos a Michel y a mí por un lado y a su suegro y su novio por otro, en una visión extraña e inverosímil.

—Jorge, ¿qué es todo esto? —preguntó sin atreverse a dar un paso del sitio mientras veía a su novio con una pistola apuntándole la cabeza a Michel junto a las puertas de un coche negro.

—¡Yolanda, corre! —grité.

Pero no pudo porque uno de los chicos jóvenes, amigo de de la Fuente, la atrapó antes de que ni siquiera pudiese mover un pelo.

—Deja que ella venga en mi coche —pidió Jorge a su padre.

Pero este pasó de todo y ordenó con la cabeza al otro chico que la metiese en el suyo.

31

El secreto de la catedral

Michel y yo fuimos en el mismo vehículo, en los asientos de atrás, con uno de los otros chicos jóvenes presionando la sien de Michel. «Por si se atreve a huir», había dicho, ya que lo consideraban peligroso.

El italiano no estaba nervioso, o al menos, no lo parecía. Yo no decía ni pío, pero estaba muy pálida y, cada vez que veía el arma de alguno de los tipos, daba un respingo. Nunca me habían gustado esas cosas, incluso odiaba las películas del oeste precisamente por la violencia que derrochaban. Y ahora tenía miedo. Primero por él, porque era el que estaba amenazado con una pistola apuntando directamente a su cabeza; y luego por mí misma, porque sabía que esos tipos no se atenían a razones, que no llevara un arma presionándome la sien en ese momento, no quería decir que no la tuviera dentro de un rato.

No pude evitar revivir todas mis pesadillas. Me estaba imaginando a Jessica, que había muerto en la calle, maltratada y disparada como un animal de caza, y no podía dejar de verme a mí misma con ella en todas las escenas.

Me estaba mareando, mi pulso se había disparado y me empezaba a doler la cabeza.

El destino de ese trayecto acababa donde había empezado todo: en la catedral. Ese dichoso edificio había sido el artífice de todas mis pesadillas. Ojalá no me hubiese colado nunca por esa ventana, ojalá hubiese estado cerrada y no invitándome a entrar, ojalá me hubiese olvidado de todo, como me había aconsejado Michel en una ocasión.

Dos tipos enormes presidían la puerta trasera del templo. La abrieron en cuanto el padre de Jorge les dio la orden.

Los hombres con los que habíamos venido en el coche nos empujaron hacia dentro y, seguidamente, entraron ellos. Era la puerta que daba al lado de la ventanita, ahora cerrada, por la que había conseguido colarme la primera vez que había estado allí. Todo seguía como entonces; vallado y con ladrillos apiñados al pie de las paredes. Lo de la obra era un engaño, esos tipos estaban haciendo algo malo y en sus planes no debían de entrar un número de feligreses creyentes mirando.

Yolanda salió de otro coche, iba temblando. Jorge quería acercarse a ella, pero su padre no se lo permitía.

Yo observaba las cosas como si fuese ajena a todo, como si fuese una mera espectadora viendo una peli de cine. Mi cuerpo se movía por inercia y nada más. Michel seguía tranquilo, nada parecía alterarlo, pero estaba muy atento a todo, como si buscara algo.

Nos obligaron a bajar por una trampilla que se situaba en una de las esquinas de la sala donde yo había estado en mi anterior visita. Ya no estaban las túnicas de colores y los candelabros y las mesas parecían aún más aterradoras que cuando las había visto por primera vez. No pude evitar mirar hacia el umbral de la puerta y recordar a Jessica ensangrentada en el suelo.

La trampilla llevaba a un pasillo que estaba iluminado con antorchas. Era como si de un momento a otro hubiésemos viajado en el tiempo, a la época medieval. El suelo y las paredes eran de tipo rústico; oscuras como las de una cueva. Los pequeños fuegos, procedentes de unas antiguas lámparas de aceite, proyectaban sombras siniestras cuando alumbraban las figuras que decoraban los techos; criaturas deformadas, talladas en piedra con las bocas y las alas abiertas, preparadas para atacar. Eran un verdadero horror.

El pasillo conducía hasta un gran salón, en el cual había un altar con forma circular y con una horca enorme en su centro. En el extremo derecho había unos tubos de aluminio metálico que iban desde el techo del subsuelo donde estábamos hasta el suelo de la catedral, que ahora quedaba sobre nuestras cabezas. Detrás, se veían una especie de celdas pequeñas y en el otro extremo había toda clase de artilugios metálicos que no tenían muy buena pinta: unos eran puntiagudos, otros sierras con filos de dientes bien definidos. También había cuerdas de distintos grosores, un potro de castigo, camillas de madera con poleas que sostenían una especie de elásticos gruesos en los extremos y mil instrumentos más llenos de manchas marrones.

Las paredes eran de piedra pero no como las del pasillo, sino muy sólidas y lisas, hacían que la habitación quedara insonorizada, y de ellas colgaban algunas cadenas.

Todo se hallaba iluminado con tres candelabros de diez brazos cada uno. Además olía fatal, la única vía de respiración eran dos rendijas situadas en una de las paredes que daban al pie del suelo del templo. ¿¿Cómo podía estar aquello debajo de la catedral y nadie haberlo visto??

Ahogué un grito. El estómago se me estaba revolviendo, todas esas manchas que cubrían esos malditos artilugios indudablemente eran de sangre seca. Sentía que me iba a asfixiar con el calor nauseabundo que desprendía el lugar.

Un grupo de hombres y mujeres de distintas edades vestidos con hábitos de colores nos esperaban. Serían como unas veinte personas, todas con las manos unidas a modo de oración y mirando en nuestra dirección; tenían una pinta digna de un muerto viviente, y las sombras de los candelabros les daban un toque siniestro a su mirada.

Parecían lo que eran, unos locos.

Sentí un escalofrío que me recorrió de arriba abajo; tenía mucho miedo de lo que nos quisieran hacer.

—Hoy es un día grande, tenemos cinco pecadores —dijo uno de ellos, el ataviado con una sotana color burdeos, si no me fallaba la vista con esa iluminación.

—Cinco no, cuatro. Ella no cuenta. —Jorge señaló a Yolanda.

Hice un cálculo mental. No me costó mucho: Michel, Yolanda y yo. ¿Cómo que cinco? Éramos solo tres.

Algo se movió al fondo del salón putrefacto donde nos encontrábamos; una figura luchaba por soltarse de unas cuerdas que ataban sus manos dentro de una de las estancias protegidas por las barras de metal.

—Damián... —susurré.

Lo enfoqué bien, y me di cuenta de que estaba casi irreconocible. Tenía la cara amoratada, los labios hinchados y costras reseca de sangre por todo el cuerpo. Su camisa, la misma que tenía el día que habíamos estado en la cafetería, estaba rota y llena de manchas marrones. No se podía mover, estaba tirado en el suelo de la celda atado de pies y manos.

—¡Damián! —repetí, esa vez gritando, mientras salía corriendo hacia donde estaba él.

No había recorrido ni un cuarto de la superficie de ese antro cuando un tipo, corpulento y vestido con un hábito verde, sacó un arma y se interpuso en mi camino.

Paré en seco, e instintivamente, levanté las manos.

—Quieta, guapa —me dijo el tipo mientras su revólver quedaba a escasos centímetros de mi pecho.

Las piernas comenzaron a temblarme. Mi respiración se volvió dificultosa. Esperaba no desplomarme allí mismo.

—¡Eh! —gritó Michel preparándose para hacer un despliegue de puñetazos si hiciera falta.

—Yo que tú no lo haría, héroe —lo amenazó el hombre de verde girando el cartucho de balas, que seguía apuntándome—. A no ser que quieras ver sus sesos esparcidos sobre todos nosotros.

Michel tensó los puños. Le temblaban las manos de rabia, pero no quería dar un paso en falso, así que se contuvo.

—Eso está mejor. —El inquisidor sonrió malévolamente mientras me giraba en dirección opuesta a él, me cogía de un hombro y apuntaba hacia Michel con el arma.

—Sacad al primero —ordenó el padre de Jorge—. Vamos a acabar con esto de una vez. Hay demasiada gente y muy poco espacio. Esto ya no es seguro, dentro de poco tendremos que volver a movernos.

—Sí, la culpa es de este —dijo una mujer morena, vestida de azul marino, mientras arrastraba a un hombre que apenas se sostenía en pie.

Ni siquiera iba atado, supondrían que no era una amenaza porque el hombre no tenía fuerzas para huir, ya que apenas andaba. Iba de rodillas, tenía el rostro ennegrecido, su pelo y su barba se alborotaban en una gran maraña de nudos morenos y sucios. Su ropa estaba rota —en realidad solo tenía los pantalones, pero estos estaban muy rajados—. Su espalda dejaba ver por dónde iba cada una de sus costillas y además tenía marcas horribles en diferentes partes del cuerpo, restos de lo que alguna vez habían sido llagas sangrando.

Yolanda dio un grito cuando lo vio, se cubrió la boca y empezó a sollozar.

Y yo no pude evitar pensar con qué gente sin escrúpulos me había topado como para dejar a un hombre en ese estado. Intenté reprimir las lágrimas por la imagen, con mi amiga llorando ya era suficiente, a esa gente no le había gustado ni un pelo su reacción.

—¡Hijos de puta! —soltó Michel mientras tres tíos intentaban sostenerlo, les costaba lo suyo porque, como había dicho Jorge, era cierto que Michel era fuerte.

—Entonces... este es tu hijo, ¿eh, Fernando? —dijo la mujer morena, llena de soberbia, dedicándole una mirada de reproche al pobre hombre mientras le tiraba del pelo—. Teníamos sospechas de que alguien cercano a ti estaba buscándonos, pero no estábamos seguros; he de reconocer que nos lo ha puesto difícil. Aunque ahora él mismo ha venido hacia nosotros. No se puede decir que haya sido muy listo tu retoño —añadió con sorna.

«¿Su padre?», pensé contemplando a ese pobre ser humano que luchaba por respirar.

¡Eso era lo que tenían suyo!

¿Fernando había dicho? Era el mismo nombre del profesor de Historia Medieval al que Lola sustituía, y también de Filosofía, que ahora era impartida por Rafael González.

Abrí la boca por la sorpresa. ¿Era posible?, ¿el profesor y ese hombre eran la misma persona?

—Dejadlo ir... os... os diré lo que queráis... —dijo a trompicones el hombre, Fernando.

—¿Ahora vas a hablar? —bramó la mujer estampándole la cabeza contra el cemento—. Nunca lo has hecho y te aseguro que ya no lo harás.

Michel se removió entre los tres tipos que lo sujetaban, estaba sufriendo. Fernando había gritado por el impacto que había recibido su cara contra el suelo, y había sido un grito agónico más digno de un animal que de una persona.

Yolanda también gritaba, pero en medio del llanto, que se hacía eco en la habitación cerrada y cada vez más asfixiante. Y, tanto ella como yo, no estábamos preparadas para lo que la mujer de azul iba a decir a continuación:

—Ella primero. —Miró en su dirección mientras levantaba a Fernando del pelo—. Me está poniendo de los nervios.

—¡No! ¡Ella es mi novia! —gritó Jorge. Se dirigió al lado de Yolanda, pero dos de los hombres entrados en años que habían venido con nosotros en los coches lo detuvieron antes de que llegara a su posición.

—Ella conoce el secreto ahora. Debiste tener más cuidado. La culpa es tuya, deberías haberla controlado. Ahora debemos seguir las reglas. —El padre de Jorge giró la ruleta del revólver, lo estaba levantando hacia la cabeza de Yolanda cuando Jorge se soltó de los tipos que lo retenían.

Y todo lo que ocurrió a partir de entonces pasó a la velocidad del rayo: Jorge corrió hacia su padre y sujetó la pistola con las manos. Los inquisidores de los que se había zafado le habían dado alcance en dos segundos, e intentaban quitarle las manos del arma.

Y de repente... se escuchó un disparo.

Toda la estancia retumbó como si hubiese caído una bomba. Del techo cayeron casquetes de escayola grisácea. Algunas personas con túnica se dirigieron al instante hacia Jorge y su padre, incluido el que me sujetaba a mí, pero no los que tenían inmovilizado a Michel.

Una pistola, la de Jorge o su progenitor, sobrevoló por encima del lío de gente que rodeaba a los dos combatientes, cayendo a mis pies. Yo me había quedado petrificada en el sitio por el estruendoso sonido, y veía el arma como si fuese algo intocable para mí.

Cuando por fin se deshizo la masa de colores que habían rodeado a Yolanda y a los otros dos, esta elevó su voz sobre todo el jaleo.

—¡Jorge! —gritó mientras se agachaba para acunar la cabeza de su novio que daba espasmos en el suelo mientras del pecho le recorría un reguero de líquido rojo.

—¡Eres un imbécil! —dijo el padre de Jorge. Cogió a Yolanda del brazo y la levantó bruscamente, haciendo que dejara a su hijo sin ningún otro apoyo que el suelo—. No merece la pena romper las reglas por una chica. —Se dispuso a elevar su arma de nuevo para apuntar a Yolanda. ¡Le habían arrebatado el revólver a la persona equivocada!

Michel estaba intentando librarse de sus captores para intentar ayudarla, pero lo tenían bien sujeto. ¡Mierda!

Yolanda temblaba ahora tanto o más que Jorge sobre el suelo. Las lágrimas habían empezado a resbalarle por toda la cara hacía ya rato. Ví que cerraba los ojos, esperando el final...

Esa imagen cambió algo dentro de mí. Imaginé un mundo sin Yolanda.

«No, no, no», pensé. ¡No podía permitirlo!

Ví el arma a mis pies. Nadie me observaba; todos estaban pendientes de la escena que estaba teniendo lugar a unos metros de mi posición. Tendría unos segundos de ventaja antes de que me la quitaran de las manos. Eso era tiempo suficiente para disparar.

Nunca, jamás de los jamases, había cogido un arma. No sabía apuntar. Podría darle a cualquiera y eso implicaba a la persona que quería ayudar, pero no podía hacer otra cosa.

El verdugo de Yolanda giró el cartucho. Me apresuré a coger el revólver que yacía bajo mis pies —¡cómo pesaba!—, lo imité y también giré la ruleta.

Después apunté, cerré los ojos y... disparé.

El impulso del disparo hizo que diera un paso hacia atrás mientras apretaba aún más los párpados. La estancia había vuelto a retumbar, pero a diferencia de antes, el sonido se había extinguido. Solo podía oír el molesto *pi* interminable que había dejado el cañonazo tras salir de esa cosa mortífera que sostenía entre mis dedos. Los oídos me zumbaban y no se escuchaba nada.

Cuando levanté los párpados, lo que tenía delante parecían imágenes de cine mudo, con la diferencia de que todo lo que se movía parecía ir a cámara lenta, como si el tiempo se estuviese deteniendo. Las personas vestidas con sotanas corrían hacia su jefe. Incluso la mujer morena, que no había soltado al padre de Michel ni cuando Jorge había resultado herido, corría ahora a su lado.

Le había dado a de la Fuente. No sabía dónde pero le había dado.

—¿Qué has hecho, puta? —me increpó el hombre de verde, que estaba agachado junto al padre de Jorge con todos los demás.

Se levantó del suelo mientras alzaba el arma hacia mí a unos metros de distancia, allí desde donde otro lío de colores se había vuelto a formar alrededor de la figura de de la Fuente.

Michel, que con el revuelo de la gente había conseguido, por fin, soltarse de los tres gorilas, le metió una patada en las manos al tipo de verde, levantándolas hacia arriba y haciendo que el disparo dirigido a mi cabeza se desviara hacia el techo. Después le propinó un puñetazo y dejó al tipo K.O.

Sin previo aviso, un montón de personas irrumpieron en la sala desde el pasillo que la comunicaba con la trampa: policías.

—¡Todo el mundo quieto! —Escuché la voz de una mujer.

Me quedé a cuadros cuando la vi: ¡Lola! ¡Lola Hernández! ¡La profesora Lola Hernández! Aunque no vestía de uniforme sostenía un arma. ¿Qué hacía allí?

La gente empezó a moverse como loca. Los inquisidores querían huir por el pasillo, aunque no podían esquivar a los agentes, armados hasta los dientes.

Michel corrió hacia su padre, que seguía tirado en el suelo gimiendo de dolor. Yolanda intentó llegar hasta Jorge, que estaba siendo pisoteado por sus *colegas*. Su padre pedía ayuda por el dolor que sentía en el brazo izquierdo, del cual emanaba un hilo de sangre.

Todo eso estaba ocurriendo a mi alrededor, pero yo no me había movido ni un milímetro de mi sitio. Me había quedado completamente paralizada. Las voces que escuché cuando el sentido auditivo volvió a mis oídos parecían provenir de la lejanía. Ya no estaba segura de nada; la sangre de mi cabeza bombeaba deprisa sobre mis sienes, junto con el pulso acelerado por los latidos de mi corazón desbocado.

¡Me iba a estallar la cabeza!

Y, para colmo, sentía las náuseas que se estaban produciendo en mi estómago, ya de por sí revuelto.

Una mano posó sus dedos sobre el arma que todavía sostenía en mi poder.

—Dame eso —me apremió una voz que parecía lejana. Cuando giré la cabeza para ver de quién se trataba, comprobé que era Michel. Estaba intentando despegar mis rígidos dedos de esa cosa infernal, porque aún mantenían presionado el gatillo, y al parecer no tenían intención de moverse.

¡Menos mal que la pistola no era automática!

Al final consiguió su objetivo. Cogió el arma con una mano y la guardó en la cinturilla de su pantalón. Después pasó su brazo por detrás de mis hombros y me instó a caminar hacia el pasillo siniestro, el mismo que nos había traído y el que nos sacaría de allí.

¿Dónde estaba su padre? Quizás alguien se hubiese encargado de él ya; la verdad es que no tenía cabeza para pensar en eso.

32

Caso resuelto

—Ten. —Michel hizo que abriera los ojos.

Me encontraba sentada en uno de los bloques de cemento en la entrada trasera de la gran catedral, con la cabeza apoyada en la pared; aún me daba vueltas.

—¿Qué es eso? —pregunté mirando el vaso blanco de plástico que él me ofrecía.

—Azúcar —contestó—. Para reponer fuerzas, estás muy pálida.

Eché un ojo al contenido del vaso: era un refresco de cola.

—Me encuentro mucho mejor, pero gracias de todos modos —repuse sin cogerlo.

—Delia, has vomitado hasta la primera papilla hace un rato, y el chico de la ambulancia dice que tienes la tensión por los suelos. Así que o lo tomas o yo haré que lo tomes.

Cogí el vaso a regañadientes. No me apetecía tomar nada, a saber si no vomitaba eso también, pero él estaba tan autoritario que quién le iba a decir que no.

—Vale. Pero no me recuerdes que me he dejado el estómago en ese callejón nunca más. Es demasiado vergonzoso. —Me ruboricé un poco, debía de haber sido ridículo; ¡él me había tenido que sostener el pelo! ¿Podía haber sido más humillante?

Mi estómago no había aguantado más, y las preguntas que Lola quería hacerme habían tenido que esperar. Después de formularlas, Lola me había felicitado por mi rápida actuación.

Resulta que Lola lo sabía todo: había tomado el lugar del profesor desaparecido para poder investigar a la gente de la secta que funcionaba desde la universidad. Llevaba en el caso mucho tiempo; desde que habían empezado a desaparecer vagabundos y prostitutas misteriosamente, sin contar las chicas que vivían solas —aparte de Jessica había habido más—. Había estado pendiente de mí desde que me había visto rondar por la catedral aquella noche lluviosa. También había sido quien había denunciado la desaparición de Damián. Aunque según me dijo, Jorge y los demás debían haber creído que había sido yo, y por eso me habían hecho esa bonita visita a casa.

Me pidió disculpas por no desvincularme hasta esa misma mañana del caso. Y me confesó que me había propuesto que me marchara por eso mismo; para que estuviera más segura. La policía no había podido actuar antes porque no había pruebas suficientes y siempre que habían entrado en la catedral nunca habían visto nada fuera de lo normal.

Cuando Michel y yo habíamos salido de la universidad persiguiendo a Jorge y Yolanda, Lola nos había visto y había avisado a los suyos. Entretanto, había descubierto que en la biblioteca de la universidad había un pasadizo secreto que se conectaba con la catedral; deducimos que era el que habían usado para huir después de asustarme a mí.

A los policías les había costado librarse de los guardias de la entrada y además, encontrar la dichosa trampilla que conducía al subsuelo del edificio. Los disparos les habían dado la pista.

—Lo has hecho genial —me felicitó Michel con una sonrisa.

Agaché la cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupado.

—No me siento bien en absoluto con lo que he hecho. Podría haber matado a ese hombre, no solo herirlo. También podría haberos matado a Yolanda o a ti. —Dejé el vaso en el suelo y me cubrí la frente con las manos.

Él se agachó a mi lado.

—Pero no lo hiciste —replicó quitándose las manos del rostro, haciendo que lo mirara—. Tranquila, todo está bien. No has matado a ese tío, que por otro lado... creo que lo hubiese tenido bien merecido. —Tensó la mandíbula, recordándolo.

El odio que Michel sentía por esa gente seguía patente en él aun sabiendo que todo había acabado. No me extrañaba, habían tenido retenido a su padre en condiciones pésimas durante un año. Pero yo no quería sentirme orgullosa por haber disparado a un hombre. Por mucho que se lo mereciera. Por muy pocas opciones que hubiese tenido.

Desvié mi mirada de la suya.

—¡No digas eso! —exclamé, perturbada ante la imagen. Me estaban entrando ganas de llorar otra vez. Si lo hubiese matado, ahora mismo sería una asesina como ellos.

De hecho, no se me olvidaba que podría haber ayudado también a esa chica si hubiese hablado con los amigos de Lola antes. Le había explicado mi situación y la de Damián, y todo lo de las amenazas. Me había dicho que lo entendía, pero aun así me había regañado por ser una «irresponsable» y haberme jugado la vida escondiendo a los inquisidores. Y bueno, aunque no lo pareciera, fue una conversación muy densa, en la que no pude dejar de llorar por Jessica Staud. Además, la idea de ser un sicario me aterraba con solo pensarla. No quería volver a tocar un arma nunca más en mi vida; eran peligrosas e hirientes y, además, te dejaban sordo.

Michel suspiró, no estaba de acuerdo con lo que había dicho, pero no me discutió.

—Vale. No te preocupes, piensa que todo ha acabado, que Yolanda está sana y salva. —Levantó mi barbilla con un dedo y me obligó a mirarlo de nuevo—. Y yo también —añadió dedicándome una cálida sonrisa.

El chico estaba muy contento desde que había salido de la catedral. Su padre estaba muy malherido; es más, era un milagro que hubiese aguantado subsistiendo un año entero con esa gente, pero lo importante para él era que seguía vivo. Su recuperación no sería nada rápida, pero al menos sería, que ya era algo. Michel había esperado no encontrarlo nunca y casi no podía creer que lo hubiese hecho. Lo habían mantenido oculto en zulos de otras iglesias más pequeñas de la ciudad, en los que apenas lo habían alimentado.

La razón por la que esos tipos habían trasladado su *sede* a la catedral había sido porque el padre de Michel estaba detrás de la pista del grupo e iba a desmantelarlo todo. Antes de que lo hiciera, y pudiese delatarlos a la policía, esos locos habían optado por secuestrarlo y sacarle información. Como no lo habían conseguido y no sabían los datos que podía tener la policía sobre ellos, por prevención, se habían movido a la catedral. Ese era un lugar seguro en el que la policía, si no tenía los datos suficientes, no buscaría por las buenas. Y amenazando a algún eclesiástico, no había habido problema en mantenerla cerrada unos meses para sus fines.

El sitio era perfecto, en su momento había sido un refugio para la guerra y todo lo que necesitaban para «hacer justicia» cabía perfectamente en la superficie de su subsuelo.

Habían intentado de todo para sacarle información a Fernando —y a la vez no matarlo—, pero este siempre se había mantenido en sus trece y nunca les había soltado prenda. De ahí que lo hubiesen mantenido con vida tanto tiempo.

Las ambulancias habían tardado en llegar un buen rato. Yolanda ya se había marchado con Jorge en una de ellas: había perdido mucha sangre. La bala le había dado en un sitio delicado y necesitaba hospitalización urgente. Lola se iba a encargar de su padre, de la Fuente. Así que también estaba ya lista para partir en otra de las ambulancias con el jefe de los psicópatas mientras que el resto de los agentes cargaba a los demás inquisidores en un furgón policial.

El padre de Michel se encontraba en una tercera ambulancia. El enfermero que lo había atendido le hizo señas al italiano para que los acompañara, ya se iban.

Michel nos miró alternativamente al chico y a mí.

—No seas tonto, ve con tu padre. Yo me bebo esto y me voy enseguida.

—No quiero dejarte sola. No estás bien y tu pie sigue mal, no creas que no me he dado cuenta.

«Por supuesto, ¿de qué no te ibas a dar cuenta tú?», pensé mientras sonreía.

Era todo un detalle que se preocupara por esa tontería con todo lo que tenía encima. Quizás se sintiera culpable, después de todo, si no andaba bien, en parte, era por su culpa, aunque ya no estaba enfadada por *ese* pequeño incidente.

Reparé en la cuarta ambulancia. Damián, al que todavía seguían poniendo vendas en distintos sitios del cuerpo, estaba solo, sentado en una camilla, esperando a que lo subieran al vehículo para llevarlo al hospital.

Después de todo, había sido la víctima *mejor* parada. No había recibido disparos y los dementes aún no le habían aplicado sus métodos más potentes de castigo. Sí, estaba herido y le dolía mucho, pero sería el primero en salir del hospital.

—Mi pie está bien, ya no me duele tanto. Además, apenas estoy mareada y no voy a estar sola, me voy con él —dije mirando a mi amigo, y de paso, quitándole importancia a mi estado de salud.

Era verdad que ya no me encontraba tan mal; estaba sudada, cansada y somnolienta. No era mi mejor día, eso estaba claro. Y también deseaba desesperadamente que todo ese jaleo se acabara ya de una vez, pero esa no era razón para dejar a Michel preocupado, él debía atender asuntos más importantes.

Michel también miró a Damián. Por un segundo, tensó la mandíbula, pero se relajó al instante y volvió a poner los ojos en mí, suspirando.

—Está bien, te veo en el hospital. Si hay algún tipo de problema llámame al móvil, ¿de acuerdo? —enfaticó la pregunta mientras señalaba mi teléfono, celosamente guardado en el bolsillo de mi vaquero. Él mismo había apuntado su número y me lo había colocado ahí por precaución.

Por supuesto, la insistencia de que lo llamara era por Damián. Aunque quedaba claro que no pertenecía a la secta y era una víctima más. Michel no estaba muy confiado ya que su padre pertenecía al gremio.

Dije que sí con la cabeza.

—Y bébete eso. —Señaló con el dedo al vaso de plástico, que seguía en el suelo, mientras se dirigía hacia la ambulancia con su padre.

Me levanté del bloque de cemento y me acerqué a Damián —también me llevé conmigo el estúpido vaso—; no sabía qué decirle.

—Sé que es una tontería pero... —dije, poniéndome a su lado en la camilla—, ¿cómo te encuentras?

—Bueno, al menos no he vomitado. —Mi amigo sonrió, y a ese gesto le siguió una mueca de dolor. Tenía toda la cara morada, hasta sonreír debía de costarle, mucho más hablar.

—Sí... creo que todo el mundo me ha visto. —Hice una mueca ante el recuerdo. Tras una pausa seguí—: ¿Has... has... llamado a tus... —en realidad no podía decir «padres», ya que por uno de ellos estaba en esa situación—... a tu madre?

—Sí. Ella vendrá lo antes posible. Está en Portugal de viaje, así que llegará en su avión privado en cuanto pueda. —En su rostro se reflejó la tristeza—. Mi padre se piró antes de que llegárais vosotros, supongo que no quería verme morir.

¡Maldito de Castro!, ¿cómo podía haber dejado que trataran así a su hijo? Y ¿qué podía decirle a eso?

—Lo siento, de verdad. —No se me ocurría otra cosa y me sentía fatal por ello, con lo bien que se había portado él conmigo.

Me vino un *flash* y pensé en sus palabras anteriores, ¿había dicho que su madre tenía un... avión privado? ¡Joder! Estaban forrados.

Entonces pensé en su padre y el pánico me invadió de nuevo. ¡Uno de ellos había escapado! Y no tendría problemas en encontrarme y saber que había sido yo la desencadenante de que su grupo de inquisidores se hubiese ido al traste.

¿Y si faltaban más miembros? No había caído en eso.

—¿Eh? ¿Qué te ocurre? Te has puesto blanca.

—Damián, si tu padre no estaba ahí dentro, otros también pueden estar libres ¡nos van a buscar!

—Lo dudo mucho. Puedes dar a mi padre por detenido, Lola me ha dicho que acaban de llegar a su casa. Y todos los demás miembros, si no lo están, caerán pronto. Ellos no se han podido poner en contacto con el resto para contarles todo esto. El padre de Jorge tenía todos los documentos en su casa y no tuvo cuidado de no decírmelo... Y yo también conseguí reunir unas cuantas cosas. Desde que hablamos de todo esto, me he dedicado a conseguir información, aunque no ha salido todo lo bien que yo hubiese querido... —Hizo una mueca de disgusto, que también le dolió.

—Debería castigarte como a un niño pequeño, si no tuvieses toda esa cara morada, te juro que yo misma te daría una torta —le dije refunfuñando.

Sonrió.

—Creo que sería justo por tu parte, pero prefiero pasar, gracias.

Suspiré y me centré en lo que me había dicho de su padre; si lo habían cogido, era un alivio, pero no me quedaría tranquila hasta que no me notificaran que todos ellos estaban entre rejas.

—No entiendo, ¿por qué te han hecho esto Damián?

—Mi padre nunca me había hablado de este... grupo —le costó llamarlos así, para él serían asesinos sin más—. Él siempre ha estado viajando y no se puede decir que haya estado muy pendiente de mí. Mi madre se separó de él por eso. Apenas estuvo conmigo en mi infancia y mucho menos ahora que estoy en la universidad. Pero bueno, es mi padre, no quería dejar de tener

contacto con él y, además, me apoya económicamente, no puedo serle desagradecido cuando me pide algo.

»Hace poco me dijo que era la hora de devolverle el favor, que era su único hijo y que debía seguir con el legado que me había tocado. Entonces me habló de *ellos*. Por supuesto, pensé que estaba de broma y le dije que sí, que encantado de pertenecer a su banda medievalista. Pero cuando hablé contigo, empecé a atar cabos y me di cuenta de que hablabais de lo mismo.

»Me negué en rotundo, y fui a exigirle que parara de hacer lo que estuviese haciendo, si no, yo mismo iría a la policía. Encontré unos documentos en su casa y me fui con ellos dispuesto a entregarlos. Pero... no pude, él era mi padre y quería intentar que entrara en razón.

»Echándole un ojo a esos archivos que le había robado, descubrí que no solo mi padre estaba metido en esto, sino que el de Jorge también. Quería decírtelo el día que estuvimos en la cafetería pero... Bueno, delante de todos no podía y luego desapareciste. Pensaba que Jorge estaba en mi situación, que odiaba todo en lo que nuestros padres estaban metidos, así que lo llamé para hablar después de que se fuera con Yolanda. Sin embargo, cuando llegó a mi casa, no vino muy predisuesto a ello.

—Pero yo fui a tu casa y la cerradura no estaba forzada, ni siquiera parecía que hubiese habido alguna pelea.

—¿Viniste? —Se extrañó, y a la vez, se alegró. Lo deduje por la sonrisita que asomó en sus labios mientras me miraba.

Asentí respondiendo a la pregunta.

—Al no encontrarte por la universidad ni contestar a mis llamadas... estaba preocupada.

—Después de que no volvieras a aparecer por la cafetería, te fui a buscar a los baños. Te estuve buscando un buen rato por la universidad, pero como no te encontré, y tu móvil estaba apagado, me fui. Iba a ir a tu casa, pero cuando salía de la universidad mi padre me llamó. Me dijo que tenía que verme. —Calló unos segundos, como recordando—. Estaba preocupado, no sabía qué quería y su tono de voz era muy raro, así que fui corriendo. Volvimos a discutir sobre esto, porque lo único que le importaba era que aceptara esa estúpida oferta para pertenecer a *su* otra familia.

»Me marché a casa, le escribí a Jorge para quedar, y después tocaron a la puerta. La abrí y él y unos cuantos más se abalanzaron sobre mí, ni siquiera me dieron una oportunidad. Tampoco tuve muchas opciones para defenderme, me inyectaron algún tipo de tranquilizante.

Eso lo explicaba todo; con razón no había habido indicios de forcejeos cuando Michel y yo habíamos ido a su piso.

Suspiré llena de pesar; ojalá hubiésemos tenido alguna pista de su paradero antes.

La verdad era que el chico se estaba portando, llevaba las cosas muy bien. Ese temperamento sereno que tenía no se iba de ninguna manera. Ahí estaba él, herido y traicionado por su padre, y en lugar de estar echando pestes sobre él, hablaba con respeto de su persona. No los llamaba lunáticos ni nada de eso, cosa que, probablemente, yo hubiese repetido mil veces.

No le gustaban, eso estaba claro, pero tampoco los ponía a parir como Michel. Era sorprendente cómo había dejado todo en manos de la justicia, o quizás, en esos momentos, se encontraba demasiado cansado para luchar y empezar a poner demandas.

A mí me dio mucha pena. A pesar de toda esa serenidad que quería aparentar, sabía que mi amigo estaba sufriendo. Sus ojos estaban tristes, no lloraban pero no tenían brillo alguno. Se

encontraban inexpresivos y consumidos por la pena de la traición. Como bien había dicho, su padre no había estado muy pendiente de él, pero aun así él lo había querido como tal, hasta el punto de tratar de mantener una relación lo más estrecha posible. Y, conociéndolo, era imposible pensar que lo hubiese intentado simplemente porque le diese dinero para vivir a gusto, aprovechándose de la fortuna de su padre.

—Lo siento mucho —volví a repetir llena de compasión, mientras le daba un abrazo y él gemía de dolor por nuestro contacto—. ¡Lo siento, lo siento! Perdóname —me apresuré a disculparme de nuevo.

—No te preocupes, que estés aquí calma mi dolor, aunque a simple vista no lo parezca —dijo mientras se abrazaba el costado e intentaba componer una sonrisa.

Yo se la devolví, un poco nerviosa. Debía tener una conversación con él al respecto de *ese* tema que llevaba tanto tiempo posponiéndose. Ya sabía que Damián buscaba algo más de lo que yo podía darle y era hora de acabar con ello. Aunque no era el momento ni el lugar, así que tendría que esperar un poco más.

—Oye, ¿qué hay de tu estómago?, ¿estás mejor?

Me levanté la camiseta. Mi piel ya tenía un color más normal, aún se notaba el cardenal, pero ahora era más rosado que morado.

—Muchísimo mejor.

Damián respiró aliviado; no me podía creer que se preocupara tanto por mí estando en esa situación.

—Ahora eres tú el que tiene que ponerse bien. —Le cogí la mano y le dediqué una dulce sonrisa. Me tocaba hacer de ángel.

Él me dio un cariñoso apretón.

—¿Vas a ser mi enfermera?

Reí.

—Mejor que eso: voy a ser la pesada que te traiga los deberes todos los días.

Damián soltó una carcajada; aunque después tosió un poco y el enfermero me apartó un de él para inspeccionarlo. Preparó la camilla y la subió en la ambulancia. Yo también subí, hasta que su madre no hiciera acto de presencia, no me separaría de él.

33

Confesiones

Michel llamó a la puerta de la habitación de Damián. Yo no lo había visto desde que había llegado con él al hospital, pero suponía que estaba muy ocupado con su padre.

—Hola —saludó—, ¿puedo pasar?

Damián enarcó una ceja. Ellos no eran amigos, por lo tanto, se estaba preguntando lo mismo que yo: ¿qué estaba haciendo Michel allí? Quizás quisiese preguntar por su salud, al fin y al cabo, su padre y él habían estado en la misma situación.

—Sí, claro —respondió mi amigo con voz tranquila.

Yo estaba a su lado, mientras le arreglaba las sábanas de aquella cama que no tenía pinta de ser demasiado cómoda. No me había separado de él en todo el tiempo, su madre tardaría aún unas horas en llegar desde Lisboa porque su avión había tenido una avería, y al parecer, el resto de su familia no vivía cerca o se habían desentendido después del escándalo provocado por de Castro.

Con Jorge había pasado más o menos igual, su madre no estaba en España, sino en Francia, viviendo una escapadita al país vecino con unas amigas. En la catedral habíamos estado rodeados de mirones mientras las ambulancias atendían a los heridos en la puerta. No sabíamos por boca de quién, pero la tía de Jorge había sido avisada de que su sobrino «se encontraba herido porque había estado involucrado con una banda de locos que se habían metido en la catedral» y no se había dignado a venir, por lo que Yolanda se había proclamado como su única acompañante.

—¿Cómo está tu padre? —se apresuró a preguntar mi amigo.

—Bueno, ingresado. Se recuperará. Aunque falta para eso; creo que se quedará un tiempo por aquí. —Michel suspiró, pero no había dolor en ese gesto, sino alivio—. Damián —continuó diciendo mientras sacaba una carpeta de detrás de su espalda—. Esto... es tuyo.

Yo conocía esa carpeta de primera mano; era la que le había cogido Michel del escritorio cuando habíamos entrado por la ventana de su piso.

Damián se quedó perplejo.

—¿Por qué la tienes tú?

—Lo siento, pero no sabía si eras uno de ellos y tenía que comprobarlo. Así que la cogí *prestada* de tu casa —confesó mientras se la tendía—. Después de ver estos papeles no tuve dudas de que eras uno de ellos. Me equivoqué, te pido disculpas por eso. No sabía si entregársela a Lola o no, pero creo que eres tú el que debe tomar esa decisión.

Me mordí el labio mientras empezaba a ponerme nerviosa, esperaba que Damián no se enfadara mucho, si era posible. En realidad, no estaba bien robarle las cosas, y mucho menos

acusarlo de algo que no era, como un delincuente psicópata. Yo siempre había sabido que él no tenía nada que ver con los secuaces de su padre, pero esa explicación no valía en mi defensa si de todas formas había entrado en su casa al igual que Michel. Era todo un detalle que este no me hubiese mencionado y cargara con esa culpa solo, pero no lo iba a permitir.

Damián se quejó por el dolor cuando estiró el brazo para coger la carpeta y más aún cuando intentó dejarla en la mesita que tenía al lado.

—Perdona —se disculpó Michel mientras lo ayudaba.

—Vale. Entonces... gracias por devolvérmela, supongo.

Me había preparado para el rapapolvo que le iba a caer encima a Michel, el mismo que esperaba tragarme yo también, pero... no llegó. Damián ni siquiera parecía alterado lo más mínimo después de que el italiano le hubiera confesado su robo.

Vale, me estaba preguntando si de verdad no le habían tocado el cerebro esos tipos con alguna de sus palizas. Michel le acababa de decir que había entrado en su casa a hurtadillas y que se había llevado una carpeta que podría haber tenido documentos personales importantes. Y, además, lo había acusado de ser uno de los miembros sectarios de la catedral. ¿Cómo era posible que lo asimilara tan bien?

Carraspeé antes de hablar:

—Michel no es el único que entró en tu casa. Cuando te he dicho que fui a buscarte después de desaparecer, quería decir que entré por la ventana. —Si Damián se molestaba, que lo hiciera con los dos; no podía dejar que Michel pagara por mí también.

—¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba, sobre todo porque ninguna ventana tiene escaleras que lleguen desde el patio vecinal —bromeó.

Sí, lo recordaba bastante bien. ¡Maldita cornisa minúscula!

Pero, ¿cómo podía bromear Damián sobre esto?

—No estás... ¿enfadado? —pregunté con algo de miedo.

—No. Él tiene razón, podría haber sido uno de ellos. De hecho, me toca por herencia serlo —respondió tranquilamente.

—Entonces me alegra que no vayas a denunciarme por eso —reconoció Michel, creo que bromeando también.

Damián asintió con una sonrisa.

—Podéis estar tranquilos, los dos —agregó mirándome a mí, que temblaba como una hoja.

¿Quién lo diría? Al final se iban a llevar bien y todo.

—Si me disculpáis, voy a llamar a Italia, no he podido hacerlo antes. Creo que mi madre apreciará saber que después de un año sin noticias mías sigo vivo. —Hizo una mueca al sacar el móvil de su bolsillo—. Estoy deseando que me bombardee a preguntas y me cante las cuarenta. —Suspiró, sabía que la que se le venía encima iba a ser gorda. Era raro ver que le tenía miedo a alguien, estaba tan acostumbrada a que él no le diese explicaciones a nadie, que no lo había imaginado nunca en ese papel.

Un segundo, ¿había dicho un año sin contactar con su familia? No podía ser cierto. ¡Venga ya!

—Estás de coña, ¿verdad? —inquirí con los ojos abiertos como platos.

Él se encogió de hombros mientras empezaba a pulsar las teclas del móvil.

—No podía dejar que nadie siguiera mi rastro, si hubiese hecho llamadas o me hubiese comunicado por internet y después me hubiesen cogido, mi familia hubiese estado en peligro. No

tuve más remedio que ocultar dónde me encontraba —explicó mientras cruzaba la puerta de la habitación y se marchaba.

¡Era increíble! Y después de soltar eso, ¡se iba tan campante!

Aunque era obvio que algo había cambiado en él, estaba... contento. ¡Cualquiera diría que llevaba esperando esa regañina de su madre con impaciencia! Por mucho que temiera lo que le pudiese decir ella, estaba claro que le podían las ganas de volver a verla.

Miré a Damián, aún sorprendida por las palabras de Michel, y descubrí que él me estaba mirando a mí, con esa carita tierna y dulce —y amoratada— que tenía. Eso me recordó que había un tema pendiente del que tenía que hablarle, pero antes de que pudiese abrir la boca, Damián se adelantó.

—¿Cuándo se lo vas a decir?

No entendí la pregunta.

—¿Decirle qué a quién?

—Es obvio que te mueres por los huesitos del chico italiano —dijo intentando curvar sus labios para sonreír. Seguidamente, agachó la cabeza.

—Yo no... Eso no es cierto, Damián —intenté sonar lo más segura posible, pero no tuve mucho éxito.

—No me mientas. Estoy intentando hacer todo lo posible por convencerme de que lo que yo quiero nunca va a suceder entre nosotros. Y se me hace más difícil si me engañas; me hago falsas ilusiones —dijo aún con la cabeza baja.

Me sentí fatal; yo no quería hacerle daño. Nunca había querido que las cosas resultaran así. Él se había portado genial conmigo y yo le tenía mucho cariño. No quería que sufriera por algo que ni siquiera había empezado entre nosotros.

—Siento mucho si te di falsas esperanzas, nunca fue mi intención —dije a punto de salir corriendo de la habitación, muerta de vergüenza.

Debería haber hablado con él mucho antes. No debía haber dejado que se creara expectativas sobre nosotros. Aunque pensaba que lo había dejado claro desde el principio, pues lo había tratado como un amigo normal, sabía lo que sentía por mí y yo le había restado importancia, y eso tampoco había sido justo para él. Había sido una egoísta y no me merecía el aprecio que Damián me demostraba por nada del mundo.

Me preparé para irme. Sabía que él estaba herido y no podía verlo así por mi culpa.

Estaba a punto de salir por la puerta por donde se había marchado Michel minutos antes, cuando Damián me apeló:

—No te vayas —me detuvo, viendo mis intenciones—. La culpa no es tuya, es mía. Yo he sabido siempre que solo quieres ser mi amiga y nada más. Pero nunca pierdo la esperanza hasta agotar las posibilidades; qué le vamos a hacer, soy insistente. Aunque me gustaría mucho, que como mi amiga, te quedarás un rato más conmigo, si no te importa.

Me volví hacia él, pensando que, si lo veía de nuevo triste, comenzaría a llorar sin poder evitarlo. Pero cuando me encontré con su rostro él sonreía enmarcando sus bonitos hoyuelos. No estaba contento de verdad, aunque tampoco triste, parecía que hubiese aceptado el hecho de un no-futuro para nosotros muy bien, como lo hacía con todo lo demás.

—¿Estás seguro de que quieres verme aquí?

—Te mentiría si te dijera que no me dan celos cuando veo cómo lo miras, pero es algo que tendré que superar. Prefiero tenerte como amiga antes que no tenerte como nada —afirmó solemne.

Si seguía diciéndome cosas así, al final, ¡acabaría encharcando el suelo con mis lágrimas! Damián era pura ternura y bondad; la chica que estuviese con él en un futuro se encontraría en el paraíso estando a su lado. Era una pena que yo no lo hubiese aceptado como tal, pero no podía evadir la realidad: estaba enamorada de un *ragazzo* del que ni siquiera había averiguado si sentía algo por mí aparte de verdadera pena.

Realmente no tenía la certeza de que Michel estuviera interesado en buscar chicas en un sentido estrictamente romántico, y mucho menos si estaría interesado en mí. Desde un tiempo hasta ahora nos habíamos llevado mejor, y sí, me había besado, pero para sacarme de mis casillas. Por otro lado, claro que se había jugado el pellejo por mí, pero pensaba que lo hubiera hecho igual por otra persona estando en mi misma situación. Emití un suspiro; el triángulo que me traía con esos dos era un asco. Desde luego el Dios del amor había lanzado las flechas mirando por su ojo vago. ¡No había acertado ni una!

—Vale, me quedo, pero espero que no digas nada delante de él de todo esto. No creo que ni siquiera me mire como tú lo haces. Y, menos aún que esté interesado en mí.

—Yo no estaría tan seguro de eso, pero en todo caso, ese chico sería un imbécil.

Elevé los labios por su comentario. Damián siempre me hacía sentir mejor, incluso en medio de ese caos de sentimientos me estaba intentando animar, ¡él a mí! Cuando debería ser al revés. ¡En qué estaría pensando!

34

Yolanda

Yolanda se encontraba sentada en una de las sillas de la sala de espera del hospital.

—¿Una tila? —le ofrecí mientras me acercaba a la máquina expendedora, que estaba situada a su lado.

Parecía acabar de percibir que había movimiento a su alrededor. Estaba pálida y con los ojos más rojos que su jersey. Dijo que no con un movimiento de cabeza.

—¿Cómo está él? —inquirí después de coger el vaso de plástico lleno de tila y sentarme a su lado.

Yolanda me miró como si no creyera lo que había escuchado. Supuse que ella pensaba que después de que su novio intentara matarme no le dirigiría la palabra y, mucho menos, me preocuparía por su estado de salud.

A decir verdad, no tenía ganas de encontrármelo. El solo hecho de recordar lo que había pasado hacía tan solo unas horas me volvía a poner los pelos de punta, pero eso no significaba que no estuviese preocupada por Yolanda, y en esos momentos mi amiga estaba sufriendo por él. Así que no podía obviarlo como si nada.

—Lo están tratando. La bala le ha dado en no sé qué sitio delicado cerca del corazón y no salen desde hace un buen rato. Su madre ha llegado hace poco y ha ido a llamar por teléfono para poder trasladarlo a un hospital privado —explicó casi inexpresiva.

—¿Y tus padres? ¿Les has avisado de todo esto?

Por la cara que puso parecía que la hubiese abofeteado en vez de haberle hecho una pregunta.

—Ellos no quieren saber nada del tema. Dicen que cómo soy capaz de quedarme a su lado después de descubrir que es un asesino sin escrúpulos y que yo podía haber sido la chica que murió hace poco. —Paró unos segundos de hablar mientras cogía aire, cansada—. Les he dicho que Jorge nunca hubiese dejado que me pasara nada. Y ellos dicen que estoy ciega y no se explican que después de llevar un año con él siga viva. Dan gracias al cielo por ello, pero aseguran que estoy loca si pienso que si Jorge sale de esta voy a seguir estando con él. Y, bueno, un montón de cosas más.

No podía creer lo crueles que habían sido con ella. Vale, tenían sus razones para pensar que Jorge no era la mejor compañía. Incluso entendía que pudieran tener sus reservas en cuanto a por qué ella estaba en ese momento en el hospital aun habiendo estado a punto de morir por su causa, o más bien, por la de su padre, aunque para los progenitores de Yolanda sería lo mismo, pero no

deberían de haberle dado la espalda de esa manera y, mucho menos, dejarla sola después de haber vivido lo que había vivido hacía unas horas.

—Tú lo viste —dijo poniendo sus apenadas pupilas en mí. Su rostro reflejaba un dolor indescriptible. Bajo la luz azulona del techo, sus ojos color miel brillaban junto con restos de lo que hacía poco habían sido lágrimas—. Él nunca quiso hacerme daño, él me quiere. Lo sé.

No podía responder. El nudo que tenía en la garganta no me dejaba hablar. Sí, la había protegido y pensaba que Jorge la quería, pero yo, al igual que sus padres, también había querido alejarla de él por si la lastimaba.

Yolanda suspiró mientras agachaba la cabeza y redoblaba el pañuelo que tenía entre las manos.

—Comprendo que no estés de acuerdo después de todo lo ocurrido. No te preocupes.

—No, tú tienes razón —reconocí—. Yo también le estoy muy agradecida. De no haber sido por él, quizás no estaría hablando contigo ahora mismo.

Por el gesto que puso Yolanda, me daba la sensación de que de buena gana ella se hubiese cambiado por Jorge.

La verdad, le tenía que dar la razón. No acababa de fiarme de Jorge, pero nunca le había visto hacerle un solo gesto malo a Yolanda. Le había aconsejado mantenerse alejada del Barrio Marier, la recogía y la llevaba a todos lados, no la había involucrado en ningún asunto ni siquiera indirectamente. ¡Si hasta se había llevado un tiro por ella! Lo único que podía reprocharle era la mentira que le había dicho sobre mí. También era cierto que en un principio yo había pensado que él solo quería que Yolanda no lo descubriera para que no lo traicionara, pero estaba empezando a pensar que solo quería protegerla para que, a la larga, no hubiese acabado muerta. Sin embargo, ahora era él el que estaba herido. Y yo ya no sabía qué pensar.

—Escucha... Sé que no es el momento apropiado, pero no quiero que pienses que yo dije aquellas cosas sobre ti. Nunca me he creído mejor que tú. —Quería dejárselo claro.

Yolanda apretó los ojos, dolida.

—Ya lo sé. Pero eso no hará que me ponga en contra de él. No sé por qué me dijo aquello, pero solo puedo pensar que me quería alejada de sus problemas. Problemas en los que tú te estabas metiendo. —No me lo había dicho de mala manera, aunque sí un poco cortante. Yolanda pareció recapitular sobre sus propias palabras. Suspiró y me miró a los ojos más serena—. No es que lo defienda, yo... No tengo nada en contra de ti, Delia, no te preocupes. Solo necesito tiempo para asimilar todo esto y aclarar mi mente.

La observé con ternura; no quería verla sufrir, jamás la había visto tan perdida.

—Lo entiendo. —Puse mi mano sobre la suya y le di un suave apretón; ella me lo devolvió con una leve sonrisa que apenas le llegaba a los ojos.

Lola llegó a la sala interrumpiéndonos, pidió hablar con la pelirroja a solas. Así que yo me dirigí a la puerta del edificio. Llevaba mucho rato entre aquellas paredes blanquecinas y necesitaba que me diera el aire un rato.

35

Conociendo secretos

Fuera, la noche había llegado con un frente helado. La Navidad se acercaba y con ella un montón de trabajos que entregar que había abandonado con todo este follón. Sí, me costaría mucho ponerme al día de todo antes de las vacaciones. Y lo mejor era que ninguno de mis amigos podría dejarme apuntes de ninguna clase, ya que todos estaban en el hospital, y con el resto... Bueno, no conocía prácticamente al resto de la clase.

Respiré hondo, me estaba estresando de lo lindo. Aunque era mejor estresarse por eso que pensar en que una docena de psicópatas estaban intentando matarme.

—Deberías decirle a Yolanda que se vaya a casa, no tiene buen aspecto —dijo Michel saliendo a través de la puerta automática del hospital con algo que parecía un vaso de café en sus manos.

—Dudo mucho que me haga caso. —Volví a coger aire, pensando en la crueldad de sus padres, quizás ella tampoco quisiera poner un pie en su casa por el momento—. ¿Cómo sigue tu padre?

—Bien. Hablamos poco porque está tan deshidratado que le cuesta mucho y no tiene muchas fuerzas, aparte de que le duele todo el cuerpo, pero podría ser peor. —Bebió un trago del vaso.

—¿Cuándo viene tu madre?

—Mañana. —Sonrió nervioso pero sus ojos estaban brillantes por la emoción—. Será raro verla después de tanto tiempo.

—¿Cómo es posible que ni siquiera la llamaras? Si yo fuese ella te mataría por hacerme esto.

—Ya te lo dije: no podía. Pero sí que le escribí algunas cartas, aunque sin remitente, y cuando iba a otras ciudades lo bastante lejos para desvincularlas todo lo posible de esta.

¿Cómo pensaba en esas cosas? A mí no se me habría ocurrido una idea así en la vida, estaba claro que quería proteger a su madre a toda costa. No obstante, si yo hubiese desaparecido un año, mis padres hubiesen movido Roma con Santiago para buscarme.

—¿Cómo es posible que no te buscara? —pregunté extrañada.

—Yo se lo prohibí.

—Mis padres nunca me hubiesen hecho caso si yo les hubiese prohibido tal cosa.

—Sí, pero yo tengo una hermana pequeña y mi madre sabía que no podía arriesgarse. Mi padre nunca nos contó nada sobre los inquisidores. Todo era secreto. —Calló unos segundos, y después me miró directo a los ojos—. Quizás vaya siendo hora de que te cuente lo que tantas veces has querido saber.

Así, en frío, y después de toda la movida del día, no sabía si quería descubrirlo. Aunque, por otro lado, ya no tenía nada que temer.

—Todo ha pasado, y sé lo que te cuesta hablar de ti, no tienes que hacerlo si no quieres —le dije sinceramente, aunque en el fondo sí que quería saber más cosas de él.

Sonrió en mi dirección.

—Creo que llevo demasiado tiempo guardándolo y va siendo hora de quitarme algo de ese peso que llevo encima.

Lo dijo tan triste que casi me muero de pena.

Tomó aire y se dispuso a hablar:

—Nosotros vivíamos en España, y un buen día mi padre dijo que nos íbamos a Italia. —Se quedó en silencio un momento, como recordando—. No dio más explicaciones. Mi madre y él estuvieron discutiendo mucho tiempo mientras que mi hermana y yo no entendíamos nada. Ella apenas se daba cuenta; solo tenía cinco años, pero yo sí estaba preocupado porque eso no era normal. Todos los fines de semana íbamos a la casa de mi abuelo, y de repente, mi padre dice que no vamos a volver a verlo nunca más.

»Cuando nos mudamos a Italia definitivamente nos fuimos a casa de mis otros abuelos, los maternos. Mi padre comenzó a pasarse los días con un amigo suyo, un policía. Y, aunque intentaba actuar con normalidad, yo sabía que algo no iba bien. Mi madre no sabía qué se traía mi padre entre manos, pero sí sabía más que yo y también andaba nerviosa.

»Así que empecé a investigar por mi cuenta. Lo tenía un poco difícil porque mi padre tenía el despacho cerrado siempre, no dejaba que nadie entrara en él, ni siquiera mi madre, pero me juré a mí mismo que me enteraría de lo que estaba pasando como fuera.

»Un año después de estar allí, mi padre dijo que volvía a España. Mi abuelo había muerto y debía solucionar «un problema». Unos meses después de irse de Italia «sus asuntos se habían complicado», dijo en una de sus llamadas, así que volvió a ocupar su puesto como profesor en la universidad. Y al año siguiente, dejamos de tener noticias suyas.

»Su amigo el policía vino a casa y nos contó que había estado investigando sobre unos *negocios* que tenía mi abuelo. Que por nuestro bien, y después de no saber nada de mi padre, lo mejor era que desvinculáramos nuestros nombres del suyo porque era peligroso. De modo que cambiamos de nacionalidad y nos hicimos italianos, como mi madre, llevando solo su apellido. Los días siguientes fueron un infierno. —Tragó saliva, le estaba costando contarme todo eso.

Yo misma estaba a punto de echarme a llorar, quería decirle que parara, que no siguiera contándome aquello, que yo no le había hecho preguntas para que se sintiera mal, pero no podía ni hablar y él, de no haber querido contarle, no lo habría hecho. Siempre hacía lo que quería. Lo que me estaba contando debía de estar siendo una especie de desahogo para él, después de todo, no le había dicho nada a nadie desde hacía mucho tiempo.

—Mi madre apenas nos dejaba salir de casa después de que el policía hablara con ella —continuó—. Tenía miedo de algo, y se pasaba los días sollozando.

»Un día encontré el despacho abierto, así que aproveché para rebuscar entre las cosas de mi padre, quería saber qué era lo que guardaba con tanto ímpetu.

»Los documentos que vi en un principio no merecían tener el despacho cerrado, la mayoría eran facturas. Entonces revisé los cajones, sabía que algo raro debía haber allí. De los tres del escritorio, el último estaba cerrado con llave. Miré por todos lados, pero la llave no estaba, así

que, con un abrecartas,forcé la cerradura y al final conseguí abrirlo. Dentro había recortes de periódicos de asesinatos en extrañas circunstancias de los últimos ocho años y casi todos se concentraban en esta ciudad. En una libreta estaban apuntados los nombres de esas personas asesinadas, y al lado de ellos otros tantos de algunos de sus familiares subrayados en rojo.

»Mi madre entró en ese momento. Cuando me vio se puso histérica, me dijo que no se me ocurriera volver a entrar allí; yo me escondí la libreta en la chaqueta y cerré el cajón corriendo, pero ella se había dado cuenta de que lo había abierto. Así que me obligó a explicarle qué había visto en esos papeles mientras ella los sacaba del cajón. Le dije que nada, que acababa de abrirlo y ella me advirtió que era peligroso, que no quería verme involucrado en los asuntos de mi padre y de mi abuelo, que con un miembro de la familia desaparecido era suficiente.

»Como bien sabes, no le hice caso. Busqué los nombres por internet; algunos de ellos eran accionistas, junto con mi abuelo, en empresas importantes, y unos pocos profesores miembros de nuestra universidad. Y al menos cinco de ellos tenían algún familiar asesinado. No podía acceder a más información desde Italia, así que lo único que se me ocurrió fue venirme a España.

—Pe... Pero, ¿y tu madre y tu hermana? —pregunté sollozando; imaginaba cada una de las escenas que me relataba, y no daba crédito a lo valiente que había sido para embarcarse en una cosa tan peligrosa como aquella siendo apenas un crío.

—No les dije nada. Y fue muy duro dejarlas allí, pero me resultaba más doloroso pensar que en algún momento el nombre de mi padre sería el que rellenara la cabecera de los periódicos.

»Tengo un amigo *hacker*, ya sabes, que se mueve bien por la red. Él me ayudó con todas las cosas legales e ilegales para introducirme en la base de datos de la universidad y demás, aunque no encontramos mucho. Podría haberme descubierto, ya que no le dije por qué estaba pidiéndole todo aquello, pero es de las personas más fieles que conozco, por eso confié en él. Cuando nos colamos por la ventana de Damián, él fue quien lo arregló todo para que las cámaras no pudieran reaccionar a nuestra intrusión. Entramos por la ventana porque habría sido peligroso entrar por la puerta, ya que no pudo desactivar esa alarma en concreto. Supongo que Jorge también tenía sus recursos tecnológicos, porque al final nos descubrió.

Dios mío, había sido partícipe de una red de artimañas mañosas en toda regla. Jamás hubiese imaginado que entrar en casa de Damián había supuesto un plan tan complejo, implicando a *hackers* italianos y cámaras alteradas.

Ajeno a mis pensamientos, Michel continuó:

—No podía arriesgarme a que alguien supiera que estaba aquí, y no quería dejar pistas de mi ubicación. Supongo que en algún momento mi familia pensó que estaba en esta ciudad, al fin y al cabo, es donde mi padre había desaparecido, pero mis cartas desde otros puntos del país habrán servido para confundirlos; quería estar seguro de que si no podía sacar a mi padre de esto, al menos a ellas las dejaran tranquilas.

»Cogí el coche que me habían regalado por mi cumpleaños y saqué dinero del número de cuenta que mis padres me hicieron cuando nací: cada año mis abuelos me ingresaban dinero por mi cumpleaños, navidades y demás. Nunca había tocado nada. Nunca me había hecho falta en realidad. Con lo que me traje, tenía suficiente para vivir en España una temporada larga. No sabía cuánto tiempo me iba a llevar esto, pero no lo pensaba dejar hasta que agotara hasta el último euro que tenía y, si aun así faltaba, hubiese buscado algún trabajo para seguir aquí.

»Cuando llegué a este país estuve entrenando y dando clases de defensa personal. También investigué por mi cuenta en las empresas de los amigos de mi abuelo. Afortunadamente, ninguno podía reconocirme. Yo nunca había estado presente cuando había tenido reuniones con ellos, pero aun así me resultaba muy difícil conseguir información. Yo no era nadie para ellos y eran muy precavidos con los datos que daban. —Suspiró, como cansado de hablar—. Así que me apunté a la universidad como alumno, con ayuda de mi amigo, claro. Pensé que desde dentro tendría mejores pistas sobre mi padre. Esperaba encontrar algo, ya que muchas de esas empresas estaban emparentadas con entidades que trabajaban con distintas universidades, entre ellas la nuestra, justo en la que mi padre había estado trabajando.

»Como era italiano, decidí decirle a la gente que era Erasmus, no quería levantar sospechas de que había venido aquí solo por algún otro motivo que no fueran los estudios si me topaba con alguien que tuviese que ver con mi abuelo. Y, de todos modos, me daba igual mentir a los demás alumnos. No pensaba tener mucha relación social con ellos. Solo había venido para cumplir mi objetivo, ni más ni menos.

—¿Y cómo hiciste eso? Los profesores debían de saber que no eras alumno.

—Lo hubiesen sabido si no me hubiese cubierto las espaldas, mi amigo italiano hizo un buen trabajo y me ayudó a introducirme en las clases más masificadas, te sorprenderías de la cantidad de programas informáticos a los que puedes acceder para conseguir información del registro universitario.

—Pareces un mafioso en toda regla —comenté con una leve sonrisa.

Él también esbozó una.

—Quizás apuntaba maneras, sí. Pero, fuera de lo que concernía a la universidad, estaba bastante perdido en mi búsqueda —siguió relatándome—. Y de repente, obtuve respuestas.

Se paró en seco, como si lo que continuaba se le estuviese atragantando en la garganta. Miró hacia el suelo, no estaba llorando, pero tenía la mirada sombría y muy triste.

—Conocí a Jessica Staud.

Esas palabras resonaron en mi cabeza como una estampida.

¿Jessica Staud?

—No tenía pensado hacer grandes amistades —prosiguió—, pero Jessica era muy simpática y divertida. —Sonrió ante su recuerdo y yo sentí una punzada de celos—. Echaba de menos tener un amigo, llevaba solo demasiado tiempo. Y ella tampoco tenía a nadie. Su padre pasaba de ella, su madre hacía mucho que había muerto y los demás chicos la veían como la niña mimada de papá.

»Un día llegó nerviosa a la universidad. Ella estudiaba Antropología, pero teníamos una asignatura en común y ese día nos tocó ir a clase juntos. Le pregunté qué le pasaba; estaba muy seria y no quería contarme nada. Yo le insistí para que lo hiciera, la conocía muy bien y sabía que algo andaba mal, y no podía ser otra cosa que su padre.

»Entonces me lo contó. Me hizo jurar y perjurar que no le diría nada a nadie, porque si no, no sabría qué podría pasar.

»Me confesó lo de su padre y el grupo al que pertenecía; que actuaban en nombre de la Antigua Inquisición frenando los pecados de la Humanidad en esta ciudad. Y como era la única hija de su padre, debía continuar con ello.

»Jessica nunca pensó como él. Era una buena persona y, aunque sabía que él no bromeaba con ese asunto y era peligroso, siempre le plantó cara negándose a aceptar tal cosa.

«Poco después me dijo que no aguantaba más la presión a la que la mantenía sometida el señor Staud. Ella no quería delatarlo, sabía que él no debía actuar así, pero era su padre y lo quería por muy mal que se llevaran. Le dio un ultimátum: ella no diría nada a la policía si él la dejaba en paz.

»Aunque su padre aceptara el trato, ella no confiaba en él. Sacó un billete de autobús para Madrid para coger el primer vuelo que saliera a cualquier ciudad de Europa. Me dijo que me fuera con ella. Sabía mis planes, que buscaba a mi padre y quería desmontar toda esta mierda de los Inquisidores, pero la noche que la iba a ayudar a marcharse de aquí desapareció.

»A partir de ahí me juré a mí mismo que no mantendría ningún tipo de relación con nadie. Esperaba encontrarla junto con mi padre, solo deseaba volver a verlos sanos y salvos a los dos, pero ya sabes el resto de la historia: ella no tuvo tanta suerte. ¿Entiendes ahora por qué no quería que te metieras más en esto? —inquirió mientras alzaba la cabeza para mirarme, derramando dos lágrimas cargadas de dolor. Estaba intentando mantener las formas, pero yo sabía que la pena lo estaba matando.

Yo estaba paralizada, el horror había invadido todo mi cuerpo desde que me había hablado de la chica. Por eso me había dicho que no quería que yo fuese la siguiente, ahora lo entendía mejor que nunca. Pensaba que ella le había dado pena, pero esto llegaba más allá de lo que nunca hubiese imaginado. Debió ser muy duro verse tan solo, y cuando por fin hizo una amiga, ella se esfumó del mapa. No había confiado en nadie, salvo en ella, y parecía haber sido peor que no hacerlo. No era de extrañar que hubiese estado tan huraño casi todo el tiempo; quería mantener las distancias a como diese lugar, por si uno de los dos moría.

—Yo... —susurré con la voz rota y los ojos empapados por una bruma húmeda que no me dejaba ver—. Lo... Lo siento.

Empecé a sollozar más fuerte, y me di cuenta de que había empezado a temblar también. El nudo, ya de por sí apretado, que tenía mi garganta me estaba ahogando aún más. Tenía que decírselo, tenía que decirle que yo podía haber salvado a su amiga y que por una tontería como confundirla con un fantasma no lo había hecho.

—Yo la vi. Antes de morir —solté de pronto. Lo miré a los ojos, con miles de lágrimas nublándome la vista, y después aparté la mirada de él, avergonzada—. Creía que era parte de esa estúpida leyenda sobre los fantasmas de la catedral. Ella gritó, y apareció de la nada, envuelta en sangre. Y luego escuché muchas pisadas que se dirigían hacia nosotras. —Me eché las manos a la cabeza, llorando, llena de desesperación, tanto, que no sabía si se entendía todo lo que decía—. Ella me salvó. Me dijo que huyera, y yo podría haberla salvado a ella si hubiese ido a la policía, pero estaba tan confundida y tenía tanto miedo que no lo hice.

Sentí la presión de sus manos sobre mis hombros, lo que hizo que lo mirara.

Descubrí sus esmeraldas a unos palmos de mi rostro, observándome intensamente.

—Escúchame bien: no fue tu culpa. Si ella no hubiese hecho que te marcharas de allí ahora estaríais las dos muertas. Le debes estar agradecida, pero no hubieses cambiado nada yendo a la policía: ellos la hubiesen matado antes. Jorge ya sabía que alguien había estado allí cuando te amenazó. No movió ficha porque te mantuviste callada y porque tuviste la suerte de ser amiga de Yolanda.

No me convenció lo más mínimo, al igual que Lola tampoco había podido hacerlo antes.

Me abrazó con mucha fuerza. Apoyé mi frente, junto con mis brazos encogidos, sobre su pecho, totalmente abatida, y durante unos minutos lloré con él por Jessica Staud, agradeciéndole

silenciosamente lo que había hecho por mí, pensando que siempre estaría en deuda con ella.

Cuando ya no me salieron más lágrimas hice todo lo posible por calmarme.

—Lo... Lo siento. —Me separé un poco de él, frotándome los ojos con las mangas de mi jersey.

Él suspiró con ojos llorosos, como aceptando lo que había pasado, por fin.

—No, soy yo el que siente mucho tenerte aquí congelada mientras te cuento mis penas —dijo con una sonrisa que no le llegaba a los ojos, frotándome los brazos.

¿Estaba de broma? Después de todo lo que había hecho por mí, lo menos que podía hacer era escucharlo. Sentía una oleada de deseo por protegerlo contra todo y contra todos; no quería que él sufriera ni un minuto más.

Como una autómatas sin control alguno sobre mi cuerpo, me vi abrazándolo con fuerza yo también. Era la primera vez que lo hacía desde que nos conocíamos. El contacto físico con él se había visto muy reducido por su actitud arisca hacia todo lo que respirara. Ahora que había acabado el llanto, quizás él no quisiera que yo estuviese haciendo aquello, pero mi instinto más profundo ni siquiera me había dejado pensar lo que hacía.

Michel no me rechazó. Me estrechó con fuerza una vez más. Con él así de cerca me sentía protegida, como cuando se había presentado en mi casa para protegerme de Jorge y los suyos.

—Lo siento de nuevo —me disculpé roja como un tomate cuando volví a tener autocontrol sobre mi cuerpo.

—Estás congelada y tienes aspecto de estar cansada; quizás sea mejor que te acerque a casa —propuso tocándome la mejilla. Era cierto, estaba tan fría como si me hubiesen metido en una cámara frigorífica a la máxima temperatura. Y sí, estaba bastante cansada, tanto que no sabía cuánto tiempo podría seguir en pie, lo que me recordaba por cierto, que seguía un poco coja. Pero por muy cansada que estuviese, él debía estar peor y no era justo que lo hiciera ajetrearse más.

Rechacé la oferta pensando en coger un taxi, pero Michel insistió tanto y tanto que al final no tuve fuerzas para negarme. A decir verdad, no tenía ninguna gana de volver a mi apartamento; debía de seguir tan mal como lo había dejado el día anterior, cuando me había ido con Michel a dormir a su casa. Justo después de que Jorge y los suyos me hubiesen hecho una visita. A la vez, la idea de pegarme una buena ducha me atraía bastante.

Había intentado convencer a Yolanda para que se fuera conmigo a casa después del bombardeo de preguntas de Lola, que ahora estaba con la madre de Jorge. Yolanda parecía aún más exhausta.

Mi amiga me había dado un rotundo no.

Michel y ella no se habían dirigido la palabra, unas cuantas miradas en silencio y punto. Yo sabía que no se odiaban el uno al otro, aunque Jorge estuviese de por medio. Michel no era así, no podía culparla por intentar proteger a su novio como Jorge lo había hecho con ella.

Al salir de la sala de espera, él le hizo un gesto con la cabeza para despedirse y Yolanda lo contestó de igual modo.

Giovanna y Gianna

Por supuesto, al día siguiente no llegué a pisar la universidad, me levanté a las tantas y me dirigí directamente al hospital. Era curioso cómo ninguno de los ingresados era familiar mío y, sin embargo, estaba tan preocupada por ellos como lo habría estado por alguien más cercano. Quizás este hecho se debiera a que de esos desconocidos, sino extraños —exceptuando a Damián, porque con Jorge no había tenido demasiada relación—, dependían las vidas de las personas a las que yo quería, y eso, indirectamente, me hacía inquietarme incluso por la suerte de Jorge. No me caía bien, nunca lo haría en realidad, pero no le deseaba la muerte, ni mucho menos.

Michel estaba en el pasillo que daba a las habitaciones, mirando el reloj de su muñeca.

—¿Qué haces aquí fuera? —pregunté cuando lo vi dando vueltas de un lado a otro.

—Estoy esperando a mi madre y a mi hermana, se supone que deben de llegar pronto. Yo quería ir al aeropuerto pero mi madre me mandó callar y me exigió que no me moviera del lado de mi padre.

Parecía muy cansado, unas enormes ojeras redondeaban sus preciosos ojos verdes.

Por mi parte, no había parado de soñar con Jessica en toda la noche. Primero la veía en la catedral, llena de sangre; y luego en la calle, muerta. Pero más tarde me la imaginaba con Michel, muy viva. Habían sido una sucesión de sueños inconexos que variaban de lugar y de tiempo. Me los había imaginado a los dos juntos, partiéndose de risa. Lo que me había hecho sentir ciertos celos. Era irónico sentir eso por una chica muerta y, de algún modo, me sentía mal por ello, pero es que Michel había hablado con tanta ternura de ella... No me lo había dicho explícitamente, pero estaba segura de que esa chica le había gustado. Quizás incluso más que eso; probablemente había estado enamorado de ella.

Y eso me hacía preguntarme en qué lugar quedaba yo; no podía competir con un fantasma. Lo podría intentar con su recuerdo, pero odiaba tener que planteármelo siquiera. Además, no estaba segura de qué significaba yo para él. ¡Qué asco de situación! Ya podía ser más fácil.

—*Michi! Michi! Come stai? Perché non sei venuto a casa nostra?* —gritó una niña pequeña mientras cruzaba corriendo toda la estancia hasta llegar a Michel.

—*Principessa!* —exclamó Michel con una sonrisa de oreja a oreja, mientras se agachaba a la altura de la niña con los brazos abiertos.

Era normal que la llamara *principessa*. La niña, en realidad, lo era. Tenía un pelo dorado y rizado que le llegaba hasta los hombros, y una carita redondita de tez blanca enmarcada con dos mejillas sonrosadas. Era como una muñequita de porcelana. Y no se podían obviar sus grandes

ojos verdes, idénticos a los de Michel. Y si a eso se le añadía el abrigo de corte imperio azul oscuro que llevaba, posiblemente se la pudiese confundir con una niña de la realeza.

—¡Fernando Michel Villablanca Marconi! —gritó una mujer rubia de figura despampanante con los brazos en jarras desde la entrada del pasillo. Y, seguidamente, comenzó a soltar palabras en italiano tan deprisa que yo no podía entender absolutamente nada. ¡Y luego decían que el italiano se parecía al español!

Un segundo, ¿lo había llamado «Fernando Michel Villablanca Marconi»?

Tuve que taparme la boca para no soltar una carcajada.

La mujer parecía muy, pero que muy enfadada. Debía ser la madre. Era muy guapa; Michel había heredado su belleza, sus ojos y su elegancia. A simple vista, nada más. Al contrario que él, era rabia y —aunque por acción de la plancha o alguna permanente— su pelo, a diferencia del de su hija, se encontraba perfectamente liso. Con su figura más bien delgada, nadie hubiese dicho que había dado a luz dos hijos. Estaba muy bien maquillada, tenía una buena delantera y, además, vestía de infarto. Llevaba un vestido de punto rosa que le llegaba justo por debajo de las rodillas, un abrigo largo que parecía sacado de las pasarelas parisinas y unos tacones tan altos que yo en la vida hubiese podido llevar puestos, y aun así andaba con ese porte elegante que solo las modelos podrían tener. ¡Parecía una diosa!

Michel soportó como un valiente lo que fuese que la mujer le estaba diciendo. Solo asentía y bufaba de vez en cuando, aunque sin levantarle la mirada.

Quién lo iba a hacer, la verdad. Esa mujer, por muy delgada que estuviese, imponía más que una legión de soldados. Incluso a mí me daba algo de miedo, y eso que ni siquiera me había mirado.

Muchas personas, familiares de otros enfermos, salieron a las puertas de las habitaciones al escucharla, el «silencio, por favor» que rezaba en las paredes no iba con esa señora.

La mujer por poco se queda sin respiración —y nosotros sordos de escucharla— cuando acabó de decir *todo* lo que tenía que decir. Después de calmarse durante unos segundos se tiró al cuello de Michel llorando como una magdalena.

Él la abrazó muy fuerte; y podía presentir que también tenía tantas ganas de llorar como lo hacía ella, pero su carácter de chico duro no se lo permitía. Aunque los brillos cristalinos de sus ojos no pasaron muy desapercibidos para mí.

Unos segundos después se separó de la mujer.

—Mamá, esta es Delia, una amiga que me ha ayudado con todo esto —explicó Michel después de que su madre lo besara y abrazara por enésima vez.

—*Mi dispiace, sono Giovanna* —se presentó ella, ofreciéndome una mano mientras con la otra se quitaba los restos de lágrimas de un ojo.

¿Cómo hacía para que después de todo lo que había llorado no se le hubiese ido el lápiz de ojos?

Le tendí la mano.

—*Sono...* digo soy Delia —tartamudeé. Mis conocimientos de italiano eran mínimos y estaba intentando descifrar aún la primera parte de la presentación.

—Mamá si le hablas en italiano no te va a entender.

—¡Oh! Lo siento. Es la costumbre.

Hice una mueca; Giovanna se pensaría que era tonta por no entender dos simples frases.

—Así que tu amiga —dijo la mujer echándome un vistazo rápido—. ¿Tú también te has escapado de tu casa durante un año y no has dado señales de vida exceptuando cuatro cartas muy breves? —me preguntó la mujer mientras dirigía la mirada de nuevo a su hijo.

No pude contestar a la pregunta, ya que Giovanna había comenzado otra vez con su diatriba anterior pero en versión española. Aunque no duró tanto como la anterior; un enfermero pidió silencio y Giovanna se serenó. Después, preguntó por su marido y Michel la acompañó a la habitación. Le dijo algo a su madre en el oído, a lo que esta asintió, después se dirigió a su hija.

La niña no parecía estar conforme con las órdenes de su madre, pero se tuvo que aguantar mientras Giovanna entraba en la habitación y ella se quedaba fuera con Michel, que se encorbaba ligeramente, le pasaba un brazo por detrás de los hombros y se alejaban de la puerta del cuarto.

No había entendido nada, pero me imaginaba que preferían que la pequeña no viese a su padre en ese estado tan deplorable.

La niña preguntó algo sobre él en italiano —¿qué estresante era no poder captar casi nada!— y Michel dirigió su mirada verde hacia mí, que me había quedado unos pasos más atrás para no interrumpir el encuentro familiar.

—No podemos, ahora solo puede verlo mamá. Y, además, yo quiero presentarte a alguien. Esta es Delia, pero debes hablarle en español. Espero que no se te haya olvidado, ¿o sí? —le dijo cariñoso mientras le hacía cosquillas en el cuello.

Verlo en ese papel era... ¡Por favor, estaba para comérselo! Nunca hubiese imaginado que podía ser tan cariñoso con una persona; parecía que lo habían cambiado por otro. El sonido de su risa se fundía con la de su hermana, y pude comprobar que ya no estaba tenso, no buscaba a nadie con la mirada, ni estaba atento a todos los movimientos que lo rodeaban. Se había relajado, por fin era feliz.

—Ya la conozco, te he oído cuando le has dicho su nombre a mamá. Y no se me ha olvidado hablar este idioma, tonto —protestó su hermana en medio de un ataque de risa provocado por más cosquillas.

—¡Vaya! Me has dejado sorprendido —dijo él abandonado su cuello—. Delia, esta es Gianna, la pequeña de mi hermana.

—No soy una pequeña, tengo ocho años. He crecido mientras has estado fuera —replicó molesta.

Y yo no supe muy bien si su reacción había sido por llamarla pequeña o porque su hermano no había estado en su casa para ver cómo había crecido.

—¿Gianna? ¿Es el diminutivo de Giovanna? —pregunté.

—Sí, para que no fuese igual que mi madre...

¡Vaya! Qué originales. Él como su padre y la hermana casi como su madre. Creía tener cierta idea de cómo podrían llamarse sus abuelos.

Esa misma tarde, Giovanna se disculpó conmigo «por esa presentación espantosa», pero creía que yo le había hecho lo mismo a mi familia, que alguien cercano a mí estaba metido en el ajo de aquellos lunáticos y, al igual que Michel, había intentado ayudarlo.

Si Giovanna supiera cómo me arrepentía de haberme puesto en el camino de los inquisidores sin necesidad alguna, no me hubiese dicho todo eso.

Hice mi rata de enfermos después de dejar en familia a Michel, que por cierto, me había hecho recordar mucho a mis padres, a los que llamaría pronto, últimamente no había telefonado

demasiado a casa y, sorprendentemente, mis padres a mí tampoco.

Fui a la habitación de Damián. Su madre ya había llegado de Lisboa y desde entonces, no se había separado de él ni un segundo. Estaba tan preocupada que no había buscado hotel donde quedarse y había metido una montaña de maletas en la habitación para estar a su lado el tiempo que hiciera falta; apenas podía alcanzar su cama para saludarlo decentemente.

Me alegró saber que Yolanda había ido a su casa. Al menos eso parecía, no llevaba la misma ropa que el día anterior y tenía el pelo más arreglado. Sus ojos estaban más ojerosos y resecos que el día anterior, pero aun así era un paso.

Me sentaba con ella en los ratos que no estaba dentro de la habitación, acompañando a Jorge. Casi no mediábamos palabra, pero de alguna manera, estando con ella parecía que la ayudaba en algo, al menos no estaba sola.

También vi a la madre de Jorge enganchada al teléfono móvil, haciendo llamadas para ver si podían trasladar a su hijo a un sitio mejor; la situación delicada del chico había hecho que los médicos le negaran tal petición, pero ella no se daba por vencida.

Jorge seguía igual. Los médicos habían decretado que estaba en coma y que su caso era bastante complicado. No obstante, parecía que una operación podría sacarlo de ese trance.

En los días que siguieron, la cosa no cambió demasiado. La mayoría del tiempo me lo pasaba con Gianna; aún no le dejaban ver a su padre. Creían que la niña podía traumatizarse por el aspecto que presentaba el hombre: había sido más bien corpulento, y ahora era un saco de huesos. Además, con respecto a su aspecto, había envejecido prematuramente unos cuantos años. Cuando Michel o su madre volvían por ella, yo visitaba a Damián y después a Yolanda.

La mayoría de las noches cenaba en la cafetería del hospital con Michel o con su madre; dependiendo de quién se quedase a dormir con la niña en el hotel y quién con el padre en el hospital. Había intentado convencer a Yolanda para que estuviese con nosotros, estar todo el rato en el mismo lugar era claustrofóbico —en realidad, ya cualquier parte del hospital resultaba insoportable—, pero Yolanda se negaba. Se compraba la comida y se la comía allí, cerca de su querido Jorge. Gran parte de su alimentación eran bocadillos o comida basura. Por lo menos sus padres habían estado un par de veces con ella, acompañándola. Ya ni siquiera les preocupaba que siguiese con Jorge cuando saliese del hospital, estaban inquietos por ella, y no les culpaba, Yolanda cada día tenía un aspecto más mortecino.

Una tarde ayudé a Michel a trasladar parte de las cosas de su piso al hotel donde se hospedaban su madre y su hermana; posiblemente sería de los más caros de la ciudad.

El motivo era que llevaban una semana durmiendo en el hospital, y no querían que la niña siguiese en esos menesteres. De primeras, habían decidido que Giovanna se iría a dormir con Gianna para que la niña no extrañara tanto la casa de Italia, mientras Michel hacía noche en el hospital. Y por el día ella lo relevaría para que él descansara.

El problema era que Michel no sabía dormir de día ni estando muerto de cansancio, por lo que, al final, Giovanna había optado por repartirse las noches con él, así su hijo dormiría con la niña unas noches en el hotel y otras con su padre.

Otra tarde estuvimos dando una vuelta por la ciudad y los centros comerciales, casi todo era por entretener a Gianna y sacarla de ese edificio que olía siempre a lejía y desinfectante.

Michel me confesó entonces que su antigua casa, la que tenían cuando vivían en España él y su familia, estaba situada en Barrio Marier. Todo había empezado por una inocente pregunta de Gianna: «¿Por qué no nos podemos quedar en nuestra casa de antes? Echo de menos nuestro jardín y el columpio que nos hizo papá», había preguntado. Michel la informó de que habían vendido la casa cuando se marcharon, su padre no quería dejar nada que pudiese dejar alguna pista sobre su familia en España, así que se había encargado de hacer desaparecer cualquier rastro sobre ellos, y eso implicaba todos los bienes materiales y económicos; había desvinculado todo de su nombre, tanto cuentas del banco, como herencias y demás.

Aquello hizo que me preguntara que, si había estado rondando por allí, por lo de la catedral y todos esos psicópatas, cómo era posible que ningún conocido lo hubiese delatado. Todos debían saber que era hijo del profesor de la universidad, el cual era heredero renegado de la secta. Ya me había dicho que cuando había vuelto de Italia por lo de la desaparición de su padre ninguno lo había reconocido, pero todos tenían que saber que Fernando Villablanca era padre de dos hijos.

—Yo no me metía mucho en los asuntos de mi padre por aquel entonces. Además, los dos últimos años de instituto los hice en Italia —disipó mi duda cuando le revelé mis pensamientos— para aprender bien el idioma de mi madre. Venía a España en vacaciones y fines de semana sueltos; no había estado muy vigilado por esos asesinos.

Me di cuenta entonces de que mi vida en nada se había parecido a la suya. No me refiero solo a que su progenitor fuese el heredero de esa inquisición ilegal, sino de que él había estudiado donde le había dado la gana, y se había largado de casa a los veinte años con un coche y un montón de dinero bajo el brazo. Yo no podía acceder ni a la mitad de las cosas que él tenía; debía preocuparme por aprobar si quería seguir estudiando, ya que dependía de una beca, y tampoco podría decir que tenía mucho dinero ahorrado como para poder irme del país.

No quise pensarlo, pero la distancia que parecíamos haber salvado entre nosotros en todos esos días de locura, ahora me parecía un espacio muy amplio. Nuestras vidas estaban separadas por un acantilado inmenso que no había visto, y no había un puente para cruzar de un lado a otro.

Lola volvió al hospital para visitar a los enfermos y, además, seguir con sus investigaciones. Por supuesto, la cosa no acababa ahí, todos debíamos ir a la comisaría de nuevo para prestar nuevas declaraciones.

Nos instó a mí y a Yolanda a volver a clase. Ella seguía en su puesto de profesora; que el caso se hubiese *resuelto* no le impedía seguir dando clases. Estaría contratada por la universidad, como mínimo, el primer cuatrimestre, e iba a ser igual de dura con nosotras en el plano académico. Ya habían pasado casi dos semanas desde lo de la catedral, y veía conveniente que volviésemos a retomar nuestra vida diaria.

Yolanda pasaba de ella, apenas la estaba escuchando, y yo... Bueno, sabía que debía volver, pero odiaba tener que abandonar a mis amigos estando las cosas tan tensas, sobre todo para la pelirroja.

Michel habló conmigo cuando Lola se marchó. Le dio toda la razón a la inspectora; debía volver a mis clases y, además, pensaba que estaba abusando de mi confianza: «Tú no eres una niñera, no tienes por qué hacerte cargo de Gianna todas las tardes», me había dicho.

Insistí en que no me importaba, si había alguna manera de ayudar, por mínima que fuera, podía encargarme de la tarea. Pero él era demasiado obstinado como para dejar que perdiera el curso por su culpa, así que no hubo manera de convencerlo.

37

La proposición

Michel y Lola tenían razón, me estaba descuidando demasiado con mis quehaceres universitarios. Quería sentirme útil de alguna manera con el italiano y los demás, y si iba a la universidad no tendría tiempo de otra cosa. Pero, de todos modos, sabía que no podía seguir así mucho tiempo más y tampoco quería defraudar a mis padres.

Volver a clase me resultó penoso. Me enteraba de las cosas a la mitad y además se me habían acumulado más trabajos, los que no había entregado en esas dos semanas de ausencia. ¡Era sencillamente genial! Si lograba aprobar una sola asignatura me sentiría más que satisfecha.

Después de mi reincorporación a las clases apenas me daba tiempo de salir de mi apartamento. Estaba tan liada con los trabajos, prácticas y exámenes parciales que tenía que estudiar, que no me acerqué ni por el hospital. Llamaba a diario a Michel y a Damián. Este último andaba mucho mejor; ya caminaba por los pasillos y se sentía bastante bien. También llamaba a Yolanda, pero ella nunca contestaba. Así que le pedí a Michel que le echara un ojo de vez en cuando. Él siempre contestaba lo mismo: «Está con Jorge, junto a la habitación o dentro de ella».

El tiempo había refrescado mucho, si se podía más. Las nubes habían encapotado el cielo entero, cubriéndolo con un tono gris que presagiaba una nevada. Ese día, en la universidad, la calefacción se había roto, y estar en clase era como estar en la calle.

Yo estaba deseando que se acabara la hora de Filosofía, no tenía más clases por ese día — Historia de Egipto se había suspendido por una movida de la profesora— y quería terminar cuanto antes las cosas que tenía que hacer, así estaría libre lo antes posible para volver al hospital.

Al salir de clase me encontré con que Michel me estaba esperando. Parecía un modelo de revista, apoyado en la pared contigua a la puerta.

—¿Qué haces aquí? —me extrañé.

—He venido a invitarte a comer. No te he podido comprar nada pero al menos algo es algo.

Enarqué una ceja, confusa.

—¿Comprar?

—Hoy es tu cumpleaños, ¿no?

¿Ya era veinticinco de noviembre? ¿Cómo había podido pasar tan rápido el tiempo y no darme cuenta! Había estado tan liada con las cosas que tenía retrasadas que no sabía ni en qué día vivía.

—Ah, pues lo había olvidado por completo.

Él rio.

—Eres un desastre.

Hice una mueca en señal de disgusto. Eso era verdad, pero no hacía falta decirlo.

Nos dirigimos fuera de la facultad, él iba muy callado. No estaba triste, o al menos no parecía estarlo, pero algo le pasaba, estaba intranquilo y muy tenso, como hacía días no lo había visto.

—Michel ¿ha pasado algo malo? —Me estaba poniendo nerviosa. No podía ser su padre, porque si no, él no estaría aquí tan tranquilo—. ¿Le pasa algo a Damián o Yolanda?

Michel, que iba unos pasos por delante de mí, se paró en medio de la calzada universitaria.

—No, todo está bien. Como única noticia te podría decir que la señora de de la Fuente por fin ha conseguido que le den el traslado a su hijo a una clínica mejor. Se marchó esta mañana llamando «incompetente» a toda la plantilla del hospital. Yolanda iba detrás de ella, así que no la verás si vas por allí —explicó y después se giró hacia mí.

—Ah, gracias. —Llamaría a Yolanda más tarde, o en todo caso, buscaría la clínica, viendo la disposición que tenía su móvil—. ¿Entonces? Michel, sé que te pasa algo. Suéltalo ya, me estás asustando.

Michel agachó la cabeza mientras suspiraba, pero cuando se dispuso a hablar la levantó para mirarme.

—Me voy a Italia —soltó.

Esas palabras me abofetearon.

¿Que se iba? Pero si era imposible que a su padre le hubiesen dado el alta tan pronto. ¡Imposible! Ese hombre estaba demasiado mal.

A no ser que su madre hubiese movido cielo y tierra para trasladar a su marido a otro sitio como había hecho la esposa de de la Fuente.

—Pe... Pero, ¿por qué?

—Mi madre piensa, y lo cierto es que yo también, que Gianna lleva mucho tiempo aquí. Está demasiado metida en este jaleo del hospital. Se pasa casi todo el día allí o en el hotel y creemos que no es bueno para su salud tanto física como mental. Necesita volver a la normalidad con sus amigas y el colegio. La hemos dejado ver a mi padre y se ha sorprendido bastante. Lo ha aceptado mejor de lo que esperábamos, pero está más callada y más distante desde entonces. Queremos que la próxima vez que lo vea sea en mejores circunstancias. Como mi madre no se puede mover de aquí, hemos decidido que sea yo el que se marche.

—¿Y el curso? ¿Lo vas a dejar así?

Era una pregunta bastante tonta teniendo en cuenta la que tenía encima, para él el año académico no significaba nada, pero no se me ocurría otra excusa mejor para retenerlo allí. Conmigo.

—Yo ya hice este curso en Italia. Allí estoy en tercero. Solo me inscribí en estas asignaturas porque eran las que impartía mi padre y, si con ello descubría algo, mejor.

Vale. Ya estaba todo dicho. No quería despedidas. ¿Qué me había pensado? ¿Que le importaba tanto a Michel como él a mí? ¿Tanto como para no marcharse? ¡Vamos! Estaba loca y debería haberlo visto venir desde hacía tiempo. Él estaba allí por algo y cuando cumpliera, se olvidaría de todo lo anterior. Qué estúpida pensar que podía estar alguna vez con él. Su vida no estaba allí conmigo, sino en Italia con su familia. Era lógico y normal.

—Ah. Pues espero que tengáis un buen viaje entonces —intenté disimular lo rota que me sentía por dentro—. Te quiero pedir algo. —Michel me observó, a la expectativa de que continuara—. Odio las despedidas, así que preferiría que de mí no lo hicieras.

No quería ser maleducada con él, pero era la verdad. Odiaba las despedidas y mucho menos soportaría *esa* despedida en concreto. Si se tenía que ir que se fuera, vale, pero para mí se quedaría en un «hasta luego». Sabía que lo más probable era no verlo más después de aquello, pero era también menos doloroso si no le decía adiós para siempre.

—¿Cuándo te vas? —pregunté, aguantándome las lágrimas.

—La semana que viene, el miércoles.

El móvil de Michel sonó en medio del silencio que había dejado esa revelación. Él contestó; debía ser su madre porque se había puesto a hablar en italiano.

Estaba hecha polvo. De repente, se me había antojado que ese era el peor cumpleaños de mi vida. Se suponía que los dieciocho eran bonitos, pero los míos... Me hubiese quedado eternamente paralizada en el segundo antes de que Michel me soltara esa bomba atómica.

Se iba. A Italia.

Había sido mucho más feliz pensando que esa comida era por no tener regalo alguno para mí en lugar de significar una despedida permanente.

En ese momento pensé que, después de todo, la gente tenía razón. La experiencia universitaria sí que suponía un cambio en la vida de las personas. En mi caso no habían sido fiestas y botellones, había estado al borde del infarto innumerables veces desde que había pisado la *uni*, y por extraño que pareciera, en vez de querer borrar todo lo que había vivido, quería mantenerlo en la memoria para siempre. A fin de cuentas, esos eran todos mis recuerdos universitarios, y a pesar de lo que la mayoría de la gente pudiese creer, para mí eran los mejores. En la mayoría de ellos, Michel había estado de por medio. Acababa de decidir que no me arrepentía de todo lo que había hecho, las leyes que me había saltado o las noches en vela que había pasado. Ese chico me había calado hondo y estaba segura de que no conocería a nadie como él nunca.

Pero lo cierto era que había un abismo insondable entre nosotros: él era aventurero y fuerte, mientras que yo nunca hubiese sido capaz de recorrer la mitad del camino que él había hecho para encontrar a su padre, y qué decir de que no brillaba por mi valentía. Él había tenido una vida de lujos y cosas caras, mientras que yo debía esmerarme para que el estado me diese dinero para estudiar —mucho más este año que lo llevaba todo tan mal—. Él vivía en Italia, su estancia en España había sido temporal; yo no me podía ir del país de buenas a primeras.

Éramos como la luna y el sol. La luz y la sombra. ¿Cómo me había dejado enamorar así? ¡Si estábamos condenados al fracaso antes de empezar!

Las lágrimas se apoderaron de mis ojos marrones sin darme cuenta. Michel acababa de colgar el teléfono cuando me miró.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupado.

Sonreí lo mejor que pude.

—Nada, estaba pensando que vaya meses hemos pasado. Espero que te vaya muy bien a partir de ahora, de verdad. Te lo mereces. —No era eso en lo que estaba pensando, pero tampoco le había mentado.

Michel suspiró otra vez. Esperaba que dejara de hacer eso, porque me ponía mal verlo de ese modo. ¿Por qué estaba así? Al fin y al cabo en unos meses él se olvidaría de mí. Yo esperaba olvidarme también de él.

—Siento tener que posponer nuestra comida. Mi madre debe salir con Gianna a hacer unos recados, así que tendré que volver al hospital. Pero me gustaría proponerte una cosa. Si lo

aceptas, considéralo un regalo, si no, bueno, te daré uno de verdad cuando pueda. —Miró hacia el suelo con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros, un poco indeciso.

¿Había algo más que decir?

—Michel, en serio, ¿qué pasa? Me estás asustando. Mucho.

Él cerró los ojos, levantó la mirada del asfalto, abrió los párpados y sus grandes esferas verdes se posaron sobre mí.

—Ven conmigo a Italia —me pidió. Así, a bocajarro.

Esas palabras me dejaron sin respiración.

¿De verdad había escuchado bien? No. Debía haber oído muy pero que muy mal. No me había propuesto lo que yo creía, ¿verdad?

Cuando mi cerebro me recordó que si quería seguir viva tenía que seguir respirando, cogí aire.

—¿A I-T-A-L-I-A? —dije en un tono de voz más elevado de lo que me hubiese gustado.

Michel se tapó la oreja con la mano mientras hacía una mueca de dolor. El grito lo había dejado sordo.

—Bueno, pensaba proponértelo solo a ti, pero si crees que los demás alumnos de la universidad están interesados, puedes decirlo un poco más alto.

—Lo siento —me disculpé, mirando a todos lados. Afortunadamente, el frío había ahuyentado a la gente. Todos estaban deseando llegar a casa y allí no había un alma—. No todos los días le proponen a una estas locuras. —Callé un segundo, sopesando sus palabras—. ¿Cómo...? —me atraganté, mi boca no podía seguir pronunciando palabra—. ¿Cómo me voy a ir a Italia contigo, Michel? —dije finalmente.

¿Qué iba a hacer yo allí? ¿Qué iban a decir mis padres? ¿Se había vuelto loco!

Él se sacó un sobre marrón tamaño DIN A4 de debajo de la chaqueta y me lo tendió.

—¿Esto qué es? —pregunté confusa.

—Papeles.

Lo miré como si necesitara un psicólogo. ¿Qué iban a arreglar unos papeles? Aun si hubiese sacado billetes de avión, yo no podía irme de la ciudad por el momento.

De todos modos abrí el sobre. Cuando leí, los ojos se me salieron de las órbitas.

—¿Qué es todo esto?

—Es la solicitud para la beca Erasmus; esa que se hace cuando te vas de intercambio a otro país. La que yo fingía tener.

Puse los ojos en blanco. Sabía qué era la beca Erasmus, pero no entendía por qué me lo estaba diciendo.

—Ya lo sé. Pero ¿para qué lo quiero yo? —inquirí.

—Esta universidad tiene de destino la ciudad en la que yo vivo. Podrías venirte el año que viene a continuar la carrera allí. Yo no me puedo quedar. —Se encogió de hombros, como si no me hubiese propuesto que cambiara mi vida por completo para estar más cerca de él.

Aquello no podía ser verdad. Me estaba mareando.

Una cosa era ir al barrio *malo* de la ciudad, también allanar la propiedad de un amigo, saltarse todas las normas morales impuestas por la ley y demás. Pero, otra muy distinta era irse a otro país del que no tenía ni idea de cómo comunicarme y vivir allí un año entero.

—Creo que necesito sentarme —reconocí hiperventilando, mientras me dirigía al banco más cercano.

Él me siguió y se sentó a mi lado.

—Entiendo que es algo raro que te pida esto. Supongo que ni siquiera lo habías pensado. Yo solo te lo quería proponer, si no quieres venir, todo está bien. No pasa nada. —Me miró amablemente. Decía la verdad, no se enfadaría conmigo en caso de una negativa.

Desde luego no lo había pensado, no.irme por ahí no estaba dentro de mis planes. Ni siquiera ir a la universidad había entrado en ellos de no haber sido *casi* obligatorio.

—Yo... Yo... No sé qué decir. —Era cierto; debía pensar todo aquello antes de responder a la ligera—. ¿Cuándo se te ha ocurrido esta idea?

—Pues la verdad, me lleva rondando por la cabeza bastante tiempo. Exactamente desde que vi a Jorge cogiéndote del cuello. No sabía cómo decírtelo. No podíamos huir por las buenas, pero si la cosa se ponía fea, no iba a permitir que te ocurriera lo mismo que a Jessica. Te lo iba a decir el día que te vi en el Barrio Marier, pero yo fui poco caballeroso contigo y tú saliste huyendo de mí. —Sonrió ante el recuerdo componiendo una mueca.

Sí, yo también recordaba ese día. ¡Cómo olvidarlo! Llovía a cántaros cuando me había decidido a ir a investigar alrededor de la catedral en un impulso temerario. Ahora me parecía muy lejano en el tiempo pero apenas habían pasado unas semanas desde entonces.

Jessica, hacía días que no pensaba en ella.

—¿Me estás queriendo decir que ya desde entonces creías que me iban a secuestrar, torturar y matar como le pasó a tu amiga?

—Sí. De hecho me sentí aliviado cuando te vi y lo que se movía en aquel furgón no eras tú.

Sí, también recordaba eso; no había tenido señales de vida ni de él ni de Damián. Pero en ese momento no me pareció a mí que estuviese muy contento de verme, es más, me había echado una buena bronca por estar allí.

Respiré hondo; odiaba las comparaciones y si había organizado un viaje porque se lo había inspirado una chica muerta, pasaba.

—Michel, yo no soy Jessica. Ya no hay peligro y no tienes por qué hacer todo esto. Sé que te gustaba, la forma en la que hablas de ella te delata. —Callé un momento, tenía un nudo en la garganta. ¿De verdad estaba diciendo aquello?—. Bueno, no sé; es obvio que la echas de menos y por mucho que quieras salvarme a mí en el puesto de ella eso no la hará regresar —dije devolviéndole el sobre con los papeles, sin mirarlo a la cara. No podía, si lo hacía me echaría a llorar de nuevo, y ya no pararía.

Me cogió la mano con la que le tendía el envoltorio de la beca Erasmus, pero sin quitármelo, solo quería hacer que lo mirara. Y lo consiguió.

—Delia, ya sé que no eres Jessica. Eso lo tengo muy claro. No te estoy proponiendo esto por eso. Nunca te compararía con ella. —Sus ojos parecían sufrir, era como si le hubiese caído un cubo de agua fría.

Joder, no quería lastimarlo, solo ponerle las cosas claras: la muerta y yo no éramos la misma persona.

—Es cierto que ella me gustaba —siguió diciendo—, pero forma parte de mi pasado. Yo no... —Me soltó la mano; se estaba poniendo nervioso, lo sabía porque sentía su leve temblor.

Después de unos segundos, suspiró en un intento por calmarse mientras posaba su mirada en el cielo gris. Cuando lo hizo, me volvió a mirar, más sereno.

—Yo la quería, Del, pero lo que siento por ti es distinto. Es cierto que me duele recordarla, pero eso no cambia las cosas: te quiero a mi lado, como nunca he querido a otra persona. —Cogió aire de nuevo y lo soltó lentamente—: Ni siquiera a Jessica. Y sé que lo que te voy a decir va a sonar muy egoísta pero no soporto pensar que dentro de poco me iré y tú te quedarás aquí. Me pone enfermo no saber si volveré a verte.

Mi cerebro debía de volver a recordarme que respirara porque esa confesión me había dejado sin oxígeno de nuevo.

Parecía que todo aquello era un sueño de una noche extraña. Me estaba diciendo exactamente lo que yo quería oír, pero la condición para que todo fuese bien implicaba cambiar mi vida entera.

—Yo... Yo tengo que pensarlo, Michel —susurré sin atreverme a mirarlo.

Unos brillitos blancos empezaron a caer del cielo. Los dos alzamos la vista hacia los nubarrones que nos cubrían; la nieve incipiente comenzaba a aparecer.

Era precioso. Del cielo caían cada vez más y más gotitas de nieve. Pronto todo estaría cubierto de ella y haría más frío.

Sentí una mano cálida en mi mejilla, que se hallaba completamente congelada. Eso me hizo volver a la tierra y dejar de contemplar embobada el cielo.

Puse mis ojos marrones a la altura de los verdes de él; me contemplaban tristes.

—Delia, no voy a intentar convencerte de que vengas conmigo a Italia. Sé que queda mucho tiempo. De hecho, ni siquiera sería este año —dijo mientras me quitaba con el dedo unas gotitas de nieve derretida de la cara—. Ven solo si quieres. No quiero que sea una obligación para ti. No tenía nada que perder proponiéndotelo. Me ha costado atreverme, lo reconozco, no sabía cómo ibas a reaccionar a mi propuesta. Me había imaginado que quizás rompieras el sobre y me lo lanzaras a la cara. —Sonrió nervioso.

¡Yo nunca haría eso! Y sus palabras me hacían pensar que él había estado tan indeciso como yo en cuanto a lo que sentíamos el uno por el otro. Lo que me había propuesto era espectacular. Y, si era a largo plazo, ¿significaría que no tenía intención de dejarme por una italiana en cuanto llegara a su país? No tenía ni idea de cuánto tiempo íbamos a estar sin vernos, pero ¿y si en todo ese tiempo él cambiaba de opinión cuando yo ya lo había arreglado todo para irme? Y había que contar también con que me dieran la beca Erasmus a su ciudad, porque si no, nuestros planes se irían al traste.

Resoplé; aquello era un lío. Aunque después de todo estaba contenta, aunque no volviese a ver a Michel más en mi vida y, aunque no hubiera sido una declaración formal en sí misma, había descubierto que él tenía sentimientos similares a los míos, o por lo menos, un interés en mí. Y solo por eso, ese cumpleaños volvía a merecer la pena.

Michel miró el reloj y abrió los ojos de par en par.

—Lo siento, pero tengo que irme ya. Tienes dos semanas para rellenar esos papeles. Si no lo haces, no pasará nada y lo entenderé perfectamente. Me gustaría saber qué piensas hacer antes de irme a Italia la semana que viene. —Suspiró profundamente. ¡Él solo iba a acabar con los suspiros de todo el planeta ese día!—. Pero eso es asunto tuyo y puedes pensarlo hasta que se agote el tiempo.

Se levantó del banco con mirada triste, se acercó a mí, tanto que pensé que sus labios iban a rozar los míos, pero al final me dio un cálido beso en la mejilla, dijo adiós y yo le respondí de igual modo. Él me había dirigido una sonrisa antes de girarse y marcharse dejando la huella de sus

zapatillas en la fina capa de nieve que había caído. Los copos habían comenzado a precipitarse hacia el suelo con más fuerza, y todo estaría cubierto de blanco pronto.

Al entrar la noche, no esperé a que mi madre me telefonara. Quería... No, necesitaba, hablar con mis padres, escuchar sus voces y contarles, si no todo, parte de lo que había sucedido. Quería desahogarme, y necesitaba consejo urgentemente.

Lo de Italia no era algo que me hubiese esperado y quería comentarles la idea. Después de todo, si alguien tenía interés en aquel intercambio, aparte de Michel y yo, eran mi madre y mi padre.

—¿Cómo es que no has esperado a nuestra llamada? —preguntó mi madre extrañada. No solía actuar así, siempre decidíamos una hora entre los tres por mensajes de texto—. Por cierto, ¡feliz cumpleaños! Estoy deseando que vuelvas por Navidad y abras todo lo que tienes pendiente. Los abuelos te echan mucho de menos, y tus primas pequeñas me preguntan todos los días por ti. A veces dicen que van a ir a buscarte a la universidad y te van a traer de vuelta.

Eso me hizo sonreír. Mi abuela siempre me hacía algo de punto para mi cumpleaños «porque había nacido en invierno y cada año merecía estrenar algo nuevo». Mis primas; a las que llamaba cariñosamente «enanitas», eran dos bichitos de ojos marrones y saltones, tenían cuatro años y eran gemelas. Cuando aparecían por casa y después de un rato se marchaban, parecía que hubiese pasado un terremoto por allí, pero aun así, las niñas eran encantadoras.

—Cielo, ¿pasa algo? —preguntó mi madre con una nota de preocupación en la voz.

¡Mierda! No me había dado cuenta de que había empezado a sollozar, sin querer, pegada al teléfono mientras me imaginaba lo que ella me estaba contando.

—No es nada, mamá, es que os echo de menos. Y... —me atraganté, debía contarles parte de lo que había pasado en la catedral porque se iban a acabar enterando.

Había sido menor de edad hasta ese momento, así que en esos momentos daba gracias por que viviésemos lejos, así podría intentar explicarles mejor la situación antes de que enviaran un documento oficial a casa, ya que Lola me había prometido retrasar un poco la noticia para darme algo de tiempo a mí —y de paso quitarle hierro al asunto—. De todos modos me encontraba bien y no había necesidad de alarmarlos por algo que no había acabado en tragedia; con esos argumentos había convencido a Lola a medias.

Tragué aire. La verdad, ¡no sabía cómo demonios explicar lo inexplicable de aquella situación! Pero eso no era todo, les tendría que lanzar la bomba de Italia después. Quizás debía cambiar el orden de las noticias, podrían tener efectos diferentes según la posición en la que las comentara.

Me armé de valor y lancé el primer cartucho de novedades.

38

Él se va

Los días que siguieron fueron un estrés total, apenas sacaba tiempo para estudiar y combinar los exámenes parciales con las prácticas.

Quería ir al hospital y hablar con Michel, aunque no había decidido qué hacer sobre su propuesta. Mi madre no estaba ni de acuerdo ni en desacuerdo, simplemente lo había dejado en mis manos. Yo le había dicho que un amigo me lo había ofrecido, había obviado que era el mismo amigo con el que si por poco muero a tiros y con el cual me había quedado a dormir en su casa después de que él durmiera en la mía —de hecho, esta parte, me la había saltado totalmente—, mientras que mi padre no estaba en absoluto de acuerdo con ese viaje. Decía que para qué salir del país teniendo la carrera en España.

Total, que me habían dejado hecha un lío de nuevo. Aunque sabía que si me iba, mi padre no me detendría; él solo había expuesto su opinión. En el fondo sabía que a mi madre tampoco le hacía mucha gracia, sobre todo después de contarle lo ocurrido con los inquisidores. Me había dicho mil veces que tenía que haber llamado a la policía o, como mínimo, informarlos a ellos. Que debía haberme ido a casa, donde hubiese estado segura.

No se lo dije, pero pensé en lo que les hubiese podido ocurrir si de verdad hubiese hecho aquello. Se me pusieron los pelos de punta de solo imaginarlo. Es más, si no había dicho nada había sido por su bien. Y no me arrepentía, porque ellos no sabían el peligro que habían corrido.

Ese día también quería ir a visitar a Damián aunque no sabía si podría hacerlo. Por teléfono se escuchaba más feliz que los días anteriores y me apetecía verlo. Había hablado con él cinco minutos y tampoco le había dado tiempo a contarme mucho, aunque me había hecho prometer que en cuanto estuviese libre iría a verlo.

También había tratado de investigar dónde andaba Yolanda, que seguía sin cogerme el teléfono. ¿Cómo demonios le iría a Jorge? Esperaba —más por mi amiga que por él— que se encontrase bien.

Dejé de pensar en ellos, no podía hacer nada más. Ahora, por fin, tras días de insomnio, podía decir que podía darme un respiro. No sabía cómo había sido capaz de ponerme al día. No lo llevaba todo genial, pero sí pasable.

Tras salir de clase de Arte como una exhalación, fui directa al hospital. Quería ver a Michel, hablar con él y decirle que me perdonara pero que lo había pensado mucho y no podía irme con él a Italia. No le había escrito ni un mísero mensaje de texto en todo ese tiempo, porque no sabía cómo abordar el tema si él me preguntaba. Pero es que no podía hacer lo que me pedía. No estaba

tranquila dejando a mis padres en casa, apenas nos habíamos visto en todo lo que llevaba de curso. De hecho, nada de nada. Desde que había entrado a la universidad, los puentes y los fines de semana los había pasado ocupada; algunos por culpa de los trabajos y otros por culpa de la secta que no dejaba de recordarme que estaba al acecho y no podía ir a ver a nadie por si acababan siguiéndome.

No me sentía con fuerzas como para empezar prácticamente de cero en otro lugar con otro idioma, porque entre otras cosas, no podría tener siempre cerca a Michel para que me hiciera de intérprete. Y además estaba el factor de más peso para que hubiese decidido no aceptar la propuesta Erasmus de Michel, el tiempo. ¿Cuánto tardaríamos en vemos de nuevo? Él se marcharía ahora, y yo debía de seguir unos cuantos meses más para acabar primero de Historia. Y, siendo obvios, Michel en Italia debía tener una lista de chicas interminable detrás de él. En España no era así, pero solo por su aspecto arisco y desconfiado, sabía de sobra que si hubiese cambiado esa fachada, miles de chicas hubiesen caído rendidas a sus pies. En Italia, él ya no sería insociable; con todo resuelto, no tendría por qué volver a tener esa apariencia fría que se gastaba desde hacía un año.

Bufé. Todo eran contras. Definitivamente, me hubiese ido mejor repitiendo segundo de bachillerato.

La balanza de los contras ganaba sustancialmente a la de los pros. Estos últimos se basaban en que estaría con el chico que quería, conocería un nuevo país y hablaría un nuevo idioma, pero no me compensaba todo lo demás.

Llegué corriendo a la habitación de Damián, estaba deseando verlo. Su madre nos dejó solos un rato mientras salía a tomar el aire.

Damián tenía un aspecto saludable, aunque confesó estar harto de la habitación. Salía a pasear pero solo por los pasillos. Estaba deseando que lo enviaran a casa, cosa que no tardaría en pasar.

—Me gustaría saber cómo está Yolanda —reconocí algo apesadumbrada.

—Van a intervenir a Jorge esta tarde.

Abrí los ojos de par en par, un tanto dolida, ¿a él sí le había cogido el teléfono?

—Bueno, al menos sé que sigue viva. Lo estaba dudando ya, la he llamado dos mil veces y ni una vez he conseguido que hablase conmigo.

—Ah, no. No es que yo la haya llamado. Vino por aquí hace dos días para recoger no sé qué cosa de Jorge y de paso se acercó a verme. Sigue igual que antes, pero está algo más animada. Le han dicho que Jorge tiene esperanzas de salir de esta. También me preguntó por ti, pero le dije que no venías muy a menudo por los trabajos de la universidad.

Asentí.

Bueno, era un consuelo que por lo menos se hubiese dignado a acordarse de mí. Quizás no llevara nunca el móvil encima.

—Voy a ir a ver a Michel. También hace días que no hablo con él —dije mientras me levantaba de la silla y me dirigía a la puerta.

—¿A Michel? —Fruunció el ceño—. Será solo a su padre, él se ha ido hace como media hora de aquí con su madre y su hermana, tiene que embarcar a las cuatro y cuarto. ¿No se ha despedido de ti?

—¿Despedido? —inquirí desorientada.

Damián parecía confuso.

—Delia, yo pensaba que sabías que se iba a Italia esta tarde.

¿Esta tarde? ¿Qué día era?

—¿Hoy es miércoles? —pregunté casi gritando.

Damián asintió.

¡Dios mío! ¿Cómo se me podía haber pasado una cosa así?

—Si te das prisa quizás los alcances.

—Gracias.

Salí pitando hacia la parada de taxis. No había tiempo que perder. ¿Cómo no me había acordado? Había estado tan liada con los exámenes parciales y toda mi montaña de apuntes que el tema de su marcha se me había ido de la cabeza por completo.

Michel no me había llamado, pero claro, él esperaba que fuese yo la que le diera una respuesta. Y además, le había dicho que no se despidiera.

¡Tenía que verlo! Las cosas no se podían quedar así. De acuerdo, no me iba a largar con él a Italia, pero tampoco se merecía que le diese la respuesta por *e-mail* o por teléfono. Y quería despedirme de él. Odiaba las despedidas, era cierto, pero a Michel le había costado mucho proponerme que me fuera con él a Italia. Y yo lo sabía. Aún mantenía esa muralla impenetrable con la mayoría de la gente, y solo yo, descontando a Giovanna y Gianna, había roto un poco de ese muro. Lo mínimo era que hablara con él cara a cara.

39

La despedida

La ciudad estaba cubierta de nieve. La noche anterior había caído una buena, y aunque en ese momento no nevaba, estaba todo lo suficientemente resbaladizo como para hacer que el tráfico se ralentizara. ¡No llegaba, no llegaba!

Abordé un taxi y casi le grité que fuéramos al aeropuerto. Para mi desgracia, apenas se movía unos metros antes de pararse de nuevo; el tráfico nos retrasaba mucho.

Me estaba poniendo nerviosa, como el resto de la gente, que no hacía otra cosa que tocar su bocina. Si eso duraba un minuto más, iba a salir corriendo aunque el taxi estuviese en marcha.

Miré mi reloj: ¡las tres y media! El aeropuerto se encontraba apenas a doscientos metros de allí y el tráfico no avanzaba. El semáforo en rojo no cambiaba nunca.

¡Por favor! Si ni siquiera estábamos en el centro de la ciudad, ¿cómo era posible que tardara tanto? ¿Por qué cuando tenía más prisa que nunca el mundo se ponía en mi contra?

—Vale, se acabó —solté.

El taxista miró hacia el asiento trasero, donde yo me encontraba, con una ceja levantada.

—¿Sabe? Tengo mucha prisa y me voy a bajar aquí. Quédese con la vuelta —dije mientras le lanzaba, prácticamente, un billete de cincuenta euros a la cara.

—Pero señorita, estamos en mitad de la carretera, no puede bajarse aquí.

—No se preocupe, gracias. —Me levanté del asiento, abrí la puerta y seguidamente la cerré. ¡Menos mal que no tenía el seguro echado!

Crucé la calzada intentando esquivar los coches, en su mayoría muy pegados los unos a los otros. Miles de bocinas se unieron al unísono en mi contra mientras los conductores, muy poco diplomáticos, me abucheaban. El semáforo por fin se había puesto en verde y todos querían avanzar.

Corrí como una lunática esquivando a los pocos peatones que a veces me lanzaban sus «¡Eh!» o sus «¡Ten más cuidado, loca!»), un tanto enfadados.

Me daba igual. No había tiempo que perder. Se iba, ¡Michel se iba! Y lo más probable era que nunca más volviera a verlo.

Llegué empapada de sudor a la entrada del aeropuerto. Dios, ¡eso era inmenso! ¿Cómo iba a encontrarlo? Eran las cuatro menos veinte. ¡No tenía tiempo! A no ser que ocurriese un milagro y su avión se retrasara.

Mejor aún, que no saliese nunca. Miré los paneles de salida de los aviones y busqué los de Italia.

«¡Bingo!», me dije cuando encontré el que se dirigía a la ciudad de Michel.

Crucé el aeropuerto como una exhalación. Miraba sobre las cabezas de las personas que se movían rápido y daban empujones a mansalva.

Quizás ya hubiese pasado los controles de seguridad, en tal caso, ya sí que no podría hacer nada.

Y de repente, como acudiendo a mis súplicas, un chico moreno que se encontraba a pocos pasos de distancia llegaba corriendo con una maleta mientras miraba su reloj. ¡Era él! Corrí en su dirección.

—¡Michel! —dije apartando a todo el mundo de mi camino—. Pensaba que te habías ido ya. —Me abalancé a su cuello.

Él se tambaleó por el choque de nuestros cuerpos, tanto, que la maleta se le cayó al suelo.

—Lo siento se me había pasado que hoy te marchabas —seguí diciendo sin soltarlo.

—Vale. Pero ¿me dejas respirar?

Me separé un poco, algo cohibida. Él cogió aire, mientras intentaba escabullirse de mis brazos, que hacían presión sobre su cuello.

—Perdona —me disculpé avergonzada.

—No pasa nada. —Sonrió divertido, cogiendo mis manos con las suyas—. Pensaba que no te querías despedir, que odiabas estas cosas.

—Creía que jamás volvería a verte y no podía quedarme cruzada de brazos. Por un momento he pensado que ya habías llegado a tu puerta de embarque.

—Sí, y casi que deberíamos estar, pero Gianna tiene el don de la inoportunidad en lo que ir al baño se refiere. —Calló unos segundos y después añadió—: Creía que no vendrías porque no querías decirme a la cara que lo que te propuse era espantoso —dijo serio.

En realidad no quería decirle exactamente eso, pero casi.

Me mordí el labio ¡Esto iba a ser difícil!

Gianna y Giovanna llegaron junto a Michel en ese momento, medio ahogadas por el ritmo frenético al que venían corriendo.

—Tenéis que iros, ¡ya! —dijo Giovanna apurando a sus hijos—. Hola, Delia, no te había visto. —Se percató de mi presencia.

Las saludé.

—Me tengo que ir. —Michel soltó mis manos y cogió su maleta del suelo—. Espero que estés bien y tengas mucha suerte el año que viene. —Ya había dado por sentado que no iría a Italia el próximo año.

Me dio un vuelco al corazón mientras él me daba la espalda para dirigirse al control de seguridad que lo conduciría hasta su destino. No quería ver cómo Michel se marchaba para no volver.

Pasó el control de seguridad con Gianna. Cada vez estaba más lejos de mí y mi corazón más roto y acelerado.

—¡Michel! —lo llamé en un impulso que no sabía de dónde había salido.

Él se paró en seco y se giró hacia mí en la distancia.

Me puse a esquivar a todas las personas que se habían puesto en la cola detrás de él. Corrí por el arco del detector de metales bajo los improperios de los de seguridad y me volví a lanzar a sus brazos.

No era consciente de lo que la adrenalina me había hecho hasta que no me encontré de nuevo aferrada a él, aunque los pasajeros intransigentes se estuviesen quejando por la escena que estábamos montando.

Pero lo más asombroso no fue eso, sino lo que dije después:

—No sé si he perdido el norte o que me gustas tanto como para cruzar el mediterráneo y estar un año contigo entero en Italia, pero he decidido que iré allí para hacer mi segundo año de carrera. —Casi no creía que la que había hablado era yo.

A él se le iluminó la cara.

—Prefiero que sea por lo segundo, aunque un poco sí que has perdido el norte. —Esbozó una sonrisa mientras me abrazaba. Pero al instante se puso serio, haciendo que lo mirara—. ¿Estás segura? Aún tienes tiempo de decidirlo. Quizás haya sido una locura proponerte esto. Tú no estás acostumbrada a los cambios tan bruscos.

Puse los ojos en blanco.

—¡Por favor! He dejado mi casa, me he ido a vivir a un barrio de mala muerte, me han perseguido unos psicópatas que han intentado matarme y, al final, he conseguido sobrevivir, creo que podré superarlo.

No fui consciente de la convicción que tenían esas palabras hasta que no las dije en voz alta.

—Vale —dijo animado—. Intentaré venir a verte antes del verano.

—Señorita, no puede estar aquí —me dijo el tipo de seguridad.

—Solo un segundo, señor. —El hombre me miró con el ceño torcido; estaba claro que me iba a sacar a rastras si no hacía lo que me pedía—. Llámame cuando estés allí, hablaremos mejor.

—Lo haré —dijo él, y después, cogió mi rostro con sus manos y me besó.

Me pilló completamente desprevenida. Era la segunda vez que hacía eso, solo que esta vez no fue un beso rápido y urgente, sino calmado y lento, aunque igual de abrasador y pasional. No disponíamos de tiempo, pero actuábamos como si así fuera. Por un momento, solo estuvimos nosotros dos, sin una cola de pasajeros quejándose a nuestra espalda o un policía amenazándome con sacarme a patadas del aeropuerto.

Pero no importaba, ¡besaba tan bien!

—Entonces no te diré adiós, Del, sino hasta luego. Espero que no te arrepientas, pero sí lo haces, no importa, de verdad. —La duda inundó su cara.

Bufé, exasperada.

—Sabes que no soy de las que se echan para atrás. No te preocupes. —El tipo de seguridad me cogió del brazo.

—Si quieren hablar, deberían salir fuera. No puede estar aquí. —Presionó para alejarme de Michel.

—Adiós, Delia. —La pequeña Gianna movió su manita mientras Michel la cogía de la otra mano.

—Por favor, mantente alejada de los problemas, si es que puedes. —Michel sonrió mientras el hombre me arrastraba fuera.

Yo también sonreí.

—No puedo prometerlo.

Me quedé observando cómo ese pelo negro desaparecía en medio de otras cabezas.

No estaba segura de si había elegido bien, pero la decisión ya estaba tomada. Después de todo lo que había vivido, solo deseaba tener un curso menos ajetreado el siguiente año.
Esperaba no equivocarme.

Epílogo

Un año después, Italia.

El curso iba bien. El italiano, después de todo, no era tan difícil de entender.

Italia era preciosa y, además, vivía en una mansión impresionante en pleno centro de una de las ciudades más bellas de la Emilia Romagna.

Yo no había querido irme allí; parecía una okupa en la casa de mi novio, pero Michel se había empeñado y no quería aceptar mi dinero. Él me había convencido alegando que había estado de gratis ese verano en casa de mis padres. A regañadientes, yo había aceptado la oferta.

La mansión era de la familia de Michel. Había estado cerrada los tres años que habían pasado en la casa de campo, con la familia de su madre. El padre de Michel tenía miedo de que si vivían allí, los locos inquisidores los encontraran más fácilmente.

Ahora todo eso había acabado. Claro que quedaban más lunáticos sueltos por ahí, y, como había dicho Michel alguna vez, no tenían problemas en cruzar las fronteras de otros países para vengarse de nosotros. Pero según Lola, por lo general, no se mezclaban en los asuntos de las demás organizaciones si no era estrictamente necesario. Además, el policía amigo de Fernando estaba pendiente de cualquier movimiento, por si acaso.

El problema que había, según palabras de la inspectora, eran «esos dichosos nombres en clave» que esos tipos se habían puesto para que nadie supiese su verdadera identidad. Hacía más difícil todavía encontrar las demás sectas que pululaban por el mundo, porque apenas tenían relación unos nombres con otros que, encima, eran falsos.

El curso anterior había terminado sin más contratiempos —¡bien!—, incluso había hecho nuevos amigos en clase y había aprobado todo.

Michel había estado medio verano en mi casa. Con mis padres y mi familia.

¿Raro? Tal vez, contando el poco tiempo que llevábamos saliendo «oficialmente», pero mi madre se moría de ganas por conocer a «ese italiano que me había echado por novio», mientras que mi padre dejaba escapar suspiros exasperados cada vez que alguien de la familia hablaba de Michel.

Las presentaciones fueron mejor de lo que yo esperaba. Y el chico encantó a toda la familia.

Recordaba el día que habíamos ido a la playa, todos juntos. Michel y yo habíamos encontrado un momento para perdernos por las rocas, lejos de las miradas de toda la familia. Mónica, una de mis primas mellizas, nos había pillado justo cuando estábamos a punto de darnos un beso. «Delia

está besando a su novio, Delia está besando a su novio», había predicado por toda la playa. Después de ese día desistimos en el intento de encontrar otro hueco de paz.

Y qué decir de cuando mis amigas se habían presentado en mi casa; siempre con la excusa de que no nos habíamos visto en mucho tiempo —cuando habíamos hecho una quedada justo al volver de la universidad y habíamos ido varias veces a la playa—. La verdad era que querían conocer al «*macarroni italiano*», como lo habían bautizado. Se les había caído la baba cuando les había enseñado su foto, y mucho más cuando lo habían visto en persona.

Lo más duro de todo había sido vivir algunos meses con *esas* pesadillas. No había sido fácil borrar de mi cabeza las imágenes de todo lo referente a la catedral; los ojos azules de Jessica Staud en aquel rellano del infierno; a Jorge en medio de un charco de sangre con Yolanda sujetándolo; o yo misma apuntada con una pistola sobre el pecho.

Y ahí me encontraba yo, un año después, el día de mi cumpleaños.

Había ido con Michel a un pueblecito a las afueras de la ciudad donde vivíamos. Su madre estaba arreglando una vieja casita de la familia. La idea era darle una sorpresa a Fernando. Estaba mejor desde que le habían dado el alta hacía cinco meses. Ya no le gustaba mucho la gran ciudad; había mucho ruido y quería descansar del bullicio.

El electricista tenía que arreglar la instalación eléctrica, y la madre de Michel no podía ir, así que nos había tocado a nosotros hacerlo. Pero, al igual que en mi antigua ciudad, la lluvia era un problema en aquel sitio. Y, para acceder al pueblecito, debíamos cruzar unas carreteras muy estrechas que, en caso de lluvia, podían sufrir derrumbamientos.

Después de llevar dos horas en la carretera, el electricista llamó para decir que no iba a venir; había comenzado a diluviar. Nosotros ya no podíamos volver a la ciudad, así que mi cumpleaños se vio empañado por agua. Tendríamos que pasar la noche en la casita porque no era prudente regresar en medio del torrencial que se había liado en poco tiempo.

Estaba mirando la lluvia arrolladora que estaba cayendo fuera, a través de las ventanas reformadas recientemente, pensando en todo eso. Solo habíamos ido andando desde el coche hasta la entrada de la casa, habían sido solo cinco metros, pero habían bastado para quedar completamente empapados.

La noche se abría paso entre la neblina de agua que tapaba toda la visión del paisaje que rodeaba la pequeña casa. No teníamos luz, pero al menos, Michel había encontrado unas velas.

Aunque nada de todo eso importaba. Era mi cumpleaños y estaba contenta. Damián me había llamado antes de que empezara a caer el diluvio, me había felicitado y me había dicho que Yolanda andaba mucho mejor.

Yo ya lo sabía. Yolanda también me había llamado para decirme que tenía que contarme una cosa en cuanto volviera a España por vacaciones. Aún mantenía la distancia conmigo porque después de lo de Jorge no había tenido prácticamente contacto con nadie, excepto con Damián. Hacía tiempo, ella me había pedido disculpas por no haber estado muy receptiva conmigo cuando todo había pasado y ahora nos llevábamos muchísimo mejor.

Jorge no había soportado la operación a la que lo habían sometido y Yolanda había vivido casi en trance desde entonces. Yo había estado con ella después de la muerte de su novio, mientras estaba en la ciudad. Yolanda no había estado muy comunicativa; estaba como metida en su mundo y llorando casi todo el día. Después de finalizar el curso, yo había tenido que volver a casa y no la había visto hasta que había ido de nuevo a la ciudad a coger mi avión dirección a Italia.

Yo sabía lo que Yolanda tenía que decirme: Damián y ella estaban saliendo. Era obvio por lo contentos y misteriosos que estaban los dos. Y por cómo hablaban el uno del otro. Sinceramente, me alegraba muchísimo por ellos.

—Del, ¿puedes ayudarme con esto? —me preguntó Michel, que entraba en la habitación escondido detrás una montaña de mantas que le superaban la coronilla.

—Cuidado, estoy a... —No pude terminar la frase, porque Michel iba andando demasiado rápido y no le había dado tiempo a reaccionar mientras la montaña de mantas chocaban, junto con Michel, contra mí.

Los dos caímos al suelo haciendo que, con el vuelo de los cobertores, las llamas de las velas temblaran.

Michel cayó sobre mí; y sobre él una de las mantas que había traído. Yo había acabado con la espalda medio dentro medio fuera de un montón de telas de lana revueltas.

Hubo silencio un par de segundos. Después, estallamos en carcajadas.

—Lo siento —se disculpó él casi llorando de la risa.

—Bueno, al menos sé que no pasaré frío, estaba congelada.

No tenía ropa seca y después de toda esa avalancha de lluvia que me había caído encima, no podía quedarme con lo que llevaba puesto. Michel me había dejado una camisa suya, que podía pasar por vestido por lo enorme que me quedaba. Él sí que llevaba ropa limpia en su coche, siempre la tenía preparada para después del gimnasio.

Michel paró de reír y se puso serio.

—Siento que tu cumpleaños haya salido así. Deberíamos estar en casa, celebrándolo con los demás.

—Eh, sabes que no me importa no celebrar mi cumpleaños. No te preocupes.

—Después del que tuviste el año pasado quería que este fuese mejor. Gianna y mamá estaban muy ilusionadas con lo de tu fiesta *sorpresa*.

Puse los ojos en blanco.

—No pasa nada, mañana me haré la sorprendida cuando salgan a recibirme, y no les diré nada de que te pillé guardando mi tarta en el frigorífico.

Él sonrió ante eso, pero seguía serio.

—¡Vamos! —lo animé—. No estés así, no es para tanto. Además, yo creía que tenías ganas de estar un rato a solas conmigo.

¡A solas! ¿Es que conocíamos ya esa palabra? Los lunáticos de la catedral nos habían dado más tiempo para nosotros que nuestras familias.

Desde que habíamos llegado a Italia, casi siempre habíamos estado para acá o para allá. Todos los familiares y amigos se habían acercado a ver al padre de Michel y, como algunos venían de distintas ciudades, la familia había tenido que atenderlos hasta las tantas. Otras veces, los exámenes habían complicado nuestro tiempo, más bien solo el mío. Michel se estaba tomando un año sabático de lo lindo respecto a la carrera: se estaba ocupando de las cosas que normalmente estaban a cargo de su padre porque él aún no se encontraba bien. Pero era temporal, hasta que alguien, su madre o su tío —o incluso el mismo Fernando— se hicieran cargo de nuevo. Michel no pensaba abandonar su carrera por nada del mundo.

Gianna también se había convertido en otro obstáculo para estar solos; estaba loca con su hermano y quería recuperar el tiempo perdido, tanto que, a veces se quedaba en su cuarto a

dormir. Y, a veces, en el mío, ya que me quería como una hermana.

—Tienes razón, no lo había pensado —dijo, y después una sonrisa picara apareció entre sus labios—. ¿Sabes? Creo que no he debido dejarte eso. —Miró la camisa que llevaba puesta.

Puse mala cara.

—¿Por qué no? Sé que me queda mal, pero no voy a salir con ella a la calle —dije girando los ojos sobre las órbitas.

—No quería decir eso —contestó sin borrar esa sonrisa traviesa—. Quiero decir que estás más guapa *sin* ella.

No me esperaba aquella respuesta, así que me puse roja como un tomate. Él adoraba hacerme *eso*. Y a mí siempre me pillaba desprevenida.

Pero esta vez iba a ser diferente. Yo iba a ser la atrevida y estaba dispuesta a ponerlo como la nariz de un payaso.

—Entonces quítamela —pedí, incitante.

¡Ni yo misma me creía lo que acababa de decir!

¡Pero funcionó! Él titubeó un segundo y unos círculos rojos redondearon sus mejillas mientras sonreía, esta vez, nervioso.

¡Parecía increíble! Nunca había conseguido algo así, hasta ahora.

—Bueno, si sigo en esta posición contigo un minuto más creo que no tendré más remedio que hacerlo. —Hizo ademán de levantarse del suelo.

Lo cogí por el cuello de la camiseta y lo arrastré hacia mí de nuevo.

—¿Y por qué no lo haces? —pregunté sugerente.

Pero él no pudo contestar porque yo ya había pegado mis labios a los suyos.

Nuestras respiraciones se agitaron mientras nuestros besos, de pausados pasaron a ser un poco más urgentes. Nuestras manos comenzaron a explorar el cuerpo del otro.

Me estaba gustando aquello de no ser la única que se ruborizaba. Y me encantaba esa parte salvaje que no sabía que tenía dentro.

—¡Espera! —dijo Michel, apartándose de mí entre jadeos mientras emulaba un gesto de inquietud en el rostro—. Delia, yo no quiero... No quiero que hagas nada que no te apetezca. Sabes que yo nunca te presionaré para esto.

¿Bromeaba? ¡No deseaba otra cosa que estar con él!

—¡Michel, no voy a arrepentirme! Tranquilo —dije mientras resoplaba, molesta por la interrupción.

Estaba decidida a demostrárselo.

Yo no tenía experiencia con el sexo, y él, aunque no lo hubiera reconocido, yo sabía que sí, pero sabía que Michel no haría nada fuera de lugar sencillamente porque su honor de caballero no le dejaba.

De modo que, cogí la iniciativa, y mientras lo volvía a besar, lo insté a moverse cubierto de mantas. Pese a estar sobre el suelo, yo ya no tenía frío; la habitación estaba revestida con parquet y disponía de una gran alfombra de hilo sobre la cual estábamos tumbados —y, ahora, con unas cuantas mantas extra—. Además, las velas caldeaban la estancia —si se podía más—, mientras jugaban con las sombras sobre nuestros cuerpos al compás de los relámpagos que se divisaban fuera.

Sorprendida de que Michel me dejara tomar el mando de la situación, rodé con él encima de la moqueta, colocándome a horcajadas sobre su cintura, mientras que él caía de espalda contra la superficie de la alfombra.

—¿No vas quejarte, ni resistirte, ni nada? —pregunté levantando una ceja.

Michel siempre me picaba de alguna manera —al igual que cuando nos habíamos conocido, aún le encantaba enfadarme con sus bromitas— y era extraño que se estuviera quieto y me dejara hacer a voluntad.

—¿Quejarme? Creo que no se me ocurriría. Me estoy sorprendiendo mucho esta noche y quiero ver cómo acaba. —Sonrió divertido mientras extendía los brazos a los lados, invitándome—. Por unanimidad, me ofrezco a ser tu regalo de cumpleaños.

Eso me hizo reír.

Me acerqué a su rostro.

—Eres el mejor regalo de cumpleaños que he tenido nunca —dije antes de besarlo.

No sabía si estaría con Michel toda la vida. Ni siquiera sabía si iba a llegar con él hasta final de año. Tampoco qué haríamos después de que me marchase de Italia. Y ninguno de los dos quería pensarlo, la verdad.

Pero tenía una cosa muy clara: quería vivir el presente y disfrutar de ese cumpleaños.

Y que llegasen todos los inquisidores psicópatas que quisieran, ninguno me iba a quitar la seguridad que había logrado conseguir en todo ese tiempo.

Después de todo, tenía que reconocerlo:

¡La aventura universitaria me encantaba!

Agradecimientos

Siempre es un placer acabar otro libro. En este caso, me he embarcado en uno de misterio, un campo en el que nunca me había embarcado como tal. Quien me conoce, sabe que suelo posicionarme más por el género fantástico o paranormal, pero me apetecía probar otra cosa. Espero haber cumplido vuestras expectativas, lectores, porque sin vuestro apoyo, el trabajo del escritor no tendría sentido.

Muchas gracias a mi familia, como siempre, que me apoya con cada nuevo libro que publico, ¡sois los mejores!

Gracias a mi editora, Lizzie Quintas, por darle la oportunidad de llegar a todas las personas que quieran leerme.

Gracias a mis amigas y amigos escritores que con cada palabra de ánimo hacen que quiera seguir continuando con nuevos proyectos, sobre todo cuando la inspiración se va y la mente se queda en blanco.

Son muchas las personas que me apoyan, pero para este libro he decidido mencionar a Sandra, Juan, Saray, Fran V. y Mari Luz, que fueron los primeros en leerlo estando en pañales y me dieron sugerencias para que quedara mejor.

A Aida, compañera de aventuras literarias y siempre dispuesta a leerlas la primera. Te debía un saludo solo a ti, ¡y aquí está!

A Javier García o Xavivi, que hizo que la atracción que tenía por la novela negra haya germinado en una lectora de novelas del género.

Muchas gracias a ti, lector, que le has optado por esta lectura y no otra, habiendo miles de libros donde elegir.

¡Mil gracias!



EMMA MALDONADO. Es una almeriense que desde pequeña se interesó por las letras. Pero realmente descubrió su vocación como escritora en la universidad, mientras estudiaba Magisterio, siendo un *hobby* para ella inventar historias que solo los amigos más allegados leerían.

En 2013 participó en un concurso y sus dos relatos fueron incluidos en la antología *150 Rosas*, con la editorial Divalentis. Un año más tarde, con la misma editorial y un nuevo concurso, sus relatos fueron seleccionados para pertenecer a la antología *152 Rosas blancas*. En 2015 publicó su primera novela de corte romántico bajo el sello de Gramnexo Editores, y en diciembre del mismo año, en formato digital, bajo el sello de Alfíl, *Paddock: Fuego sobre ruedas*, una mezcla de romance y fórmula 1.

Ha participado en antologías solidarias como *Taller de cuentos*, *Cuentos por la vida: todos con Idaira* y *Mi princesa Rett*. Uno de sus relatos forma parte de *Pasión y Lujuria*, una antología dirigida y creada en el blog: elclubdelasescritoras.blogspot.com.es

El Pozo de los Deseos es su primera novela de corte juvenil paranormal romántico.



EMMA MALDONADO

LAS SOMBRAS DE LA CATEDRAL

